

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA ATLANTIDA

# LAS GRANDES GUERRAS

1914  
1939

20

HISTORIA



## ENCICLOPEDIA ILUSTRADA ATLANTIDA

De acuerdo con el criterio que caracteriza hoy día a la divulgación del conocimiento, la lectura resulta más aprovechable cuando va acompañada de ilustraciones que explican y aclaran el sentido del texto. Está ampliamente demostrado que el estudio de cualquier tema realizado a través de imágenes precisas permanece en la memoria con intensidad más perdurable.

El propósito de la *Enciclopedia Ilustrada Atlántida* es ofrecer en ediciones regulares un panorama que abarque todos los aspectos de la cultura: Historia, Geografía, Ciencias, Arte, Literatura, etcétera.

Cada uno de sus ejemplares, a cargo de autores especializados y de reconocida autoridad, se ha de ceñir a un tema único, minuciosamente revisado, ameno y exacto.

La colección de sus diferentes volúmenes, cabalmente documentados e informativos, se convertirá, cuando las circunstancias lo exijan, en infalible recurso de consulta, y en todo momento, y para todas las edades, en un libro de lectura que deleita, instruye y ennoblece.



# LAS GRANDES GUERRAS

1914 - 1918

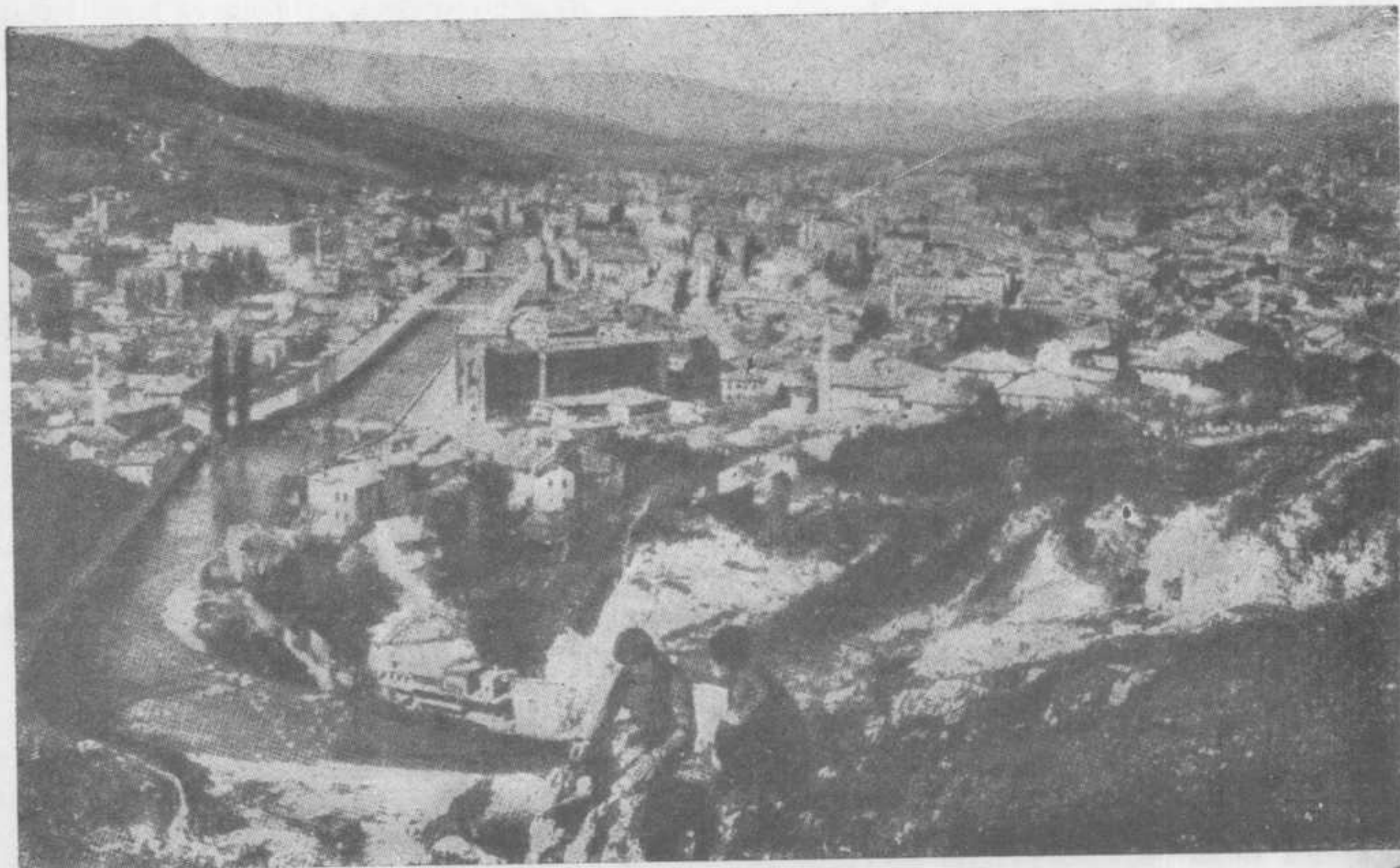
1939 - 1945





El archiduque Francisco Ferdinando y su esposa, Sofía Chotek, con sus tres hijos. Un matrimonio feliz, pero no tanto.

Sarajevo, un paraíso de paz aldeana. Aquí se encendió la Primera Guerra Mundial, por obra de una rocambolesca sociedad secreta —“La Mano Negra”— y un puñado de escolares soñadores.





# LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

## CAPÍTULO I

### UN COLEGIAL INCENDIA EUROPA

El crimen político ha desempeñado un papel de indudable importancia en la historia de la humanidad. El puñal que acabó con los días de César en el Senado romano, el pistoletazo que puso fin a los días de Marat en la bañera de su casa, el teleobjetivo que encuadró en Dallas la figura de John F. Kennedy, decidieron, de alguna manera, el destino de grandes muchedumbres humanas. Sería ocioso especular sobre lo que habría ocurrido si cualquiera de estos atentados no se hubieran producido. Renouvier, en su momento, dedicó una buena porción de su vida a historiar un hipotético desarrollo de la humanidad sobre el supuesto de que determinados hechos no hubieran acaecido. Aunque ingenioso y a veces sorprendente en sus conclusiones, este género de malabarismos historiográficos no pasa de ser un juego intelectual, de dudoso provecho para una interpretación correcta de los hechos históricos.

Así y todo, hay acontecimientos —particularmente en el terreno de los crímenes políticos— frente a los cuales la tentación de caer en especulaciones de esta naturaleza es poco menos que irresistible. Por ejemplo, el asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, la condesa Sofía Chotek, el 28 de junio de 1914, en una calle de Sarajevo.

Hay crímenes políticos que, analizados en su contexto histórico, parecen integrar coherentemente el curso natural de los hechos. No son factores imponderables, sorpresas, sino la coronación previsible de grandes procesos.

Existen, detrás de ellos, corrientes, luchas, líneas históricas que los determinan y les confieren sentido.

Otros crímenes políticos, en cambio, no muestran, es cierto, tan claramente este respaldo de la historia. Producido el hecho, éste cobra sentido a favor de una u otra de las corrientes que vienen determinando el curso histórico. Pero no hay un nexo determinante entre este curso y el hecho en sí. Según el informe Warren, el asesinato de Kennedy revestiría estas características. También las revistió, en buena medida, el drama de Sarajevo.

En aquellos días de aguda agitación política y social, en los que la historia venía incubando, en uno y otro sentido, una ruptura violenta de los esquemas que habían presidido su curso anterior, el crimen político era un recurso usual. El anarquismo lo había rodeado de tonalidades románticas; le había conferido, por así decirlo, cierta dignidad. Y así aquellos oscuros héroes del crimen político desarrollaron en la juventud de principios de siglo inclinaciones emulatorias. El asesinato político era casi una moda. Sobre él se plasmaron ademanes, maneras de vestir, maneras de hablar y sueños adolescentes. Y era natural que esta racha prosperara con excepcionales im-

petus en la juventud balcánica de principios de siglo, exacerbada por la anexión de Bosnia y Herzegovina al Imperio Austro-Húngaro, acaecida en 1908.

El 28 de junio de 1914 el archiduque Fernando y Sofía Chotek celebraban el aniversario de su boda. Había sido un matrimonio feliz, pero rodeado de circunstancias adversas. Sofía, mera condesa, no reunía los requisitos heráldicos prescritos para la esposa de un hombre que estaba destinado al trono imperial. A lo largo de catorce años, se había visto relegada por los rigores del protocolo a un papel marginal, casi invisible. No podía acompañar a su esposo en la actuación oficial de éste como príncipe heredero ni asistir a las grandes ceremonias de la corte. Era para ambos una situación mortificante, que Fernando trataba de remediar inflando sus quehaceres como mariscal de campo e inspector general del Ejército. En esta condición, en efecto, no se veía sujeto a requisitos protocolares que le vedaran la compañía de su esposa en actos oficiales. Y no era extraño que, en aquel aniversario de su boda, buscara algún pretexto que le permitiera vestir sus galas de inspector general y ofrecer a Sofía una ocasión de disfrutar a su lado el halago público.

El pretexto, gratuito, innecesario desde el punto de vista oficial, fue el de inspeccionar las tropas austro-húngaras destacadas en Bosnia, un país que vivía fervorizado en su nacionalismo bajo el régimen emergente de la anexión, y en el que podía haber en cualquier esquina de barrio un grupo de muchachos excitados por la oportunidad de asumir las glorias del crimen político. La idea se encendió, sin duda, en muchos de estos grupos, agitó aulas y motivó reuniones de conjura en calles y plazas públicas a la salida de los colegios. Los muchachos de Sarajevo llevaban ya algunos años improvisando conspiraciones de esta naturaleza para planear modestos atentados a tenientes austro-húngaros. ¿Cabía esperar otra cosa ante la presencia del mismo *Kronprinz*? Un puñado de colegiales, uno de los tantos que en esos días celebraban febriles reuniones para planificar el Gran Atentado, se hallaba disperso a la vera del camino que debía recorrer el archiduque en su visita a Sarajevo. Había, es cierto, una sociedad secreta que conocía el plan, y a la que los jóvenes conspiradores habían recurrido en busca de aliento y de armas. Pero aun así, el hecho tenía sus raíces en el romanticismo adolescente del estudiantado balcánico más que en los móviles políticos de una organización clandestina, cuyas miras, por otra parte, no superaban el nivel pueblerino de las luchas locales.

A la entrada de la ciudad el automóvil que conducía a Francisco Fernando y a Sofía Chotek pasó sin incidencias frente a dos de los conjurados. Ninguno de ellos se atrevió a disparar. Un tercero arrojó una bomba, pero no dio en el





Gavrilo Princip, minutos después de matar al archiduque y a su esposa, es arrestado por la policía de Sarajevo. Está lejos de sospechar que su bomba habría de matar también a otros 10 millones de personas.

blanco. Fue una pura casualidad que el chofer, ya sobresaltado, errara el camino y, percatado de su error, detuviera el automóvil a pocos metros de Gavrilo Princip, el cuarto de los jóvenes complotados. Es posible que también éste haya vacilado, como los otros, pero el azar le había dado tiempo para sobreponerse, unos pocos segundos decisivos que le permitieron dominar su pulso inseguro y fijar el arma sobre el blanco inmóvil. El primer disparo mató al archiduque. El segundo abatió a Sofía. Las dos muertes fueron instantáneas.

Un mes después, sobre el amanecer del 29 de julio, el Imperio Austro-Húngaro declaraba la guerra a Servia. El 31, Rusia ordenaba la movilización general en apoyo a Servia. El mismo día Alemania fija al zar un plazo de 12 horas para ordenar la desmovilización. El 1º de agosto el gobierno alemán declara la guerra a Rusia, y ese mismo día tropas germanas cruzan la frontera con Francia. Pocas horas después, el káiser Guillermo II, con tono de ultimátum, exige al gobierno belga un permiso de paso por su territorio para las tropas germanas destinadas a invadir Francia. El 3 de agosto Alemania declara formalmente la guerra a Francia. El 4, el ejército alemán irrumpe en Bélgica. El mismo día 4, en apoyo a Bélgica, Gran Bretaña declara la guerra a Alemania.

El colegial Gavrilo Princip había incendiado Europa.

## UN EQUILIBRIO COMPLICADO E INESTABLE

Había, desde luego, condiciones históricas que apuntaban a un desenlace de este tipo. Aquéllas empiezan a precisarse en la segunda mitad del siglo XIX. Para entonces ya resultaba claro que la revolución industrial iniciada a comienzos de dicho siglo había embarcado a las grandes potencias europeas en modalidades de desarrollo y de expansión económica totalmente nuevas. Las máquinas devoraban ahora materias primas en proporciones desconocidas hasta entonces, y creaban a la vez necesidades de mercados igualmente desmedidas en comparación con los tiempos del ar-

tesanado. Sin las exigencias que planteaba en ese momento la naciente industria alemana, encaminada empeñosamente a rivalizar con la de Gran Bretaña, las ricas zonas mineras de Alsacia y de Lorena tal vez no habrían revestido mayores atractivos para el gobierno de Bismarck. Pero bajo las condiciones imperantes en ella hacia 1870, la anexión de esas dos provincias francesas cobraba todo el carácter de una impostergable necesidad nacional. Tal fue, en efecto, uno de los objetivos principales de la guerra franco-prusiana desatada aquel año, que culminó con un triunfo germano.

Pero si Alsacia y Lorena eran vitales para las necesidades económicas de Alemania, lo eran por iguales motivos para las de Francia, encaminada también en un proceso de crecimiento industrial. Tales urgencias económicas vinieron a unirse así a los naturales rencores de un orgullo nacional malherido, para configurar un motivo permanente de hostilidad y tirantez entre las dos grandes potencias continentales. Esta tensión permaneció latente durante muchos años entre Francia y Alemania, y tuvo efectos determinantes sobre el comportamiento internacional de las dos potencias. La política de Bismarck en tal sentido apuntó en todo momento a conquistar aliados que desequilibraran su relación de fuerza con Francia en términos desfavorables para ella. Y fue éste, precisamente, el sentido con que se formalizó en 1873, con el auspicio de Bismarck, la *Dreikaiserbund* o Liga de los Tres Emperadores, que coligó en una alianza defensiva a Alemania, Rusia y el Imperio Austro-Húngaro.

Con todo, las bases de esta liga eran sumamente precarias. La vocación expansiva que en esos momentos presentaba a ojos europeos el enigmático imperio zarista, aunque no inquietaba mayormente a Alemania, espantaba en cambio a su aliado austro-húngaro. Esta situación había de determinar una inevitable fractura de la Liga cuando, en 1879, los apremios del emperador Francisco José forzaron a Alemania a concertar entre ambas potencias un tratado secreto de ayuda mutua en caso de agresión rusa. La *Dreikaiserbund* evolucionaba así hacia una progresiva marginación del imperio zarista, a medida que se



consolidaba, aisladamente, la alianza germano-austro-húngara.

Francia no dejó de advertir las provechosas perspectivas que le acarreaba aquella marginación de Rusia dentro del cuadro ya enrarecido de la *Dreikaiserbund*, y empezó a tender redes de amistad y concordia en dirección al gobierno del zar. Sobraban en ese momento circunstancias objetivas que justificaban y facilitaban el acercamiento que venía insinuándose así entre Francia y Rusia. Las aprensiones de Francia con relación a Alemania eran parejas a las de Rusia frente al Imperio Austro-Húngaro. Y si Alemania y el Imperio Austro-Húngaro eran aliados, lo natural era que también acabaran por serlo Francia y Rusia.

Alemania, de tal modo, empeñada en oponer a Francia una poderosa coalición en el Este, acababa encajonada entre dos países potencialmente hostiles gracias al progresivo acercamiento franco-ruso. La política de Bismarck se endereza entonces a neutralizar los efectos favorables que va teniendo para Francia el gradual acercamiento del zar al gobierno de París, y a tal fin procura crear en torno de Francia mayores condiciones de aislamiento dentro del marco inmediato de los países que le son fronterizos. Resultado de esta política es el pacto defensivo que se celebra en 1882 entre Alemania, el Imperio Austro-Húngaro e Italia, conocido como el Tratado de la Triple Alianza. Por él, Italia se compromete a declarar la guerra a cualquier país que agrediere a sus dos nuevos aliados. Sólo plantea una excepción: Gran Bretaña.

El papel de Gran Bretaña en este juego de alineamientos y reordenamientos de fuerzas europeas es, por otra parte, muy peculiar. Su política no apunta a forzar condiciones de desequilibrio en la relación de fuerzas europeas, sino a todo lo contrario. Su condición insular y su incontrastado poderío marítimo la liberan en gran medida de las aprensiones defensivas que inquietan en esos momentos a las potencias continentales. Los problemas de seguridad pesan menos en el trazado de su comportamiento internacional que sus aspiraciones a ejercer sobre Europa y sobre el mundo un papel hegemónico. También Alemania, es cierto, dibuja su propia política a partir de una vocación hegemónica que en la década del '80 es

ya bien visible. Pero aun así, sus obvias circunstancias geopolíticas la sujetan a urgencias defensivas que cobran, por momentos, un relieve de primer plano. Gran Bretaña, en cambio, goza de mayor libertad para armar una política exterior expansiva y sin mayores ataduras a una estrategia de tipo defensivo. Dentro de este contexto, Londres proyecta sobre el continente una política enderezada, en todo momento, a fijar condiciones de equilibrio. Su propio poderío se cifra, en buena medida, en su posibilidad de gravitar como fuerza de desempate sobre una balanza equilibrada entre las potencias rivales del continente.

Con todo, sobre el trasfondo de este esquema político inglés, el desarrollo económico va produciendo condiciones que no han de permitir que dicho balanceo de fuerzas se prolongue indefinidamente. Sobre todo, han de conspirar contra el "espléndido aislamiento" con que Gran Bretaña asumía ante el continente su papel de prescindencia equilibradora. Fatalmente iba a llegar el momento en que tal papel acabaría por ceder ante una progresiva rivalidad económica entre Alemania y Gran Bretaña, que habría de crearle a esta última una necesidad de embanderarse, de tomar partido en el juego de fuerzas continentales y de asumir la presencia de Alemania como la de un enemigo.

En las últimas décadas del siglo XIX la economía alemana se halla ya en franca expansión. Sus exportaciones compiten con las británicas y comparte con el Reino Unido una misma necesidad de mercados, de acceso a fuentes de materias primas y de facilidades para el transporte de sus propios productos. Signos de una pujante penetración económica alemana se advierten ya en el Medio Oriente, Europa Oriental, Asia y sobre todo África, donde la expansión imperial británica ya ha echado raíces, aparecen dentro de las perspectivas y de las metas del naciente expansionismo alemán. También Francia y más tarde Italia han de experimentar igual urgencia por abrirse camino en medio de este gran mundo periférico de civilizaciones atrasadas y riquezas vírgenes.

Pero hacia 1870 África no es aún un campo de disputa. Sólo el 10 % de su territorio ha sido

Sedan, 1870. Triunfante sobre Francia, la Alemania de Bismarck se apodera de Alsacia y Lorena, y así echa las bases de la conflagración mundial que ha de estallar casi medio siglo después. Aquí vemos a Bismarck recibiendo la rendición de los franceses.







Francisco José, emperador de Austria-Hungría. Bajo su mando una potencia con pies de barro precipita una guerra que ha de quedarle grande.

colonizado. Es todavía el gran continente desconocido y en disponibilidad. Las grandes potencias pueden explayarse por él sin chocar entre sí. Pero bastan escasos veinte años para que la porción colonizada del territorio africano ascienda del 10 % al 90 %. Y al cumplirse la primera década del siglo XX África ya está colmada. La naciente *Kolonialpolitik* alemana ya no tiene a su alcance salidas que no invadan áreas de influencia de Gran Bretaña o de otras potencias. Las necesidades económicas que en la segunda mitad del siglo XIX habían determinado fáciles guerras

coloniales, guerras de conquista en un mundo disponible, sólo podían traducirse ahora en guerras de rivalidad entre las grandes potencias.

Y en este cuadro las dos potencias más pujantes, las más enderezadas a la fatalidad de enfrentarse, eran Alemania y Gran Bretaña. Particularmente molesto resultaba para esta última, además, el creciente poderío naval germánico. Los grandes astilleros de Hamburgo y de Bremen arrojan una producción naviera que convierte a Alemania en la segunda potencia marítima del mundo, y el ritmo de su crecimiento en este orden amenaza alcanzar en poco tiempo los niveles de Gran Bretaña.

Se explica, en consecuencia, que a principios del siglo XX la postura internacional británica aparezca ya desplazada de su tradicional desdén por los problemas intestinos del continente y muestre claras inclinaciones a participar en la política de alianzas que intentaba trazar Francia en su enfrentamiento con Alemania. Y es así como se constituye, en 1907, la llamada Triple Entente entre Gran Bretaña, Francia y Rusia, apuntada a neutralizar la Triple Alianza de Alemania, Italia y el Imperio Austro-Húngaro.

### ¿POR QUÉ ESTALLÓ LA GUERRA?

No es casual que este panorama de tensiones que presenta Europa a principios del siglo XX tenga su mayor punto de fricción en los Balcanes. Había en esta área un conglomerado de pueblos —servios, croatas, eslovenos— que configuraba un cuadro muy parecido a la versión atomizada que presentaban Italia y Alemania antes de sus respectivas unificaciones en 1870. El proceso integrador que había culminado en las unidades nacionales de estos países estaba fresco aún en la memoria de Europa, y todo parecía indicar que una reproducción de aquél podía desarro-

Para el káiser Guillermo II la guerra es, en ese momento, una contingencia molesta. Lo sorprende tratando de estrechar relaciones con Gran Bretaña. Aquí lo vemos en compañía de su primo Jorge V, rey de Inglaterra.





llarse en los Balcanes. También había allí un Estado que, a la manera de Piamonte y de Prusia, apuntaba como señero de un proceso unificador: Servia.

El Imperio Austro-Húngaro temía esta posibilidad. La presencia de un Estado fuerte en la zona balcánica podía constituir una valla contra el desahogo expansionista que buscaba Austria-Hungría —y detrás de ella, Alemania— en el Medio Oriente. La anexión de Bosnia y Hercegovina en 1908 fue, precisamente, parte de una política austro-húngara destinada a trabar el eventual crecimiento de un Estado balcánico. Quedaba en pie, sin embargo, el hueso más duro: Servia. Resultaba visible, incluso, que las posibilidades de ésta como estado polarizador en un eventual proceso de integración se habían visto considerablemente acrecentadas precisamente a raíz de la agitación provocada en dicha zona por la anexión de Bosnia y Hercegovina, lo que mostraba ya indicios de un nacionalismo específicamente balcánico. En 1914 las aprensiones de Viena en tal sentido habían llegado al clímax.

Rusia, por su parte, encaraba con explicable temor la perspectiva de que el bloque germano-austro-húngaro acabara inundando el Medio Oriente por la vía balcánica. La hostilidad de Francisco José frente a Servia convertía automáticamente a Rusia en una aliada y protectora natural del pequeño Estado.

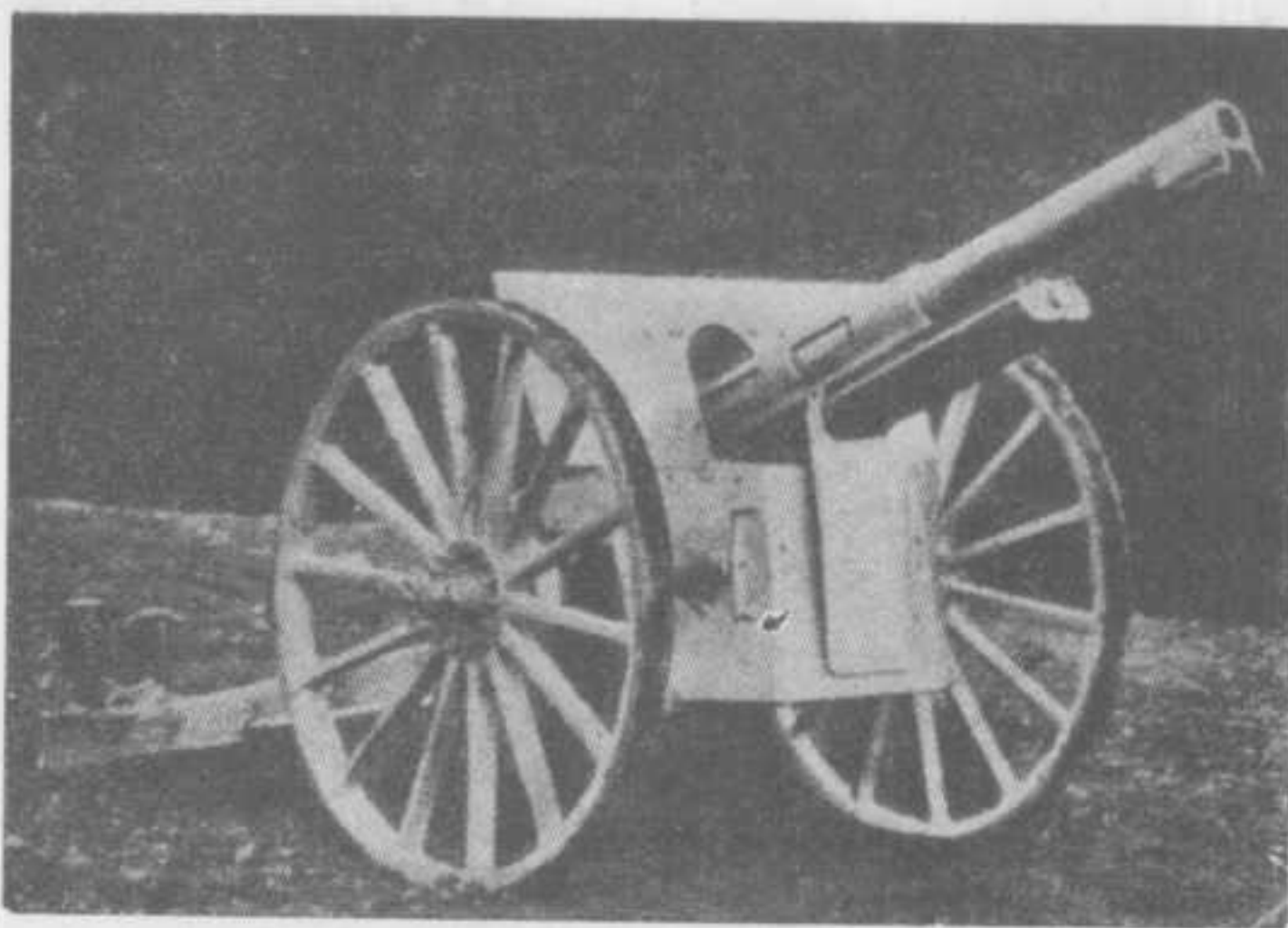
Tal es el panorama en que ingresa en la historia, con dos trémulos pistoletazos, el escolar Gavrilo Princip.

¿Pero fueron esos pistoletazos nada más que un mero pretexto? El peso determinante de aquéllos sobre el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, ¿era realmente tan insustancial?

El cúmulo de condiciones históricas que acabamos de ver inclinan a pensar que, en efecto, la guerra era poco menos que inevitable. Pero nada induce a creer que en los altos niveles estratégicos y políticos de Europa ése haya sido el momento elegido para la guerra, para *esa* guerra, por lo menos. Rusia, abrumada de problemas internos y con un bajo nivel de tecnificación en sus equipos bélicos, se hallaba lejos de reunir los requisitos mínimos para un enfrentamiento con Alemania. El Imperio Austro-Húngaro, bastante más débil de lo que procuraba aparentar, no se hallaba en condiciones de arriesgar aventuras bélicas sin una venia de su aliado germano. Y Alemania, en ese preciso momento, actuaba en el campo internacional con la esperanza de introducir una cuña en el bloque anglo-francés. Sus relaciones con Gran Bretaña habían mejorado visiblemente en los últimos tiempos. El káiser Guillermo II se mostraba inusitadamente cordial con su colega y primo Jorge V de Inglaterra y un próximo reparto de las colonias portuguesas se hallaba en amistosa gestación entre ambos. De tal modo, pues, por encima de condiciones reales que sí apuntaban a un conflicto entre Alemania y Gran Bretaña, flotaba sobre Europa un estado de conciencia que no denotaba mayor propensión a encender, *en ese momento*, la mecha de lo que fue la Primera Guerra Mundial. ¿Qué pasó entonces?

Hay historiadores que se inclinan por una res-

puesta puramente estratégica. La Guerra del '14 habría sido un hecho militar, un resultado de la rigurosa relojería estratégica de los distintos estados mayores. La tesis tiene asidero, aunque resulten discutibles los términos absolutos en que se la plantea. Las causas profundas de dicha guerra radican incuestionablemente en condiciones históricas que, como se ha visto, habían de pro-



El famoso cañón francés de 75 mm. Su aparición dio lugar a toda una nueva estrategia: la *offensive à outrance*.

vocar, tarde o temprano, un enfrentamiento bélico. Pero el momento, la ocasión, las modalidades y acaso la misma extensión de la guerra de 1914 son, ellas sí, imputables a mecanismos estratégico-militares. Esta no es, desde luego, una regla genéricamente aplicable a todas las guerras. Lo es, en cambio, y por razones muy particulares, a la guerra del '14.

## EL PLAN SCHLIEFFEN

Tras la derrota de 1870 Francia se había inclinado decididamente a encarar los problemas inherentes a su seguridad nacional en términos predominantemente defensivos. Este criterio se traducía, básicamente, en un afán por erigir poderosas fortificaciones fronterizas que constituyeran una valla inexpugnable entre Francia y Alemania. Pero a principios del siglo XX la aparición de los cañones de 75 milímetros dio base a una nueva escuela estratégica que prosperó con rapidez y que tuvo precisamente en Francia, cuna de "la 75", su expresión más extremada: la *offensive à outrance*, según la fórmula que había de popularizar más adelante el general Joffre. Todo el planteo estratégico general del Estado Mayor francés se hallaba sujeto a este criterio ofensivo, y también respondía a él la estructuración de sus fuerzas armadas. A la luz del desarrollo que tuvo luego la guerra de 1914 resulta hoy inconcebible que toda una generación militar abrigara, casi sin excepciones, la convicción de que el poderío ofensivo de las nuevas armas había acabado para siempre con las guerras largas. Cuando se iniciaron las hostilidades, en agosto de ese año, nadie creía, en Francia, que la lucha habría de durar más allá de Navidad.

Este asombroso criterio tuvo tres consecuencias sumamente desventajosas para Francia en aquel momento: a) se pensó que, para la eventualidad de una guerra, bastaría contar con los efectivos



bajo las armas. Se descuidó, en consecuencia, la preparación y el alistamiento de reservas; b) por iguales motivos, no se previó un equipamiento bélico abundante ni se tuvo presente la eventual necesidad de un ordenamiento industrial destinado a la producción intensiva de armamentos; c) la oficialidad y los soldados recibían un adiestramiento militar que soslayaba toda suerte de instrucción en tácticas defensivas. El Estado Mayor de la época no concebía sino el ataque victorioso o la derrota.

Aunque en Francia esta ilimitada confianza en la ofensiva descansaba en la existencia de los cañones de 75 milímetros, que sólo ella tenía en aquel momento, también en el resto de Europa había prosperado la idea de que las guerras futuras iban a ser forzosamente breves y, fundamentalmente, de carácter ofensivo. En mayor o menor medida, las consecuencias que en Francia derivaron de este punto de vista se reprodujeron también en Rusia, en Italia, en el Imperio Austro-Húngaro. La compartieron igualmente Gran Bretaña y Alemania, pero con algunas variantes. Gran Bretaña era, a la vez, una isla y la primera potencia imperial del mundo. El desarrollo militar que emergió de esta doble condición se encaminó, básicamente, a la creación de una poderosa marina de guerra sobre la que debían recaer casi todas las responsabilidades defensivas. Las fuerzas de tierra, en consecuencia, fueron estructuradas con miras a las reducidas guerras coloniales más que a la eventualidad de un enfrentamiento con otra potencia. Era, por lo tanto, un ejército pequeño, extraordinariamente móvil, con relativa escasez de equipos pesados. Su mayor preocupación hasta ese momento había sido la de preparar fusileros.

Este criterio estratégico ganó arraigo igualmente en el Estado Mayor alemán, pero aquí presentó variantes que resultaron decisivas para el estallido de la guerra en 1914 y que, en buena medida, respaldan la opinión de quienes atribuyen aquel conflicto a causas de exclusivo carácter estratégico-militar.

Cuando a fines del siglo XIX empezó a cobrar cuerpo la perspectiva de una alianza franco-rusa, Alemania entrevió con aprensión la posibilidad de una guerra en dos frentes. Y aunque en términos generales el Estado Mayor germano compartía a pies juntillas la convicción de que la ofensiva era el único comportamiento bélico adecuado a las exigencias y a las posibilidades del armamento moderno, entendió que su peculiar situación de país emparedado entre dos potenciales enemigos obligaba a complementar este criterio ofensivo con previsiones estratégicas de otra naturaleza. Surgió así un plan estratégico general cuyo creador fue el general Schlieffen, jefe del Estado Mayor alemán entre los años 1892 y 1906. Auténtico genio militar, Schlieffen había previsto que una guerra simultánea con Francia y con Rusia habría de resultar insostenible para Alemania. La perspectiva de una alianza franco-rusa, empero,

no permitía prever sino una guerra de esta naturaleza. Fatalmente, Francia y Rusia declararían la guerra al mismo tiempo. Con todo, esta simultaneidad en la iniciación formal de la guerra no significaba una concreción simultánea de los dos grandes frentes de combate. Rusia, por su misma extensión, sólo podía encarar una movilización lenta. Un ineludible compás de espera, que no podía ser inferior a los diez o quince días, habría de extenderse forzosamente entre la decisión de movilizar y la efectiva entrada en acción del pesado aparato bélico de los zares. Si en este lapso se lograba derrotar a Francia, la temida simultaneidad quedaba quebrada. Ya en 1892, pues, el concepto de *Blitzkrieg* germinaba en los cerebros del Estado Mayor germano. A la luz del planteo de Schlieffen resultaba vital para Alemania estructurar toda su estrategia de guerra con vistas a un triunfo fulminante sobre Francia. Este fundamental objetivo presidió durante más de veinte años la organización del ejército alemán, la distribución de sus efectivos, así como el trazado de una vasta red ferroviaria que, con criterio exclusivamente militar, se llevó a la práctica en ese lapso con el solo propósito de asegurar medios para un aprovisionamiento intensivo y vías de comunicación rápidas con el frente del Oeste. La consigna era tener alistados sobre ese frente todos los recursos y las fuerzas necesarias para liquidar a Francia en dos semanas.

## SE DESENCADENA LA TRAGEDIA

Se sobreentendía que, con arreglo a este plan estratégico, Alemania debía considerarse "en guerra" con la prevista coalición franco-rusa, no a partir de una formal declaración de guerra o de una concreta agresión por parte de cualquiera de las dos potencias, sino *a partir del momento en que aquéllas decretaran la movilización*. La invasión de Francia debía ser la respuesta instantánea y automática al menor indicio de movilización en Rusia.

Para todos los demás países había, hasta ese momento, un abismo entre la movilización y la guerra. Movilizar era, el noventa por ciento de las veces, una amenaza, un *bluff*, una medida política. En innumerables ocasiones se movilizaron ejércitos que no tenían la mínima preparación necesaria para afrontar una guerra. Europa había vivido décadas enteras entretenida en esta rutina apacible de las movilizaciones gratuitas, de los gestos amenazantes apuntados a pacíficas negociaciones de salón.

Pero si ésta era la regla, Alemania era la excepción que la confirmaba. Desde que entrara en vigencia el plan Schlieffen, movilización y guerra eran sinónimos para ella.

Fue así como, con prescindencia de toda motivación política, cuando Rusia ordenó la movilización el 31 de julio de 1914, sencillamente, estalló la guerra.

## CAPÍTULO II

Todo lo ocurrido hasta ese momento caía dentro del orden de los *bluffs* y de las acostumbradas agresividades diplomáticas. El asesinato del

archiduque Fernando fue esta vez el hecho que había de desencadenar el viejo juego de amagos y fintas en que se desenvolvía la convivencia







européa. Para el Imperio Austro-Húngaro la ocasión exigía un desplante de práctica frente a Serbia. No exactamente la guerra, sino un gesto, un ademán que amedrentara. Sus solas fuerzas no configuraban la menor preparación para pelear. Era difícil, incluso, que asustaran. Su ademán de amenaza sólo revestiría consistencia si lo respaldaba el káiser, y en busca de este apoyo Francisco José sondeó a Guillermo II, quien no vaciló en asentir al requerimiento de su aliado. Sí, Alemania avalaría la amenaza austro-húngara; la *amenaza*, se entiende, ese recurso escenográfico y fácil que Europa ya estaba acostumbrada a registrar con despreocupación. La misma despreocupación que demostró Guillermo II al emprender una plácida vacación en las costas de Noruega tras su promesa de apoyo a Francisco José.

El Imperio Austro-Húngaro da los pasos necesarios para hostilizar a Serbia. Exige que ésta se someta a juicio en el proceso por la muerte

agresión, todavía verbal, de Francisco José contra Serbia, la protegida balcánica de los zares. Sería inconcebible que Nicolás II, con su potencial bélico incapaz de resistir una confrontación con Alemania, abrigara realmente propósitos bélicos tras la orden de movilización impartida el 31 de julio de 1914. Pero el hecho es que adoptando esta decisión apretaba el botón que ponía en marcha los téticos automatismos del plan Schlieffen. "La movilización significa la guerra." Doce horas más, y Europa comprobaría que los alemanes hablaban en serio.

El mismo 31 de julio, en efecto, el gobierno del káiser, ahora sí recuperado de sus placeres veraniegos, envía un ultimátum a Rusia, en el que le acuerda un plazo de doce horas para ordenar la desmovilización. Rusia no acepta. El primero de agosto Alemania le declara la guerra y ese mismo día, automáticamente, entra en acción el aparato ofensivo que desde veinte años atrás apuntaba a París.



El káiser con su Estado Mayor, en el momento decisivo. Apremiantes razones cronológicas lo urgen a declarar la guerra.

del archiduque Ferdinando, y que el mismo se desarrolle con la participación de representantes austro-húngaros. Serbia rechaza el planteo, pero adelanta una contrapropuesta: someter el caso a una conferencia internacional de arbitraje. Por toda respuesta, el 29 de julio, Francisco José declara la guerra a Serbia.

A posteriori esta sucesión de hechos parece una clara carrera hacia la gran conflagración. Nadie, empero, la interpretaba así hasta ese momento. Ninguna de las estocadas diplomáticas que venían cruzándose entre Serbia y el Imperio Austro-Húngaro había bastado aún para interrumpir la holganza del káiser en aguas noruegas o la tranquila gira turística que también Moltke, jefe del Estado Mayor alemán, efectuaba en esos momentos. Aun la declaración de guerra a Serbia parecía resistirse a desbordar el terreno de las formalidades diplomáticas. No se tradujo en inmediatas operaciones militares, ni había razones para suponer que el deficiente ejército austro-húngaro estuviera en condiciones de emprenderlas en las próximas semanas. No; el gesto de Francisco José no había bastado aún para sobresaltar a Europa.

El panorama varió veinticuatro horas después, cuando Rusia entendió que sólo la movilización general configuraba una respuesta adecuada a la

## EL INCENDIO SE EXTIENDE

Ya en 1892 Schlieffen había ideado los pormenores del ataque. El espíritu ofensivo que en los últimos años dominaba a los franceses no había descuidado, empero, la poderosa línea fortificada extendida sobre la breve frontera franco-germana tras el desastre de Sedan en 1870. Una invasión a Francia por esta vía, aunque posible en un plan de largo alcance, debía descartarse como fórmula de un triunfo fulminante. Schlieffen había imaginado, en consecuencia, un rodeo. El ejército alemán debía forzar su paso a través de Bélgica y caer sobre Francia desde el Norte en una maniobra envolvente que atrapara al grueso del ejército francés entre la columna invasora y la frontera. Ése fue el plan que resolvió aplicar Moltke, con milimétrica precisión. El 1º de agosto, es cierto, tropas alemanas cruzaban la frontera con Francia sin aguardar una formal declaración de guerra, que sólo había de producirse dos días después. Pero ésa no era la invasión sino, en todo caso, un distractivo. El peso mayor de la operación se recostaba sobre Bélgica. A las 24 horas de la declaración de guerra a Rusia, Alemania exigía a Alberto I un permiso de paso para las tropas alemanas por territorio belga. Las perspectivas de que efectivamente se accediera a



¡A París! Escenas de júbilo se suceden en las calles de Berlín, donde las mujeres despiden con alegría a los guerreros del káiser. Todas creen que será por pocas semanas.



lo solicitado eran mínimas, pero aun así valía la pena intentarlo. No porque una guerra con Bélgica resultara particularmente molesta para Alemania, sino porque Bélgica podía arrastrar a Gran Bretaña, su aliada y protectora.

Alberto I opuso a la exigencia del káiser una frase que hizo historia: "Bélgica es una nación, no un camino". El 4 de agosto las tropas alemanas irrumpían en su territorio. Pocas horas después Gran Bretaña declaraba la guerra a Alemania.

El conflicto, así, se extendía vertiginosamente, pese a los esfuerzos realizados por ambos bandos para limitarlo. Prueba de estos esfuerzos fue la demora en completarse las declaraciones de guerra entre los dos alineamientos de aliados. Francia y Gran Bretaña iban a tardar una semana más en decidirse a formalizar un estado de guerra con el Imperio Austro-Húngaro, y éste, a su vez, vaciló hasta el 6 de agosto antes de declarar la guerra a Rusia. El 3 de agosto se suscribía un pacto secreto entre Alemania y el Imperio Otomano, por el que también los turcos comprometían su ingreso en la guerra al lado de las potencias centrales, aunque iban a tardar un buen tiempo antes de decidirse a combatir.

Sólo Italia observaba, por el momento, una obstinada neutralidad, pese a los lazos que la

ligaban a Berlín y a Viena dentro del marco de la Triple Alianza. Fundaba esta actitud en el argumento de que, siendo la Triple Alianza una coalición defensiva, la guerra ofensiva emprendida por el káiser y por Francisco José no la comprometía a respaldarlos.

Así y todo, el cuadro bélico que presentaba Europa en esos momentos era impresionante. Para encontrar otro ejemplo de conflagración que revistiera semejante vastedad había que retroceder todo un siglo, hasta las guerras napoleónicas. Y, sin embargo, los pueblos de Europa no parecían particularmente apesadumbrados por el abismo que tenían delante. Quien recorra los viejos archivos fotográficos y los primerizos films documentales que dan testimonio de aquellos días hallará, por el contrario, escenas de entusiasmo. En Berlín, mujeres jubilosas marchaban al lado de los soldados que partían hacia el frente, inundando la agitada atmósfera alemana con un grito de sabor casi excursionista: "¡A París!". Episodios parecidos conmovían entretanto a la capital francesa, donde desfilaban rumbo a la batalla, entre multitudes enfervorizadas, soldaditos multicolores de chaquetas azules, pantalones rojos y gorro rojo. Hoy nos parecería increíble que se saliera a combatir con esa ropa. Pero en 1914, ¿qué significaba *combatir*? Europa llevaba dos

También en París, un solo grito inunda la ciudad: ¡A Berlín! Y también aquí todos están convencidos de que para la Navidad los muchachos estarán de vuelta...

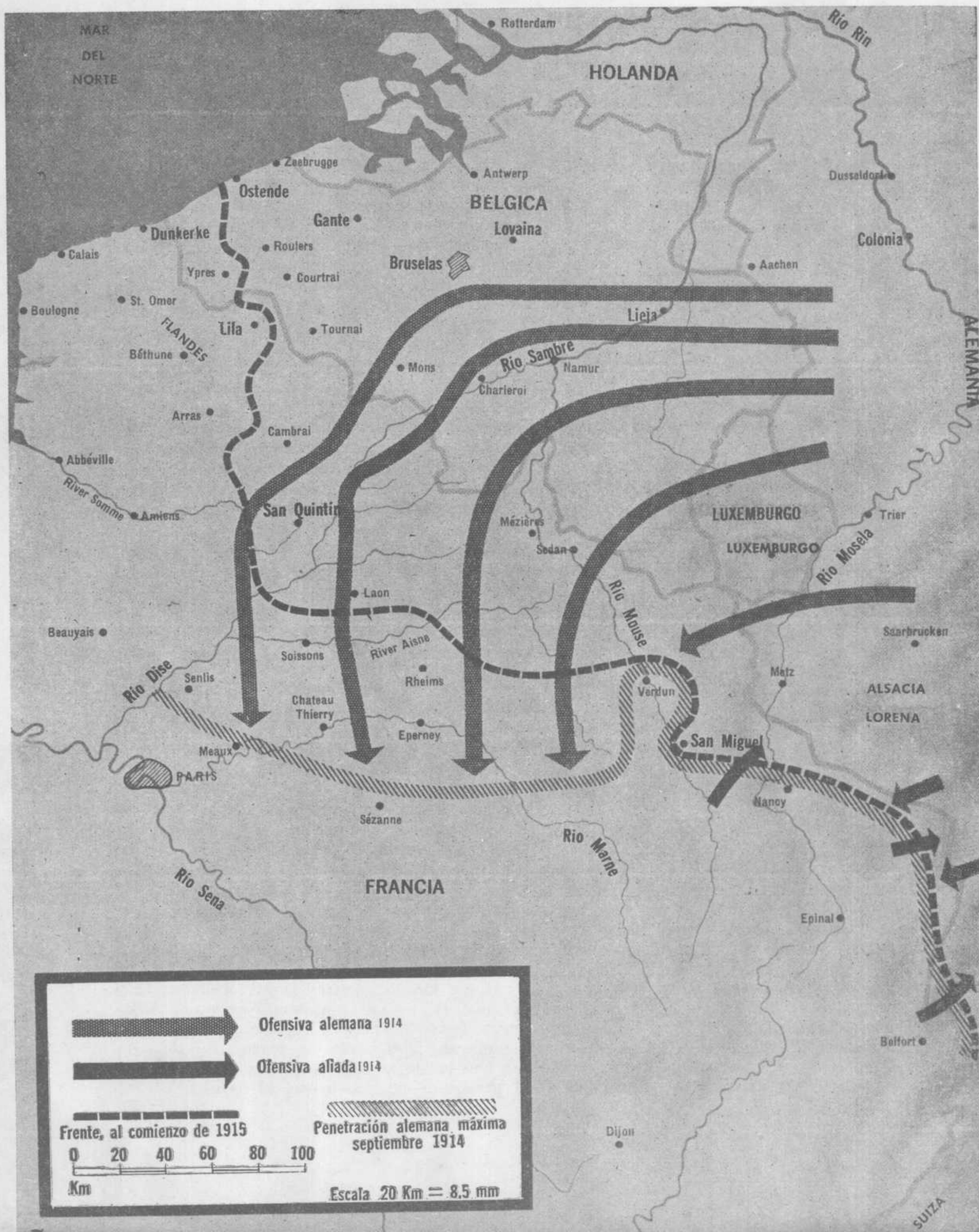




El general von Kluck tiene a su cargo la aplicación del plan Schlieffen en Bélgica.



Así comenzó la aplicación del plan Schlieffen: atacar a Francia mediante un rodeo por Bélgica.





generaciones aletargadas en días de paz. Salvo distantes tiroteos coloniales, nada serio había ocurrido desde 1870. La guerra no era siquiera un recuerdo. Era apenas una fantasía viva y colorida, encendida en los adolescentes de Europa —y también en los viejos— por textos de historia que la embellecían con decorados de aventura, de uniformes ufanos y de gloria. ¿Quién había vivido las tensiones, la suciedad, el miedo de una batalla? ¿Había algún general que debiera su jefatura a méritos de guerra y no al tranquilo desenvolvimiento de un escalafón o a favores políticos? Hoy, encallecidos por Hiroshima y por

mera perspectiva de combate. Lieja fue, en efecto, una piedra en el camino. Los belgas, pocos y mal equipados, se resistieron allí con ferocidad. El avance abrumador y cronométrico del Primer Ejército alemán, sorpresivamente, debió detenerse. Y permaneció detenido, perdiendo un tiempo precioso, hasta que llegaron al frente las ametralladoras presurosamente reclamadas por Kluck para afrontar la situación. Lieja incorporaba así al panorama de la guerra dos novedades de alcances incalculables: primero, el empleo de la ametralladora en gran escala, cosa que ocurría por primera vez en la historia; segundo, empezaba a



Con este pesado equipamiento avanzan las tropas del káiser en Bélgica. La fotografía ilustra claramente la enorme dificultad de las ofensivas en la guerra del '14. Sólo la defensa era motorizada; el ataque, no.

las bombas de *Napalm*, nos resistimos a encarar la guerra bajo las apariencias lustrosas de una parada militar. Pero en 1914, las muchedumbres de Europa no veían mucho más que eso en los acontecimientos que tenían por delante. Un desfile breve y victorioso antes de adornar los árboles de Navidad.

#### BÉLGICA CAE PERO UN PLAN SE DERRUMBA

La campaña de Bélgica no ofreció mayores dificultades al invasor. Pero tampoco fue el agradable paseo que había previsto el Estado Mayor alemán. El pequeño ejército de Alberto I no podía resistir la masa de hombres y armamentos que, bajo el mando del general Kluck, había lanzado sobre las planicies belgas el káiser. Los primeros tramos de la invasión fueron, efectivamente, un paseo. Nadie salía a resistirla, y el plan Schlieffen pudo dar sus pasos iniciales con rigurosa puntualidad. Resulta curioso que alguien haya elaborado un plan de ataque cuyo desarrollo sólo era posible en la medida en que no se le opusiera resistencia. Pero, asombrosamente, ésta parece haber sido la hipótesis en que se apoyaba. Y más asombrosamente aún, los hechos parecían justificarlo. Los hombres de Kluck marchaban sin tropiezos a través del paisaje belga, recorriendo a revientacaballos entre 25 y 30 kilómetros por día.

No era extraño que cuando en los alrededores de Lieja las tropas de Alberto I se decidieron a ofrecer resistencia fuera un ejército agotado el que, bajo las órdenes de Kluck, afrontaba su pri-

derrumbarse, en su primera confrontación con la realidad, una convicción estratégica que había presidido la instrucción militar de toda una generación: la creencia en la superioridad del ataque sobre la defensa. En Lieja, contra la expectativa de todos los estados mayores de Europa, un ataque sólo fue posible a precio de quintuplicar las fuerzas de la defensa. Defenderse, pues, era una táctica posible. Más aún, fácil. Y nadie lo había previsto ni tenía la menor idea teórica de cómo debía hacerse. Entre las paradojas de esta guerra, ésta quizás haya sido la mayor.

Lieja cae, al final, y el invasor enfurecido prácticamente la demuele. La guerra empieza a cobrar un sabor nuevo y amargo, que contrasta con las alegres celebraciones de pocos días antes. Ahora hay ira, y saña, y odio. Los belgas, de alguna manera, tienen que responder, devolver el golpe. Y lo hacen con una operación que introduce una traba nueva y más grave al desarrollo del plan Schlieffen: destruyen sus propias vías férreas a medida que se retiran. Para la consigna de rapidez que pesa sobre Kluck esto es catastrófico. Sus soldados no pueden proseguir su programa de marchas forzadas sin vías de aprovisionamiento capaces de apoyarlas con el mismo ritmo. La guerra fulminante proyectada por Schlieffen debe sujetarse a un compás más lento, y ya se sabía lo que eso significaba. Bruselas cae sólo el 20 de agosto. A tres largas semanas de la invasión los alemanes avistan Namur, el último centro fortificado en el camino a Francia.

Empezaba a divisarse la perspectiva de pesadez que se abría sobre la guerra recién iniciada. El desfile de pocas semanas se hallaba, un mes



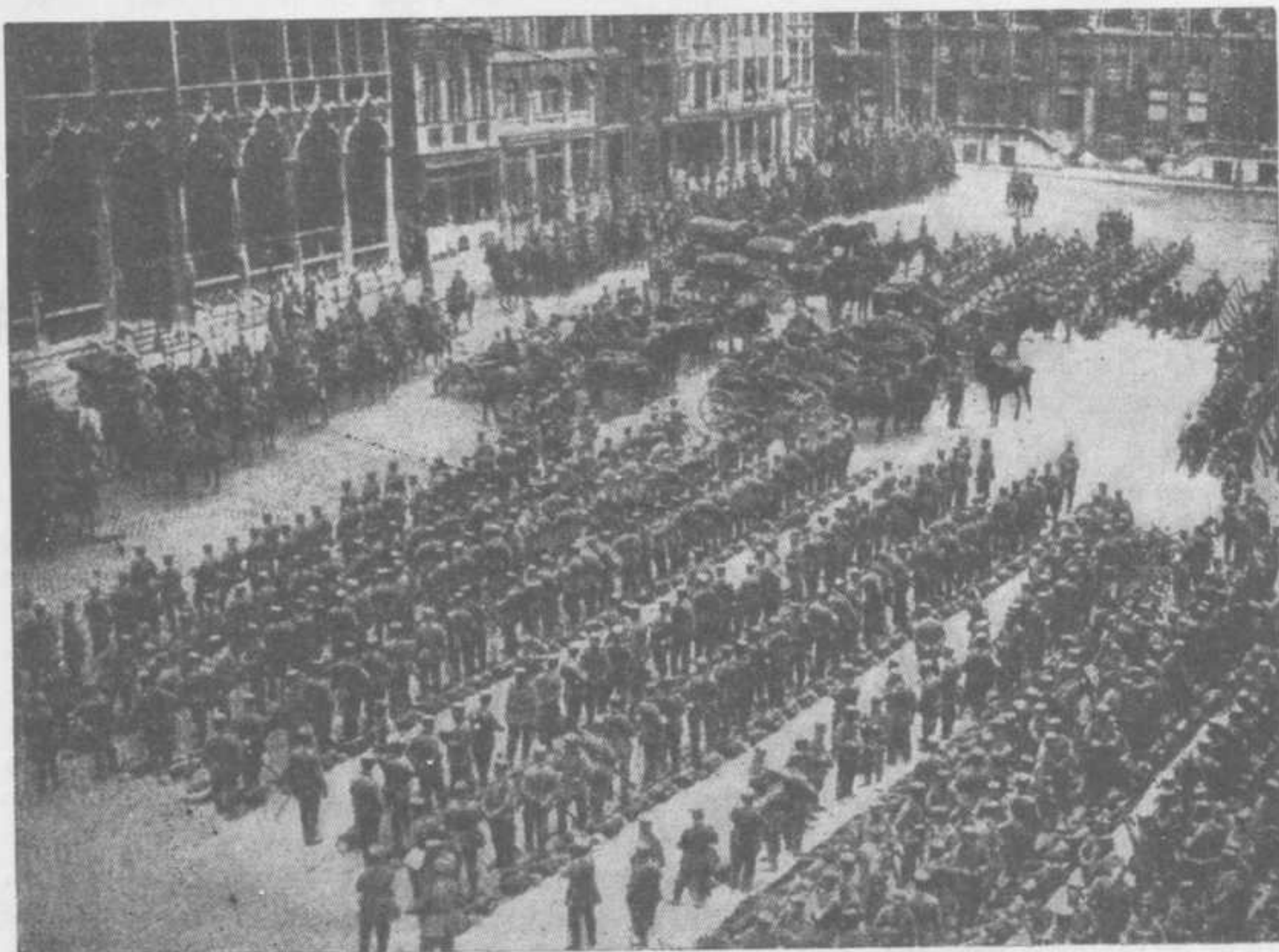
más tarde, sólo en sus comienzos. La lógica militar había previsto una lucha ágil, una guerra de movimientos. Y a la contienda del '14, cumplida una primera etapa de relativa agilidad en territorio belga, le aguardaban cuatro años de estancamiento. Increíblemente, la defensa no sólo era posible: era, además, lo único que daba resultado. Tanto las ofensivas como las contraofensivas terminaban fatalmente exhaustas tras un recorrido de pocos kilómetros. En vez de los frentes móviles que trazaban las cartografías militares, la realidad presentaba frentes quietos, empantanados en una tierra de nadie y que, imposibilitados de desplazarse, crecían hacia abajo, prendidos al terreno y echando raíces en las honduras húmedas y definitivas de las trincheras. ¿Qué había pasado?

## UN OLVIDO NOTABLE

Acaso parezca un exceso de mordacidad decir que los planes estratégicos de la época fueron trazados sin tener en cuenta que alguien había inventado la locomotora. Pero el hecho es que la presencia del tren, lejos de ser un componente central de las previsiones militares, configuró, inconcebiblemente, un factor imprevisto. Desde luego, se había contado con él. Alemania, sobre todo, había trazado toda una estrategia ferroviaria. Pero no se había contado con sus virtudes defensivas. Éste, en efecto, fue otro descuido increíble en todas las planificaciones estratégicas de la época. El país que más empeño dedicó a la tarea de asignar una función estratégica al ferrocarril fue Alemania. Pero esta previsión estaba contemplada dentro del plan de Schlieffen, que era, por excelencia, un plan ofensivo. Los hechos habían de demostrar más tarde que, precisamente por la existencia del ferrocarril, toda ofensiva estaba condenada al fracaso, a menos que hubiera un desnivel abismal entre las fuerzas de ambos bandos. Un ejército que avanzaba atacando, lo hacía a pie. El tren descargaba la tropa en un punto cercano al área delimitada por el avance

ofensivo; pero esta área, que debía cubrirse luchando o practicando desplazamientos tácticos que no podían sujetarse a una vía preestablecida, tenía que ser recorrida a pie. El armamento pesado y las provisiones eran arrastrados por caballos. Cuanto más profunda era la penetración ofensiva en el territorio enemigo, mayor era el área que debía cubrirse de esa manera. Casi nunca podían utilizarse allí las vías férreas del adversario, habitualmente inutilizadas por éste antes de dejarlas atrás en su retirada. Si la fuerza ofensiva era poderosa, mayores eran los esfuerzos que debían desarrollarse para asegurar el aprovisionamiento de aquélla y, en consecuencia, mayor la lentitud impuesta a su avance. La situación del enemigo, en cambio, era inversa. El transporte de tropas y provisiones a los puntos más expuestos se efectuaba por ferrocarril. El arribo de refuerzos para la defensa era siempre más veloz que el avance ofensivo. De esta suerte, toda ofensiva iba creando sobre la marcha las condiciones de su propio fracaso. Ésta es la clave fundamental del empantanamiento de cuatro años que fue la guerra del '14.

Poco fue lo que hicieron los franceses en defensa de sus aliados belgas. Por alguna razón inexplicable, el general Joffre, jefe del Estado Mayor francés, tarda varios días en convencerse de que el peso mayor de la agresión alemana se descargaba a través de Bélgica. Descuida, en consecuencia, el ala izquierda de sus efectivos y concentra todas sus fuerzas sobre el frente de Lorena. Allí lanza una ofensiva el 8 de agosto bajo la conducción del general Pau, que se estrella contra las fortificaciones alemanas. Joffre no se amilana, y el 14 de agosto descarga sobre el mismo punto todo el peso de su I y II ejército: diecinueve divisiones en total. La batalla de Morhange-Sarrenbourg paraliza la ofensiva francesa y, como resultado de los criterios militares de la época, frenar una ofensiva significaba derrotarla. Mantener defensivamente un punto conquistado no era una eventualidad con que contó el general Joffre. Si su avance había sido dete-



Bruselas. Los alemanes celebran la ocupación de la capital belga con una parada militar.



nido, no quedaba otro recurso que retroceder. Y los franceses retrocedieron, desconcertados y en desorden, hasta sus líneas fortificadas más inmediatas.

## LOS FRANCESES SON DERROTADOS OTRA VEZ

El hecho, con todo, introdujo una variante en el cuadro de previsiones del Estado Mayor alemán. La circunstancia de que, pese al avance germano en Bélgica, Joffre insistiera en localizar la lucha sobre el frente de Lorena planteó a Moltke la tentación de dar allí la batalla decisiva. Con tal propósito empezó a retirar fuerzas del frente belga. Seis divisiones alemanas se hallaban ya en marcha rumbo al Sur cuando la consolidación de los franceses en su línea fortificada convenció a Moltke de su error. Devuelve las seis divisiones al frente belga y ordena frenar el ataque en el área central. Y es entonces cuando el riguroso ejército alemán registra su primer episodio de indisciplina. El *Kronprinz* Ruprecht de Baviera, al mando de los efectivos alemanes de la zona, se resiste a dejar pasar una ocasión que, a su juicio, es ideal para cosechar una aureola de prestigio personal y, desobedeciendo órdenes de Moltke, lleva adelante el ataque. Los franceses, empero, se mantienen inmovibles en sus fortificaciones. La lucha queda estancada en Lorena, y vuelve a cobrar relieve el frente belga.



El general Joffre (izquierda), comandante en jefe del ejército francés, un terco militar de la vieja escuela, que no aprendía con la experiencia. Aquí lo vemos con el general Ferdinand Foch, que ha de ser su sucesor.



Para los ingleses, maestros de la conquista colonial, es ésta una guerra insólita. Sir John French, comandante de las fuerzas británicas en Francia, la considera una cosa poco seria.

A esta altura, Joffre empieza ya a percatarse de que el Norte es el teatro elegido por los alemanes para desarrollar los aspectos más importantes de la invasión, y decide centralizar sus mayores esfuerzos defensivos sobre el área del Norte. Es decir, encarar allí el único procedimiento defensivo que conocía: el ataque. Su propósito era irrumpir lateralmente sobre las fuerzas de Kluck, que ante la inesperada resistencia de Lieja habían desplazado ligeramente hacia el Sur el curso de su avance. El Estado Mayor alemán, desde luego, había previsto esta operación y había reforzado considerablemente el flanco izquierdo

de sus efectivos. El Tercer y Cuarto ejército francés cayó sobre ellos a través de las Ardenas, y tropezaron con su segunda gran derrota. Esta vez conspiró contra los planes de Joffre un monstruoso error de los servicios franceses de inteligencia. Éstos habían calculado que los efectivos alemanes disponibles para el frente del Oeste ascendían, a lo sumo, a 68 divisiones. Toda la estrategia francesa se trazó, pues, con arreglo a este dato. Los servicios franceses habían aplicado al ejército alemán los cánones vigentes para el francés, según los cuales un ejército se compone fundamentalmente de tropas activas, mien-



El gobierno francés huye de París. Un cartel del jefe de la guarnición, general Galliéni, lo explica como una decisión destinada a "dar nuevo impulso a la defensa nacional".



tras los reservistas constituían un recurso de última instancia, al que sólo podía echarse mano tras un largo período de preparación. Alemania, en cambio, había adoptado una estructuración militar que preveía un alistamiento permanente de reservas y su inclusión entre sus efectivos de línea a un nivel casi parejo al de la tropa activa. De esta suerte, ya el 1º de agosto, fecha inicial de la guerra, Alemania podía contabilizar 15 divisiones de reserva (*Landwehr*) listas para entrar en acción contra las fuerzas francesas. Para empeorar las cosas, la mayor parte de dichos efectivos se hallaba en el Norte, de manera tal que, si en el cálculo general los servicios franceses de inteligencia habían cometido un error del 15 %, en la zona Norte el error ascendía al 50 %. Las fuerzas que debieron enfrentar en las Ardenas el III y IV ejército francés eran exactamente el doble de lo previsto. Los soldados franceses se estrellan contra ellas sin ganar un metro de terreno. Y también aquí, como en Lorena pocos días antes, se repliegan en caótico desorden sin ensayar la menor tentativa de defensa.

Sólo la presencia de la Fuerza Expedicionaria británica, que aquí ha de recibir su bautismo de fuego, atenúa en algo la magnitud de la derrota francesa. El 20 de agosto los ingleses habían tomado posiciones ya a la izquierda de los efectivos franceses. Durante dos días avanzaron incontrastados hasta alcanzar la ciudad de Mons. Allí fueron atacados por los alemanes y resistieron el embate con éxito. La proverbial celeridad de sus fusileros creó en los alemanes la impresión de que el arma predominante de los efectivos británicos era la ametralladora. La verdad es que sólo había dos ametralladoras. El resto del espectáculo se debía a un espléndido alineamiento de fusiles disparando 15 tiros por minuto. No fue una gran batalla, pero fue para Alemania la primera derrota significativa. Así y todo, los ingleses debieron retroceder, forzados por factores extraños a su propia actuación. El repliegue francés a su derecha los dejaba totalmente desguarnecidos, y no tuvieron más remedio que acompañar a sus aliados en un retroceso que el 26 de agosto se detuvo en Le Cateau. Allí los ingleses enfrentaron otro ataque alemán y recogieron su segundo éxito de la guerra.

A su derecha, el repliegue francés proseguía y los británicos reanudaron, en consecuencia, la suya. Era desolador ganar dos batallas para retroceder, pero no había otra alternativa. Pasaron días sin que uno u otro bando disparara un solo tiro. Para *sir* John French, el comandante en jefe del ejército británico, ésta no era exactamente una guerra agradable. Sus hombres, distanciados de los franceses, cuyo repliegue observaba un ritmo inalcanzable, y condenados a esquivar la presencia de los alemanes, desempeñaban, en verdad, un triste papel. Esta situación explicaba, aunque no disculpaba, el mensaje que un buen día empalideció a Kitchner, secretario de Guerra de Su Majestad. French anunciaba su decisión de retirarse a St. Nazaire, sobre la costa atlántica de Francia, en vista de que los acontecimientos tomaban un giro poco serio. Kitchner partió en el acto rumbo a París, se introdujo en su autoritario uniforme de mariscal de campo y detonó sobre su comandante en jefe la orden de conservar sus posiciones. Las circunstancias que lo rodeaban en ese momento no eran las más apropiadas para alentarle en su energía: el gobierno y el parlamento de Francia huían de París rumbo a Burdeos.

#### LA PRIMERA BATALLA DEL MARNE

Entretanto, un nuevo factor vino a aliviar la situación de los franceses. Los alemanes llevaban ya tres semanas aplicando las prescripciones del plan Schlieffen, y Moltke entendió que había pasado ya un tiempo razonable como para considerar que había ganado la guerra. Lo previsto era ganarla en ese plazo. El plazo se cumplió. Luego, la guerra se ha ganado. La lógica de los estados mayores suele tener tales tropiezos.

La conclusión resultaba tentadora, por otra parte, a la luz de los hechos. La huida del gobierno francés a Burdeos era, si no una confirmación, un símbolo de la derrota. Moltke cedió al espejismo y, tranquilamente, empezó a retirar divisiones del frente occidental. Había llegado la hora de arreglar cuentas con Rusia. El entusiasmo reinante en la oficialidad del káiser era indescriptible. La imagen de Sedan revivía con su sabor de gloria y, como entonces, Alemania tenía por





Moltke. No tuvo demasiada suerte.

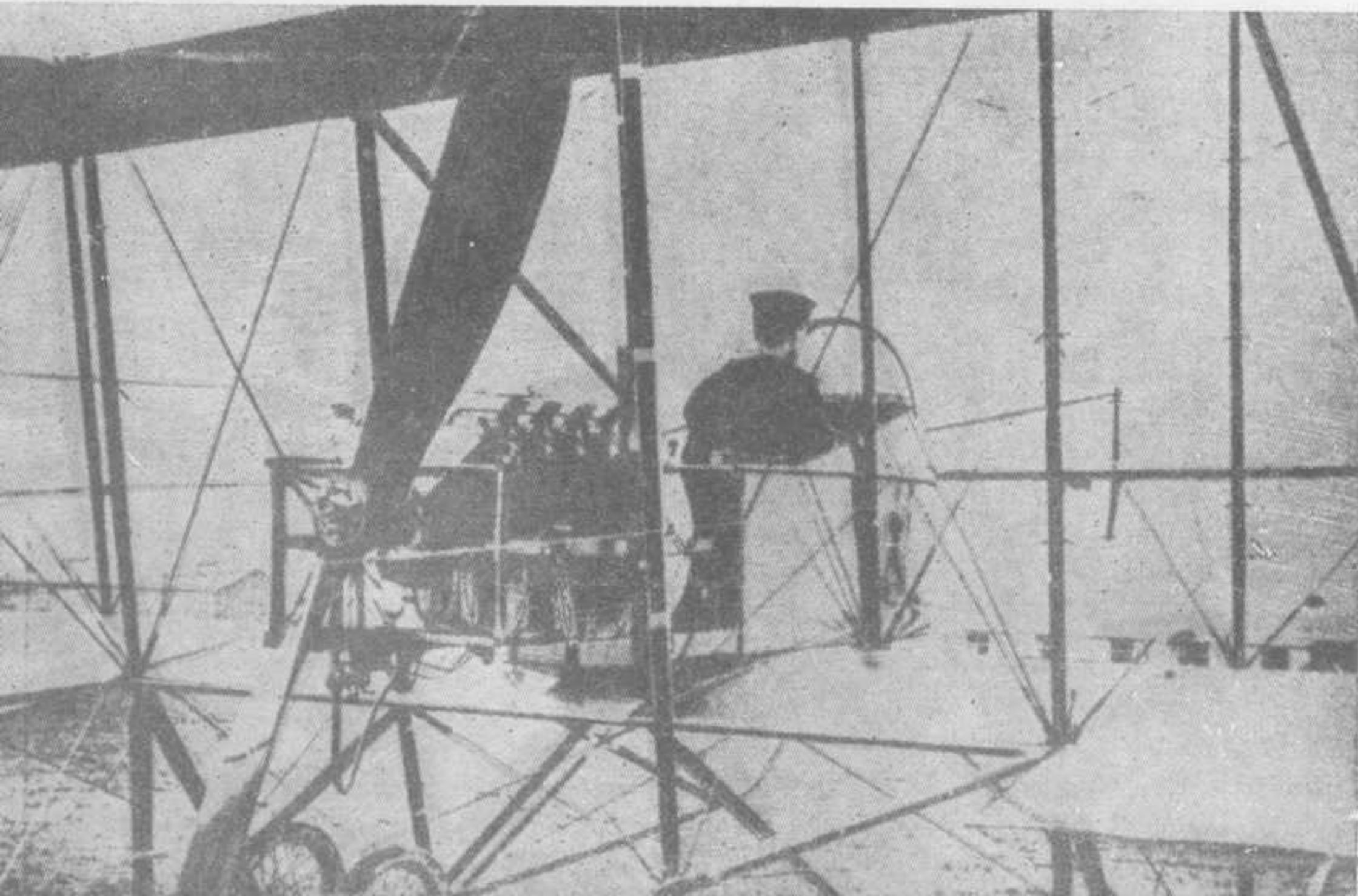
delante días de júbilo consagrados al recuento del botín: tantos prisioneros..., tantos cañones...

Pero, asombrosamente, este aspecto contable de las grandes victorias era un ingrediente que faltaba todavía en la que se prestaba a celebrar Alemania. No había prisioneros, o los había en cantidad tan exigua que resultaba imposible asociarlos con un triunfo. Lo mismo ocurría con los armamentos. El botín que cabía prever como lógico resultado de un triunfo decisivo no aparecía. La victoria que empezaba a festejarse no aportaba mayores evidencias de una derrota enemiga.

Moltke empezó a sospechar un error de información. Las comunicaciones no eran fáciles en aquellos días. El teléfono era todavía un artefacto precario, de escasa utilidad para distancias superiores a los 200 kilómetros. Los mensajes del frente llegaban muy mediatizados y expuestos a deformaciones. Uno de dichos mensajes dio a Moltke la pauta de que las cosas no marchaban tan bien como se creía. El general Kluck, que hasta esos momentos había llevado el peso mayor del rodeo a través de Bélgica prescripto por el plan Schlieffen, pidió a principios de setiembre una urgente autorización para dar un paso no previsto por aquél. Una vez más, los hechos habían condenado la unánime confianza de la época en la invencibilidad de la ofensiva. El re-

pliegue francés había facilitado a los alemanes un avance mucho más veloz que el correspondiente suministro de provisiones. Era la historia de siempre, la imposibilidad congénita de toda ofensiva, condenada a frustrarse por la diferencia de ritmo entre el propio aprovisionamiento y el del enemigo. Kluck se hallaba así en las proximidades de París, pero peligrosamente segregado de sus centros de aprovisionamiento. El plan Schlieffen prescribía completar el rodeo encerrando a París por el Oeste, pero si Kluck acataba esta consigna dejaba abierto un peligroso vacío entre sus propios efectivos y los de Bülow, que, más al Sur, resistía en esos momentos una súbita ofensiva local dispuesta por Joffre para aliviar la presión alemana sobre el cuerpo expedicionario británico. El envío de refuerzos y de provisiones para cubrir tal vacío habría tardado, forzosamente, cierto tiempo. Si, por otra parte, Kluck decidía avanzar por el este de la capital francesa, no desguarnecía el terreno que lo separaba de Bülow, pero quedaba peligrosamente expuesto a un ataque de los efectivos franceses que, bajo el mando de Gallieni, integraban la guarnición de París. Con todo, era importante en ese momento no descuidar el área de Bülow, comprometida por el ataque francés que conducía el general Lanrezac. Bülow mismo pidió a Kluck que descendiera por el este de París a fin de aliviarlo de la presión francesa. Kluck no quiso asumir por su cuenta la responsabilidad de transgredir el plan Schlieffen y decidió pedir autorización al Estado Mayor. Ése fue, en efecto, el mensaje que ensombreció el ánimo de Moltke, quien temía las ofensivas francesas por las mismas razones que lo llevaban a confiar en las propias. El detalle de que Bülow ya hubiera frenado con sus propias fuerzas el ataque de Lanrezac no impidió que Moltke ordenara a Kluck un inmediato desvío hacia el Sur. Tras fracasar en sus previsiones, el plan Schlieffen fracasaba ahora en su ejecución. Los alemanes empezaban a improvisar.

Se inició a partir de ese momento un período de curiosos malentendidos en ambos bandos. Moltke ya venía conduciendo las cosas de un modo desastroso, pero contaba con la ventaja de que en el campo adversario Joffre no lo estaba haciendo mejor. El comandante francés, en efecto, entendió que el acercamiento de Kluck a las fuerzas de Bülow debía ser detenido a toda costa. Ignoraba así las posibilidades de un



Aunque parezca mentira, éste era un avión de reconocimiento francés. Vigilaba los alrededores de París. En cualquier momento podían aparecer los alemanes.



ataque lateral a la columna de Kluck con los efectivos de la guarnición parisiense. Gallieni, en cambio, más avisado que su comandante en jefe, consideraba natural permitir el avance alemán a fin de atacar el flanco de la columna invasora y partirla en dos. Joffre y Gallieni se embarcaron entonces en dos planes distintos y contradictorios que acabaron neutralizándose entre sí. El primero perseguía un triunfo decisivo a través de un ataque frontal; el segundo aprestaba sus fuerzas para el ataque lateral. Cualquiera de las dos operaciones requería, para llevarse a cabo con alguna perspectiva de éxito, que la otra no se realizara. Realizándose las dos, ocurrió que ni Joffre pudo lograr un triunfo decisivo porque Kluck, alertado sobre los preparativos de Gallieni, inició un rápido repliegue; ni Gallieni pudo cortar la columna germana porque Joffre, en discrepancia con él, no había previsto asistirlo con los refuerzos necesarios. Kluck se vio remitido así a su posición originaria, e imposibilitado de proseguir el avance por el oeste de París debido a que las fuerzas de Gallieni, aunque insuficientes para introducir una cuña en las filas enemigas, bastaron para frenarlas.

Paradójicamente, la suma de estos dos fracasos franceses arrojó como resultado un éxito. Se había conseguido, por lo menos, abrir el vacío, tan temido por los alemanes, entre las fuerzas de Kluck y las de Bülow. En el centro de dicho hueco se hallaba el cuerpo expedicionario británico. Los esfuerzos conjuntos de Joffre y de Kitchner habían apaciguado ya a *sir* John French, que se hallaba decidido ahora a detener su desolador retroceso e, incluso, a ensayar un tímido avance. Y aquí tropezó con el segundo absurdo



Gallieni, el astuto jefe de la guarnición parisina. Sus desinteligencias con Joffre eran proverbiales. Casi siempre tenía razón.

de esta paradójica campaña. Tras replegarse ganando batallas, los británicos avanzaban ahora sin darlas. No había quien les saliera al paso. Azorados, se encontraron en poco tiempo cuarenta kilómetros por detrás de las líneas enemigas. Para los alemanes, ya alarmados por el empanatamiento de Bülow en el Sur y de Kluck en el Norte, la sorpresiva información del avance británico completó un panorama de desastre. Moltke incurrió entonces en una exageración similar a la de creer, pocos días antes, que había ganado la guerra. Ordenó un repliegue general a lo largo de todo el frente francés.

La situación ahora se invertía. El retroceso alemán abría el camino a una ofensiva aliada que, a poco de andar, había de correr la suerte de todas las ofensivas. El 14 de setiembre los ale-

Los franceses aprenden. Ya saben que la guerra no ha de ser una parada militar y abandonan su vistoso uniforme rojo y azul. Aquí los vemos, por primera vez, racionalmente vestidos de gris.





manes se detuvieron a orillas del Aisne, donde sus posibilidades de aprovisionamiento les permitían armar una línea defensiva. Allí cavaron trincheras y las guarnecieron con ametralladoras. Los aliados, frenados así en su ofensiva, hicieron otro tanto. Para unos y otros la guerra empezaba a cifrarse en la imposibilidad de avanzar. La trinchera acabó con la guerra de movimientos y endureció un frente tedioso e inmóvil, que los soldados sobrellevaban cursando mensajes cantados sobre la tierra de nadie, entre las dos hileras de trincheras enfrentadas. Tres meses más tarde alemanes y franceses saldrían un rato de sus madrigueras para desearse una feliz Navidad.

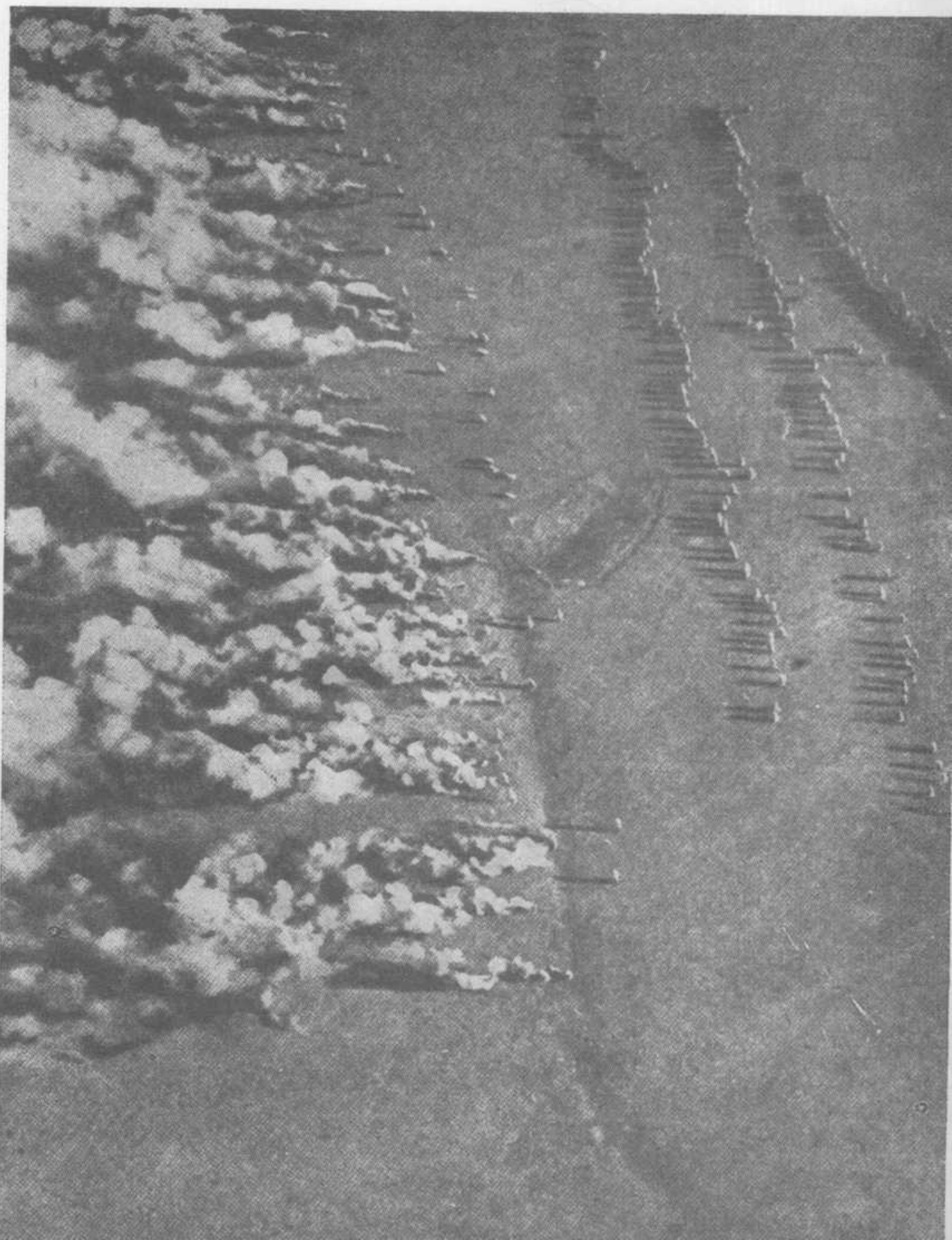
Así terminó esa sucesión de errores, malentendidos y desencuentros que se conoce como la *Batalla del Marne*. Con ella acaba la guerra de movimientos, la guerra prevista por los estados mayores. Curiosamente, la sabiduría militar de la época había alcanzado a cubrir, apenas, sesenta días de la contienda. De allí en adelante habrían de transcurrir cuatro años de desconcierto.

Los días siguientes registraron estertores de movimientos en medio de un frente que se iba congelando con rapidez. Los alemanes se alarmaron por la falsa noticia de un desembarco británico en las costas de Bélgica. Era apenas un rumor, pero bastó para determinar un momentáneo em-

puje alemán hacia el Norte, con miras a neutralizar eventuales puntos de desembarco. Aparentemente, tanto Joffre como French ignoraron el peligro potencial de ese movimiento y dejaron a los belgas la responsabilidad exclusiva de resistirlo. Sólo Winston Churchill, para entonces primer lord del Almirantazgo, advirtió la urgencia de reforzar las defensas belgas, y cruzó el Canal al mando de tres mil hombres rumbo a Antwerp.

Así y todo, las fuerzas de la defensa resultaron insuficientes, y Antwerp cayó el 10 de octubre. Pero la iniciativa de Churchill había servido, por lo menos, para frenar por un tiempo la marcha de los alemanes hacia la costa y para quebrar el raro menosprecio de Joffre y French por el frente belga. Cuando los alemanes intentaron reanudar su "carrera hacia el mar" las defensas aliadas ya habían recibido refuerzos. En Ypres tuvo lugar uno de los encuentros más sangrientos hasta ese momento entre ingleses y alemanes. Estos últimos, numéricamente superiores, perforaron la primera línea defensiva de los ingleses, pero una segunda línea, velozmente engrosada con refuerzos, logró resistir, aunque con grandes pérdidas, el embate germano. Fue éste el último episodio de movilidad en el frente del Oeste, ya solidificado en el resto de su extensión.

Se estrena una nueva arma: los gases. Se la creyó el arma definitiva y absoluta, pero sus primeros ensayos fueron decepcionantes.





## MIENTRAS TANTO EN EL FRENTE ORIENTAL

Otras latitudes, entretanto, no reservaban mejor suerte a la "guerra fulminante" que había planeado el Estado Mayor alemán. Francisco José tardó días en aceptar la evidencia de que debía representar algún papel en la hecatombe que él mismo había provocado, y sólo el 11 de agosto las presiones del káiser lograron animarlo a ensayar una tímida invasión a Servia. Pero fueron muy breves, para el ejército austro-húngaro, las delicias de la conquista. A fines de octubre los servios ya habían liberado las escasas áreas ocupadas de su propio territorio y ya estaban invadiendo el sur de Hungría. El káiser tuvo que distraer fuerzas de otros frentes para correr a suplir las ineptitudes de su aliado, y sólo así se logró frenar el increíble embate servio.

Pero para Alemania ya estaba ocurriendo lo peor. Mientras sus tropas se iban estancando en el frente occidental, la movilización rusa empezaba a dar sus primeros resultados. El ejército del zar invadía ya Prusia Oriental y se desplazaba por Galitzia, en territorio austro-húngaro. La campaña del Norte, con ser desastrosa para Rusia,

creó un distractivo más para las ya dispersas fuerzas germanas. Dos ejércitos rusos avanzaron sobre Prusia, separados por el lago Masuriano. Los alemanes, formalmente conducidos allí por el mariscal Hindenburg, desarrollaron en Tannenberg una hábil táctica defensiva cuyo mérito exclusivo fue del general Hoffman, que ya había desbaratado los planes del zar antes que Hindenburg se hiciera cargo de la situación. Hoffman retiró sus efectivos del Norte, despejando momentáneamente el camino al ejército ruso que avanzaba por la derecha del Masuriano. Logró así una considerable concentración de fuerzas en el Sur, donde destruyó en pocos días el segundo de los ejércitos zaristas. Cerca de 100.000 prisioneros rusos fueron capturados allí por las tropas de Hoffman. El ejército ruso del Norte, desguarnecido así en su flanco izquierdo y abocado ahora a la perspectiva de enfrentar a la totalidad de los efectivos alemanes de la zona, no tuvo otra alternativa que el repliegue.

Mayor éxito tuvieron los rusos en Galitzia. Fue una campaña terriblemente desordenada, en la que no pudieron funcionar los esquemas habituales por falta de una red ferroviaria. Éste había sido otro de los incalculables descuidos estratégicos



Ypres sufre los efectos de la artillería alemana. Su vieja catedral es incendiada.



El mariscal Hindenburg, todo un prócer viviente que poco sabe de guerras modernas, es enviado al frente del Este. Por las dudas le ponen al lado al general Ludendorff.



del imperio Austro-Húngaro. Por una vez, la defensa era tan endeble como el ataque. Dos ejércitos enemigos, igualmente maltrechos, batallaron durante un mes en la inmensidad desierta de Galitzia, sin que a favor o en contra de cualquiera de ellos pudieran pesar otros factores que sus respectivas envergaduras numéricas. Y en este terreno llevaban considerable ventaja las fuerzas del zar. Para principios de noviembre el embate ruso ya había cubierto toda Galitzia, y habría proseguido, sin duda, si el káiser no hubiese decidido que, también allí, sus fuerzas debían acudir a reforzar las vulnerables defensas de su aliado. Y entonces también el frente de Galitzia cayó en el estancamiento general.

El hecho es que, aunque con relativo éxito, los alemanes ya estaban peleando en dos frentes. El plan Schlieffen había fracasado. Según el criterio estratégico que lo había presidido, lo único previsible a partir de ese momento era la derrota. Pero el mismo fracaso del plan invalidaba el criterio que lo informaba y, paradójicamente, creaba en el ánimo de los alemanes una esperanza de triunfo. La guerra, esa guerra desconocida e imprevista, podía incluir entre sus imprevistos una posibilidad de victoria allí donde los criterios prebélicos la descartaban. La lógica militar, en rigor, habría dictaminado para ese momento la conveniencia de emprender sondeos de paz. Pero la guerra había adquirido un giro ilógico, y no era del todo incoherente adoptar frente a él la decisión ilógica de proseguirla. Tal fue la decisión del káiser, que echó por la borda las viejas planificaciones de su Estado Mayor, y con ellas

al general Moltke, que el 14 de setiembre fue reemplazado por Falkenhayn, un general de criterios más elásticos, menos afecto al rigor de los esquemas y más apto, en consecuencia, para afrontar esa mezcla caótica de esperanza y desconcierto que iba a ser la guerra de allí en adelante.

### ...Y EN EL RESTO DEL MUNDO

Si tal era el panorama que presentaba Europa, escenario central de la Gran Guerra, también en la periferia del mundo se verificaban, en sordina, débiles reverberaciones de aquél. Tropas canadienses, neozelandesas, sudafricanas, libraban las escaramuzas coloniales de la guerra. Alemania perdió en África sus territorios del Sudoeste y opuso una dramática resistencia, que duró toda la guerra, contra los efectivos imperiales británicos que atacaron sus posesiones del Este. El Japón, entretanto, había decidido participar en la guerra como aliado de Gran Bretaña, y desalojó a los alemanes de Shantung y de sus esferas de influencia en China.

En todas estas áreas, salvo episodios bélicos aislados, la guerra no tuvo otras exteriorizaciones que los movimientos preventivos. Custodia de puntos estratégicos vitales y concentración de efectivos en torno de zonas mineras y petrolíferas. La guerra efectiva, aunque ya se adjetivaba como "mundial", se hallaba restringida aún al escenario europeo. Y allí ingresa en 1915 paralizada en las trincheras.





La campaña de reclutamiento tiene un éxito inesperado. Luego no habrá equipos para tantos voluntarios.

### CAPÍTULO III

1915

#### LA GUERRA SE ESTANCA Y TRANSFORMA

A esta altura resultaba visible ya la perspectiva de una guerra larga. Los efectos de este hecho sobre los países combatientes eran incalculables. Los gobiernos temían que, sobre las expectativas de una definición rápida, la evidencia del estancamiento debilitaría peligrosamente la moral de las tropas y de la población civil. Se recurrió entonces a la política del ocultamiento. La censura fue aplicada con una intensidad desconocida en otras guerras. El pueblo alemán no fue enterado del repliegue de sus ejércitos sobre el Marne; el pueblo francés no supo que la frontera se había paralizado y vivió un buen tiempo alimentado con la fantasía de triunfos diarios que ni por asomo reflejaban el hastío de las trincheras; el pueblo inglés no se enteró del retroceso a marcha forzada que venía practicando su fuerza expedicionaria en el norte de Europa. A principios de 1915 resultaba incomprendible la prosecución de la guerra para el hombre de la calle que en París, en Berlín y en Londres vivía dirigiendo su cotidiana ilusión de victoria. Y entró en escena entonces otro gran personaje de todas las guerras, pero singularmente protagonista en la del '14: el rumor. De boca en boca se multiplicaban los ceros en las cifras de los muertos, de los prisioneros, de los heridos. En Alemania cundía la versión —no del todo

inexacta— de avalanchas humanas que descendían de las estepas sobre las fortificaciones del frente oriental. Y en París madres horrorizadas recogían la versión de que los soldados del káiser segaban con saña las manos de los niños belgas.

Se perfilaba de este modo un estado de conciencia cuyo primer resultado fueron las inacabables colas de voluntarios enfurecidos frente a las oficinas de reclutamiento. Particularmente en Inglaterra esta agitación entre indignada y patriótica creó situaciones insospechadas. Allí el reclutamiento voluntario había sido estimulado publicitariamente por ser la vía prevista para el mantenimiento de una fuerza armada, ya que la conscripción no era obligatoria. Pero los rumores agregaron estímulos adicionales a los que ya se habían volcado en los carteles murales que llenaban las calles de Inglaterra con caldeadas apelaciones al patriotismo. Y el efecto de este llamado a las armas desbordó las previsiones más optimistas. Los planes oficiales se habían ajustado a una perspectiva de 100.000 voluntarios en seis meses. Pero sólo el primer mes registró cinco veces esa cifra. A los seis meses los voluntarios superaban holgadamente el millón. Un año más, y serían tres millones.

Con variantes Francia y Alemania experimentaban también el mismo proceso. El fracaso de la guerra fulminante creaba la necesidad de absorber más hombres y de producir más equipos para tales hombres. Inconcebiblemente, nadie ha-



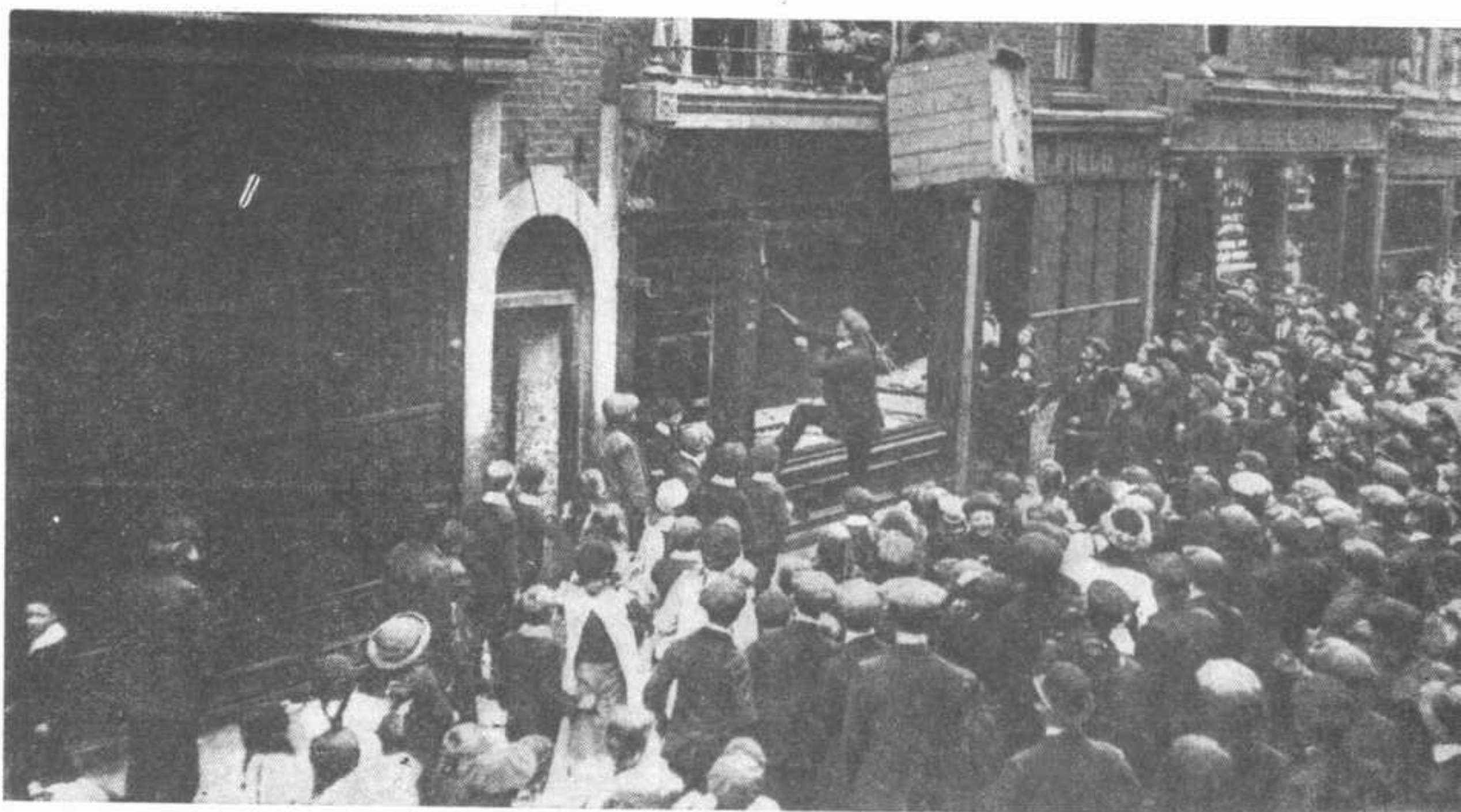
bía sospechado esta eventualidad. Una guerra que, lógicamente hablando, iba a durar unas pocas semanas habría de definirse sin necesidad de más equipos que los existentes al iniciarse las hostilidades. Ningún país había soñado siquiera con alterar, en el campo industrial, las pautas de los tiempos de paz. Y los hechos empezaban a demostrar que no sólo había que introducir variaciones de intensidad en la producción industrial acostumbrada, sino que debía procederse a toda una reestructuración. Los hechos imponían dramáticamente una consigna que ni estrategas ni economistas habían incluido en sus cálculos: la conversión de una industria de paz en industria de guerra. La sola idea de una industria de guerra era nueva, y aparecían vocablos nuevos para nombrarla. Por primera vez cobraba cuerpo en la conciencia pública la noción de que la guerra no se libraba sólo en los frentes de batalla. Al principio se daba por supuesto que detrás del frente no podía reinar otra cosa que la normalidad. "*Business as usual*!" era la consigna que marcaba Churchill en los primeros tiempos de la guerra, para quienes no tenían participación directa en el remoto fragor de los combates. Pero ahora había que cambiar de idea. Y Lloyd George habría de inyectar a gritos en la conciencia británica la convicción de que la guerra tenía por escenario no sólo el frente de combate, sino también un "frente industrial". Tanto los sindicatos como los empresarios se resistían a esta novedad de tener que sujetarse a rigores de sabor militar. Y Lloyd George, en su cargo de ministro de Municiones, tuvo que abatir esta resistencia o idear los rodeos necesarios para asegurar la producción bélica británica allí donde la mentalidad civil seguía aferrada a exigencias y rutinas de paz. Tuvo que perforar ideas sedimentadas durante más de un siglo en el pueblo inglés. En los industriales, la concepción liberal de la economía libre. En los obreros, la lucha de clases.

ingleses conocieron los horrores de un bombardeo aéreo. El aire no se había convertido aún en un cabal escenario de combate. Los precarios aeroplanos de la época servían apenas para breves operaciones de reconocimiento, pero la idea de emplearlos para bombardear posiciones enemigas no se había abierto camino en los criterios estratégicos de aquellos años. Los alemanes fueron los primeros en encarar esta posibilidad y recurrieron al mastodóntico invento del conde von Zeppelin. A principios de 1915 estos inmensos aparatos empezaron a surcar los cielos de Gran Bretaña y a descargar explosivos sobre objetivos militares, aunque sin poner demasiado esmero en ahorrar vidas civiles. Psicológicamente, el efecto de los *raids* aéreos fue electrizante. Los rumores que ya corrían sobre la barbarie alemana hallaban una pavorosa confirmación en la misma vida doméstica del pueblo inglés. Gran Bretaña tenía ahora una viva y dolorosa experiencia de algo que en boca de extraños innovadores como Lloyd George parecía una locura: bajo la amenaza del aire cada inglés era un combatiente.

#### ALEMANIA SE VUELCA AL FRENTE ORIENTAL

También en otros terrenos empezaron a verificarse procesos equivalentes a esta especie de revolución que se estaba produciendo en el campo industrial. Si el año 1915 nos muestra algún signo distintivo es precisamente éste: es el año en que empiezan a sedimentar las ideas nuevas que imponen los hechos sobre las ruinas de los esquemas prebélicos. En Alemania la exteriorización más visible de este desarrollo fue la rapidez con que, en mérito particular a la mente ágil de Falkenhayn, se hizo conciencia de la inutilidad del plan Schlieffen y la urgencia de armar otros esquemas. Con singular audacia Falkenhayn operó un giro de 180° con relación al criterio estra-

¿Quién habló de flema británica? En Londres, muchedumbres enfurecidas saquean y destruyen tiendas de alemanes.



Pero allí donde fracasaban las argumentaciones de Lloyd George, los mismos alemanes habrían de despertar la conciencia oficial de Gran Bretaña a la evidencia de que el frente interno era una realidad. Por primera vez en la historia los

tégico que había guiado los pasos de Moltke. Si el plan Schlieffen no servía, la solución no estribaba en introducirle modificaciones de detalle sino en hacer exactamente lo contrario. Y en efecto, la estrategia desarrollada por Alemania





El zar trata de infundir ánimos a sus soldados.

en 1915 no fue sino un plan Schlieffen invertido. Su diseño originario había previsto una ofensiva relámpago contra Francia para luego descargar todas las fuerzas de Alemania contra el imperio zarista. Los hechos habían demostrado que una derrota fulminante de Francia era imposible. Pero habían demostrado también que a Francia le resultaba igualmente imposible quebrar las defensas alemanas. El estancamiento del frente occidental y la imprevista facilidad de las tácticas defensivas permitían, de alguna manera, no aguardar la derrota francesa para hacer lo que el plan Schlieffen sólo consideraba posible como resultado de la derrota francesa: concentrar la atención sobre el frente del Este. En abierta contradicción con las prescripciones de Schlieffen, Falkenhayn planificó las operaciones de 1915 sobre la base de dejar en suspenso el empantanado frente del Oeste y concentrar fuerzas en una ofensiva que pusiera fuera de combate a Rusia, para después descargar todo el potencial bélico de Alemania contra las fuerzas anglo-francesas.

Semejante subversión de esquemas tropezó, desde luego, con mentes tradicionalistas como las de Hindenburg y Ludendorff, ambos a cargo del frente prusiano. Éstos no veían con malos ojos la improvisación de un plan Schlieffen para el Este; sobre todo porque allí se encontraban ellos, y la cosa podía consentirles algún lucimiento. Pero, eso sí, debía ser un plan Schlieffen; es decir, no un ataque frontal, sino un rodeo lateral apuntado al encierro de las fuerzas enemigas. Obviamente, esta exigencia respondía no sólo a pruritos de ortodoxia militar, sino también a la circunstancia de que un "rodeo" en el frente del Este sólo podía tener por protagonistas a las fuerzas concentradas en Prusia, o sea, a los efectivos de Hindenburg y de Ludendorff.

Pero la sagacidad de Falkenhayn habían alcanzado a entrever que también este aspecto del plan Schlieffen era un error. En el Oeste, los hechos acababan de demostrar que una ofensiva en círculo resulta más lenta aún que una ofensiva frontal. Eran mayores, en consecuencia, las ventajas de la rapidez para la construcción de defensas en el campo enemigo. Esta discrepancia fue debatida con furiosos epítetos entre Hindenburg y Falkenhayn, delante de un káiser alarmado por la tormenta que parecía cernirse sobre la conducción militar alemana. Hindenburg, arquetipo viviente de las viejas glorias alemanas, era

uno de los hombres más respetados del país. Enfrentarlo era, aun para el káiser, algo así como agraviar una estatua. Pero Falkenhayn era el hombre del momento, la mente lúcida que la nueva situación requería. Guillermo II no dejó de reconocerlo, y en medio de explicaciones poco exitosas al viejo Hindenburg apoyó a Falkenhayn.

Rápidamente, gruesos efectivos del frente prusiano fueron trasladados al Sur, y a principios de mayo una poderosa concentración de fuerzas alemanas atacó a los rusos sobre el frente de Gorice. Y mientras los estados mayores del mundo venían resignándose ya a la idea de que toda ofensiva era poco menos que la cuadratura del círculo, aquí en Gorice la guerra del '14 presenta, inesperadamente, y dando la espalda a un plan que había descansado en la apología de la ofensiva, el primer ejemplo de una ofensiva con éxito. El frente ruso fue quebrado en pocas horas, y por la brecha abierta fluyó un avance alemán que no paró hasta recuperar todo el territorio de Galitzia y conquistar la mayor parte de Polonia. En esta guerra agobiada ya de batallas indecisas la campaña de Galitzia fue la primera victoria cabal, el primer gran éxito militar. Rusia perdió allí más de 700.000 prisioneros, y en su frente interno empezó a cobrar evidencia un resquebrajamiento que ya no iba a cicatrizar.

Así y todo, el triunfo alemán no fue definitivo. Aunque con efecto muy retardado, el proceso que se verificó en los otros frentes también aquí se reprodujo. El repliegue ruso recorrió cerca de 600 kilómetros antes de consolidar una línea defensiva; pero, a la postre, el principio (y podía considerarse un principio, en efecto) de la superioridad de la defensa sobre el ataque también aquí se impuso, y el avance de Falkenhayn fue detenido. De este modo, aunque la espectacularidad de la ofensiva alemana presentaba a primera vista todas las apariencias de una gran victoria, el hecho era que Alemania seguía condenada a luchar en dos frentes, con la desventaja adicional de que eran mayores los efectivos que debía distraer en el Este al solo efecto de cubrir la ocupación del territorio conquistado.

#### APARECEN LOS GASES

El frente occidental registraba, entretanto, el medio de su desesperante parálisis, una novedad técnica. En enero la conquista de 200 metros de Champagne había costado a Francia 50.000 hom-



bres. Sin mejores resultados perdió poco después 180.000 entre St. Mihiel y Arrás. Los alemanes disfrutaban de estos éxitos defensivos, pero sabían que si pasaban a la ofensiva les tocaría a ellos afrontar esta triste contabilidad de bajas, con resultados igualmente nulos. Era evidente, pues, que la guerra convencional no ofrecía salidas. Había que buscar, pues, fórmulas no convencionales; es decir, fundamentalmente, armas no convencionales. El káiser apeló a sus hombres de ciencia, y éstos le ofrecieron una perspectiva de milagro: las gases. El 22 de abril el Arma de la Victoria inundó los pulmones de los soldados británicos en Ypres. Y su efecto, es cierto, fue devastador. Pero, claro, no se había previsto que también lo sería para las tropas alemanas que avanzaron sobre las áreas gasificadas. Los gases se añadían a las dificultades de aprovisionamiento para demorar la ofensiva y facilitar la concentración de refuerzos en el campo enemigo. La vieja historia se repetía. El inconveniente podía obviarse, por supuesto, si las tropas atacantes empleaban máscaras antigás. Pero también la defensa podía recurrir a ellas, como en efecto lo hizo. Y el resultado de la innovación fue que, en adelante, los bandos enmascarados seguirían librando sin variantes la misma guerra inmóvil.

Cabía suponer que esta secuencia de frustraciones acabaría por suscitar graves crisis en el frente

interno de los dos bandos. Alemania eludía momentáneamente esta amenaza gracias a sus reconfortantes triunfos en Galitzia. Pero en el campo aliado las primeras grietas se advertían ya en enero. En Gran Bretaña, particularmente, el descontento llegó a niveles explosivos. El estancamiento en Francia debía tener un culpable, y los críticos apuntaron sus cañones sobre el menos culpable de todos: Kitchener. Un viejo subconsciente histórico determinaba, en los británicos, estas acusaciones contra Kitchener. No lo asociaban con las frustraciones británicas en Francia sino, más exactamente, con el hecho de que Francia fuera el lugar donde se estuviera peleando. Inglaterra no había nacido a la Historia para deshacer los entuertos del Continente. Su destino era el mar, y las únicas guerras que sentía como propias eran las que extendían la presencia del Imperio hasta los puntos más remotos del planeta. La idea de desangrarse por lealtad a los belgas resultaba, inconfesadamente, enojosa. Desde que su fuerza expedicionaria había desembarcado en el Continente, Gran Bretaña se allanó a moldes bélicos que, de alguna manera, contradecían su trayectoria histórica. La obligaban a revisar sus esquemas; debía renunciar a la noción de que sus fuerzas de tierra fueran pequeños alineamientos de fusileros consagrados a las venturas de la conquista colonial, y armar un ejército masivo, ajustado a



Con máscaras antigás la guerra del '14 cobra un primer matiz de ciencia-ficción.



Dramática escena de la guerra con gases. Soldados norteamericanos son atacados con esta mortífera arma por los alemanes. Las máscaras eran una protección segura, siempre que se las empleara a tiempo. A la izquierda, un soldado que no ha alcanzado a ponerse al máscara muere envenenado por el efecto de los gases.



los moldes continentales y revestido de cierta prioridad sobre las viejas glorias del poderío marítimo. Si el fracaso en Francia era señal de que había que cambiar de criterio, la imagen de este cambio se asentó en la conciencia oficial de Gran Bretaña a través de la necesidad de una lucha en otros lugares, en las lejanías donde Gran Bretaña se sentía imperial, y con medios acordes con su tradición: gallardos buques de guerra surcando los mares y ágiles tropas expedicionarias asaltando costas de hombres morenos, bajo la bendición de un sol que no brillaba en las trincheras. ¿Era extraño que cuando Winston Churchill señaló sobre el mapa las costas de Gallípoli la idea tuviera un efecto electrizante sobre sus colegas de la Inglaterra oficial? Para cualquiera que conociera la zona desembarcar en Gallípoli era una locura. ¡Pero era tan inglés!

### TAMBIÉN LOS INGLESES MIRAN HACIA ORIENTE

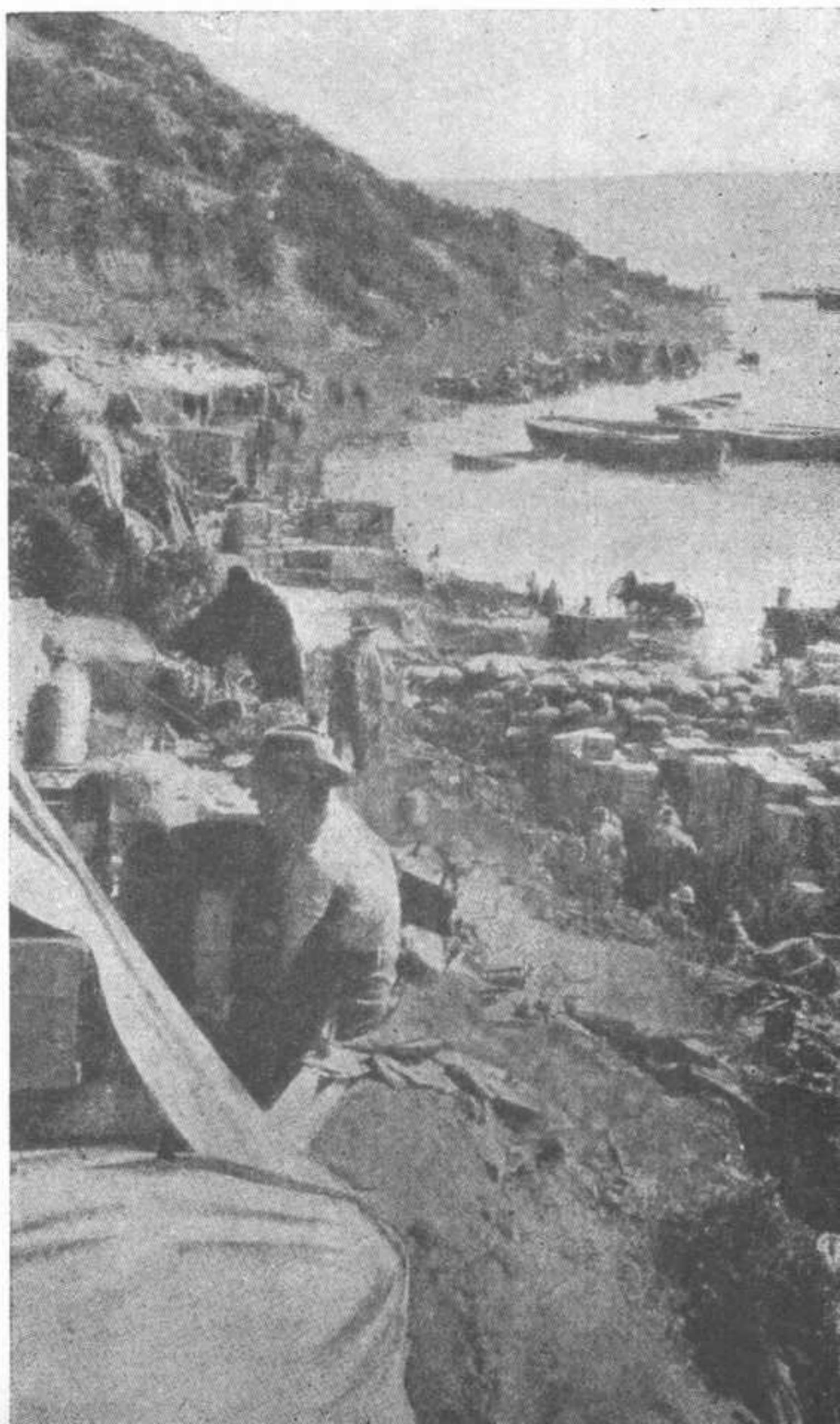
Con este episodio, acaso el más significativo de 1915, cobra relieve un nuevo beligerante: Turquía. Desde un punto de vista lógico, la participación del Imperio Otomano en el conflicto al lado de las potencias centrales resulta difícil de explicar. Era ya un imperio desvencijado, que conservaba dificultosamente su dominio sobre un vasto y heterogéneo conglomerado de pueblos que se extendía desde el Mediterráneo a Persia y desde ésta hasta el extremo sur de la península árabe. Sobre el Mar Negro su territorio comprendía ambas márgenes del estrecho de los Dardanelos, a cuya izquierda, en un parche de tierra que lindaba con Bulgaria, se hallaba la ciudad de Constantinopla. Sus fuerzas armadas, mal equipadas y lentas en asimilar los métodos de la guerra moderna, no resistían una comparación con las de Alemania o las de Francia. En tales condiciones lo razonable hubiera sido quedar al margen de esta guerra de titanes. Pero la tentación de arañar el botín de una Alemania victoriosa fue más fuerte que la lógica, y en octubre de 1914 lanzaba contra los rusos los restos de su maltrecho ejército en el Cáucaso.

Pues bien, este imperio en agonía, vulnerable por los cuatro costados, tenía un solo bastión fuerte: Gallípoli, una península donde la geografía compensaba con creces la precariedad militar de Turquía. Y allí, en esas playas escuálidas que a pocos metros del mar morían a los pies de peñascos muy similares a los de Gibraltar, Winston Churchill marcó el escenario para una nueva gesta del Imperio. Un buen pretexto para la operación fue el dramático llamado que el 31 de diciembre de 1914 dirigió el zar a sus aliados orientales. Les pedía un urgente distractivo en el área sudeste de la guerra que aliviara la presión turca sobre el Cáucaso. El 13 de enero los turcos ya retrocedían allí, atropelladamente, dejando 70.000 hombres en el camino, pero el detalle no obstó para que ese día el Consejo de Guerra británico decidiera una expedición naval "para tomar la península de Gallípoli, con Constantinopla como objetivo".

El 19 de febrero la flota inició el bombardeo preparatorio sobre las fortificaciones del estrecho, y poco después los marinos se aprestaban a desembarcar sin mayores perspectivas de resistencia.

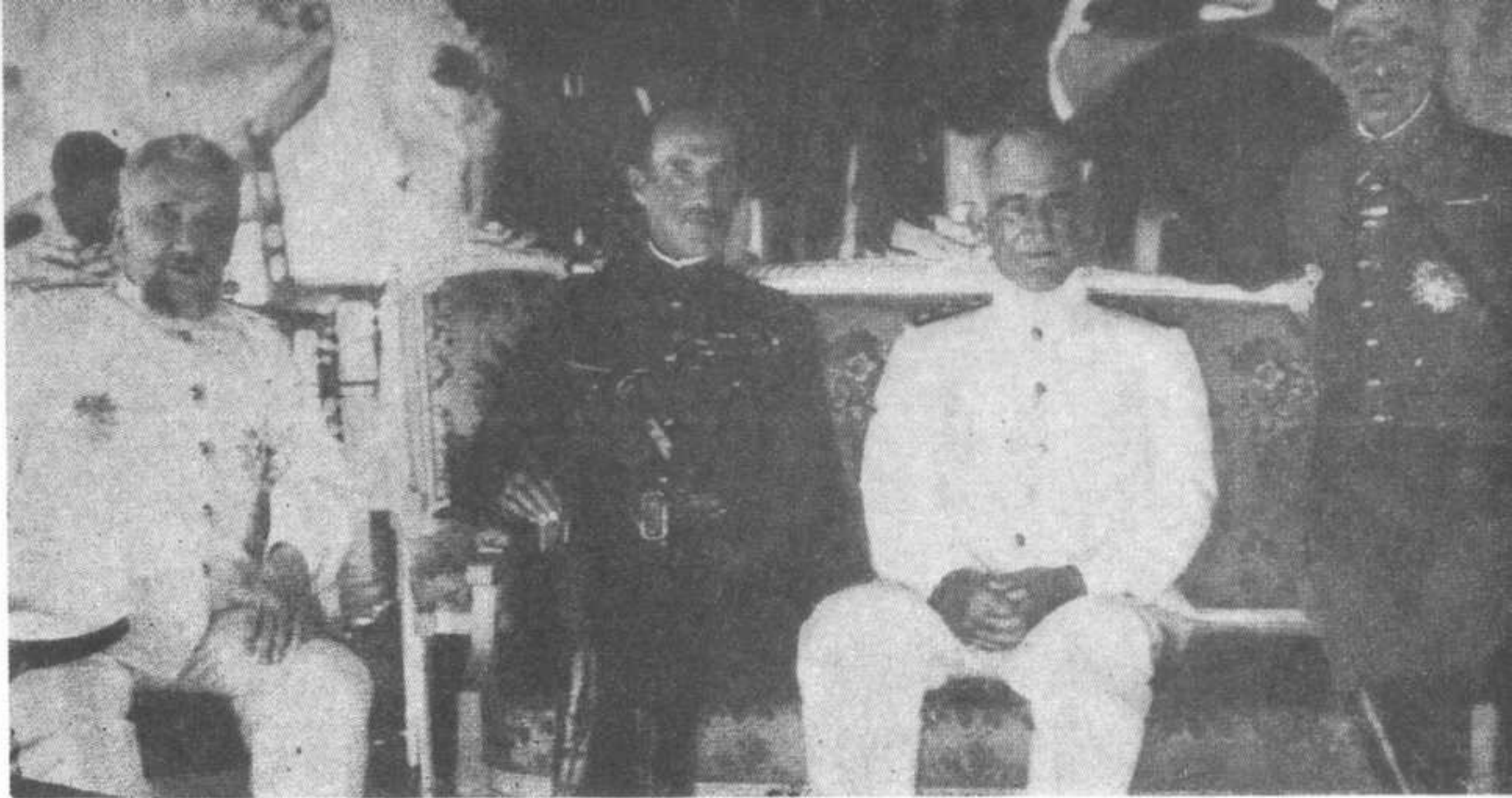
La operación se iniciaba con asombrosa facilidad. Evidentemente, los turcos no habían tenido tiempo para reforzar las fortificaciones y, según opiniones expertas, una sola división británica bastaba en ese momento para ocupar Gallípoli. Nadie sabría explicar hoy por qué no se aprovechó esta providencial ventaja; por qué las naves británicas holgaron casi un mes sobre las claras aguas del Egeo antes de aventurarse por los estrechos desguarnecidos. Recién el 18 de marzo se intenta esta operación. Los turcos ni respondían ya a los bombardeos. Más tarde se supo que se les habían acabado las municiones. La toma de Gallípoli no encerraba ya ni la perspectiva de un *combate*. Pero ocurrió que en medio del estrecho la flota irrumpió en una línea de minas. Resultaron hundidas dos naves británicas y una francesa, las tres obsoletas, cuyo próximo retiro ya había sido dispuesto por los respectivos almirantazgos. Se supone, por otra parte, que perder algo de los propios efectivos es una incidencia prevista toda vez que se planea una invasión. Pero por incomprensibles razones el episodio bastó para que de Robeck, nuevo comandante en jefe de la armada británica, considerara que la entera operación había fracasado y ordenara el regreso de la flota. El Consejo de Guerra fue teatro entonces de escenas parecidas a las que se desarrollaban en esos momentos entre Falkenhayn e Hindenburg. Kitchener gritaba que la precipitada decisión del repliegue infería una lesión más al prestigio de Gran Bretaña. Una vez decidida la operación había que llevarla adelante. Sobre todo resultaba

Gallípoli, erizado escenario de una aventura típicamente británica.





Sir Ian Hamilton y el almirante de Robeck (sentados), los dos hombres que protagonizaron en Gallípoli el episodio más increíble de la guerra.



sumamente indecoroso retroceder sin comprobar siquiera la presencia del enemigo en los alrededores. De Robeck dio el brazo a torcer a la sola condición de que un nuevo intento no cayera bajo la responsabilidad exclusiva de la marina. El desembarco y la toma de la península debía estar a cargo de fuerzas de tierra. Kitchener llamó entonces a *sir* Ian Hamilton, viejo camarada de la guerra de los Boers, y le dio la jefatura de la operación: "La orden es conquistar Constantinopla", le dijo, y añadió con exagerada solemnidad: "Si lo hace, no sólo habrá ganado una campaña: ¡habrá ganado la guerra!".

Se comprende, desde luego, que mientras evolucionaban estas pláticas en el Consejo de Guerra, los turcos procedían a remediar la precariedad de sus defensas en el estrecho. A esta altura las dos divisiones que tenían allí el 18 de marzo se habían convertido ya en cuatro. Y eran seis cuando se asomó a Gallípoli la expedición de Hamilton con cuatro divisiones inglesas y una francesa.

Las anclas de los navíos británicos acababan de morder la tierra frente a Gallípoli cuando Hamilton comprobó un nuevo inconveniente. Los barcos estaban mal cargados. Los equipos indispensables para la invasión habían sido enterrados bajo toneladas de material no bélico. Este inconcebible descuido le depara una perspectiva desalentadora. Ahora iban a tener que pasar todo un día bajo el fuego turco cambiando de lugar el material innecesario hasta exhumar el equipo bélico del fondo de las bodegas. No, así no se podía desembarcar. *Sir* Ian lo pensó dos veces y ordenó la retirada. Poco después atracaban en Alejandría e iniciaban el engorroso reordenamiento de la carga. Llegaba entretanto a Gallípoli una séptima división turca.

La razón que puede haber demorado la operación de recarga en Alejandría por más de tres semanas es otro de los grandes misterios de la guerra del 14. Sólo a fines de abril se produce el desembarco. Los ingleses lo hacen en el cabo Hellos, en el extremo meridional de Gallípoli, y en el cabo Tepe desembarcan los efectivos australianos y neozelandeses. Los franceses, en cambio, hacen pie en Kum Kale, sobre la costa asiática del estrecho, obedeciendo a un propósito puramente diversivo. El fuego turco proveniente de los altos peñascos producía fuertes bajas entre los hombres de Hamilton, que se veían desampa-

rados sobre una playa abierta, sin refugios naturales y erizada de alambres de púa. Era imposible ganar los peñascos. El objetivo más ambicioso que podía plantearse Hamilton era, apenas, el de retener los retazos de costa conquistados. Allí se cavaron trincheras, y la proyectada toma de Gallípoli se diluyó en una triste reproducción del frente francés.

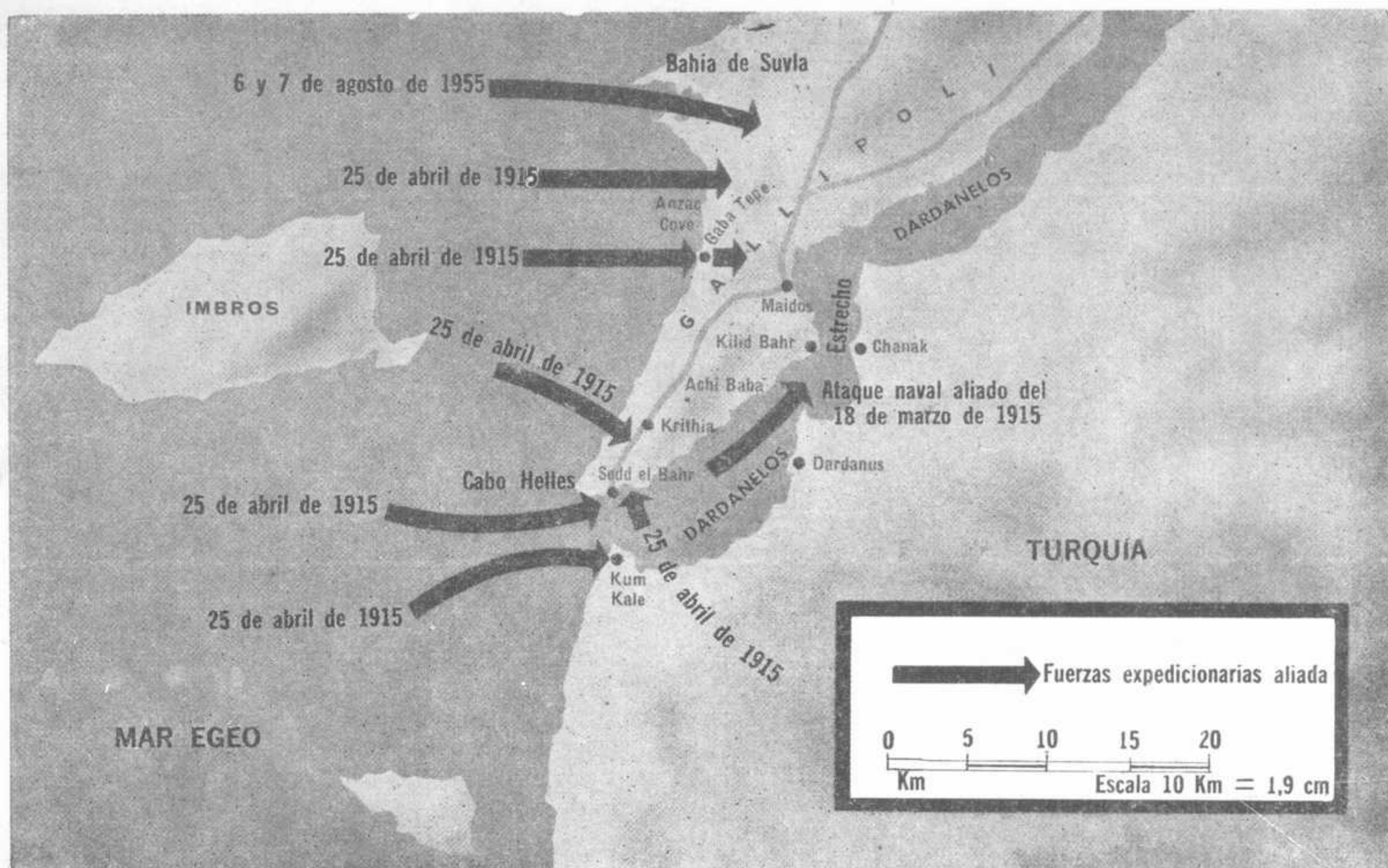
Nuevas irritaciones agitaron el Consejo de Guerra y perturbaron por momentos las relaciones con el Estado Mayor francés. Joffre veía con desagrado el desplazamiento de la atención británica a las remotas aguas de los Dardanelos, y Kitchener procuraba apaciguarlo embarcando en inútiles exhibiciones de acometividad a los efectivos ingleses destacados en Francia. Una intentona de ofensiva en Neuve Chapelle, lanzada el 10 de marzo, quebró espectacularmente las defensas alemanas para extinguirse a los tres días por falta de municiones. De nuevo los desolados miembros del Consejo de Guerra miraron a su alrededor en busca de un culpable. Y Kitchener, previendo que la acusación recaería otra vez sobre él, la desvió hacia los obreros adscriptos a la producción de armamentos. Las ofensivas inglesas se estancaban por falta de armamentos; los armamentos faltaban porque la productividad era baja, y la productividad era baja porque los obreros se emborrachaban. Por raro que parezca, este argumento tuvo efecto. En consecuencia, la única respuesta oficial al fracaso de Neuve Chapelle fue una ley que prohibía el expendio de bebidas alcohólicas después de las diez de la noche y durante las horas en que los obreros salían de las fábricas.

#### UNA AVENTURA DESCONCERTANTE

El 5 de julio la inmovilidad aún irresuelta del frente francés y el estancamiento de los ingleses en Gallípoli motivaron una conferencia militar interaliada en Chantilly. La guerra llevaba ya casi un año de duración, pero ésta era la primera vez que ensayaban una coordinación de la estrategia aliada.

Joffre reclamaba prioridad para el frente francés y exteriorizó su impaciencia por pasar al ataque. Kitchener, en cambio, proponía mantener el frente del Oeste en términos estrictamente defensivos y desarrollar una táctica ofensiva en los Dardanelos. La discrepancia terminó en una transacción. Joffre aceptaba la ofensiva en los Darda-





Las expediciones británicas en los Dardaneros. Un gran esfuerzo para nada.



Winston Churchill. Después de Gallípoli todos opinaron que había desaparecido del escenario mundial para siempre.



nelos a cambio de una inmediata ofensiva aliada una vez cumplidos los objetivos del ataque a Gallípoli.

Se decide, en consecuencia, aumentar a 13 las divisiones aliadas destinadas a Gallípoli, donde ya eran 16, por otra parte, las que tenían los turcos. A pedido de Hamilton se decide también complementar su actuación mediante la asistencia de otro general. Se elige, en consecuencia, por razones de escalafón, al joven general Stopford, un hombre de ideas un tanto libресcas, que en la difícil operación de Gallípoli habría de hacer su primera experiencia de guerra.

El nuevo ataque a Gallípoli se inicia el 6 de agosto. El desembarco se concentra fundamentalmente en dos puntos: la bahía de Anzac y la de Suvla. En la primera las tropas invasoras pisan tierra sin inconvenientes y avanzan casi sin resistencia hacia un acantilado cuya defensa, inexplicablemente, sólo estaba a cargo de veinte soldados turcos dispersos en la cima. Todo parecía indicar que esta vez iba a ser la vencida. Los ingleses se hallaban a escasos cuatrocientos metros del acantilado cuando los sorprendió la hora del desayuno y decidieron acampar un rato. Cuando tapaban sus termos de té los turcos ya sumaban centenares sobre el acantilado, y el avance inglés debió frustrarse en una nueva apertura de trincheras.

El panorama no era mejor en la bahía de Suvla, donde el desembarco se efectuó bajo la conducción de Stopford. Éste vio desde su nave que los 20.000 hombres a su cargo pisaban tierra sin dificultad, les hizo llegar una calurosa felicitación por el éxito del desembarco y retiróse a dormir.

En la costa sus hombres recibieron orden de descansar. No había enemigos a la vista y una amena escena playera interrumpió, en consecuencia, la compostura militar de la soldadesca. Los hombres se abandonaron sobre la arena y algunos se desnudaron para zambullirse en el Egeo. Hamilton, mientras recorría la costa con su nave, juzgó que el ataque empezaba a revestir modalidades incorrectas y corrió a interrumpir el sueño de Stopford. Cuando ambos volvieron a mirar la costa mil soldados turcos recién asomados a los peñascos barrían con ametralladoras a los veinte mil hombres desprevenidos —y en algunos casos desnudos— de Su Majestad Británica.

Por tercera y última vez el asalto a Gallípoli había fracasado. Y con él había caído la estrella de Winston Churchill. El primer lord del Almirantazgo, en efecto, tuvo que retirarse de su cargo, y su nombre no reapareció más en los primeros planos de la guerra.

Joffre no tardó en exigir a Gran Bretaña que cumpliera su compromiso de ofensiva en el frente del Oeste una vez satisfecho el capricho de Gallípoli. Para los primeros días del otoño se convino un ataque combinado, en el que los franceses tendrían a su cargo la zona de Champagne y los ingleses la de Loos. Objetivo: empujar a los alemanes más allá del río Mosa. French consideraba inapropiada la región de Loos para iniciar un ataque, pero Joffre se mostró irreductible, y Gallípoli había dejado a los ingleses sin demasiados justificativos para desplegar energía frente a su aliado francés. French, pues, se allanó a Loos.

En Champagne el ataque se efectuó el 25 de

setiembre. Una gran embestida inicial quebró la primera línea defensiva alemana. Luego ocurrió lo de siempre. Veloces refuerzos armaron una segunda línea mientras el avance francés se debilitaba por su progresiva lentitud. Tres días más, y los franceses estaban estancados de nuevo, escasos kilómetros más adelante.

Las perspectivas de ataque inglés en Loos no eran mucho mejores. Se justificaba algún grado mayor de expectativa, sin embargo, por el hecho de que esta vez iban a hacer su primera experiencia con gases. Y la verdad es que la nueva arma sólo les deparó nuevos obstáculos. El primer jefe de división que ordenó lanzar los gases no valoró adecuadamente la desventaja de hacerlo con el viento en contra. Como resultado el gas volvió como un *boomerang* sobre los propios soldados ingleses. Por lo demás, la ofensiva británica corrió igual suerte que la francesa en Champagne. Joffre se obstinó en exigir un nuevo ataque en noviembre, y French accedió sin lograr otro resultado que el de repetir la inutilidad de los ataques anteriores. Volvió a reinar la quietud sin registrarse otro progreso que el de las bajas: en la sola ofensiva de otoño los aliados habían perdido, inútilmente, 240.000 hombres. A los alemanes les había costado cien mil menos. Difícilmente podría explicarse que el inalterable optimismo de Joffre, no pudiendo cifrarse en un triunfo, se apoyara esta vez en el argumento de que "por lo menos estamos desgastando al enemigo".

## ITALIA ENTRA EN GUERRA

Otro de los recursos a que se echó mano en el campo aliado para salir del punto muerto en que se hallaba la guerra fue el de estimular el ingreso de Italia. Desde el comienzo del conflicto ésta venía recogiendo una carrera de promesas por parte de ambos bandos, y a mediados de 1915 la envergadura de aquéllas ya había crecido hasta extremos tentadores. Los alemanes le ofrecían el Tirol y Trieste, mientras los aliados duplicaban la oferta añadiendo a Tirol y a Trieste, parte de Dalmacia y del Asia Menor.

París, sobre todo, tenía especial interés en forzar el ingreso de su vecina meridional, pues no le gustaba verla conservar intacta sus fuerzas mientras a Francia se le iban gastando las suyas. Significativamente, francófilos italianos, como el futurista Marinetti, iniciaron una violenta campaña de agitación en favor de la guerra, y Benito Mussolini, que había empezado por repudiarla como socialista, se sumó sorpresivamente a la algarabía belicista tras una serie de velados contactos con esferas oficiales francesas. Esta perspectiva de guerra, con todo, no era popular en Italia y sólo la violencia de las manifestaciones callejeras urdidas por Mussolini y por los futuristas parodiaban un apoyo de masas que no existía. Los legisladores italianos votaron finalmente la declaración de guerra el 23 de mayo, bajo la presión de una muchedumbre exaltada que acababa de romper a pedradas las ventanas del Parlamento.

Cualesquiera que fueran las razones veladas que tuviera Francia para apresurar la participación italiana en el conflicto, había en ese particular momento una apremiante razón objetiva, que pesó





Italia también declara la guerra. El general Cadorna tendrá a su cargo 11 ofensivas inútiles contra los austríacos.



Para Italia la *offensive à outrance* es una consigna imposible. No se puede luchar cuesta arriba.

también sobre el ánimo del mismo gobierno de Roma. La ofensiva rusa en Galitzia se hallaba en su clímax, y para las potencias aliadas en su conjunto era más reconfortante la idea de que la derrota del Imperio Austro-Húngaro fuera obra de una potencia occidental y no de un avance zarista. Para Italia, sobre todo, era inquietante la perspectiva de tener a sus puertas el ejército del zar. Y si oficialmente se alegó que el ingreso de Italia apuntaba, entre otras cosas, a aliviar la presión austro-húngara sobre los rusos, la ver-

dad es que era precisamente la presión de éstos sobre aquéllos lo que sobresaltaba por igual a Roma, París y Londres.

¿Qué perspectivas podía tener Italia en una guerra de tal naturaleza? Mientras las llanuras de Francia suministraban día a día pruebas de que toda ofensiva era imposible, Italia ingresaba en una guerra para la cual no tenía otro justificativo que el de desarrollar en los Alpes una ofensiva cuesta arriba contra los austríacos. Era una lucha desalentadora, de esas que sólo pueden encararse sobre el supuesto de soportar el triple de las bajas enemigas. Fue éste el supuesto en que se apoyó Cadorna, el comandante en jefe del ejército italiano, al lanzar 24 divisiones en Isonzo contra las ocho que habían concentrado allí los austríacos retirando efectivos del frente servio.

Cadorna inició su ofensiva el 23 de junio, y comienza así, en las rocosidades que enmarcan el Isonzo, una de las campañas más pavorosas de la Gran Guerra. Entre junio y diciembre once encarnizadas batallas se desarrollan entre los italianos que atacan desde el llano y los austríacos fortificados en las montañas. En ese lapso Cadorna no logró más que reproducir los resultados de las ofensivas anglo-francesas en el Norte, y en condiciones mucho más adversas. Al finalizar el año Italia había perdido allí 280.000 hombres, contra 150.000 bajas austríacas.

### ...Y BULGARIA

Hacia fines de 1915 cobró inesperado relieve el frente servio. La campaña del Cáucaso, al igual que el episodio de Gallípoli, había demostrado la precariedad del ejército turco. Pocos meses más, y el pomposo Imperio Otomano se derrumbaba por falta de municiones. Era urgente, pues, que Alemania le prestara algún tipo de asistencia militar. Pero le resultaba imposible hacerlo mientras sus posibilidades de comunicación con Turquía permanecieran interrumpidas por la presencia de Serbia entre ambas potencias. Conquistar a Serbia era el único modo de abrirse camino hacia los turcos.

A este fin el káiser estimula la participación de Bulgaria en la guerra mediante el fácil recurso de prometerle todo el territorio de Macedonia. El rey Ferdinando cede a la tentación y en septiembre de 1915 un pacto secreto lo convierte en aliado de las potencias centrales. Serbia se ve



En el frente italo-austríaco hay que avanzar así. ¿Es posible?





Misteriosos contactos con esferas oficiales francesas convierten al ex socialista Benito Mussolini en un ferviente partidario de la guerra.

así encajonada entre el Imperio Austro-Húngaro y el territorio búlgaro. Los aliados acuden rápidamente en ayuda de Serbia, y a tal efecto una expedición anglo-francesa al mando del general Sarrail desembarca en Salónica, consumando formalmente una agresión a un país neutral: Grecia. El 7 de octubre una fuerza combinada de alemanes y austro-húngaros invade a Serbia por el Norte, y cuatro días después los búlgaros irrumpen en Macedonia. Los efectivos de Sarrail intentan entonces un avance a lo largo del río Vardar; pero los búlgaros, superiores en número, los obligan a retroceder. Gran Bretaña se apresura a dar por fracasada la campaña de Salónica y propone abandonarla del todo, pero se estrella contra el empeñamiento de Joffre, quien tampoco tiene en claro las razones militares que pudiera haber para aferrarse a ese trozo del territorio griego, pero sabe que así logra, por lo menos, sacar de en medio a Sarrail, el brillante oficial que em-

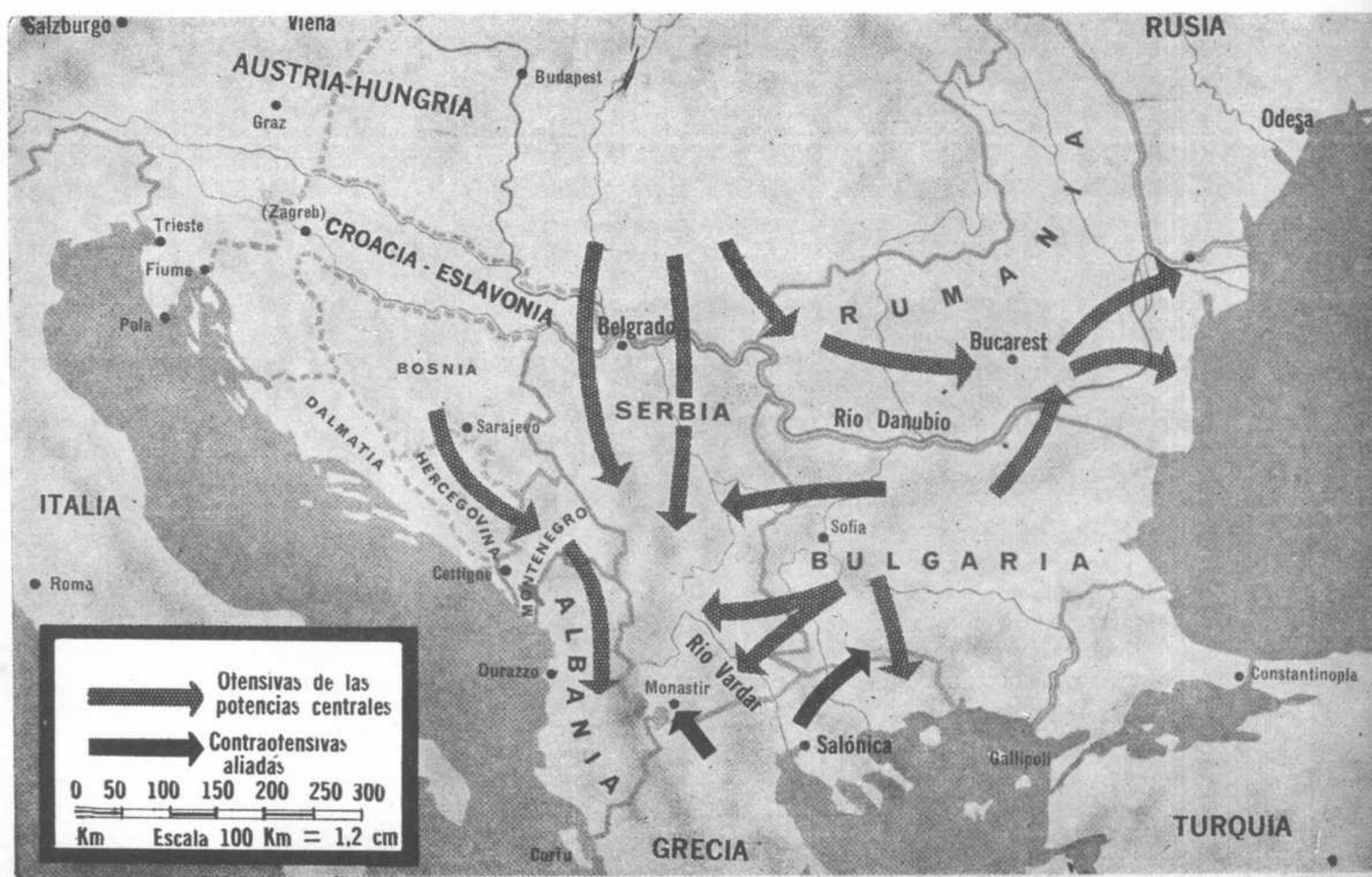
pieza ya a despuntar como posible comandante en jefe. Una vez más los ingleses ceden a las instancias de Joffre y envían refuerzos a Salónica. De este modo 500.000 hombres quedarán inutilizados allí hasta el fin de la guerra, sin otra finalidad que la de librar a Joffre de un competidor.

## INGLATERRA PENETRA EN EL IMPERIO TURCO

Dos campañas menores completan el panorama de 1915. La abrumadora presencia otomana en torno de Suez inquietaba sobremanera a Gran Bretaña, y parecía obvio que la mejor manera de proteger el canal era ganar terreno sobre su margen asiático. Con este objeto los ingleses comprometieron medio millón de hombres en la conquista de Palestina. A ese elevado precio culminó con éxito una campaña que quizás no lo justificaba, ante la evidencia de que el Imperio Otomano no abrigaba la menor posibilidad de encarar un ataque.



(Arriba) El rey Pedro de Serbia, tras un comienzo heroico, debe abandonar la lucha ante la intervención germana. Una última mirada a su país vencido. (Abajo) La guerra en los Balcanes.





Igual precaución guió a los ingleses al planear la expedición mesopotámica destinada a resguardar las zonas petrolíferas de Persia. Remontando las costas del Tigris y del Eufrates la ofensiva británica llegó ese año a Bagdad, pero una sorpresiva contraofensiva turca habría de cubrir los

se encontró con la desagradable novedad de que se había creado por encima de él la función de jefe del Estado Mayor General del Imperio. Quien desempeñaba ahora este importante cargo era *sir* William Robertson, que hasta ese momento había disfrutado de jerarquías menores en la conduc-



Sir Douglas Haig, comandante británico en Francia. Jorge V lo adora; Lloyd George lo detesta. Su presencia en el frente del Oeste ha de ser una constante amenaza de crisis para el gobierno de Su Majestad.



Lord Kitchener (izquierda), un incomprendido. A su lado, *sir* William Robertson, el favorecido por la suerte.

primeros meses de 1916 hasta forzar, en abril de aquel año, la rendición de los efectivos ingleses concentrados en Kut el Amara bajo el mando de Townsend.

Por detrás del panorama militar, la injusta aversión del gabinete civil británico por Kitchener, así como las no tan injustas reservas a propósito de French, dieron sus primeros resultados. French fue reemplazado por el mariscal de campo *sir* Douglas Haig en la jefatura de las fuerzas británicas destacadas en Francia. Resultaba difícil, empero, hacer lo mismo con Kitchener. Éste ya era, al igual que Joffre en Francia, todo un símbolo. No se lo podía relevar sin delatar síntomas de crisis. Pero el primer ministro Asquith encontró la fórmula para el caso, y ordenó a Kitchener un viaje de inspección a los Dardanelos. Al regresar Kitchener, con un informe negativo,

ción de la guerra en Francia. Kitchener, pues, no perdió su puesto, pero su puesto perdió importancia. En adelante la conducción estratégica de la guerra no descansaría en sus manos, sino en las de Robertson.

En París, entretanto, la irritación por los fracasos del año no golpeaba, incomprensiblemente, a los jefes militares, sino a la autoridad civil. Cayó el gabinete presidido por Viviani, y el presidente Poincaré encomendó a Briand la formación de un nuevo gobierno.

Y así, mientras los aliados occidentales se asomaban a 1916 con nueva cara, Alemania conservaba rozagante la suya. 1915 había sido para ella un año de triunfos. No fue, en consecuencia, un año de defenestraciones. Éstas habrían de venir más adelante, pero el tiempo no estaba maduro aún.

## CAPÍTULO IV

1916

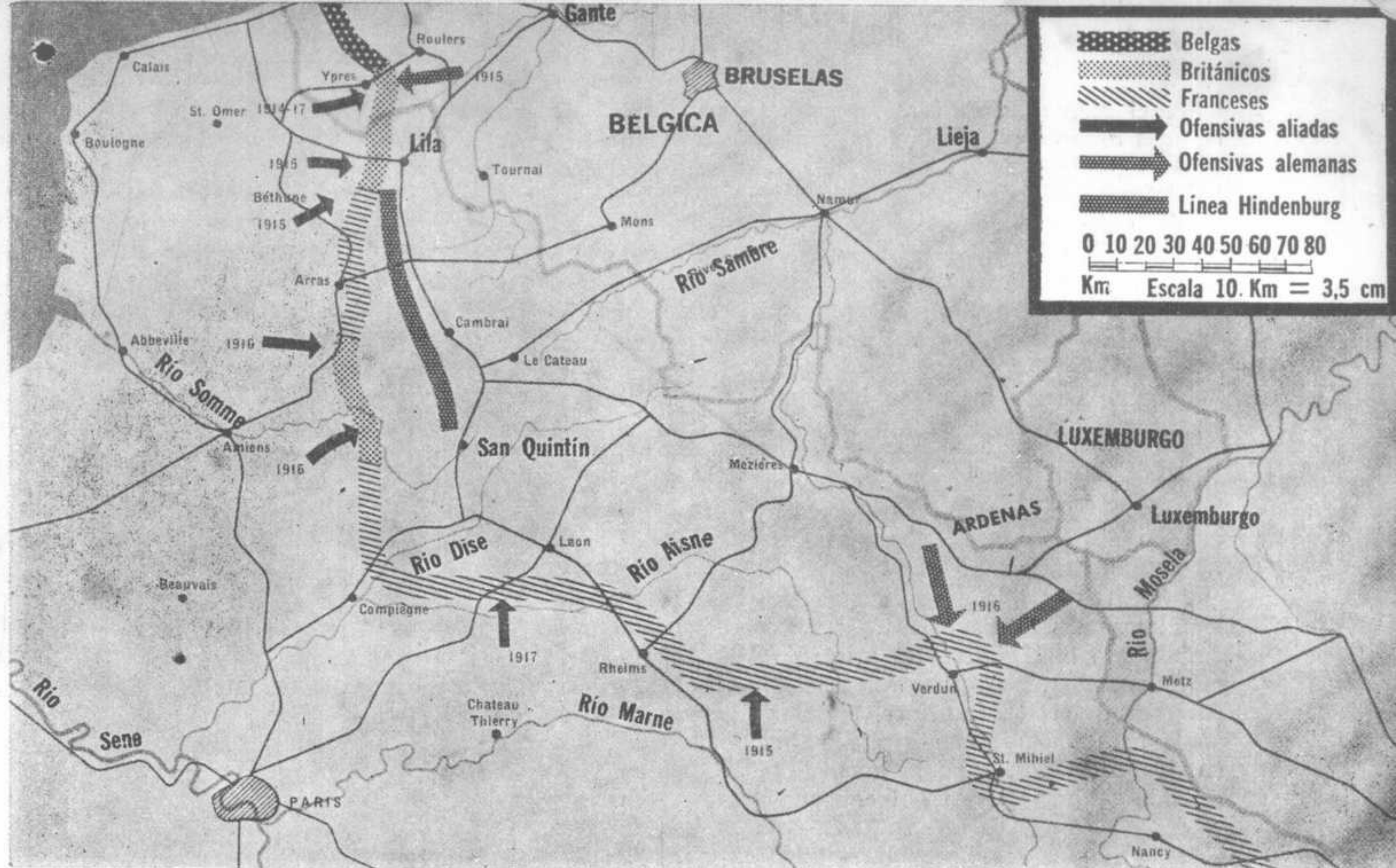
VERDÚN: 600.000 BAJAS POR UN SÍMBOLO

Al iniciarse 1916 el panorama que tenía por delante Alemania no era, a primera vista, desalentador. En el pueblo alemán, la confianza en la victoria seguía intacta. También la oficialidad alemana compartía, en general, este estado de ánimo. Sólo Falkenhayn, más avizor que sus colegas, denotaba cierta cautela. Sabía que los caminos recorridos en 1915, aunque cubiertos de aciertos espectaculares, no conducían a la victoria. Fracaso el intento de eliminar al zar de la guerra, allí no se abría otra perspectiva para Alemania que la de seguir hundiendo hombres y equipos en el abismo sin fondo del territorio ruso. Por otra parte, mientras la atención alemana siguiera concentrada en el frente del Este, como en 1915,

Falkenhayn seguiría expuesto al desgaste personal que significaban sus inacabables disputas con Hindenburg y Ludendorff. Esta suma de factores indujo a Falkenhayn a proponer una inversión de la estrategia observada en 1915. No ignoraba la sangría que había significado para Francia la permanente actitud ofensiva de Joffre a lo largo de ese año. La ocasión de liquidar a Francia, buscada inútilmente en 1914, podía haber llegado ahora. Falkenhayn la señaló frente a los mapas del káiser, y éste accedió al nuevo criterio.

Falkenhayn no era sólo un gran militar. Era también un psicólogo práctico. Militarmente tenía buenas razones para desconfiar de una victoria decisiva en Francia. Pero los estremecimientos registrados en el frente doméstico francés destacaban alguna posibilidad de liquidarla mediante una derrota moral. De alguna manera había que librar contra ella una batalla que fuera, más que un acierto militar, un símbolo. Alemania debía





El escenario de Verdún.

encontrar en Francia un Alcázar. Y Falkenhayn lo encontró en Verdún.

Quien mire en el mapa la línea del frente francés en 1916 que al sur de las Ardenas un agudo pico del mismo se desviaba hacia el Este para abrazar, en su punta, la fortaleza de Verdún. Pues Verdún era eso: una fortaleza, una gallarda avanzada que resguardaba a la patria de los franceses contra el embate germano. Todo esto era, desde luego, literatura. Tras la caída de Lieja y de Namur, en 1914, ya no había mayores razones para seguir creyendo en las fortalezas. Hasta Joffre, en una rara muestra de estar al día en algo, había dejado de creer en ellas. Sabía que Verdún no sólo era vulnerable sino que era también una avanzada militar cuya retención no revestía mayor importancia estraté-

gica. En consecuencia, no había puesto demasiado esmero en cuidar sus defensas.

A principios de 1916 los servicios franceses de inteligencia detectaron preparativos alemanes para el asalto a Verdún, pero la noticia no alteró la actitud de Joffre. Él tenía su plan para 1916 —una ofensiva en el Somme— y no iba a permitir que los alemanes lo distrajeran de él en Verdún. Fue así como, cuando el 21 de febrero los alemanes inician el bombardeo preparatorio sobre la fortaleza, ésta sigue con sus defensas desmanteladas. La intención de Joffre es, evidentemente, dejarla caer. Expertos militares opinan, incluso, que ésa era la opción correcta.

Pero, como Falkenhayn bien sabía, la mitología tiene también sus exigencias. El panorama doméstico de Francia contrastaba notablemente con la tranquilidad de Joffre. El hombre de la calle ignoraba la debilidad de Verdún y seguía creyendo en el bastión inexpugnable. En el Parlamento la indignación alcanzaba niveles explosivos. Briand acaso no supiera que Verdún carecía de significación militar, pero sabía que la defensa de Verdún y la defensa de su propio cargo de primer ministro eran una sola cosa. El 24 de febrero corrió a Chantilly para apostillar a Joffre. La escena fue de dramática violencia. Joffre, callado, dejó que sus oficiales del Estado Mayor dieran las explicaciones del caso. Verdún era un lastre, una posición inútil, una trampa. Y Briand los llamó "cobardes, cobardes. Para ustedes la caída de Verdún acaso no sea una derrota; pero lo será para el pueblo francés". Entonces habló Joffre. Sus oficiales aguardaban un desplante. No pudieron creer lo que oían cuando su comandante en jefe se largó a reprenderlos: "El primer ministro tiene razón. Defenderemos Verdún hasta el fin". Había quedado en claro, de golpe, que no sólo el cargo de primer ministro pendía de la arcaica fortaleza.

La defensa de Verdún fue encomendada a Pétain y, bajo su mando, 78 divisiones convergieron



Verdún, la fortaleza inútil. Sólo razones políticas aconsejan defenderla.



sobre el gran mito de los franceses. Curiosamente, aquí todo ocurría al revés. Los atacantes tenían a sus espaldas una vasta red de comunicaciones. La defensa, sólo un camino de tierra. A lo largo de él, miles de vehículos por día transportaron medio millón de hombres de los que muy pocos iban a regresar. Pétain había lanzado su consigna, que ya se había multiplicado por todas las paredes, las imprentas, las voces de Francia: "¡No pasarán!".

Durante cuatro meses se luchó allí con saña. La inesperada envergadura de la defensa francesa acrecentó la importancia de Verdún para los alemanes, y también éstos volcaron aludes de hombres sobre ese estrecho frente de 5 kilómetros que en abril ya había devorado 115 divisiones de ambos bandos. Militarmente era tan absurdo que los franceses la defendieran como lo era que los alemanes la atacaran. Pero la psicología había desbordado la lógica. Si al principio Verdún debió ser tomada para provocar una explosión temperamental en los franceses, ahora debía ser tomada para impedir una explosión temperamental en los alemanes. Aparentemente, todos habían perdido el juicio. Sólo Falkenhayn, clamando en el desierto, aportaba una solitaria nota de lucidez a la hecatombe cuando exigía cautela en el sacrificio de vidas y de armamentos. Pero ya no le hacían caso.

En junio la lucha cesó por desgaste. Francia había perdido 315.000 hombres; Alemania, 280.000. Por una vez, en esta general subversión de principios que fue Verdún, la defensa había costado más bajas que el ataque. En una sola cosa la regla se confirmó: la defensa había triunfado. Los alemanes no pasaron.

#### LA OFENSIVA DEL SOMME Y UN INVENTO "DESHONROSO"

Con todo, la batalla de Verdún había dañado sensiblemente los planes de Joffre. Éste, ya en diciembre de 1915, había acordado con Haig una ofensiva anglo-francesa en el Somme, proyectada para julio de 1916. Haig no tenía demasiado entusiasmo por la operación. Tampoco había demasiadas razones para que lo tuviera. Estratégicamente, el área del Somme era tan anodina como Verdún. Las posibilidades defensivas de los alemanes eran inmensas y, eventualmente, podían ceder terreno sin sacrificar puntos vitales. Para Joffre lo único que justificaba la elección del

Los defensores de Verdún, listos para cumplir la consigna: ¡No pasarán!



Haig y Joffre prometen una vez más el ataque decisivo. Lloyd George no parece muy convencido. Tiene sus razones.

Somme era el detalle de que allí convergían las fuerzas inglesas y las francesas. Hacía rato que Joffre sospechaba cierta reticencia británica en sacrificar gente por Francia. Un ataque conjunto en el Somme, por lo menos, aseguraría que el sacrificio fuera parejo. Haig asintió a las insistencias de Joffre y, sin demasiada convicción, alistó simétricamente 25 divisiones inglesas al lado de las 25 divisiones francesas adscriptas a la ofensiva.

El ataque fue precedido de un bombardeo preliminar a las posiciones alemanas, que se inició el 26 de junio. El primero de julio la ofensiva comenzó su marcha. Los franceses emergieron de sus trincheras y cruzaron rápidamente la tierra de nadie. El fuego enemigo les ocasionó una buena cantidad de bajas, pero ganaban terreno. Les favorecía el hecho de que el mayor peso del bombardeo preliminar había caído algo más al norte de la línea que seguían ellos ahora, de suerte que su irrupción sobre las líneas alemanas resultó un tanto sorpresiva. Y si a la postre se detuvieron, fue porque los dejaba desguarnecidos a su izquierda un inesperado fracaso del avance inglés. Los ingleses, en efecto, no pudieron desplegar la misma velocidad de sus camaradas galos. Dificultaban su avance los cráteres abiertos sobre el terreno por el bombardeo preliminar. Los alemanes, por el contrario, hallaban en estos hoyos un buen refugio para el emplazamiento de sus ametralladoras. Cuatro ceñidas filas de soldados británicos fueron abatidas una tras otra por la metralla enemiga. Al finalizar el día 20.000 de ellos habían muerto y 40.000 habían caído prisioneros. El resto seguía en sus trincheras originales.

Lo curioso de todo esto es que, desde meses atrás, los ingleses tenían ya a su disposición una nueva arma, a la que los técnicos habían asignado milagrosas perspectivas. Era una suerte de tractor armado que, por razones de seguridad, se llamaba *tanque*. No era exactamente una novedad.



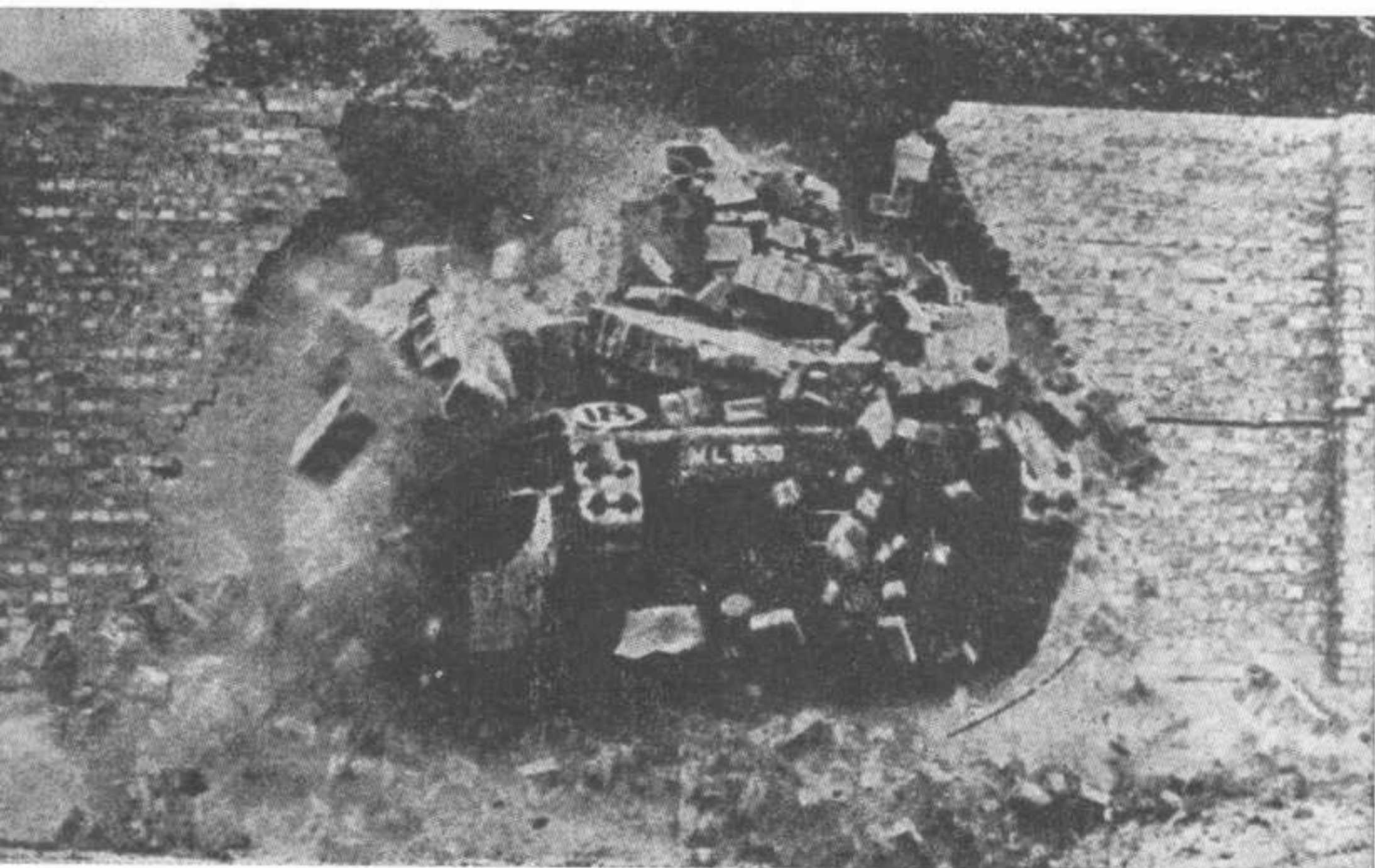


Ya Leonardo da Vinci había ideado un artefacto similar, y en 1903 J. A. Corry había sometido al *War Office* británico un proyecto de tanque que fue inmediatamente reprobado. Nadie discutía sus ventajas. Se admitía, incluso, que un ataque con estos artefactos podía resultar incontestable. Pero el honor militar tenía sus requisitos, y fue unánime en los altos mandos británicos la opinión de que sería sumamente deshonesto para un soldado combatir con semejante protección. Las autoridades militares británicas se pasaron así más de diez años oponiendo una férrea resistencia a la fabricación de tales aparatos. Fue Winston Churchill quien, en 1915, levantó todo el clamor necesario para imponer la producción de tanques y disponer su inmediato envío al frente del Oeste. Ya había tanques en Francia cuando se combatía en Verdún, y los había cuando se inició la ofensiva del Somme. Pero no iba a ser Haig el que manchara su reputación usándolos. El ataque del 1º de julio parecía ideado a propósito para el

siva del Somme terminó, prácticamente, donde había comenzado. En algún punto aislado se habían ganado seis o siete kilómetros. Y se había pagado por ellos 420.000 bajas inglesas y 200.000 francesas. Los informes aliados atribuyeron a los alemanes la pérdida de 650.000 hombres, pero apreciaciones más objetivas reducen la cifra a poco menos de medio millón. En noviembre Joffre intentó un nuevo asalto, pero con iguales resultados.

## LA OFENSIVA BRUSILOV

En el Este, entre tanto, la guerra revestía un poco más de agilidad. El desplazamiento de la atención alemana hacia el Oeste y las fáciles comunicaciones con la línea defensiva rusa tras su gigantesco repliegue de 1915 habían permitido recomponer, en alguna medida, las castigadas fuerzas del zar. Y así, cuando Joffre pidió desesperadamente a su aliado del Este una ac-



Otra nueva arma: el tanque. Los generales lo consideran deshonesto. En Verdún, lo tienen al alcance de la mano, pero no lo usan. Mueren 300.000 hombres. Pero honrosamente.

empleo de tanques, pero éstos permanecieron olvidados en sus depósitos. Y cuando el fracaso del 1º de julio pedía a gritos un nuevo recurso ofensivo Haig se internó más aún en las viejas glorias de la tradición militar británica y, el 14 de julio, lanzó sobre los alemanes, por primera y única vez en el frente francés, una carga de caballería. Las ametralladoras germanas reprodujeron, esta vez entre relucientes lanceros, la matanza del día primero. Sólo el 15 de julio Haig echó mano a los tanques.

El primer efecto de su aparición sobre el frente de combate fue indescriptible. Por momentos cundió el pánico en las filas alemanas. Pero como hasta ese momento los tanques habían sido un *tabú* militar y no se había previsto un adecuado entrenamiento en el uso de ellos, su inauguración no fue demasiado brillante. Muchos quedaron descompuestos por el camino; otros se desviaron; algunos, por fin, perforaron las líneas alemanas, pero sin otra suerte que la de quedar solitariamente atrapados en el campo enemigo, pues no traían infantería detrás.

Después de este intento el frente se inmovilizó de nuevo. Comenzaron las lluvias de otoño y los soldados permanecieron en sus trincheras. La ofen-

ción que aliviara la presión alemana sobre Verdún, el zar decidió una ofensiva rumbo a Varsovia. El espionaje alemán conoció este proyecto y, cuando se llevó a la práctica, un instantáneo contraataque germano diezmó la muchedumbre armada del zar. En el frente del Sur, en cambio, los rusos tuvieron mejor suerte. El general Brusilov atacó en más de veinte puntos la línea defensiva austro-húngara y la hizo pedazos. Comenzó entonces un rápido avance que, por momentos, parecía repetir el triunfo de Galitzia. Sólo en prisioneros las fuerzas de Francisco José perdieron más de 250.000 hombres en menos de un mes. Fue necesario que intervinieran cinco divisiones alemanas, originariamente destinadas a Verdún, para que la ofensiva de Brusilov tropezara con alguna resistencia. Y Brusilov no podía resistir. Todas las reservas rusas se hallaban tontamente concentradas en el Norte, y la ofensiva meridional no pudo contar con tropas de refresco. Al primer contraataque alemán los rusos se replegaron. Pocos días después se hallaban en su punto de partida. Como siempre, también esta vez la acometividad rusa había descansado, fundamentalmente, en el empleo de desbordantes masas humanas. En Francia la idea de haber perdido



más de 300.000 hombres en Verdún estremeció el frente interno hasta extremos cercanos a la subversión. Para que ocurriera algo parecido en Rusia fue necesaria una campaña que arrojara un millón de bajas. Tal fue, en efecto, el resultado de la "ofensiva Brusilov". Para el Imperio de los Zares fue el primer paso de su derrumbe.

Con todo, la "ofensiva Brusilov" tendría, más adelante, repercusiones imprevistas. Desde hacía un tiempo los aliados venían tentando a Rumania, en la que veían un posible aliado capaz de contrabalancear el alineamiento de Bulgaria al lado de Alemania. Hasta ese momento la actitud de Bucarest había sido indecisa, frente a un panorama que, todavía, mostraba considerables perspectivas de un triunfo alemán. La ofensiva Brusilov acabó con las vacilaciones, empero, y el 27 de agosto Rumania declaraba la guerra a las potencias centrales.

En Alemania, Hindenburg y Ludendorff recogieron la ocasión para dar un toque decisivo a su campaña contra Falkenhayn. Absurdamente, los éxitos de Brusilov y la decisión de Rumania se convirtieron en un grave cargo contra el comandante en jefe. Y esta vez el káiser lo dejó caer, aunque para esta actitud fueron quizá menos decisivas las frenéticas acusaciones de Hindenburg que la escasa aptitud de Falkenhayn para cumplir, al margen de sus merecimientos militares, el papel de héroe mitológico que el desalentado pueblo alemán estaba necesitando. Desde este punto de vista Hindenburg era el hombre para el cargo, sobre todo con un estratega como Luden-

era un problema insoluble. Las perspectivas de una buena defensa eran aún enormes, pero eran casi nulas las posibilidades de un triunfo. Por lo menos, de un triunfo por vías de las tradicionales ofensivas militares. Así y todo, Ludendorff tuvo la audacia de llevar esta conclusión hasta sus últimas consecuencias. Resolvió que, en adelante, el frente francés sería, exclusivamente, escenario de una guerra defensiva. A este fin, Ludendorff hizo construir detrás del frente una poderosa línea defensiva que había de denominarse, desde luego, "línea Hindenburg". La dotó de grandes fortificaciones y amplió a su retaguardia la red ferroviaria ya existente.

Esta resignación alemana a la guerra defensiva sólo podía tener dos consecuencias. Una era la de iniciar sondeos de paz. La otra, la de confiar el triunfo a formas de lucha totalmente extrañas a las tradicionales. Bethmann, el vacilante canciller del káiser, se inclinaba por la primera solución. Ludendorff prefería la segunda. El escenario de la victoria debía de ser el mar; más precisamente la guerra submarina. De hecho, ambos criterios fueron ensayados simultáneamente. Bethmann encaminó sin éxito sondeos de paz ante Londres y París y, con perspectivas algo mayores, adelantó una concreta propuesta de paz al zar, sobre la tentadora base de retornar al statu quo de 1914. Había grandes probabilidades de que la respuesta del zar fuera favorable, pero Ludendorff frustró las negociaciones alegando que los términos de paz sugeridos por Bethmann implicaban abandonar el único trozo de territorio conquistado



Brusilov, herido tras una de las campañas más espectaculares de la guerra. Dos años más tarde reaparecerá en el Ejército Rojo de Trotzky.

dorff a su lado para suplir sus probadas deficiencias militares. El viejo mariscal fue ascendido, pues, a la comandancia suprema, y Falkenhayn quedó a cargo del nuevo frente rumano. Paradójicamente, allí su nombre creció hasta niveles de popularidad que no había alcanzado en su trayectoria como comandante en jefe. En cuatro meses Rumania estaba prácticamente fuera de combate.

Ludendorff, como conductor real de la guerra, no aportó demasiadas innovaciones al criterio de Falkenhayn. No tardó en llegar, también él, a la conclusión de que el estancamiento de los frentes

por Hindenburg durante la guerra. Una paz con Rusia en tales condiciones empañaría el papel de Gran Prócer Viviente que venía desempeñando el mariscal a la cabeza del ejército.

## LA NUEVA Y LA VIEJA GUERRA EN EL MAR

Prevaleció de este modo la decisión de proseguir la guerra por vía submarina. Otros acontecimientos acaecidos en el primer semestre de 1916 reforzaban tal criterio. Hubo un momento, en efecto, en que la lucha pareció concentrarse en el

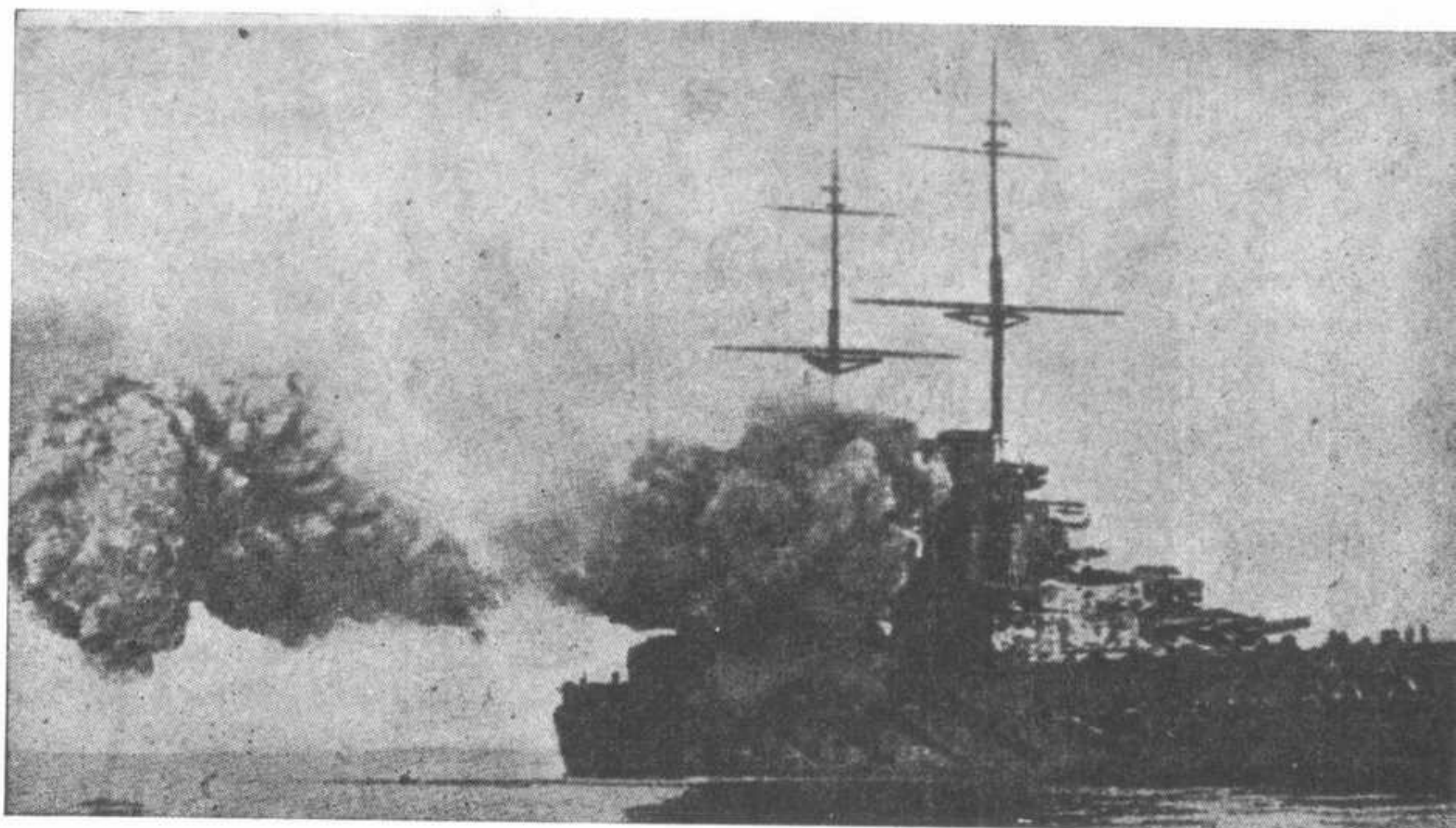


mar. Hasta entonces éste había sido un escenario marginal y complementario. Los alemanes rehuían sabiamente un enfrentamiento decisivo en este terreno mientras su armada, aunque poderosa ya en 1914, no estuviera en cabales condiciones de medirse con la británica. Durante los dos prime-

derablemente las posibilidades del ataque y significó más de una vez, atraer sobre el mismo submarino atacante el fuego del enemigo. Los submarinos debían atacar por sorpresa, o eran inútiles.

En los primeros meses de 1916, sin embargo, Alemania creyó estar en condiciones de medirse

Barcos de guerra alemanes, en su primera operación en gran escala contra la flota de Jellicoe, en el Mar del Norte.



ros años de la guerra todas las operaciones marítimas de los alemanes habían apuntado, fundamentalmente, a trabar el comercio británico de ultramar. Se explica así que los primeros encuentros se verificaran en aguas tan lejanas como la costa chilena. Allí, en efecto, una flota alemana integrada por los cruceros *Scharnhorst*, *Gneisenau*, *Leipzig*, *Nürnberg* y *Dresden*, hundía en noviembre de 1914 las naves británicas *Good Hope* y *Monmouth*. Los británicos no tardaron en responder al ataque y, en diciembre de aquel año, la totalidad de dicha flota alemana, con excepción del *Dresden*, fue echada a pique cerca de las Malvinas por una escuadrilla inglesa. El hecho convenció a los alemanes de que les resultaría imposible, por el momento, dañar el poderío naval británico sin sufrir mayores perjuicios que el enemigo.

El káiser decidió entonces impulsar la producción de submarinos, que ya habían demostrado su extraordinaria eficacia y constituían, además, un medio de combate en el cual la superioridad alemana era manifiesta. En setiembre de 1914, en efecto, submarinos alemanes habían hundido tres de los mayores cruceros británicos, el *Hogue*, el *Aboukir* y el *Cressy*. En mayo de 1915 hundieron el *Lusitania*, cargado de ciudadanos norteamericanos. Fue éste el primer acto, entre otros muchos que lo siguieron, que sentó las bases de la futura intervención norteamericana en la guerra. Fue también uno de los primeros ataques submarinos por sorpresa. De ahí el clamor mundial que suscitó, con renovados epítetos sobre la barbarie y las atrocidades alemanas. Al principio, en efecto, los submarinos se habían allanado a la caballeresca tradición de anunciar el ataque y dar siempre tiempo al enemigo para poner a salvo a la tripulación. Pero esta práctica reducía consi-

frontalmente con la marina británica. Tal era, por lo menos, la convicción de Scheer, el nuevo comandante de la armada alemana. Y el 31 de mayo, en el mar del Norte, tuvo lugar, por iniciativa de Scheer, el primer encuentro naval de envergadura entre las dos potencias. Scheer había enviado adelante una formación de cruceros al mando del almirante Hipper, a fin de atraer la flota inglesa a las órdenes de Beatty hacia el grueso de la fuerza naval alemana que aguardaría más al Sur. La maniobra germana fue conocida de antemano por los servicios de inteligencia inglesa y, en consecuencia, el almirante Jellicoe, comandante supremo de la marina inglesa, ordenó que zarpara hacia el Sur el grueso de la flota que se hallaba surta en Scapa Flow. A primera hora de la tarde Hipper avistó la flota de Beatty e inició el cañoneo. Beatty perdió dos cruceros, pero avanzó hasta ser avistado por el grueso de la flota de Scheer, que salió a su encuentro. El almirante inglés invirtió entonces su dirección y aparentó huir. Los ingleses estaban llevando a la práctica el plan alemán: atraer los efectivos de Scheer hacia el grueso de la flota que Jellicoe traía desde Scapa Flow. Al caer la tarde Scheer divisó en el horizonte las grandes naves de Jellicoe y ahora él invirtió su rumbo. Jellicoe, poco afecto a exponer sus naves, no lo persiguió. Preparaba el retorno a su base cuando la flota de Scheer reapareció sorpresivamente. Hubo entonces un breve cañoneo y Scheer se retiró definitivamente, sorteando con éxito las naves inglesas que se habían interpuesto entre él y su base. Tampoco esta vez intentó Jellicoe una persecución. La gran batalla de Jutlandia terminaba así con pérdidas relativamente bajas si se tiene en cuenta que entre uno y otro bando 250 barcos y más de veinte almirantes habían entrado en batalla.





Jellicoe, el almirante cauteloso.

Alemania extrajo de esta experiencia la convicción de que la marina británica era imbatible en batallas de superficie. Ya entonces, pues, pocos meses antes que Ludendorff impartiera como consigna nacional la consagración de todas las energías alemanas a la producción de submarinos, la batalla de Jutlandia había sentado las bases para una decisión de tal naturaleza. Hacia fines de 1916 Alemania prácticamente no producía ya barcos de superficie y las dotaciones de éstos eran velozmente entrenadas para la guerra submarina. El submarino se convirtió en el símbolo de la victoria, en la meta suprema de los sacrificios alemanes. Y el año 1917 se iniciaría con el fatídico anuncio germano de que, en adelante, la guerra submarina se practicaría sin restricciones, en todas las aguas del mundo, y sin reparar en la nacionalidad del blanco.

## SE ALEJAN LAS PERSPECTIVAS DE PAZ

El año 1916 se acercaba a su fin, cuando un sorprendente vuelco se producía sobre los restos de la lucha ya extinguida en Verdún. El general Nivelle, transitoriamente a cargo de los efectivos franceses en la zona, decidió por su cuenta un ataque a los alemanes y reconquistó, casi sin bajas, todo el territorio perdido a lo largo del año. En París la hazaña tuvo efectos electrizantes. Nivelle mismo reforzó el impacto con la versión de que había hallado la fórmula de la victoria. No es difícil adivinar lo que pasó luego, cuando la noticia de este éxito sin bajas cayó en medio de un amotinamiento parlamentario provocado por el derroche de vidas que había caracterizado hasta ese momento la actuación de Joffre. Briand desarrolló entonces una maniobra que, al parecer, mezclaba elementos de la practicada en Alemania en el caso de Falkenhayn y de la empleada por Asquith en Inglaterra para remover a Kitchener. Joffre fue ascendido a mariscal de Francia, convertido, también él, en estatua, en Gran Héroe Nacional, proyectado a una altura desconectada de las pequeñas batallas terrenales que tenían por escenario el frente del Oeste. Aquí, la comandancia suprema fue confiada a Nivelle, el Ludendorff de Francia. Este curioso paralelismo tuvo también otros ribetes. Tanto Bethmann en Alemania como Briand en Francia se inclinaban sabiamente por una paz negociada. Pero ambos se hallaron sujetos de pronto a dos nuevos jefes militares que, cada uno a su modo, echaban más combustible a la fe en el triunfo. Ludendorff había hallado la clave en la guerra submarina, y Nivelle había mistificado su momentáneo éxito en Verdún, convirtiéndolo en fórmula universal de la victoria. Y para completar esta nueva racha de acometividad que prosperaba en Francia y en Alemania, el primer ministro británico, Asquith —que también acariciaba en privado esperanzas de paz—, fue sustituido en diciembre de 1916 por Lloyd George, el campeón de la inflexibilidad inglesa. De este modo los tres países acababan el año endurecidos en su beligerancia, y la paz no sería ahora más que una solitaria pretensión del presidente norteamericano Wilson.

## CAPÍTULO V

1917

### LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA ENTRAN EN GUERRA

Este año el panorama de la contienda cambia fundamentalmente. Es el año de la Revolución Rusa y del ingreso de los Estados Unidos en la guerra. En medio de estos dos formidables acontecimientos resultaría tedioso marcar pormenores en el único rasgo de continuidad que registra el año 1917 con relación a los anteriores: el Frente del Oeste. Basta decir que aquí las cosas siguieron como antes, acaso con una pizca más de intriga y de escaramuzas domésticas en el campo aliado. Lloyd George ya no creía demasiado en las posibilidades de un triunfo a partir de Fran-

cia. Adicionalmente tenía las mejores razones para desconfiar de las aptitudes militares de Haig, cuya remoción era imposible, por otra parte, ya que el jefe inglés contaba con la ilimitada protección del rey Jorge V. El primer ministro urdió entonces una conferencia interaliada en Roma, donde propuso que durante el nuevo año todo el peso de la guerra recayera sobre el frente italiano. Cadorna rechazó la iniciativa, alegando justificadamente que los Alpes sólo podían deparar un estancamiento mayor que el del frente francés. Lloyd George tuvo que resignarse entonces al viejo escenario de sus desdichas, pero entendió que una aceptable compensación de su infortunio podría ser la subordinación de Haig al mando supremo de Nivelle. Logró sin demasiadas dificultades que su Gabinete aprobara la



idea y, desde luego, no debió bregar demasiado para que la aprobara también Nivelles. Sólo Haig opuso a la iniciativa una resistencia que bordeó el escándalo, pero a la larga debió aceptar la supremacía del hombre que tenía la Fórmula de la Victoria.

Esta fórmula se ensayó el 16 de abril, fecha señalada para la gran ofensiva de Nivelles en el Aisne. Al caer la tarde de ese día los franceses habían avanzado 200 metros, y era todo lo que habían de ganar en el ataque. Dos semanas después Nivelles era reemplazado por Pétain, cuya fórmula de la victoria era algo más realista: "Esperar a los norteamericanos".

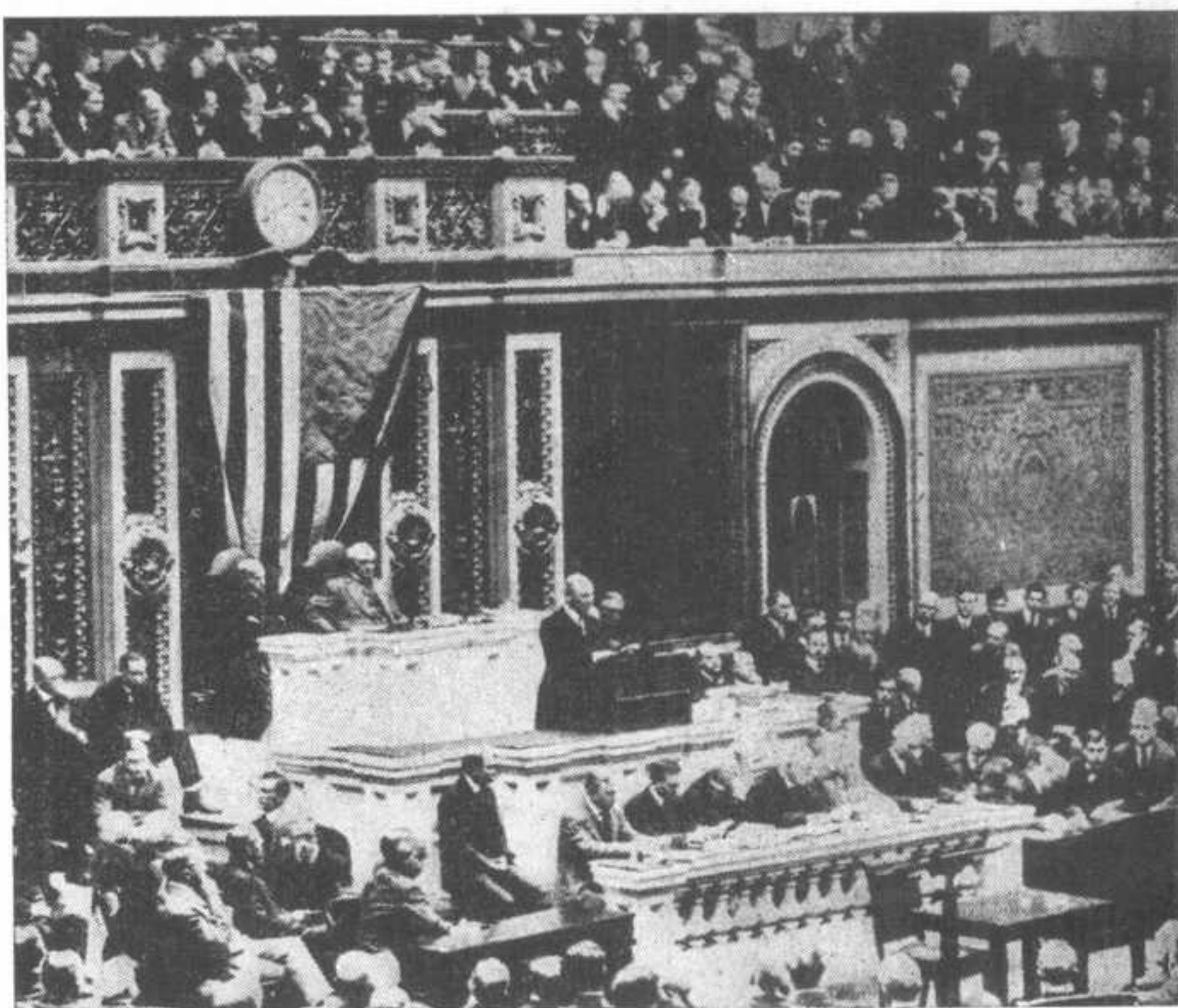
Los Estados Unidos, en efecto, ya estaban en guerra. Nunca podrá explicarse acabadamente por qué Alemania provocó su ingreso, pues el comportamiento alemán en los primeros meses de 1917 fue precisamente eso: una provocación tan ostensible que ni el empecinado neutralismo de Wilson pudo ya ignorarla. El 31 de enero Alemania había anunciado, como se sabe, la guerra submarina sin restricciones. Dos días después el gobierno de Wilson rompía relaciones con el káiser. En los dos meses que siguen los submarinos germanos hunden a mansalva naves de los Estados Unidos en el Atlántico. Y para completar este panorama de la agresividad alemana contra la Unión el gobierno del káiser no encuentra nada mejor que remitir al gobierno de México un fantástico telegrama en el que ofrece ayuda a la patria de Juárez para reconquistar el territorio de Nueva México, anexionado años atrás por los Estados Unidos. El telegrama es interceptado por los ingleses, quienes lo ponen jubilosamente en conocimiento del gobierno norteamericano. Al día siguiente toda la prensa de la Unión publica el texto del mensaje, y el 6 de abril los Estados Unidos declaran la guerra.

## EL ZAR NICOLÁS ABDICA

Sería difícil conjeturar lo que habría ocurrido si los Estados Unidos no hubieran ingresado en la guerra. La "llegada de los norteamericanos" sorprendió a los aliados al borde del colapso. En Rusia el desastroso desenlace de la "ofensiva Brusilov" configuró una conmoción interna de la que los Romanoff ya no iban a recuperarse. En la población civil el hambre había llegado a niveles inconcebibles, y versiones de que brotes de canibalismo se habían agregado a los ya muchos factores que corroían el Imperio de los Zares estre-

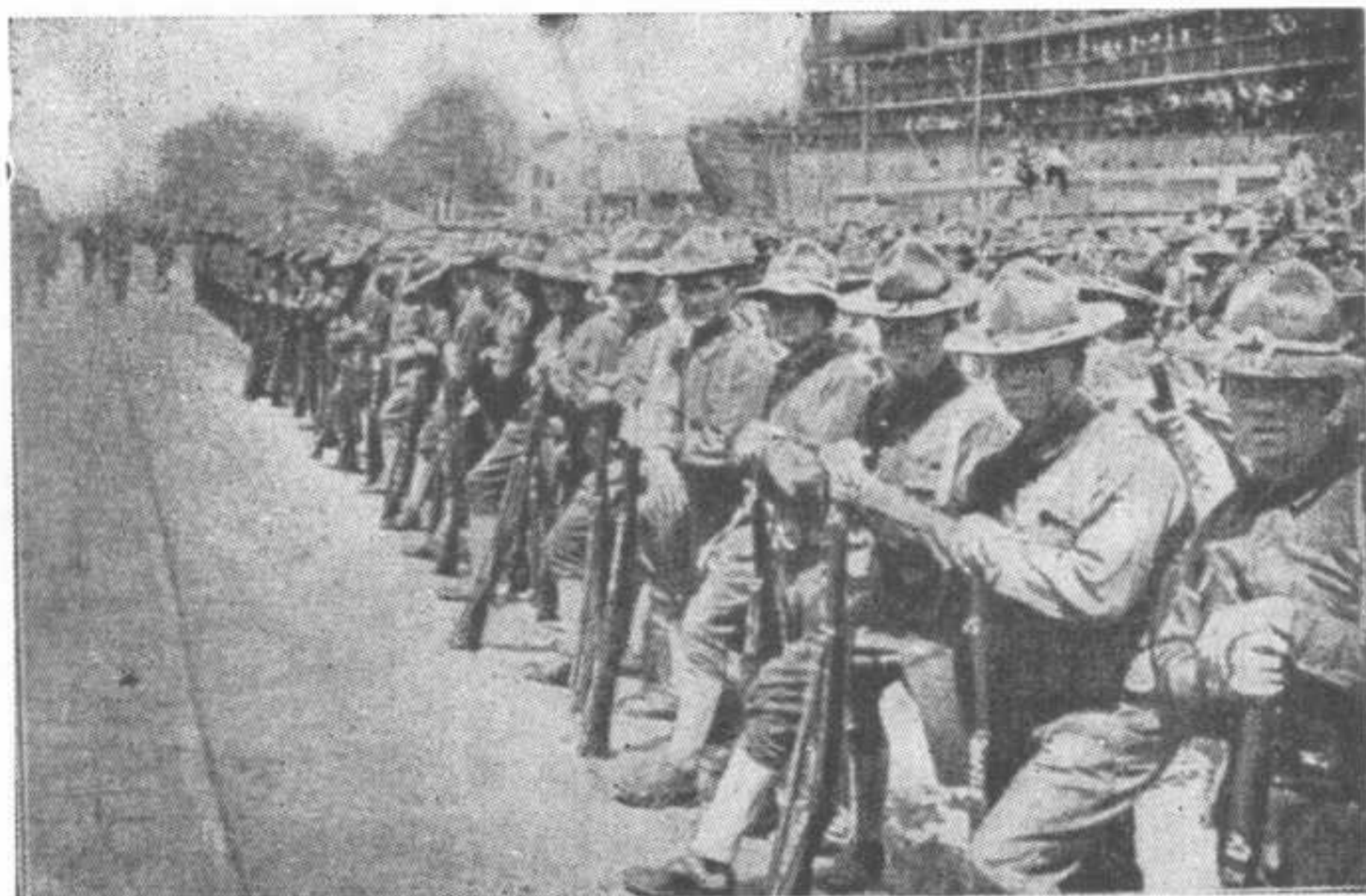


El general Nivelles. En sus manos tenía la fórmula de la victoria. Le sirvió para avanzar 200 metros.



Wilson abandona su apostolado de la neutralidad y rompe relaciones con Alemania. El Congreso de la Unión lo escucha en silencio.

mecieron al mundo. El invierno de 1916-1917 trajo consigo los primeros amotinamientos en Petrogrado, donde muchedumbres enardecidas por el hambre se lanzaron al saqueo. A ellas se unie-



Los "sammies" de los EE. UU. llegan a Europa.





En Rusia el pueblo se pone nervioso. Las manifestaciones se multiplican y, en cada una de ellas, la represión zarista cubre de muertos y heridos las calles de Petrogrado.

ron los soldados de la guarnición local, y la actitud de éstos empezó a proliferar como un reguero de pólvora entre los demás sobrevivientes de una guerra en la que se los había mandado al frente desguarnecidos, sin apoyo de artillería, a veces sin fusiles, inmolados en batallas que los generales del zar sólo esperaban ganar en mérito a tener más hombres que el adversario para mandar a la matanza. Era comprensible que los motines de Petrogrado encendieran la rebelión general.

Estaba fuera de cuestión el que pudiera emplearse al ejército para reprimir el motín. Nicolás II recurrió a los cosacos, pero también éstos se negaron a disparar sobre la población civil. El zar pensó ingenuamente que su presencia personal en la capital podría bastar para la restauración del orden; pero los ferroviarios, también contagiados de la rebelión general, se negaron a transportarlo. Nicolás II hizo entonces lo único que le quedaba por hacer: abdicó.

No era muy distinto el clima que reinaba en el otro extremo de Europa. El estrepitoso fracaso de Nivelles tuvo efectos paralelos a los de la frustrada ofensiva de Brusilov. La rebelión empezó a cundir también entre los soldados de Francia. Pétain acababa de asumir sus nuevas funciones cuando algo más de cincuenta de las divisiones a su cargo se negaron a obedecer sus órdenes. Y así Francia debió asimilar los métodos que

ella había repudiado en los rusos. Durante los primeros meses de 1917 las fuerzas de Pétain se vieron distraídas del quehacer bélico por la necesidad de restaurar el orden. Cien mil soldados fueron sometidos a cortes marciales, de las que emanaron en poco tiempo 432 sentencias de muerte. Con todo, el número de los soldados que fueron efectivamente pasados por las armas fue apenas algo superior a los cincuenta.

En Gran Bretaña la desmoralización no había alcanzado estos extremos, si bien el total bloqueo submarino decretado contra ella por Alemania en enero de 1917 empezaba a dar sus frutos. Los barcos neutrales se negaban a tocar puertos ingleses y la flota mercante británica sufría pérdidas que cerraban toda perspectiva de mantener abastecidas a las islas. Concretamente, en abril de ese año Jellicoe opinaba que se había perdido la guerra. A su entender el bloqueo submarino alemán era inexpugnable. Debía ser Lloyd George el que hallara una apropiada respuesta militar al problema. En adelante los barcos británicos navegarían en convoy. Inexplicablemente, el Almirantazgo opuso a la idea una resistencia feroz; pero a la larga la energía del primer ministro logró imponerse. A principios de mayo partía de Inglaterra el primer convoy. Un mes más tarde pudo trazarse un balance del nuevo sistema. Las pérdidas habían descendido del 25 % al 1 %. El bloqueo submarino había sido derrotado.



Así no se podía encarrar una ofensiva. Sólo Haig opinaba lo contrario.



## UNA NUEVA CARNICERÍA EN YPRES

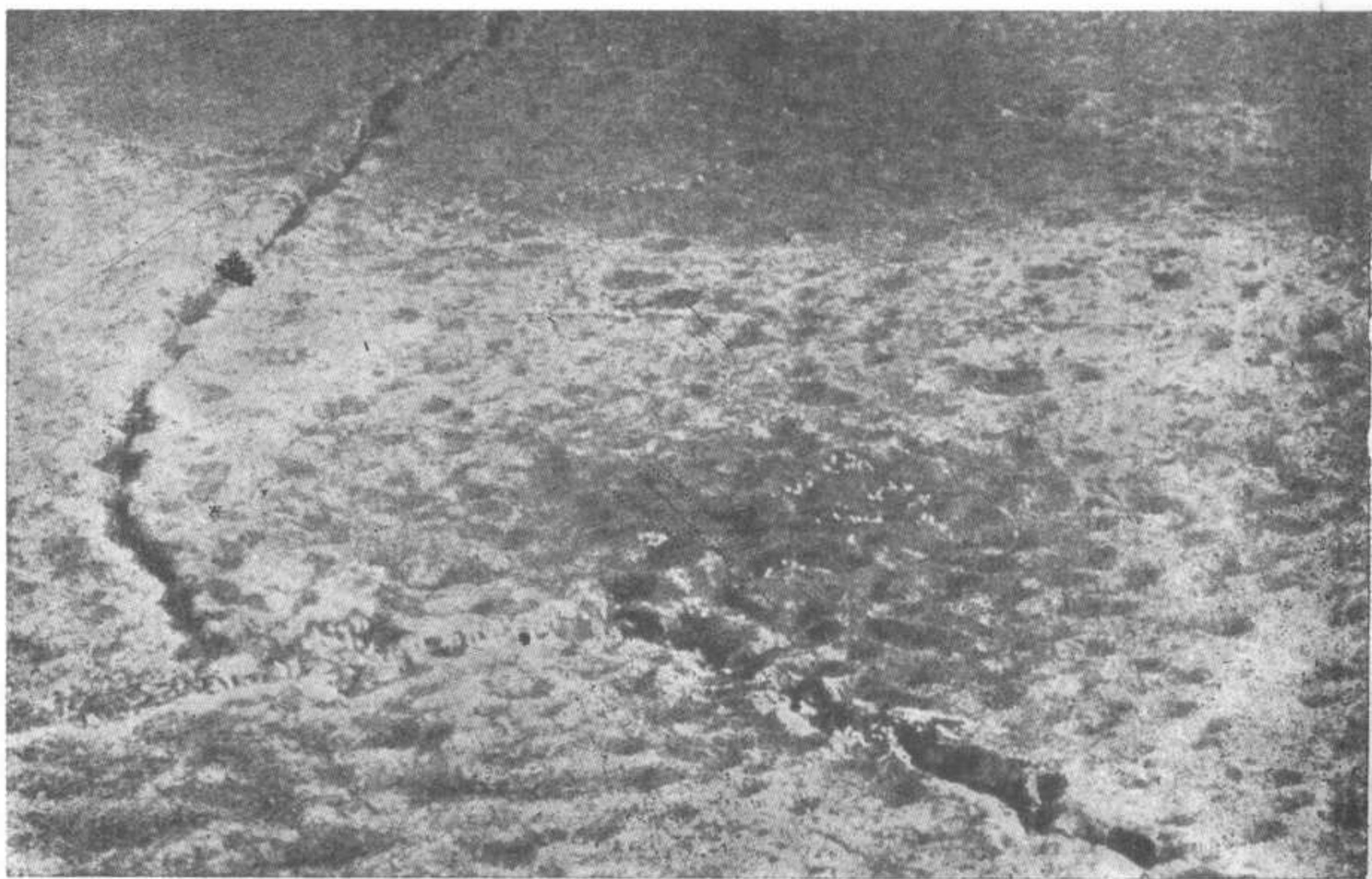
En el frente francés, la derrota de Nivelles y el caos intestino que paralizaba a las fuerzas que ahora comandaba Pétain habían frustrado los planes de Lloyd George tendientes a neutralizar las ineptitudes de Haig por vías de subordinarlo a una comandancia suprema francesa. Francia había perdido los títulos para reclamar la jefatura, y Haig recogía así elementos de juicio prácticamente irrefutables para exigir una acción independiente.

Esta circunstancia fue, desde luego, desastrosa. Haig era, a esta altura, el único jefe militar que aún creía a pies juntillas en la eficacia de las ofensivas. De alguna manera logró restaurar en el Estado Mayor algo de esa confianza y hacer valer la idea de que las ofensivas anteriores habían fracasado, no por ser ése el destino ineluctable de las ofensivas, sino porque las habían conducido los franceses. Una ofensiva enteramente británica, ideada y llevada a la práctica por británicos, era aún una experiencia pendiente.

El área ideal para ella era, a juicio de Haig, Ypres. El objetivo: la conquista de Ostende y de Zeebrugge. Nunca podrá explicarse satisfactoriamente cómo Haig pudo salir adelante con esta idea. Aunque se había tenido éxito en revitalizar un poco la confianza en las ofensivas, nadie parecía coincidir con él en la elección de Ypres como lugar para realizarla. Los servicios de inteligencia militares tendían a desalentar el plan de Haig, alegando que toda la zona del Norte se hallaba intransitable a raíz de las inun-

31 de julio comenzaba, bajo una lluvia torrencial, la batalla de Ypres. Pocas horas después ochocientos metros más adelante, el lodo inestable en que se había convertido bajo la lluvia la tierra removida por los disparos de la artillería, tragaba a hombres y equipos. Hasta los tanques, solicitados tardíamente por Haig, quedaron empantanados a poco de andar. A fines de agosto los hombres de Haig, a veces hundidos en el barro hasta la cintura, seguían clavados en el límite de aquellos míseros ochocientos metros ganados el primer día. A las voces de Lloyd George y de Pétain, que clamaban contra la prosecución de la ofensiva, se había unido ahora la aún prestigiosa opinión de *sir* John French. Pero, con todo, la ofensiva siguió inútilmente su curso. Fracasó en octubre un intento de revigorizarla y, en noviembre, un último ataque británico se agotó con la conquista de Passchendaele, un villorrio en ruinas, de ninguna importancia estratégica. Y ahí terminó la ofensiva. Los ingleses habían perdido 300.000 hombres. Los alemanes, 200.000. Prudentemente, la versión oficial convirtió estas cifras en 250.000 y 400.000, respectivamente; pero aun así la ofensiva de Haig corrió serio peligro de convertirse, por sus efectos sobre la moral de la tropa, en la traducción inglesa de la "ofensiva Brusilov". Y si esto no ocurrió fue porque, por una vez, el empecinamiento de Haig atinó a cosechar un éxito pocos días después del reconocimiento oficial de su fracaso en Ypres. El 21 de noviembre, en una operación desesperada, lanzó cerca de 400 tanques sobre Cambrai y logró un avance de ocho kilómetros. Toda Inglaterra fue

Vista aérea de una trinchera. A sus costados, los cráteres provocados por la artillería. En la estación de las lluvias toda esa tierra removida ha de convertirse en un lodazal intransitable.



daciones provocadas por los belgas al volar los diques. Por otra parte, la ofensiva estaba prevista para la época de las lluvias y, como había señalado Pétain, resultaría imposible luchar a la vez "contra los alemanes y contra el barro".

Ninguna de estas razonables argumentaciones, empero, impidieron que Haig, siempre respaldado por Jorge V, llevara a cabo su propósito, y el

levantada en vilo por esta espectacular victoria, pero no habían dejado de tocar las jubilosas campanas de Londres cuando los alemanes, repitiendo el movimiento del Somme, aislaban a los tanques de la infantería y reconquistaban el terreno perdido mientras a sus espaldas los cuatrocientos aparatos blindados se internaban ya cautivos en el territorio enemigo.



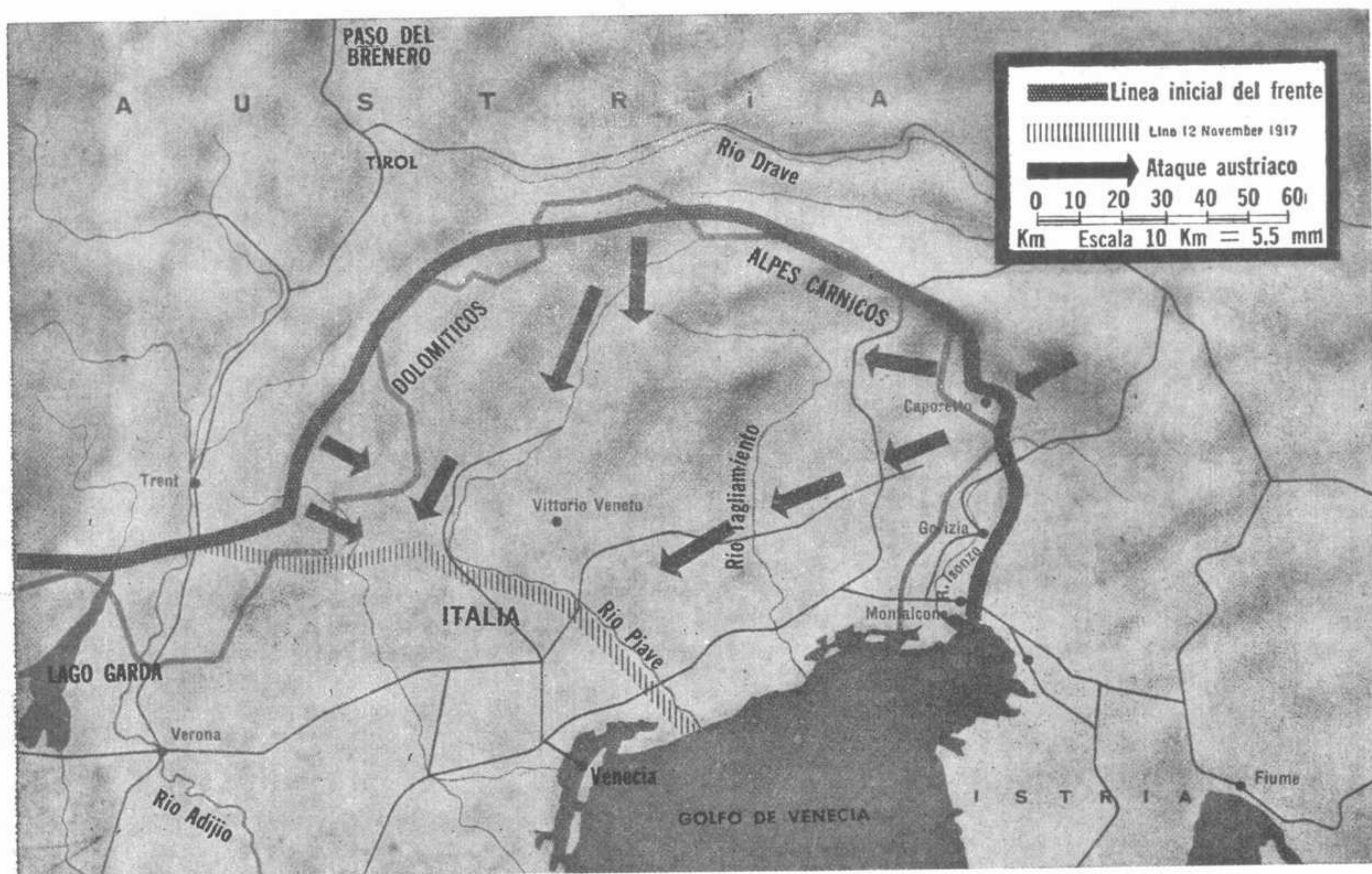
## CAPORETTO Y EL PIAVE

Entretanto Italia también padecía su cuota de frustración. Curiosamente, cuando en el primer semestre de 1917 Lloyd George trataba de desplazar todo el peso de la guerra hacia el frente italiano, una idea similar germinaba en la cabeza de Ludendorff. Alemania necesitaba un triunfo tan desesperadamente como los Aliados, y los Alpes, inexpugnables para una ofensiva italiana, eran en cambio un aceptable punto de partida para un ataque del otro bando. Al promediar el año Ludendorff empezó a desplazar tropas desde el frente ruso hacia el de Italia. El 24 de ese mes los

otros países beligerantes, cobraba inesperada popularidad en Italia donde el súbito fervor popular diluyó la derrota de Caporetto en la imagen de una resistencia que adquiría perfiles de leyenda sobre las riberas del Piave. Francia desfallecía, y en Italia empezaban a cantarse las primeras canciones de la guerra.

## LA REVOLUCIÓN SOVIÉTICA EN RUSIA

Nuevos hechos, entretanto, imprimían a la contienda un giro imprevisto en su planteo original. Aquella guerra tradicional, con métodos tradicionales y objetivos tradicionales, que habían



El frente italiano en 1917.

germano-austro-húngaros iniciaron su ofensiva en Caporetto. Las defensas italianas fueron quebradas y las tropas de Cadorna emprendieron un caótico repliegue que sólo se detuvo a orillas del Piave, 70 kilómetros más atrás de sus líneas originarias. Por el camino habían dejado 200.000 bajas. Sobre el Piave se reeditó el "¡No pasarán!" y el heroísmo de Verdún, y la ofensiva de Ludendorff quedó detenida.

Algo asombroso ocurrió entonces. Cabía prever que la derrota de Caporetto reeditaría sobre Italia los efectos de la ofensiva Nivelles sobre los franceses. Ocurrió, en cambio, lo contrario. Francia se debatía en la desesperación por los fracasos de una guerra que había tomado en serio desde el principio. Caporetto, por el contrario, fue para el pueblo italiano el estímulo que necesitaba para tomar en serio una guerra que hasta entonces le había sido indiferente. Y ocurrió así que mientras la contienda perdía popularidad en todos los

emprendido las potencias europeas, evolucionaba velozmente hacia nuevos esquemas y nuevas metas. Wilson ascendía en ella a un papel de primer plano, volcando el poderío aún fresco de los Estados Unidos al servicio de una visión que desbordaba las miras territoriales de Francia o de Alemania y se proyectaba cándidamente hacia el sueño de un mundo sin guerras, sin ambiciones y sin rencores. Ya bullía en su ánimo la idea de una Liga de Naciones que sujetara a normas de Justicia las relaciones internacionales. Los estadistas europeos escondían reservadas expresiones de sarcasmo bajo su asentimiento oficial a los Grandes Principios que el presidente de los Estados Unidos pretendía insuflar a la guerra. Wilson sabía que esta guerra de principios era sólo la suya. Un combate que él habría de adosar al de los aliados europeos. Intuía que, de algún modo, él y los aliados europeos iban a librar juntos dos guerras distintas y quiso formalizar esta distinción negán-





Caporetto, la mayor derrota italiana de la guerra. A partir de este momento Italia ha de tomarse la guerra en serio.

dose a encarar su propia presencia en el frente europeo como la de una potencia aliada. En ningún momento pronunció el término "alianza". Hasta el fin de la contienda los Estados Unidos fueron, desconfiadamente, una "potencia asociada". La guerra iba a ser definida por alguien que no creía en sus móviles originarios.

Paralelamente, también en el otro extremo del mundo en conflicto, una nueva fuerza histórica incidía sobre la guerra para desbordarla de su molde primitivo. Por distintos caminos Rusia empezaba a proyectar sobre el viejo continente una nueva visión que igualaba a la de Wilson en la esperanza de un nuevo orden mundial. Era extraño que los aliados europeos acogieran la abdicación del zar como un acontecimiento que absorbería a Rusia dentro de las modalidades europeas. Rusia, según la veían en Londres y en París, se aprestaba a ser, también ella, una democracia, una reedición eslava del parlamentarismo liberal europeo. Y tal fue, en efecto, la primera versión que dio de sí mismo el movimiento popular que había forzado la abdicación de Nicolás II. En reemplazo de la vieja corte imperial, un gobierno republicano hacía su aparición en Petrogrado bajo la presidencia de Kerensky, surgido del Consejo de Diputados de los Obreros y de los Soldados que se había hecho cargo del poder. Kerensky constituyó en seguida un gobierno de factura liberal que de alguna manera respondía a las expectativas de los aliados occidentales. Coincidió con ellos en la convicción de que había ingresado en la historia para protagonizar la asimilación de Rusia a las democracias europeas. Ignoraba, junto con ellos, que el mismo proceso que lo había llevado al poder se enderezaba hacia metas que convertirían a Rusia en la exacta antítesis de la Europa tradicional. El artífice de esta transformación habría de ser Wladimir Ilich Ulianof, el revolucionario cuyo nombre de batalla era Lenín.

Acaudillaba éste la fracción bolchevique de la socialdemocracia rusa, que oponía al moderado reformismo de los mencheviques un objetivo de inmediata revolución social. Para el mencheviquis-

mo, cuyo máximo exponente era el mismo Kerensky, la revolución de marzo agotaba su sentido en la instauración de una moderna "democracia burguesa" al estilo europeo. Para Lenín, en cambio, el movimiento de marzo sólo tenía sentido si se radicalizaba, si superaba sobre la marcha la revolución burguesa para convertirse en revolución socialista. Y este planteamiento encerraba una posición bien definida frente a la guerra europea. Las miras de Lenín no eran las de proseguirla a partir de un estado revolucionario, sino las de convertirla en una "guerra revolucionaria". Es decir, aprovechar el debilitamiento de las clases dirigentes a raíz de la guerra para reemplazar los viejos frentes de batalla entre naciones por nuevos frentes de una guerra de clases. Las armas puestas por la contienda en manos de los soldados debían de cambiar de blanco, apuntar hacia arriba, asumir como enemigo no al soldado de enfrente sino a sus propios jefes, a los gobiernos, a las clases que desde el poder habían desencadenado una conflagración extraña a los intereses del proletariado internacional.

Estas turbulentas ideas no alcanzaban a pesar aún sobre el gobierno de Kerensky, pues Lenín se hallaba en Suiza. Y, comprensiblemente, los gobiernos de Francia, Gran Bretaña e Italia hicieron lo posible por retenerlo allí, lejos de un gobierno que, como el de Kerensky, abjuraba de la guerra social para proseguir bajo aditamentos democráticos la vieja guerra convencional contra Alemania. Alentado por sus aliados del otro extremo europeo, Kerensky intentó revigorar, incluso, el espíritu combativo de su país. Increíblemente, consiguió embarcar una vez más aquella muchedumbre hambrienta y desarmada que era ya el ejército ruso en una nueva ofensiva. De nuevo centenares de miles de hombres fueron a estrellarse contra las defensas alemanas en el Norte y, si bien lograron algún éxito inicial, acabaron a los pocos días retrocediendo atropelladamente, vencidos por su propio desgano más que por la contraofensiva alemana.

Kerensky no pudo ignorar entonces que Rusia



Ahora es Kerensky el que trata de infundir valor a la tropa.



había agotado irremediablemente su trayectoria como beligerante. Su única alternativa era, a esta altura, gestionar un armisticio. Con rara lealtad expuso su plan a sus aliados y les solicitó autorización para negociar con Alemania una paz por separado. La propuesta fue rechazada casi como una insolencia. Y de este modo la ceguera de los aliados dio el paso que faltaba para que prosperara la radicalización revolucionaria que maquinaba Lenín en Suiza.

El otro paso lo habían dado ya los alemanes, enceguecidos también ellos en su visión del futuro ante la perspectiva de un éxito inmediato. Tras la revolución rusa de marzo Lenín se debatió un mes en Suiza en la imposibilidad de viajar a su patria. Tanto el gobierno francés como el de Gran Bretaña le negaron autorización para pasar por sus propios territorios. Temían el efecto explosivo que podía tener el viaje del líder bolchevique sobre el frente interno ruso. Pero esto era, desde luego, una buena razón para que Alemania viera con buenos ojos el traslado de Lenín. En consecuencia Ludendorff mismo buscó un contacto con él y, a mediados de abril, en virtud de un acuerdo secreto entre Lenín y el Estado Mayor del káiser, un hermético tren blindado transportaba a Lenín a través de Alemania rumbo a la nueva república de Kerensky.

Su presencia allí fue decisiva para los aconte-

cimientos que se desarrollaron tras la derrota rusa en la costa del Báltico. El 1º de setiembre caía Riga en poder de los alemanes, y los restos de la abatida soldadesca rusa sólo pensaban ahora en la insurrección. Lenín alentaba esta perspectiva, aun contra el parecer de muchos bolcheviques, que consideraban inmaduras las condiciones para instaurar la dictadura del proletariado. Lenín sostenía que, ante el hecho ya visible de la sublevación en las calles, Kerensky no tendría más remedio que reprimir y, para hacerlo, echaría mano fatalmente a las fuerzas del viejo régimen derrocado en marzo.

Kerensky, entretanto, confirmaba en los hechos este punto de vista encarcelando a Trotsky y a otros líderes bolcheviques, mientras Lenín recurría a un nuevo exilio, esta vez en Finlandia. La temida represión había comenzado. El poder de Kerensky, empero, era insuficiente para llevarla a cabo. Como Lenín había previsto, debió de recostarse sobre un hombre como Kornilov, comandante en jefe del ejército, quien alentado por Kerensky dio las espaldas al frente de guerra y resolvió descender sobre San Petersburgo para imponer el orden. Kornilov, desde luego, no era un revolucionario. Ni siquiera un revolucionario de marzo. El orden que venía a imponer no era exactamente el orden republicano que Kerensky, ingenuamente, lo llamaba a defender. Y éste re-

Lenín, el apóstol del bolcheviquismo. El káiser lo ayudó a hacer la revolución.







Estalla la revolución en Rusia. Los soldados están hartos de combatir en una guerra que no sienten.

cién cayó en la cuenta de que se hallaba en presencia de una contrarrevolución zarista cuando los efectivos de Kornilov se hallaban casi a las puertas de la capital. El inestable presidente giró entonces hacia el otro extremo de esa oscilante política pendular a que se veía condenado entre la revolución social en marcha y la insurgencia del nuevo régimen. Si para defenderse de los bolcheviques tuvo que asentar su poder sobre Kornilov, ahora, para defenderse de Kornilov, no tenía más remedio que apoyarse en los bolcheviques. Dejó en libertad a Trotsky, y ordenó armar a los obreros. Lenín, entretanto, regresaba a San Petersburgo y emprendía una frenética campaña panfletaria en la que instaba a la rebelión a los soldados de Kornilov. Sus apelaciones no cayeron en el vacío. Cuando los soldados entraron en San Petersburgo lo hicieron en calidad de desertores.

Mientras amainaba de este modo el peligro de la contrarrevolución Kerensky quedaba a merced de sus adversarios bolcheviques, que acababan de conquistar la mayoría en el Soviet de la capital. Estos detentaban ya, prácticamente, el poder real, y cuando el Comité Central de ellos resolvió hacerse cargo del poder la decisión implicaba poca cosa más que formalizar una situación de hecho. Kerensky, con todo, ensayó un último intento de resistencia. Sin otra fuerza que un reducido grupo de cadetes amagó una operación represiva cuya primera y única medida fue la clausura de *Pravda*, el órgano oficial bolchevique. Luego ocurrió lo inevitable. Los bolchevi-

ques entraron tranquilamente en las dependencias oficiales y, sin disparar un tiro, se hicieron cargo de ellas. El 7 de noviembre arrestaban a los miembros del gobierno, mientras Kerensky huía de San Petersburgo.

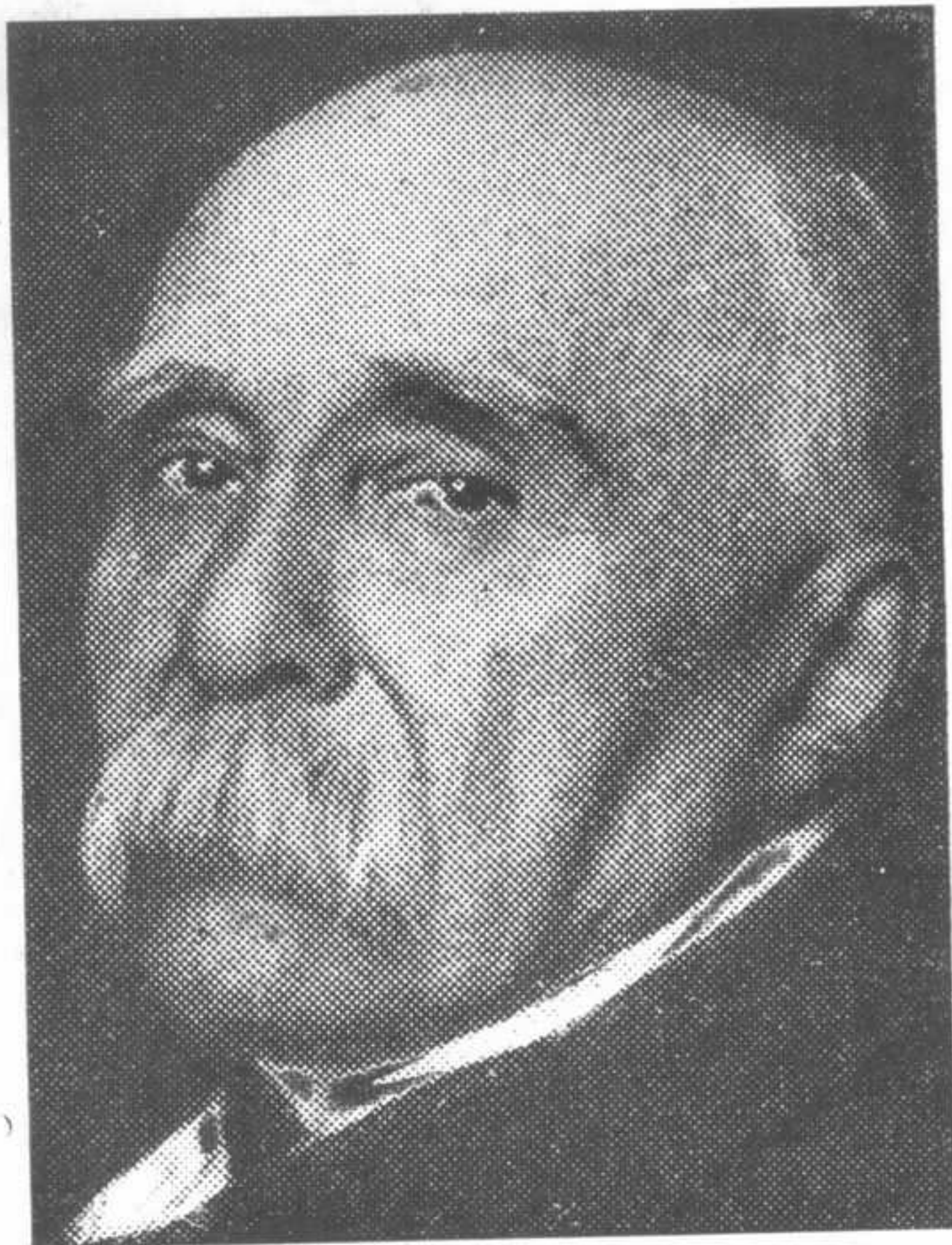
Veinticuatro horas después el nuevo gobierno presidido por Lenín emitía el Decreto de Paz. No era el testimonio de un país derrotado sino, a su modo, una nueva ofensiva. Con términos curiosamente similares a los que había empleado Wilson un año antes exhortaba a todas las potencias beligerantes a deponer las armas y a celebrar un armisticio general, sin conquistas y sin indemnizaciones. Al mismo tiempo exhibía ante los obreros del mundo la primera prueba de que la paz es el primer resultado de la instauración del proletariado en el poder.

No era extraño que en tales palabras se sintieran representadas las multitudes de combatientes exhaustos que en el resto de Europa habían perdido hacía tiempo la esperanza de hallar un sentido en aquella guerra inacabable. Era inevitable que el proceso revolucionario iniciado con la abdicación de Nicolás II repercutiera sobre las clases populares europeas y generara presiones cada vez mayores sobre los políticos que las representaban. Ya en tiempos de Kerensky el Soviet había creado problemas a los gobiernos de ambos bandos al proponer una conferencia socialista internacional. La iniciativa logró rápidamente el apoyo de los socialistas alemanes y franceses, y fue bien recibida por el laborismo bri-

Trotsky crea el Ejército Rojo. Cerca de él, el hombre que ha de ser, pocos años después, su peor enemigo: Stalin (el primero a la derecha).







Francia tiene ahora un gobierno fuerte bajo la conducción del "tigre" Clemenceau. Algunos lo acusan de dictador.

tánico. Los gobiernos de los distintos países beligerantes temieron las consecuencias del previsible pacifismo que emanaría de una reunión de esta naturaleza y no la consintieron. Con esta actitud, empero, dejaban abierta una brecha en la unidad de sus respectivos frentes internos. Los socialistas iban a denotar un progresivo retraimiento frente a la obstinación bélica de los distintos gobiernos. Y el Decreto de Paz dictado por Lenin tendría el irremediable efecto de ahondar la brecha. Finalizaba el año 1917 cuando el socialismo francés, ya abiertamente pacifista, quebraba su alianza de guerra con el gobierno. En noviembre precipitaban la caída del primer ministro Painlevé y de este modo abrían frente al presidente Poincaré una disyuntiva similar a la que Kerensky había conocido pocos meses antes: ceder a la presión de las izquierdas o apoyarse en fuerzas capaces de asegurar un gobierno de mano dura. Poincaré optó por la segunda alternativa y nombró primer ministro a Clemenceau, que empezó su gobierno encarcelando a los partidarios de la paz.

Así, un nuevo "campeón de la guerra" se ponía en línea al lado de Lloyd George. Rusia inició entonces gestiones enderezadas a celebrar una paz por separado, y el 15 de diciembre suscribía un armisticio con Alemania.

El año 1917 concluía con un panorama desolador para los aliados ante una Alemania finalmente disponible para llevar adelante la guerra en un solo frente.

## CAPÍTULO VI

1918

### EL TRATADO DE PAZ DE BREST LITOVSK

Pese al armisticio suscripto entre Alemania y Rusia en diciembre de 1917 los dos primeros meses de 1918 han de registrar aún algunos estertores póstumos de la guerra en el frente del Este. La Conferencia de Paz reunida en Brest Litovsk es, desde sus comienzos, un diálogo imposible entre dos lenguajes y dos filosofías radicalmente distintos. En boca de Kühlmann, secretario de Estado del káiser, el viejo militarismo germano presenta un cuadro de condiciones que —aunque excepcionales por su rapacidad— responden al esquema tradicional de una paz dictada por el triunfador. En los términos de práctica para este género de tratativas Alemania exigía un botín, indemnizaciones, la humillación del adversario. Rusia debía renunciar a su dominio sobre Ucrania, Polonia, los Estados del Báltico, y quedar convertida, prácticamente, en país tributario del *Reich*. Trotsky opone a estos reclamos inútiles formulaciones principistas que sólo logran divertir a los representantes del káiser.

La intransigencia alemana motiva una suspensión de la Conferencia para dar lugar a consultas entre Trotsky y su gobierno. En Petrogrado no halla un criterio definido. Hay quienes proponen continuar la guerra y quienes, con Lenin a la cabeza, exigen respetar la "voluntad de los soldados": la paz a cualquier precio. Un precio que, a la postre, no habría de pagarse, puesto que la Revolución Social corroía ya, a juicio de Lenin,

las entrañas del Imperio Alemán. Trotsky halló una fórmula de compromiso y logró imponerla: no firmar la paz ni proseguir la guerra; simplemente, mantener en pie el statu quo.

Una proposición tan heterodoxa debía rebotar forzosamente contra los viejos *junkers* que el 10 de febrero afrontaban de nuevo en Brest Litovsk la difícil tarea de conversar con Trotsky. Alemania, en consecuencia, denunció el armisticio de diciembre y reanudó sin enemigos a la vista su guerra ofensiva sobre el territorio ruso. Los hechos demostraban así que el criterio de Lenin era el único practicable. El 3 de marzo los bolcheviques suscribían el pliego de condiciones alemanas sin leerlas siquiera.

### OTRA VEZ YPRES Y EL SOMME

Y entonces todo pareció empezar de nuevo. Como en 1914 Alemania volvía a concentrar su atención sobre el frente del Oeste y a encarar una carrera contra el reloj similar a la que había prescripto el plan Schlieffen. Esta vez la urgencia de ganar la guerra en este frente tenía como telón de fondo la llegada de las fuerzas norteamericanas. Ahora era vital para Ludendorff dar un golpe de gracia a los exhaustos ejércitos anglo-franceses antes que el grueso de los efectivos norteamericanos llegara a territorio europeo.

Recobró vigencia entonces el viejo esquema de Moltke: un gran rodeo ofensivo a través de Bélgica y, preliminarmente, un ataque de distracción en el Sur, sobre las riberas del Somme. Invirtiendo la estrategia de Haig en 1917 Ludendorff



eligió la zona de Ypres como foco de la operación que, esta vez sí, debía ganar la guerra.

Los aliados, entretanto, superaban trabajosamente la rara incomunicación que, desde los comienzos de la guerra, los había mantenido fraccionados en compartimientos estancos. Ya en noviembre de 1917 una reunión interaliada, celebrada en Rapallo, acordó una estrategia unificada. A tal efecto se resolvió que el Consejo Supremo de Guerra funcionara como un organismo permanente bajo la presidencia del mariscal Foch, ascendido poco antes a comandante en jefe del ejército francés. Y la primera tarea que hubo de afrontar el Consejo dentro de su nueva estructura fue, precisamente, la de planificar la respuesta aliada a la inminente ofensiva alemana que los servicios de inteligencia habían detectado en el frente del Oeste. Se ideó a este fin un comando unificado cuya constitución hubo de superar cierta reticencia norteamericana, así como una serie de rencillas y escaramuzas entre los jefes militares de Gran Bretaña. Como consecuencia de ellas *sir* William Robertson debió abandonar su cargo para quedar relegado a la modesta jefatura de dispositivos de defensa en el este de Inglaterra. Éste fue un nuevo triunfo de Lloyd George, logrado al borde de una crisis

Bajo el ala de Hindenburg, Ludendorff es ahora el conductor real de la guerra. No parece demasiado contento. ¿O es un esfuerzo por parecerse al mariscal?



En el frente francés la tropa procura pasar el rato. Con uniformes arrancados al enemigo soldados franceses ponen en escena un *vaudeville* bélico.

ministerial y mediante una amenaza de abandonar el gobierno. Una vez más la desconfianza del primer ministro en sus propios generales lo llevaba a buscar fórmulas que aseguraran la subordinación de las fuerzas británicas a la autoridad de un francés. Este resultado, empero, sólo iba a concretarse ante el apremio de la ofensiva alemana.

Al promediar el mes de marzo había ya claras evidencias de que los alemanes preparaban un ataque en el Somme. Foch discutió con Haig la conveniencia de enviar a esa zona parte de las reservas británicas concentradas en torno de Ypres, pero el comandante británico se opuso resueltamente a esta idea, no porque tuviera el acierto de prever que Ypres sería el centro de la ofensiva germana, sino porque seguía inmovilizado en su proyecto de lanzar allí un ataque británico.

De este modo, cuando el 21 de marzo los alemanes iniciaron su ofensiva en el Somme, las defensas aliadas resultaron insuficientes para resistirla. El espectacular repliegue aliado que se inició entonces debilitó una vez más la posición de Haig, y el hecho fue aprovechado por Clemenceau para imponer de una buena vez la comandancia suprema de Foch. El 14 de abril éste recibía el título de comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Francia. Los alemanes, entretanto, habían ganado más terreno en un mes que en todas sus ofensivas anteriores, aunque sustancialmente con los mismos resultados. El apoyo logístico de los atacantes había resultado más lento que la llegada de reservas en el bando de la defensa, y en los primeros días de abril la ofensiva de Ludendorff se estancó.

Los quince días que transcurrieron entre el



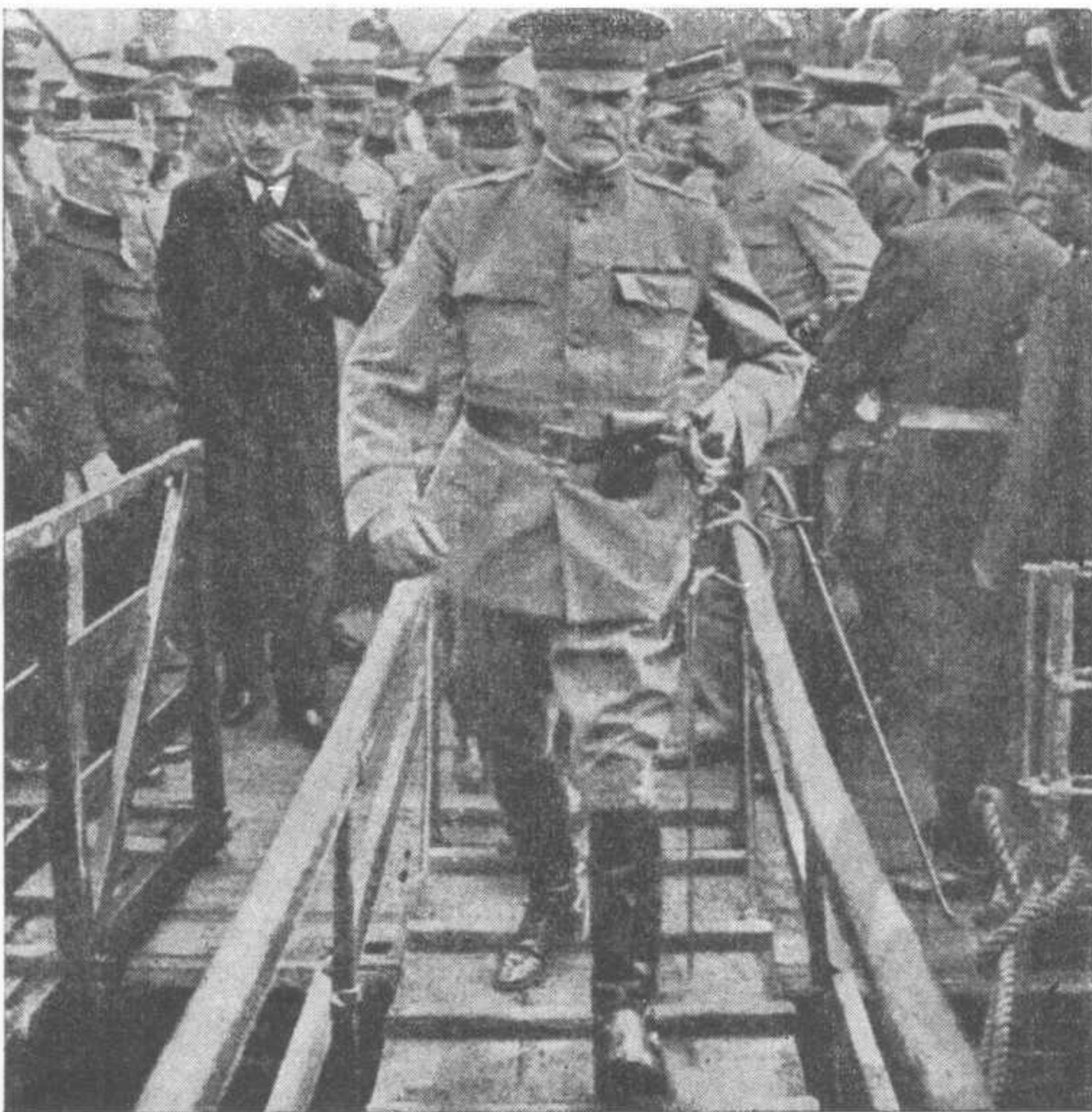
comienzo y la detención del ataque alemán en el Somme fueron decisivos para la coordinación de las fuerzas aliadas. Lloyd George urgió el rápido envío de fuerzas norteamericanas, y el cuadro de derrota que se perfiló en los primeros días del repliegue aliado ofreció a franceses e ingleses una buena base argumental para vencer la decisión norteamericana de desarrollar en Francia una guerra independiente. Ahora también el general Pershing habría de allanarse "provisionalmente" a la estrategia trazada por Foch.

El 9 de abril —cuatro días después de quedar frenada la ofensiva alemana en el Somme— Ludendorff lanzó su ataque en el Norte, a través de Flandes. El embate quebró las defensas aliadas, y los hombres de Haig se replegaron con gran desorden. El comandante inglés vislumbró entonces que ésa podía ser la operación central de Ludendorff y clamó por refuerzos. Esta vez fue Foch quien se negó a distraer efectivos de otras áreas, convencido de que los alemanes sólo buscaban un distractivo en el Norte que obligara a ralear las defensas aliadas en el Somme. Como Joffre, también él creía que para uno y otro bando el frente del Somme era el escenario cen-

cambiar de idea. Había demorado dos largas semanas en convencerse de que el peso mayor de la ofensiva alemana se descargaba sobre Flandes, y ocurrió que cuando echaba raíces en su nueva convicción Ludendorff alteró velozmente su estrategia y resolvió centralizar su ofensiva en el Sur, aprovechando el hueco defensivo dejado por las reservas aliadas que Foch había remitido a Ypres. Éstas no habían terminado de asentarse en Flandes cuando, al otro lado del frente, fuertes contingentes alemanes recorrían el mismo camino en sentido inverso.

Curiosamente los servicios aliados de inteligencia no detectaron esta vez los planes de Ludendorff, y la rápida concentración de tropas germanas sobre el Aisne pasó inadvertida. Ocurrió así que cuando a fines de mayo cuatro poderosas divisiones alemanas iniciaron el ataque en dicho punto sólo hallaron a su paso cinco maltrechas divisiones británicas que habían sido remitidas allí para reponerse del desgaste padecido por ellas en Flandes.

El 3 de junio el avance alemán había alcanzado arrolladoramente la ribera derecha del Marne. Allí las reservas francesas, tardíamente reti-



El general Pershing. Sus tropas, frescas e inexpertas, han de pagar un fuerte derecho de piso en el frente francés.

tral de la guerra. Sólo a fines de abril accedió el comandante francés a enviar refuerzos, y a principios de mayo también la ofensiva de Flandes se extinguió tras un avance de ocho kilómetros.

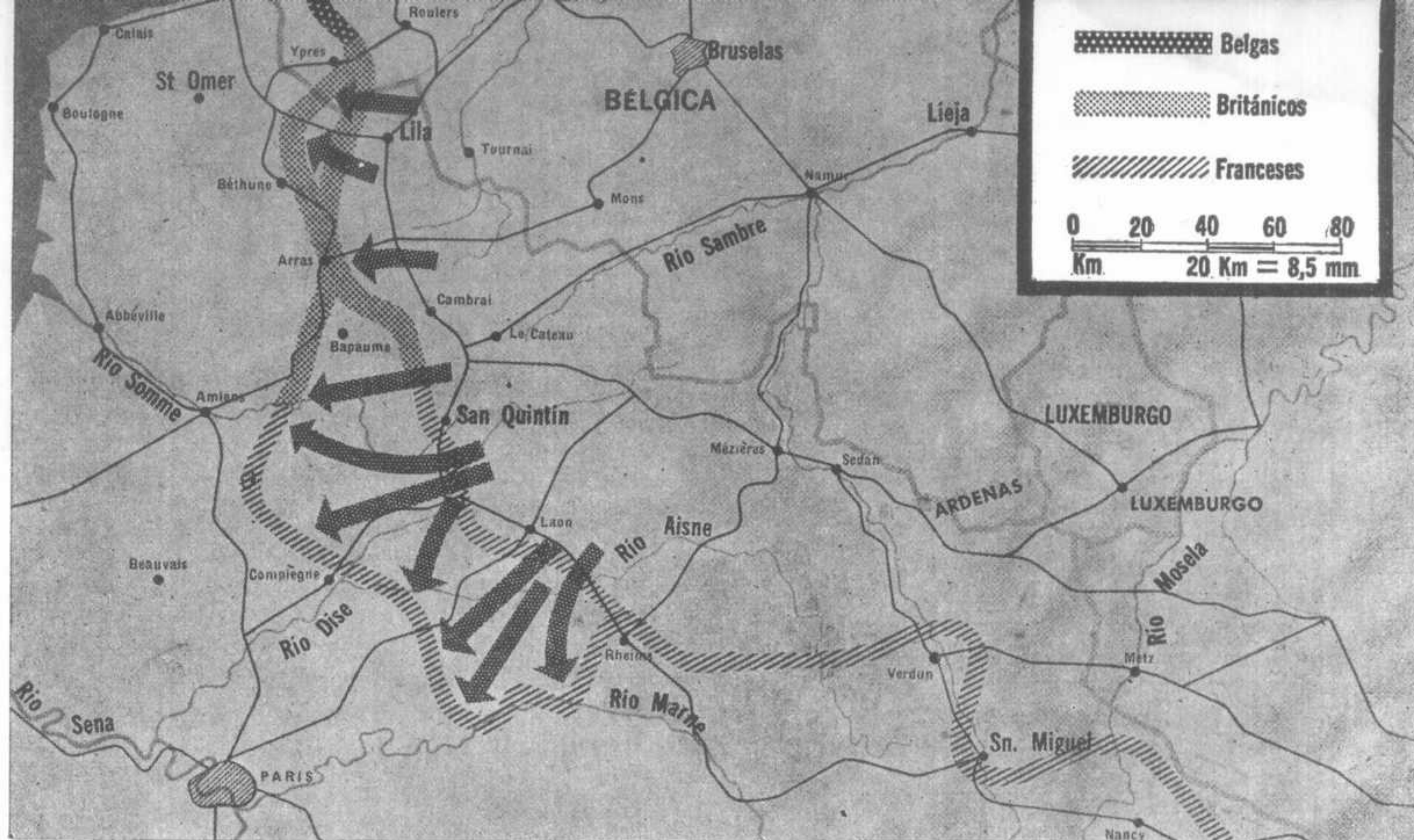
#### LA GUERRA SE AGILIZA. LA SEGUNDA BATALLA DEL MARNE

Foch se parecía en algo a Joffre. Era, como éste, obstinado en sus decisiones y lento para asimilar elementos de juicio que pudieran hacerlo

radar por Foch del área belga detuvieron el embate de Ludendorff. Pero el efecto psicológico de esta nueva presencia alemana en el Marne revistió considerable gravedad en las esferas parlamentarias y ministeriales de Francia. Sólo la energía y los métodos dictatoriales de Clemenceau lograron impedir la completa reestructuración de los mandos militares franceses que exigían clamorosamente algunos diputados y feroces editoriales de la prensa.

Como cabía prever, pese a la espectacularidad del avance alemán sobre el Marne, Foch no se des-





La ofensiva alemana de mayo de 1918.

prendió del todo de su ya arraigada evaluación del frente belga como previsible foco del último esfuerzo ofensivo alemán. Pese a las protestas que surgían contra él en el gobierno civil retuvo en el Norte una buena cantidad de reservas. Ésta fue, quizás, la decisión que definió la guerra. En efecto, cuando Ludendorff juzgó que la batalla del Aisne había distraído un número suficiente de reservas aliadas en el Norte volvió a concen-

mente decisivo o Alemania habría perdido la guerra. No es extraño, pues, que fueran cincuenta y dos divisiones alemanas las que el 15 de julio de 1918 perforaron el frente aliado en las cercanías de Reims.

En forma de pinza los alemanes avanzaron por el este y el oeste de Reims. Los franceses se replegaron rápidamente, esta vez en orden y respondiendo a una precisa consigna táctica. En el

El avance alemán rumbo a París es arrollador. En las castigadas defensas de la *Ville Lumière* parece haber más muertos que vivos.



trar tropas en el frente belga. Recobraba vigencia así la idea de dar aquí, en el escenario señalado por Schlieffen, el golpe decisivo. Ludendorff no ignoraba que esta vez el golpe debía ser real-

Este el objetivo de Foch era el de facilitar un avance alemán en columna a fin de atrapar lateralmente a los atacantes. Y ocurrió, en efecto, que los hombres de Ludendorff, a poco de andar,



Esta vez sí parece que París ha de caer. La población civil toma sus providencias.



se hallaron de pronto emparedados entre dos líneas de fuego, constituidas fundamentalmente por ametralladoras. De este modo el avance germano cesó instantáneamente.

Al oeste de Reims, en cambio, los alemanes tuvieron más suerte. En poco tiempo se hallaron

en el Marne, que determinó un desastroso repliegue germano. Ludendorff no tuvo más remedio que frenar su empuje hacia París en la zona de Reims y retirar efectivos de allí para alimentar sus debilitadas defensas en el frente meridional.

Mientras todas estas alternativas se sucedían en

La línea Hindenburg no fue de mucha utilidad.



a 50 kilómetros de París. Aquí las habituales escenas de pánico y de rencillas en los medios gubernamentales volvieron a producirse. Renováronse las críticas a Foch, y hasta Clemenceau vaciló en defenderlo. Nadie parecía dispuesto a creer que el retroceso francés obedecía a una táctica preconcebida con vistas a facilitar un contraataque. Sólo el 18 de julio cesaron en París las críticas cuando los hechos empezaron a demostrar el acierto del comandante en jefe. Ese día, en efecto, los franceses iniciaron el contraataque, y los tanques tuvieron su primer éxito en la guerra al quebrar el frente alemán y permitir un inmediato avance de la infantería francesa detrás de ellos. Luego también pasaron por la brecha los ingleses. Con todo, el avance aliado alcanzó a recorrer apenas cuatro kilómetros. Los alemanes recompusieron sus defensas y lograron mantener una línea inexpugnable hasta el fin de la guerra. La contraofensiva aliada, extinguiéndose a las pocas horas de su iniciación, había estado lejos de configurar el golpe decisivo planeado por Foch, pero había frustrado ese gran esfuerzo ofensivo alemán que Ludendorff había ideado con cabal conciencia de que sería el último.

La detención de los alemanes en el Norte obedió también a una exitosa contraofensiva aliada

el frente los pobladores de París conocieron por primera vez los estragos de un bombardeo. Curiosamente sus comienzos coincidieron con la suspensión definitiva de los *raids* alemanes sobre Inglaterra. Los alemanes habían logrado, sólo en estas postrimerías de la guerra, poner en línea el Gran Bertha, un enorme cañón cuyo alcance de 75 kilómetros era fabuloso para la época. Con él sembraron muerte y destrucción en París durante un período relativamente largo. La operación resultó poco efectiva desde el punto de vista militar, pero tuvo un considerable efecto psicológico sobre la población francesa.

Como cabía esperar, esta serie de bombardeos —primero a Londres y luego a París— terminó por suscitar en el bando aliado un creciente reclamo de represalias. En medio de este clima nació en abril de 1918 la Real Fuerza Aérea de Gran Bretaña. Era la primera vez en la historia que se constituía un arma aérea independiente. Con ella se lanzó una ofensiva por aire que dañó considerablemente la retaguardia y los centros de aprovisionamiento alemanes. En ningún momento, empero, se bombardeó Berlín, si bien un ataque a la capital alemana se hallaba en preparación cuando sobrevino el armisticio.



## LOS ALIADOS ATACAN PERO EL FRENTE VUELVE A ESTANCARSE

Con todo, el escenario central de la guerra seguía siendo el frente del Oeste. Al promediar el año signos de euforia empezaban a disipar entre los aliados la depresión con que habían vivido el último semestre. El fracaso de la gran ofensiva alemana en el Norte, la derrota germana en el Sur y el desgaste que venían provocando en el frente interno del *Reich* los bombardeos de la RAF revivieron en los jefes militares aliados la esperanza de lograr por fin un resultado decisivo en este frente. Aumentaba esta perspectiva la presencia de los norteamericanos, que a esta altura de la guerra tenían ya en Europa una considerable masa de hombres.

Fue así como Foch planeó un ataque que debía abarcar la totalidad del frente. Los británicos tendrían a su cargo el extremo norte de él; los franceses el centro, y los norteamericanos el Sur. La idea era que los franceses se limitaran a ejercer en el centro la presión necesaria para mantener allí la mayor cantidad posible de efectivos enemigos, mientras ingleses y norteamericanos avanzarían en forma de pinza con vistas a encerrar el grueso de los ejércitos alemanes.

El 8 de agosto los británicos iniciaron su ataque en el Norte, con 456 tanques. Los hombres de Haig avanzaron 10 kilómetros, hasta que los alemanes lograron endurecer sus defensas una vez más. Pero aun así la ofensiva siguió su curso, sujeto esta vez a un método distinto, que consistía en lanzar una sucesión de ataques aislados a los puntos más débiles del frente enemigo. Se invirtió así la vieja consigna estratégica de cen-

En el extremo sur del frente los norteamericanos bajo el mando de Pershing emplearon la táctica tradicional: atacar de frente en el punto fuerte. Recobraron así, en un día de combate, todo el terreno conquistado por los alemanes al sur de Verdún. Luego ocurrió lo de siempre. Los alemanes se fortificaron rápidamente en una segunda línea defensiva y el ataque norteamericano quedó detenido.

A lo largo de un mes se combatió en estos términos, sin otro resultado que el de enderezar el frente anulando las salientes más expuestas de los alemanes. A fines de setiembre Foch intentó reforzar la ofensiva y ordenó un nuevo ataque en el Sur, con miras a desarticular las comunicaciones alemanas. Pershing avanzó otra vez frontalmente, concentrándose en los puntos más fuertes de los alemanes, y de este modo ganó algo más de 12 kilómetros en una semana. A principios de octubre la ofensiva norteamericana se vio estancada nuevamente, debilitada por más de 100.000 bajas. Al mismo tiempo la ofensiva británica volvía a empantanarse, como un año antes, en el barro de Flandes.

## LA GUERRA SE DEFINE EN LOS BALCANES

Por enésima vez la sospecha de que la guerra nunca se ganaría en el frente del Oeste cundía de nuevo entre las filas aliadas. Y el desaliento habría alcanzado proporciones más graves si un acontecimiento realmente decisivo no hubiera venido a compensar en esos días las frustraciones del frente francés. El general Franchet d'Esprey, que acababa de asumir el mando de las fuerzas destacadas en Salónica, logró convencer a Clemenceau de la conveniencia de un ataque a Bulgaria desde ese sector del territorio griego. Foch, a regañadientes, acabó por prestar su acuerdo al mismo. El 15 de setiembre d'Esprey descargaba sus 500.000 hombres contra los búlgaros, y dos semanas después —el 29 de setiembre— Bulgaria pedía un armisticio.

Fue ése el hecho que presentó ante Ludendorff un definido panorama de derrota. No había, pues, efectivos disponibles para afrontar la dramática perspectiva de un avance aliado por el Danubio, una vez despejado el camino de Bulgaria.

Ese mismo 29 de setiembre, al enterarse de la defección búlgara, Ludendorff planteó al káiser la necesidad de un armisticio. Y fue entonces cuando, en procura de buenos términos de negociación con los aliados, el comandante alemán desplegó virtudes imaginativas de las que no había dado mayores muestras en la conducción de la guerra. Ingenuamente Ludendorff creía posible edificar un armisticio sobre la base de retornar al statu quo anterior al conflicto, a cambio de dar satisfacción a los "ideales" que enarbolaban los aliados. ¿No combatían éstos para salvaguardar la democracia? Pues bien, Alemania se convertiría en una democracia y los aliados se hallarían de pronto sin razones para seguirla acosando. Ludendorff logró imponer este raro criterio a Guillermo II y, en menos de 5 días, el *Reich* se transformó en una apacible monarquía constitucional a la inglesa. Fue designado canciller el príncipe Max de Baden, conocido por sus princi-



Por primera vez París conoce un bombardeo. El "gran Bertha" alemán ha entrado en acción.

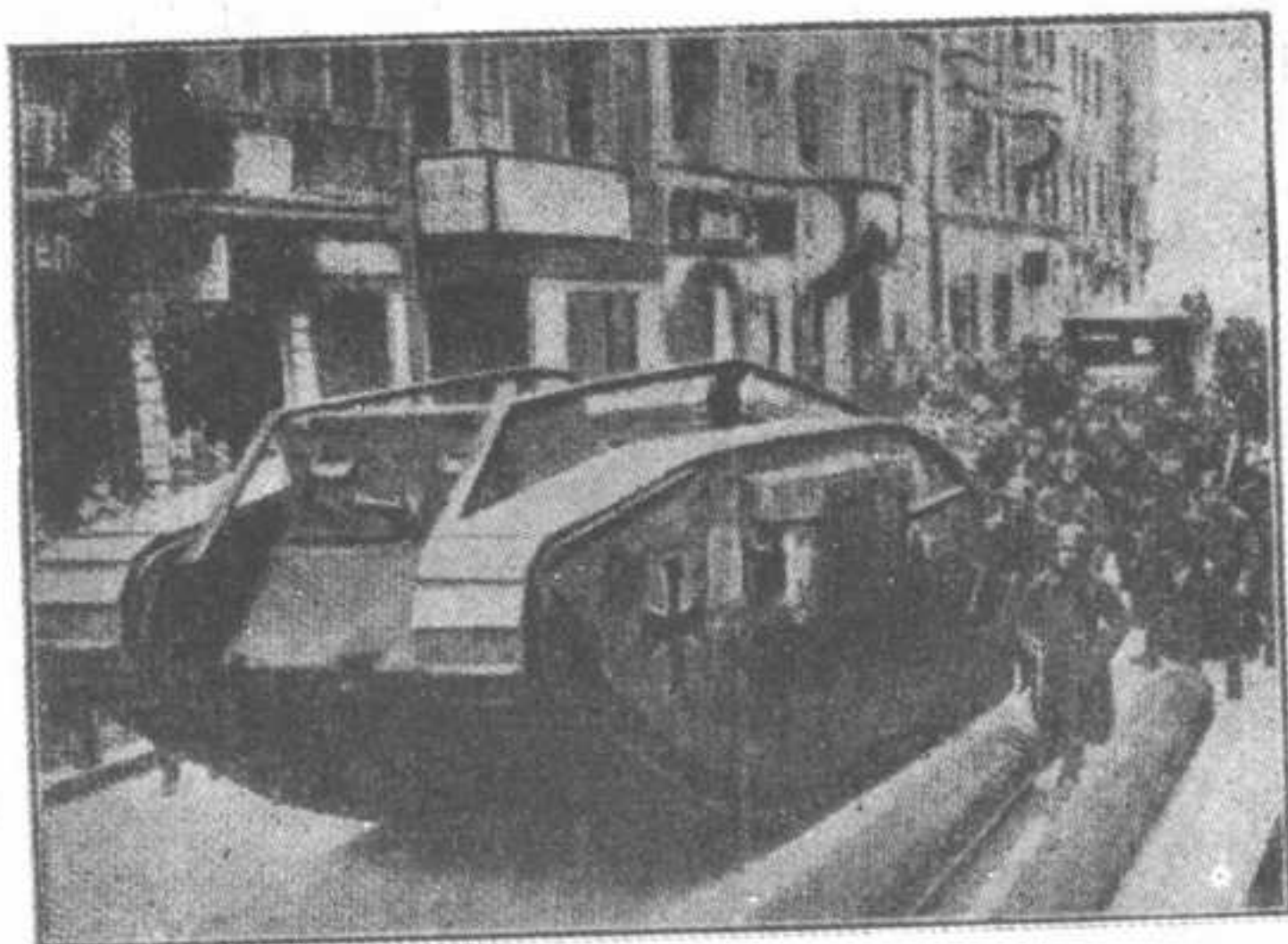
trar el ataque sobre el punto fuerte del enemigo. No hubo grandes avances, pero se logró ahorrar vidas en las filas británicas, al tiempo que se provocaba un serio desgaste en las líneas alemanas.



pios demoliberales, floreció la libertad de prensa y se incluyó en el gobierno a los socialdemócratas.

Una vez armada esta escenografía la Alemania democrática solicitó formalmente un armisticio el 4 de octubre, aceptando expresamente los "14 puntos de Wilson" como una base de negociación. De más está decir que tanto Clemenceau como Lloyd George acogieron con sorna semejante propuesta. De más está decir, también, que el único hombre indicado para tomarla en serio era Wilson. Paradójicamente, mientras el crudo materialismo de ingleses y franceses soñaba rematar la guerra con conquistas territoriales, indemnizaciones y transferencias de colonias, Ludendorff y Wilson venían a coincidir de pronto en el ideal de un mundo democrático y sin ambiciones coloniales, regido por la libre autodeterminación de los pueblos. Wilson recordó entonces con agrado que su participación en la guerra no se había concretado en forma de alianza con Francia, Gran Bretaña e Italia, sino de un modo independiente. No vaciló, pues, en eludir toda suerte de consulta con los aliados europeos, para responder por su propia cuenta a la propuesta alemana. El 8 de octubre, en efecto, Wilson envió al príncipe Max un mensaje en el que inquiría por la "sinceridad" del repentino entusiasmo germano por los 14 puntos, por la libertad y por la democracia. Max respondió, desde luego, que la conversión alemana era insospechablemente genuina, y entonces Wilson planteó como "exigencia" lo que Ludendorff venía soñando como un ideal desesperado: que Alemania se retirara de todos los territorios conquistados durante la guerra como condición para encarar el armisticio.

Como cabía prever, estas condiciones para el armisticio fueron rápidamente aceptadas por los alemanes. El 23 de octubre Wilson declaró formalmente su conformidad con la respuesta alemana. Recién entonces mencionó el asunto a los aliados europeos y los instó a aceptar un armisticio sobre la base de los 14 puntos. Por un momento pareció que Wilson y el káiser se habían vuelto aliados en la lucha por la democracia y la libertad de los pueblos, contra la rapacidad de Francia e Inglaterra.



Emulando a los británicos, también los alemanes construyen sus tanques. Pero cuando los tienen sólo les sirven para hacer la revolución.

## SE PRECIPITAN LOS HECHOS

Lloyd George y Clemenceau nunca ignoraron que Wilson, pese al reconfortante poderío militar que ponía al servicio de la causa aliada, iba a ser un asociado muy molesto. El primer ministro francés, sobre todo, sentía por él una profunda desconfianza. Los 14 puntos siempre fueron para él locuras de un maniático que se empeñaba en "hablar como Jesucristo". Cuando los leyó por primera vez una ácida sonrisa se insinuó bajo sus densos bigotes y se limitó a comentar: "¡Cáspita, *le bon Dieu* tiene sólo diez!". No iba a ser él, pues, quien creyera que ese mesiánico ideario del presidente norteamericano acabaría por

El legendario T. E. Lawrence, con su vestimenta árabe. Condujo la rebelión de los tribus árabes contra los turcos. Su objetivo era la liberación árabe, y con esta consigna ganó gran popularidad entre las poblaciones norafricanas y del Medio Oriente. El objetivo de Gran Bretaña, empero, era algo distinto...



dictar las condiciones de la paz. Lloyd George tampoco lo creía, aunque —en contraste con su colega francés— denotaba una desesperanzada simpatía por Wilson. Como buen cultor del realismo británico, conocía muy bien los intereses que habían desencadenado la guerra y que avalaban su propia presencia en el gobierno de Su Majestad. Los 14 puntos, él lo sabía muy bien, no pasarían de ser una agradable utopía, sin cabida en un mundo que él observaba con secreto desconsuelo, mientras Clemenceau representaba ese mismo mundo con la exactitud de un arquetipo. De ahí que ambos estadistas europeos acabaron por coincidir en una alarma compartida ante el paso transcendental que acababa de dar Wilson, y que los dejaba incómodamente descolocados en su postura frente a Alemania. Hicieron causa



común, pues, en el propósito de aguar los términos idealistas del armisticio que ya venía cobrando cuerpo entre Alemania y los Estados Unidos. Aceptaron los 14 puntos "en principio", pero en arduas discusiones trataron de intercalar entre ellos exigencias que los desvirtuaban. Lloyd George se oponía a la libertad de los mares; los franceses reclamaban la ocupación del Sarre.

Wilson defendía con intransigencia su posición, cuando un triunfo republicano en las elecciones parlamentarias de 1918 debilitó de pronto sus demandas. A la postre el armisticio habría de firmarse en términos estrictamente militares, dejándose para la conferencia de paz la discusión total de los 14 puntos.

La rigidez anglo-francesa desalentó por momentos el optimismo de Ludendorff. A mediados de octubre éste volvía a propiciar la prosecución de la guerra. Pero el proceso que él mismo había puesto en marcha acabó por arrollarlo. La "revolución por arriba" que propició un mes antes para ofrecer una fachada democrática a los aliados estaba abriendo cauces a la revolución por abajo. La libertad de prensa y la incorporación de los socialistas al gobierno dieron mayor peso a las fuerzas que se oponían a la guerra. El mismo príncipe Max fue sensible a estas presiones opositoras y halló en ellas la fuerza necesaria para resistir las renovadas exigencias bélicas del otrora todopoderoso general.

Reforzaba esta postura antibelicista una serie de hechos adversos que venían precipitándose en esos días alrededor de Alemania. Los británicos acababan de ocupar Damasco, infiriendo así el tiro de gracia al Imperio Otomano, que el 30 de agosto se rendía sin condiciones. Al mismo tiempo culminaba el derrumbe del Imperio Austro-Húngaro. Exhausto ya, el gobierno de Viena solicitó un armisticio sobre la base de los 14 puntos. Wilson se declaró incompetente para promover un armisticio en tales términos, ya que los 14



El fatigado pueblo austríaco recibe con júbilo la noticia de la capitulación.

preveían la autodeterminación de los pueblos comprendidos bajo el Imperio de los Habsburgo. Eran estos pueblos, pues, los que debían decidir libremente las condiciones de la rendición austro-húngara. La respuesta de Wilson desencadenó la rebelión de las nacionalidades dominadas por los Habsburgo. Checos, croatas, polacos se alzaron contra el gobierno de Viena, y hasta los húngaros trataron de pasar por una nacionalidad oprimida y conquistar su independencia en condiciones que eludieran los términos de un armisticio.

Sobre la marcha de este proceso el mariscal Díaz —que era ahora comandante en jefe del ejército italiano en reemplazo de Cadorna— lanzó un ataque decisivo contra las agotadas fuerzas austro-húngaras en Vittorio Veneto. En contraste con las campañas anteriores, esta vez los italianos lograron avanzar vertiginosamente sobre un territorio que el enemigo ni defendía ya. En dos días más de 300.000 soldados austro-húngaros se entregaron al ejército italiano, prácticamente sin combatir. El 3 de noviembre Viena suscribía el armisticio.

Tropas británicas entran en Damasco. Bajo la guía del emir Feisal, grandes contingentes de árabes habían combatido al lado de los aliados, con la convicción de que libraban una guerra por su liberación. Tal había sido, por otra parte, la promesa británica a Feisal. Paradójicamente fue un oficial inglés —Lawrence— el que con más devoción se volcó a la causa de la independencia árabe, e inspiró, al lado de Feisal, todo un movimiento político en tal sentido. El fin de la guerra acabó con sus sueños, y el mundo árabe, recién rescatado del dominio turco, fue distribuido entre ingleses y franceses.



Feisal llega a Damasco, para estrellarse contra la evidencia de que el mundo árabe sólo ha cambiado de amo.







Una fotografía histórica. Se firma por fin el armisticio.

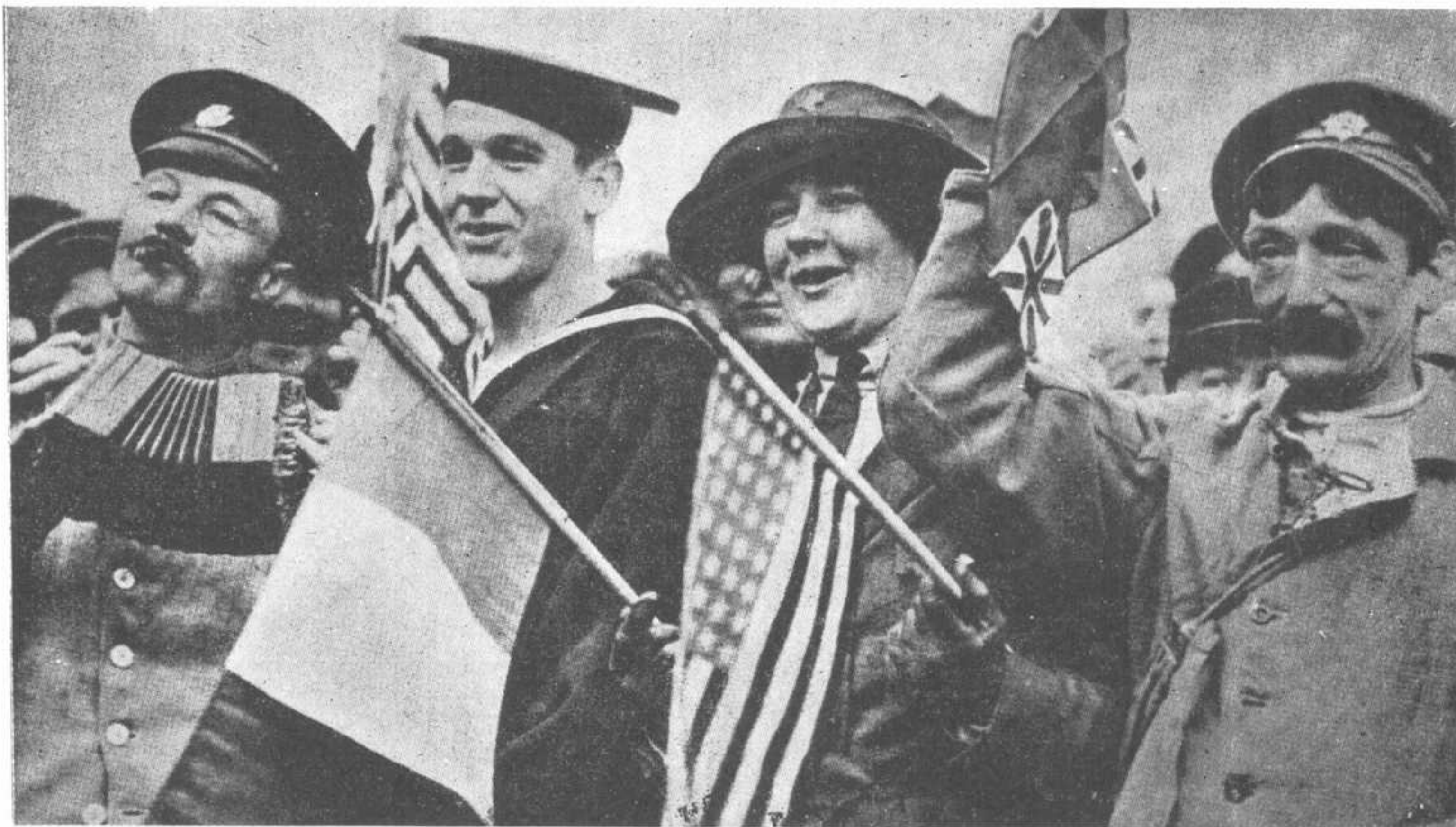
## POR FIN LA PAZ

Todos estos hechos precipitaron, por fin, la descomposición interna de Alemania. A fines de octubre Guillermo II había tenido un inesperado arresto de combatividad. Destituyó a Ludendorff y partió rumbo al frente a fin de disponer per-

sonalmente los aprestos para una larga guerra defensiva. Esta actitud, severamente reprobada por los generales, contaba, en cambio, con el apoyo de la Marina. Ésta resolvió, en efecto, tomar a su cargo todo el peso de la guerra. Fue un esfuerzo desesperado por remediar la desertión que, a juicio de los almirantes, estaban cometiendo los generales. Se decidió, en consecuencia, que el grueso de la flota germana —inactiva desde hacía dos años— saliera al encuentro de la británica. De paso se pensaba frustrar así las negociaciones de paz que oficiosamente había iniciado ya el gobierno de Berlín. Pero los almirantes no pudieron cumplir su propósito. El 29 de octubre se produjo en Kiel un amotinamiento de marineros. Cinco días después Kiel caía en manos de los sublevados, y por sus calles empezó a correr explosivamente la prédica de Lenín. Para el gobierno del príncipe Max la paz era ya un imperativo desesperado. Ya no pensaba en la victoria; ni siquiera en un armisticio honorable. Ahora lo apremiaba un objetivo más importante: frenar la revolución bolchevique.

Max dispuso la creación inmediata de una Comisión de Armisticio, presidida por el conservador Erzberger, quien inició negociaciones con Foch el 7 de noviembre. Para ello se había trasladado al Estado Mayor francés. Dos días más tarde Erzberger no representaba ya el mismo gobierno. La revolución alemana había triunfado y el príncipe Max entregaba el poder serenamente al socialista Ebert, mientras el káiser Guillermo II huía en automóvil rumbo a un exilio definitivo en Holanda.

Ebert no era exactamente una versión alemana de Lenín, pero en esta particular eventualidad repitió la rendición incondicional propiciada por el líder ruso un año atrás. Erzberger recibió instrucciones de suscribir el armisticio sin titubear,



Un esfuerzo por mostrarse alegres. Pero hay demasiados muertos a sus espaldas.



Júbilo popular. Las calles de Londres se llenan de muchedumbres decididas a celebrar el fin de la guerra.



y si algún regateo intentó el delegado alemán ante Foch lo hizo por su propia cuenta y, sorpresivamente, con algún atisbo de éxito. Los aliados, en efecto, retiraron su exigencia de la disolución total del ejército alemán. Ahora también ellos necesitaban la presencia de una fuerza armada dentro de Alemania para reprimir la temida insurrección bolchevique. De este modo ganaban la guerra, pero dejaban sembrado en Alemania el germen del renacimiento militar que desencadenaría, veinte años después, la Segunda Guerra Mundial.

El armisticio fue firmado el 11 de noviembre, a las 5 de la mañana. A las 11 cesaba el fuego en todos los frentes. Las calles de París, Londres, Roma y Nueva York se hallaban ya atestadas de muchedumbres jubilosas que salían a celebrar el triunfo. Era un día único en la Historia. Había terminado "la última de las guerras".



Ha terminado "la última de las guerras".



# ENTRE LAS DOS GUERRAS

## CAPÍTULO VII

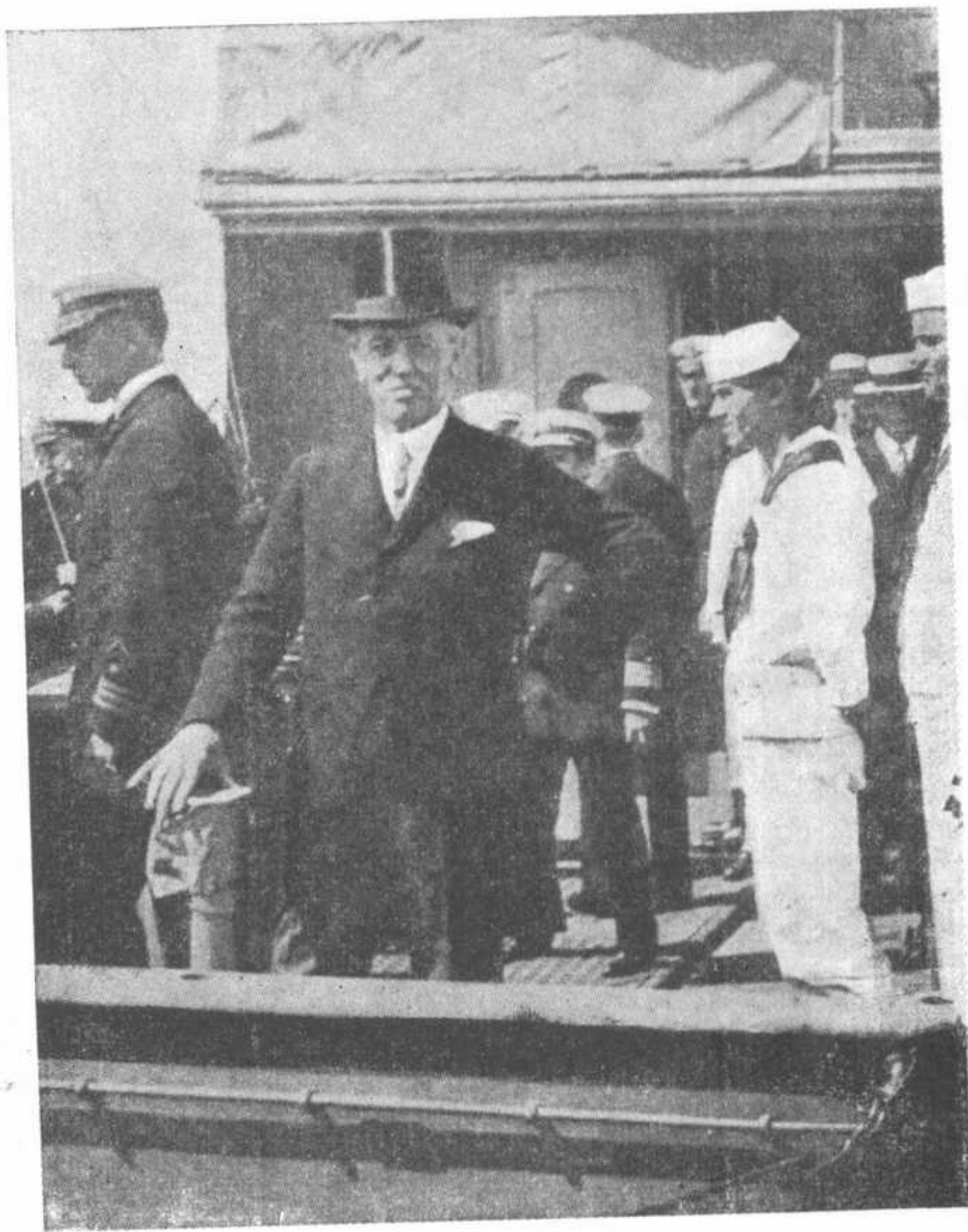
### LOS SUEÑOS DE WILSON Y LAS DURAS REALIDADES

La posguerra que Wilson había enseñado a esperar como el reinado del Bien y de la Justicia, empezó decididamente mal. La Conferencia de Paz, iniciada en Versalles el 18 de enero de 1919, debió de ser, con arreglo a los planes de Wilson, la cuna de una nueva Era para la Humanidad. Wilson mismo se embarcó rumbo a Europa para vigilar el nacimiento del nuevo orden mundial.

la soberanía de todos los pueblos, empezó a divisarse cuando se decidió reservar las decisiones básicas a un Consejo de Diez (dos representantes de cada gran potencia: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón) que a poco de andar quedó reducido a un conciliábulo de cuatro, Wilson, Lloyd George, Clemenceau y el primer ministro italiano Orlando.

En seguida se perfilaron en el Consejo de los Cuatro dos tendencias muy dispares, cuyos voceros extremos eran Wilson y Clemenceau. Formal-

Wilson cruza el Atlántico. Quiere vigilar de cerca la realización de su sueño: la Liga de las Naciones.



Aparentemente, no estaba previsto que los jefes de Estado participaran personalmente en las negociaciones de paz, pero la presencia de Wilson determinó la de sus colegas europeos, que a regañadientes interrumpieron las tareas que les demandaba la reconstrucción de sus respectivos países para ir a prestar apariencias de conformidad con un nuevo Derecho Internacional en el que nadie, fuera de Wilson, creía demasiado.

La suerte que había de correr esa conferencia que, teóricamente, debía consagrar la igualdad y

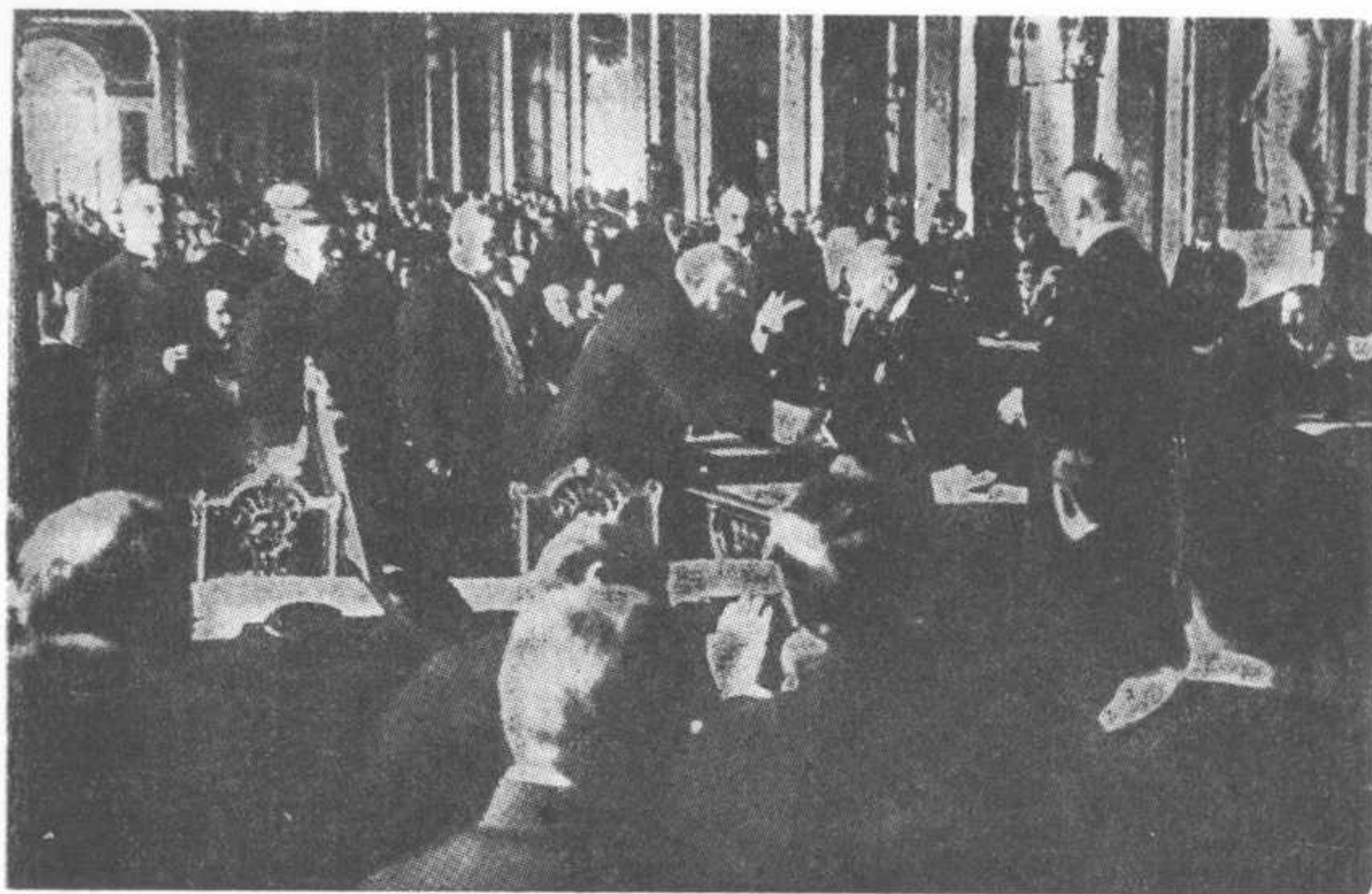
mente la conferencia estaba enderezada a decidir las condiciones de paz que se impondría a las potencias centrales. Pero para Wilson era éste un problema de segundo orden, que empalidecía ante el objetivo ideal de crear la Liga de las Naciones. Clemenceau, en cambio, acogía esta idea de la Liga como una intrusión molesta en conversaciones que, para su gusto, no tenían otra finalidad que la de castigar y humillar a los alemanes. Es probable, incluso, que la conferencia hubiera culminado en una ruptura entre Clemen-



ceau y el presidente norteamericano, si no hubiera mediado la conciliadora sagacidad galesa de Lloyd George.

No era extraño que, en esta confrontación de ideas y de personalidades, la balanza terminara por inclinarse en favor de Clemenceau. El economista Keynes, presente en la conferencia, comentaría más tarde que "rara vez habrá existido un estadista de primera fila más impotente que el presidente Wilson en las argucias del salón del Consejo". En efecto, cuatro meses de discusiones,

pudo hacerse efectivo, pues el grueso de la flota germana, surta en Scapa Flow, fue hundido por sus propias tripulaciones antes de la fecha convenida para la entrega. Francia exigía la anexión de la *Rheinland*, pero Lloyd George se opuso con toda energía a esta aspiración gala, entendiendo que el desgajamiento de un territorio histórica y étnicamente alemán sería una permanente amenaza a la paz futura. Propuso, en cambio, una ocupación aliada de aquél durante un período de 15 años y una ocupación francesa del Saar por



Se firma el Tratado de Versalles. Meses antes el mundo creía que había terminado la última guerra de la Historia. Ahora empezaba a dudar.

maniobras y reajustes dieron por resultado una Liga en la que el viejo sueño de Wilson era ya casi irreconocible.

El Convenio constitutivo de la Liga fue aprobado el 28 de abril de 1919, y comenzaba por definir el nuevo organismo internacional como en términos que contrastaban abiertamente con aquella ideal asociación de pueblos libres que había planeado Wilson. Se había convertido ahora en una Liga de "Estados, *dominios y colonias*". De este modo, si la idea originaria de la Liga había apuntado a suprimir el colonialismo, su realización práctica acabó por consagrarlo. Para empeorar las cosas la estructura prevista para la Liga la dotaba de dos organismos básicos: una asamblea general en la que todos los países estarían representados igualitariamente con voz y voto, y un Consejo directivo reservado a las cinco grandes potencias: Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón. Este cuerpo ejercería la conducción efectiva de la Liga y sería, a la postre, el que decidiría su orientación. Y aun en este nivel el ideal de organicidad internacional previsto por Wilson quedó desvirtuado al establecerse el derecho de veto en el seno del Consejo, con lo que éste perdía así su carácter de organismo internacional con fuerza compulsiva sobre sus miembros.

Los tratados de paz reflejaron claramente la continuidad del viejo orden. Alemania fue desarmada. Su otrora poderoso ejército quedó reducido a una fuerza de 100.000 voluntarios. Gran Bretaña logró que se accediera a una de sus más ardientes aspiraciones: apoderarse de la Marina de Guerra alemana. El traspaso, empero, nunca

igual período a fin de cobrar así parte de las indemnizaciones de guerra mediante la explotación minera de la zona. De esta manera Alemania sólo perdió en su frontera occidental los territorios de Alsacia y de Lorena. Tuvo menos suerte en el otro extremo. Francia, con sorpresivo apoyo norteamericano, exigía la incorporación de Danzig a Polonia. Lloyd George se opuso a este criterio por las mismas razones que lo habían llevado a rechazar la segregación de la *Rheinland*. Empero, no tuvo tanto éxito esta vez, y logró apenas que Danzig fuera declarada Ciudad Libre. De más está señalar que las colonias alemanas fueron distribuidas entre las potencias vencedoras

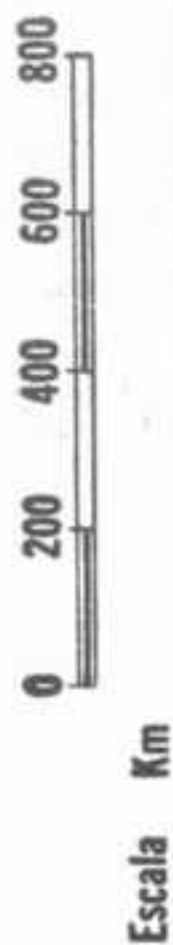
#### EL ROSTRO DE EUROPA CAMBIA EN VERSALLES

Con todo, el punto más gravoso de esta paz dictada fue el de las reparaciones de guerra. Aunque nunca se fijó una cifra global Alemania fue reducida de hecho a una situación tributaria que superaba holgadamente sus posibilidades de pago. Los aliados no ignoraban esta circunstancia, pero contaban con extraer de ella pretextos para operaciones como la que en enero de 1923 llevaron a cabo los franceses al ocupar la zona del Ruhr, donde a lo largo de casi tres años explotaron en su propio provecho las riquezas mineras de la zona.

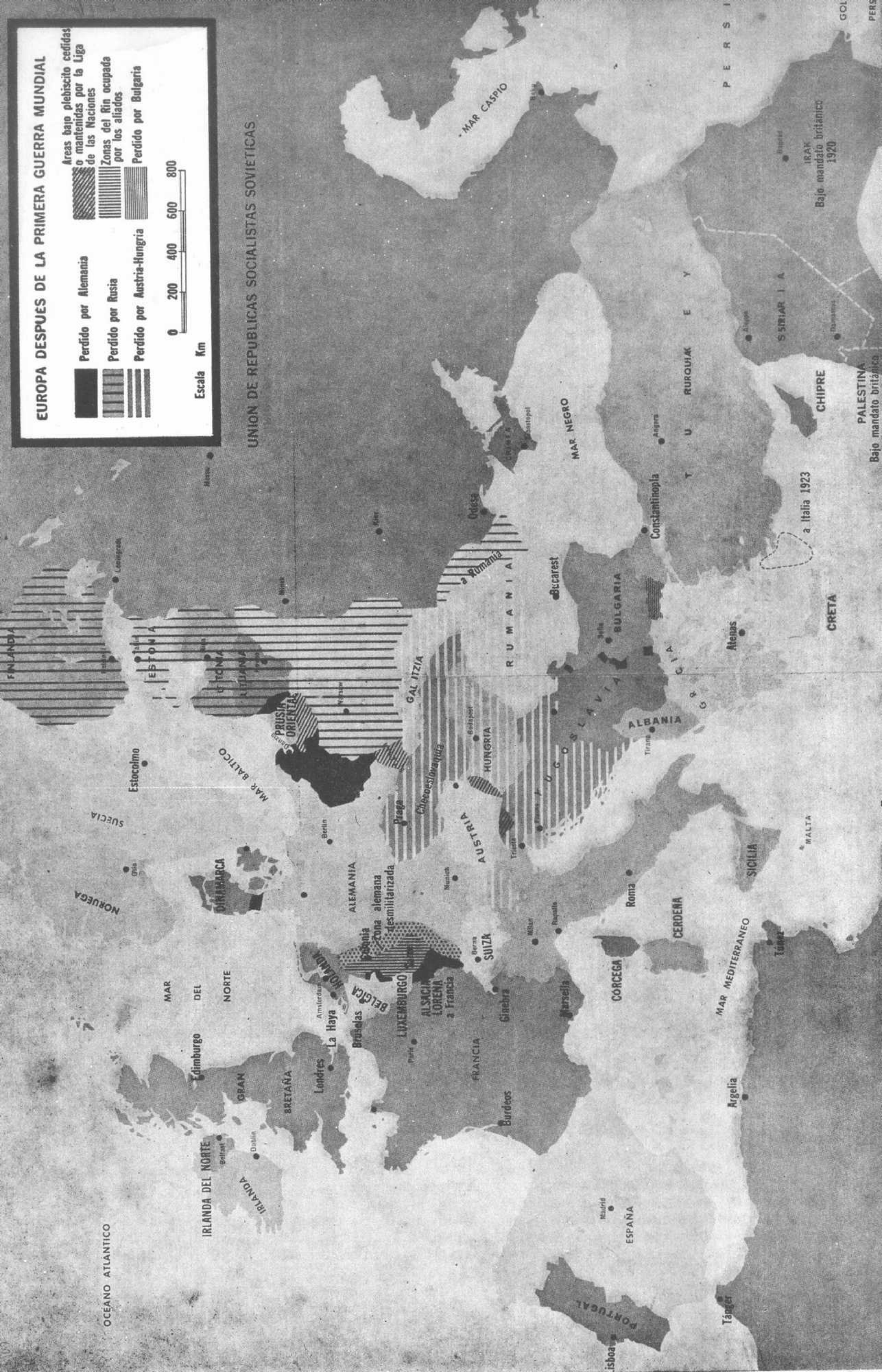
Mientras en Versalles se elaboraba trabajosamente el Tratado de Paz con Alemania otras localidades enmarcaban similares tratativas con relación a los demás países derrotados. En St. Ger-



# EUROPA DESPUES DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL



UNION DE REPUBLICAS SOCIALISTAS SOVIETICAS





maine se consumó el desmembramiento del Imperio Austro-Húngaro. Austria quedó aislada de Hungría y al norte de ambos se extendió el nuevo Estado independiente de Checoslovaquia. Al Sur, serbios, croatas y montenegrinos se unificaron en el nuevo Estado de Yugoslavia. La mayor parte de Galitzia fue incorporada al territorio polaco, Rumania acrecentó considerablemente el suyo a expensas de Hungría, e Italia anexó el Trentino y la zona de Trieste.

Un descuartizamiento similar se practicó en Sèvres con el Imperio Otomano en 1920, que perdió la totalidad de los territorios árabes que dominaba hasta entonces. Éstos vislumbraron por un instante una posibilidad de independencia, acaudillados por el legendario coronel Lawrence, quien procuró construir un reino árabe único con capital en Damasco. Pero la política colonial de Londres y de París acabó por frustrar este objetivo y, a la postre, los árabes fueron simplemente transferidos del dominio turco al de Gran Bretaña y Francia. A expensas de Turquía, también Grecia creció territorialmente, a pesar de no haber desempeñado papel alguno en la guerra. Se le permitió anexar la zona adyacente a Esmirna y extenderse hasta las proximidades de Constantinopla. Grecia fue también una de las principales beneficiarias del tratado de paz con Bulgaria, de la que cercenó el territorio de Tracia.

De este modo el mundo surgía de la guerra con un rostro distinto. Un enjambre de nuevos Estados había cobrado existencia y se había quebrado a favor de Francia el equilibrio continental europeo que Gran Bretaña tuvo tanto esmero en conservar a lo largo de los siglos. Cuando los delegados a la Conferencia de la Paz abandonaron el palacio de Versalles no dejaron construido el brillante futuro por el que habían muerto diez millones de hombres. Las semillas de un feroz rencor nacional habían sido sembradas en Alemania, y Orlando remataba su actuación en la

negó su acuerdo al Convenio constitutivo del nuevo organismo internacional, y las primeras sesiones de éste transcurrieron sin representación norteamericana. Si la guerra había quebrado en alguna medida el tradicional aislamiento de los Estados Unidos, la paz, esta paz mezquina y sin grandeza, volvía a consolidarlo. Y mientras los Estados Unidos se segregaban del mundo por el Oeste, otro tanto ocurría con la Rusia bolchevique en el Este, condenada a la soledad por las potencias europeas que rehuían temerosamente todo trato con los pregoneros de la revolución mundial. Los dos grandes colosos del futuro iniciaban así en 1919, ensimismados en su aislamiento, una trayectoria independiente, incomunicada con el resto del mundo.

Con todo, el triunfo de los criterios tradicionales en la Conferencia de Versalles no impidió que, en los años siguientes, el mundo registrara estructuras y procesos totalmente nuevos, que muy pocos habrían podido imaginar antes de 1914. Nuevo fue, por ejemplo, el particular tipo de desquiciamiento económico que provocó en los alrededores del año '20 el desmontaje de la estructura industrial puesta al servicio de una guerra que, por primera vez en la historia, había impuesto el concepto de "nación en armas". La magnitud y la duración del conflicto habían obligado a convertir en industria bélica la industria de paz. Y si bajo los apremios de la guerra esta conversión sólo había alcanzado su plenitud en las proximidades del armisticio, la posterior inversión del proceso bajo el nuevo reinado de la paz había de demorar, forzosamente, más tiempo aún. La gran masa de mano de obra vacante que devolvían los frentes de batalla rebotaba así contra una lenta reconversión industrial que era incapaz de absorberla en seguida. Los soldados no retornaban al mundo mejor por el que habían luchado, sino a los horrores de la desocupación y de la miseria. La presencia de una vasta masa

Los hechos empiezan a desmentir el sueño de Wilson. No nació de la guerra un mundo perfecto. La lenta reconversión de la industria bélica provoca el primer drama de la posguerra: la desocupación.



Conferencia derramando lágrimas por las migajas territoriales que le habían dejado sus aliados mayores, en ofensivo contraste con las anexiones consentidas a Grecia o a Rumania. Wilson regresó a los Estados Unidos como un profeta derrotado. Paradójicamente, el Senado de los Estados Unidos

desocupada determinaba, a su vez, un descenso en los salarios de quienes tenían trabajo.

Esta situación se vio agravada por el descalabro monetario que siguió a la guerra. Una inflación galopante ahogó a Europa, debida en algunos casos a la lentitud en recobrar los niveles de pro-



ductividad anteriores al conflicto, y en otros a las pesadas deudas de guerra. Particularmente agudo fue este proceso en Alemania. Antes de la guerra se necesitaban cinco marcos para comprar un dólar. A fines de 1922 se necesitaban ya cerca de 7.000. En julio de 1923 el dólar valía 1 millón de marcos y en diciembre del mismo año valía aproximadamente mil millones de marcos. Con una intensidad algo menor el mismo proceso se reprodujo en Rusia, en Polonia, en Austria y en Hungría. Los aliados europeos también padecieron el problema, aunque en escala menor. La libra esterlina perdió un tercio de su valor, y la lira italiana, tres cuartos del suyo.

En Italia, justamente, la amalgama entre la inflación y la desocupación tuvo efectos explosivos. El comunismo prosperó aquí con más vigor que en otras partes de Europa y parecía, por momentos, hallarse en los umbrales del poder. En 1920 muchas localidades italianas tenían ya intendentes comunistas y en algunos casos las comunas fueron tomadas subversivamente por los obreros. Violentas manifestaciones populares se sucedían entretanto en las principales ciudades italianas, y hacia fines del año comenzó la ocupación de fábricas.

El primer ministro Giolitti, que reemplazó a Nitti en julio de 1920, trató hábilmente de absorber esta agitación mediante una política de apertura hacia los sectores populares. No reaccionó frente a la ocupación de fábricas y llegó, incluso, a consentir experiencias de producción socializada en algunas zonas fabriles copadas por los obreros. Las clases empresarias, desde luego, contemplaban con creciente alarma esa marcha hacia el comunismo. En ningún momento advirtieron que la política de Giolitti era, quizá, la más apropiada para frenarla y la interpretaron, más bien, como un estímulo a la subversión. Y fue así como las clases empresarias de Italia, sintiéndose desprotegidas por un gobierno que insistía en eludir la represión, acabaron por costear la creación de una policía política que reprimiera al margen del gobierno. De este modo aparecieron en Italia los fascios de camisas negras que, bajo la dirección del ex socialista Benito Mussolini, comenzaron a reclutar desocupados para la tarea de apalear marxistas a 20 liras por día.

## SURGE EL FASCISMO

El *fascismo*, que de este modo cobraba existencia, se desarrolló con extraordinaria rapidez. En 1922 los camisas negras eran ya una milicia armada que extendía su poderío por toda Italia y soñaba con la toma del poder. Había superado las características entre policiales y gansteriles de sus primeros días y configuraba una definida fuerza política. Venía elaborando sobre la marcha un contenido ideológico en el que se mezclaba el sindicalismo de Sorel con la retórica nacionalista de D'Annunzio y el delirio belicista del futurismo que encabezaba Marinetti. Por estos conductos doctrinarios fueron canalizándose la desesperación de los ex combatientes y el resentimiento nacional suscitado por el trato humillante que Italia había recibido en Versalles. La agresividad de Mussolini colmaba con creces la frustración dejada en Italia por las lágrimas de Orlando.



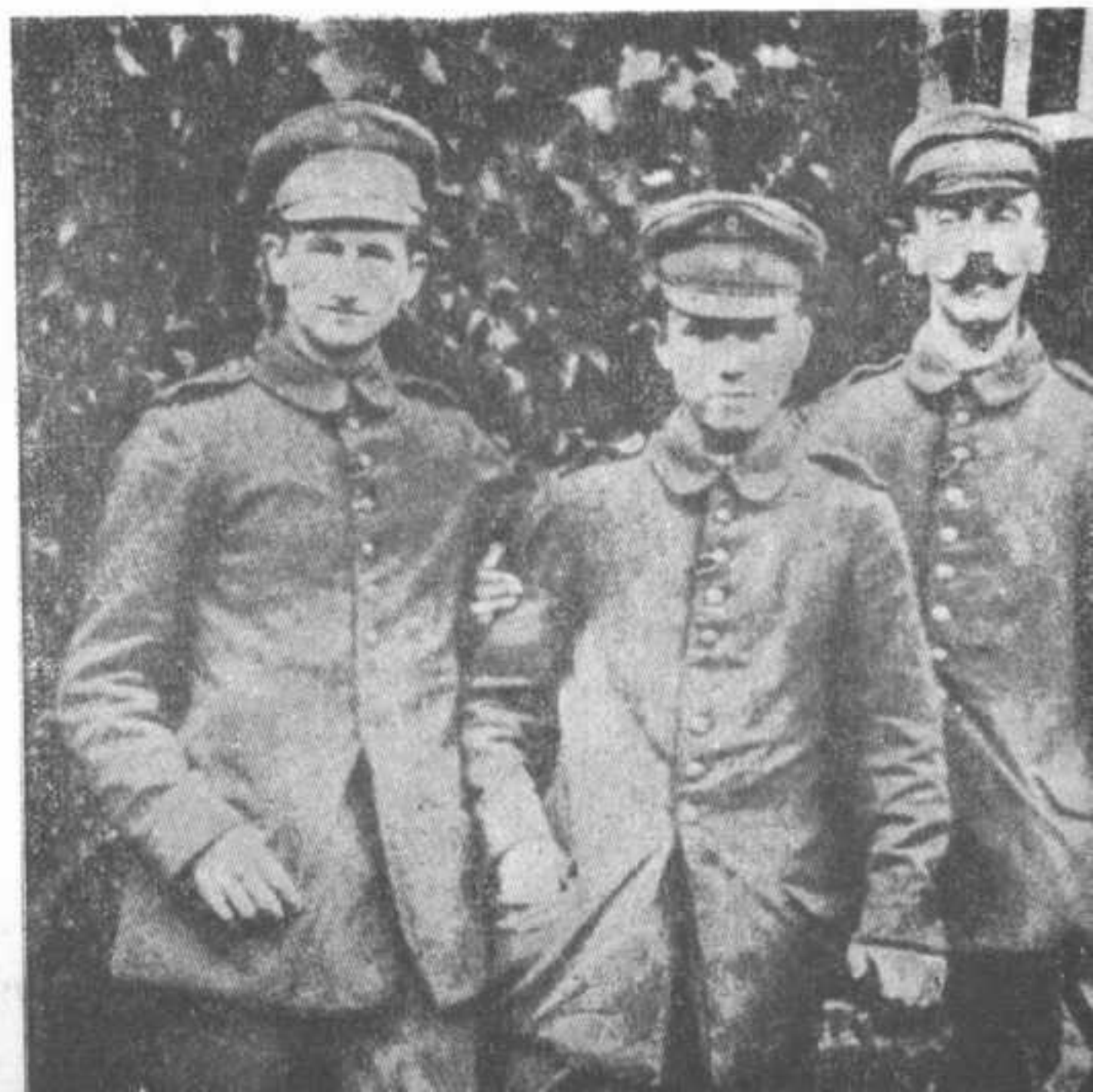
En Alemania cunde el hambre. Un kilo de papas vale millones de marcos. La gente humilde tiene que recurrir a las ollas populares.

En octubre de 1922 Mussolini ordenaba la Marcha sobre Roma. El gobierno decretó la ley marcial y amagó resistir el alzamiento. Pero el rey Víctor Manuel II, temiendo las proyecciones favorables que podía tener para el comunismo este enfrentamiento entre el gobierno y los fascistas, desautorizó los preparativos para la represión y ofreció a Mussolini el cargo de primer ministro.

Mussolini, convertido ya en *Il Duce*, no operó en seguida la conversión de Italia en un Estado totalitario, pero su vocación dictatorial cobró un perfil más definido en 1924, tras el asesinato de Matteotti, que precipitó la deserción parlamentaria de los partidos opositores. Al finalizar la década del '20 Italia ya era un Estado corporativo, regida por el sistema del partido único, y la Cámara de Diputados había sido suprimida para erigir en su lugar un cuerpo de representantes de oficios: *la Camera dei Fasci e delle Corporazioni*.

El ejemplo mussoliniano halló rápida difusión en Alemania, donde presentaban contornos más netos aún las condiciones que le habían dado vigencia en Italia. La inflación había alcanzado niveles pavorosos, y el orgullo nacional de los alemanes había sufrido en Versalles una humillación incomparablemente mayor que la de Italia. La paz de Versalles era una bomba de tiempo, que habría de estallar cuando aquellos abismos de rencor hallaran un punto de contacto con la mística de la agresividad que alimentaba Mussolini.

En Alemania la simiente mussoliniana ha de prender en un oscuro cabo austríaco: Adolfo Hitler (primero a la derecha).



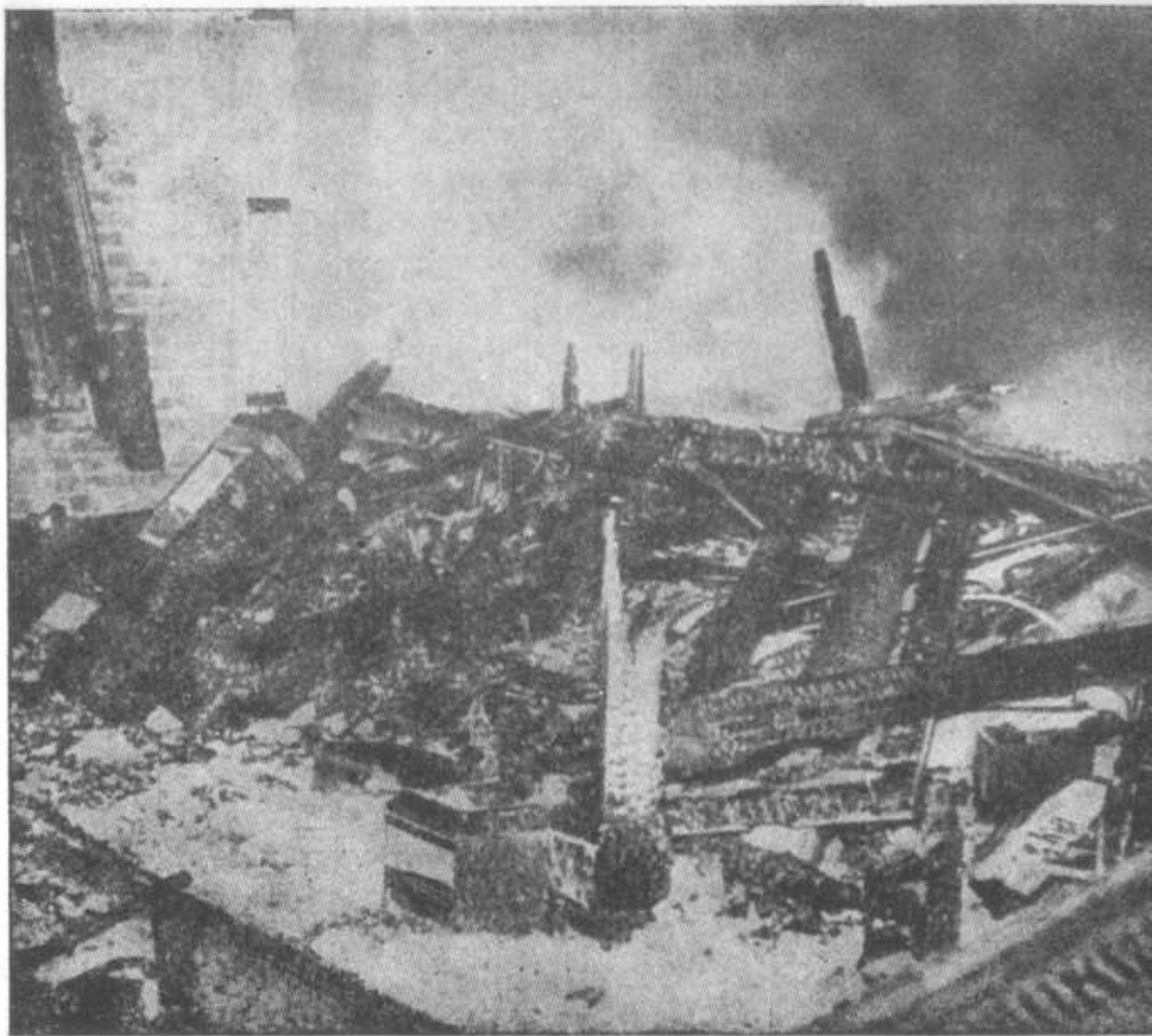


desde el balcón del *Palazzo Venezia*. Este punto fue Adolfo Hitler. Sólo la exasperación de un pueblo puede explicar el ascenso de un hombre como éste al papel protagónico que le tocó desempeñar en la historia europea de este siglo. Si Mussolini era un aventurero que de algún modo revivía la exuberancia vital y despreocupada de los viejos *condottieri*, Hitler fue un producto del odio, de una juventud frustrada. Pésimo estudiante, mal pintor, rechazado del ejército austriaco por inepto —aunque luego se incorporó a sus filas como voluntario en la guerra del '14—, su carrera política nace en Munich, poco después del armisticio. Baviera acababa de conocer la transitoria experiencia de un Soviet, barrida por una drástica represión militar. El anticomunismo se hallaba a flor de piel en el alarmado Estado Mayor bávaro, que organizó rápidamente cursos de adoctrinamiento antimarxista para la población. Hitler solía vagar por estas reuniones docentes, y en una de ellas exhibió su extraordinaria facilidad de palabra al echar un discurso sobre la complicidad de los judíos con la subversión bolchevique. Resultó tan convincente que recibió el cargo de "oficial educador". Su rápido éxito le dio conciencia de sus virtudes persuasivas y poco después arengaba contra el judaísmo a los lerdos parroquianos de las cervecerías bávaras. Un día reunió a su leal audiencia cervecera y fundó un partido político. Primero lo llamó Partido Alemán de los Trabajadores, pero luego prefirió el nombre de Nacional Socialismo.

En 1923 su prédica cautivó a Ludendorff, el general que andaba en busca de excusas para su derrota y las halló emocionado en la idea de que la culpa de todo la habían tenido, no los militares, sino traicioneros semitas. Un año después Hitler ensayaba con Ludendorff un *Putsch* encaminado a conquistar el poder en Munich, pero el golpe fracasó. Ludendorff fue apresado en el acto, y Hitler pasó un tiempo prófugo antes de caer en las redes policiales. Condenado a seis meses de cárcel aprovechó su forzada inactividad para escribir *Mein Kampf*, la biblia del nacional-socialismo.

## LA NUEVA DEPRESIÓN IMPULSA AL NAZISMO

La verdadera oportunidad para Hitler había de llegar en 1930, cuando la gran crisis económica iniciada el año anterior acarreó sobre el moderno



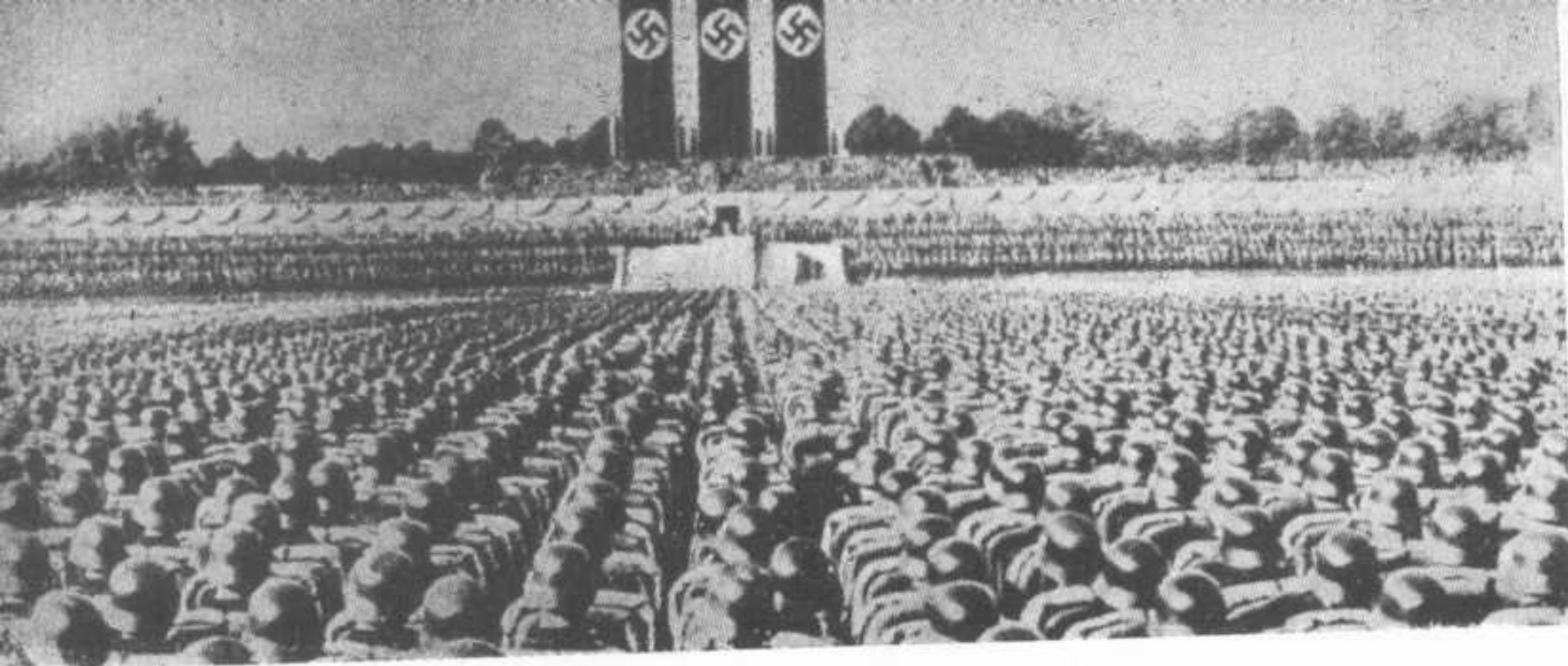
La artillería del káiser descarga sobre Verdún el bombardeo más violento de la historia hasta ese momento.

mundo industrial la peor crisis financiera de su historia. Ahora, en efecto, un nuevo proceso de agitación social se desarrollaría en todo el orbe sobre premisas totalmente opuestas a las que habían determinado una situación parecida al iniciarse la década del '20. La miseria y la desocupación que reinaron sobre los primeros años de la posguerra habían obedecido, entre otras cosas, a la reactivación demasiado lenta de la industria de paz. En 1930, en cambio, la crisis respondía a un exceso de la productividad industrial en relación con la capacidad del mercado. Con enormes *stocks* acumulados las empresas empezaron a frenar su producción. Comenzaron los despidos, y con ellos la demanda descendió a un nivel más bajo aún. A fines de 1929 la Bolsa de Nueva York cayó verticalmente, y detrás de ella, la de los otros países. En 1930 había en Inglaterra dos millones de desocupados, cerca de 8 millones en los Estados Unidos y 3 millones en Alemania. Pero mientras los demás países tendían poco des-

Desocupación en Francia. Las calles de París registran escenas como ésta.







El ascenso de Hitler al poder es celebrado por el Nacional Socialismo con un impresionante desfile de camisas pardas. El senil mariscal Hindenburg, viéndolos pasar desde una ventana, exclamaría alborozado: "¡Nunca pensé que habíamos capturado tantos prisioneros rusos!"

pués a superar los efectos de la crisis la economía alemana seguía cuesta abajo, debido, entre otras causas, a que la prohibición del rearme configuraba aquí una traba al desarrollo de la industria pesada en el único terreno en que la misma podía prosperar sin padecer mayormente la crisis de mercados. Krupp, el gran fabricante de armamentos, y Adolfo Hitler, el predicador de una

millones del líder nacionalsocialista, el viejo mariscal ofrece a Hitler el cargo de canciller.

Así y todo, Hitler se halla todavía —como Mussolini en 1922— prisionero de las estructuras democráticas; pero ha de denotar más impaciencia que su colega italiano por superar el escollo. A poco de ascender al gobierno, sus partidarios incendian el *Reichstag* para responsabilizar luego a



Bajo la conducción de Adolfo Hitler el rencor alemán se rearma y encuentra una fanática ideología que la expresa.

Alemania nueva y fuerte, estaban destinados a encontrarse. En 1930, precisamente, se estrecha esta alianza que habría de tener téticas proyecciones sobre el futuro de Europa. Hitler cuenta ahora con un incalculable apoyo financiero y, en setiembre de ese año, una estruendosa campaña electoral eleva a 107 los doce diputados que tenía el Nacional Socialismo en el *Reichstag*. Dos años después Hitler presenta su candidatura a la presidencia, y aunque el electorado favorece a Hindenburg con 19 millones de votos contra los 13

los comunistas. Hitler tuvo así un pretexto para arrasar la vieja organización sindical alemana y detener a los diputados comunistas. Con estos procedimientos fue dejando vacantes las bancas opositoras, y el Nacional Socialismo pudo asegurarse la mayoría absoluta.

El poder de Hitler empezaba a tener así bases suficientes para intentar el salto definitivo hacia la dictadura. Y lo dio en 1934, al ordenar la sangrienta purga que acabó con las vidas de importantes figuras que lo habían apoyado en su ascenso.



El Congreso nacionalsocialista de Nuremberg es ya una demostración de la fuerza que ha adquirido el nuevo movimiento político de Adolfo Hitler. Ya entonces grandes masas populares lo reconocen como un *führer*.





1936. Ha estallado la guerra civil española, que ha de matar 1.000.000 de personas. De ella surgirá una generación física y espiritualmente herida.

A partir de ese momento la Alemania hitlerista dedicaría todos sus esfuerzos a la consigna del rearme y al desarrollo de una nueva política expansionista que diera un justificativo a los cañones de *Herr Krupp*.

#### UN TRÁGICO PRESAGIO: LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Un lejano eco de la nueva ideología que encarnaban en Europa Hitler y Mussolini se registró en el Japón, donde un parecido proceso de

Alcalá Zamora la república pareció encarrilarse dentro de los lineamientos de las democracias liberales europeas. Alcalá Zamora era un hombre moderado, un hombre de "centro", con alguna ligera inclinación por la derecha. Su presencia en el poder era, desde luego, intolerable para la vieja casta nobiliaria, pero ofrecía razonables garantías al empresario español. Pero en 1936 ascendió a la presidencia Azaña, y con él creció el poder de las izquierdas. Su triunfo provocó un desborde de los sectores populares que respondían al anarquismo y al comunismo. Una sucesión de huelgas y de motines populares presentaron en seguida un cuadro que acaso no tenía realmente proyecciones subversivas, pero que parecía tenerlas a los ojos de los sectores más conservadores de España.

Ese mismo año 1936 el asesinato de Calvo Sotelo desencadena la reacción de la derecha española. El general Franco se subleva en Marruecos contra el gobierno de Madrid e invade con tropas moras el territorio continental español. Se inicia así la guerra civil que habría de durar cuatro años y que costaría a España más de un millón de muertos. El término de guerra civil, sin embargo, resulta algo inexacto en este caso. En España se proyectan en ese momento las fuerzas internacionales encaminadas a enfrentarse en una nueva guerra mundial y que protagonizan dentro del marco español una suerte de ensayo general de la misma. La solución de continuidad entre la guerra española y la conflagración generalizada que habrá de estallar en 1939 es, en efecto, muy débil, y no sería del todo incorrecto señalar el desembarco de Franco en España como fecha ini-



Las legiones italianas toman Addis Abeba, tras una lucha de seis meses.

agitación social determinó la intervención del ejército, que empezó por sacar de en medio a los dirigentes comunistas y acabó echando abajo las estructuras liberales que había absorbido el Japón junto con las modernas técnicas industriales europeas.

El fascismo era, pues, una mancha que se extendía rápidamente sobre el mapa del mundo. Alemania e Italia eran jalones de un proceso que parecía decidido a proseguir. En 1936 reventó en el seno de la república española. Los cinco años transcurridos allí desde la caída de la monarquía habían enmarcado un proceso de agitación social que, al promediar la década, alarmaba ya a las viejas clases dirigentes con la amenaza de un Soviet español. Bajo la presidencia inaugural de

cial de la Segunda Guerra Mundial. A partir de ese momento han de luchar allí alemanes, italianos, ingleses, rusos, yugoslavos, como un simulacro en miniatura de lo que habrá de venir más tarde. Y si bien la ayuda de Francia y Gran Bretaña a los republicanos es informal, disimulada e indecisa, la de la Unión Soviética es ostensible y la de Italia y Alemania a Franco es directamente oficial. Ochenta mil soldados italianos han de participar en el asalto a Madrid y regulares escuadrillas de la *Luftwaffe* alemana han de acabar con Guernica y con casi todos sus pobladores. Y a la postre han de ser precisamente las fuerzas externas de Italia y de Alemania las que definan la conflagración española en favor del general Franco.





Las visitas de Chamberlain a Hitler no convencen a nadie. En Inglaterra se multiplican las voces que reclaman una mano dura.

## DE ABISINIA A MUNICH

Junto con la guerra civil española la década del '30 registra en su segunda mitad otros hechos que van marcando la fatalidad de la Segunda Guerra Mundial. En 1935 Italia invade y conquista Abisinia. En marzo de 1938 Alemania invade Austria y la anexa a su territorio. Es la Unión Soviética la que da las primeras muestras de alarma y propone una conferencia a los Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia para acordar una acción conjunta contra la prosecución de las agresiones alemanas. La propuesta no prospera. Más tarde sería reiterada un par de veces con igual éxito. Un año después Stalin suscribiría un pacto de no agresión con Alemania.

Tras la anexión de Austria, Hitler agitó en seguida reivindicaciones sobre Checoslovaquia utilizando como pretexto la presencia de minorías alemanas dentro del Estado creado en Versalles. Y esta vez sí Gran Bretaña dio alguna muestra

Mussolini elige ahora el papel de mediador, y como tal patrocina la conferencia de Munich. Aquí lo vemos con Hitler y Ribbentrop en la ciudad bávara aguardando la llegada de los demás delegados.



de inquietud. Su parsimonioso primer ministro Neville Chamberlain creyó llegado el momento de tener un cambio de ideas con el *Führer*. Un primer viaje de Chamberlain a Alemania no dio mayores resultados. Cobró cuerpo entonces la idea de una conferencia de alto nivel entre todas las potencias europeas. El autor de la iniciativa era, en realidad, Mussolini, que sólo hasta cierto punto sobrellevaba con tranquilidad su alianza con Hitler. Aunque éste había crecido, en cierto modo, bajo la constelación ideológica del *Duce*, Mussolini veía con cierta aprensión el giro delirante que cobraba en manos de Hitler un fascismo que, en su versión italiana, y pese a sus desbordes, descansaba aún en el pacífico sentido común del campesino romañolo. Mussolini no deseaba la guerra; la guerra que preparaba Hitler, por lo menos. Lo atemorizaba la desproporción cada vez mayor entre su propia fuerza y la de su aliado, y no ignoraba que el racismo de Hitler acabaría por retacear la participación de la Italia latina en el Nuevo Orden del que ambos eran voceros. La anexión de Austria había sido reveladora en este sentido. Al dar este paso Hitler había borrado, a favor de una *nazificación* específicamente alemana un proceso de fascistización que Mussolini ya había empezado a promover allí bajo la figura de Dollfuss. Bismarck había dicho que toda alianza constaba de un jinete y un caballo. Y Mussolini no se engañaba sobre el papel que habría de tocarle en una coalición tan estrecha como la que podría imponer una guerra en común. De ahí que en ese dramático 1938 el *Duce* virara ligeramente hacia el papel de intermediario, de amable componedor. La conferencia de Munich debía consagrarlo en el papel de salvador de la paz.

Hitler llegó a Munich decidido a plantear una posición de fuerza. Sabía que Chamberlain y el primer ministro francés Daladier llegarían con la postura inversa. Había una suerte de conciencia tácita de que Francia y Gran Bretaña no iban allí a frenar sin contemplaciones el expansionismo de Hitler, sino a discutir la magnitud de lo que se le iba a conceder. Y la Conferencia de Munich fue eso, precisamente. No una confrontación en-



Terminada la Conferencia de Munich, Chamberlain anunció al pueblo inglés que podía dormir tranquilo. Pero pocos meses después Munich daba sus frutos. Hitler invadía Checoslovaquia. La población de Praga brinda al invasor una recepción poco cordial.



tre dos intransigencias, sino un regateo entre una parte que pide demasiado y otra que solicita una rebaja. El resultado de estas tratativas fue que Gran Bretaña y Francia expusieron su oposición formal a la completa anexión de Checoslovaquia, pero reconocieron el derecho alemán a ocupar las partes del territorio checo habitadas por minorías alemanas. Suscribióse un acuerdo en este sentido, y Chamberlain voló a Inglaterra enarbolando una copia de aquél como una carta de triunfo. Al descender en el aeródromo de Londres agitó el papel y gritó entre sollozos: "¡Esta es la paz para nuestra generación, mis buenos amigos! Y ahora os recomiendo volver a vuestras casas y dormir tranquilos en vuestras camas".

Poco después Alemania invadía Checoslovaquia. Recuperó las "minorías alemanas" y siguió avanzando como si tal cosa sobre el resto del país. En marzo de 1939 toda Checoslovaquia había vuelto a desaparecer del mapa.

Chamberlain y Daladier insinuaron algún signo de protesta, y también protestaron vacuamente un mes más tarde cuando Mussolini, incomprensiblemente, ocupó el territorio de Albania.

Sólo faltaba ahora el avance alemán sobre Polonia, donde también había a mano pretextos como el de las minorías alemanas en Checoslovaquia. Danzig, como se recordará, era todavía una espina clavada en el orgullo nacional alemán, y recuperarla era, en rigor, la única cosa justa que podía hacer Alemania en medio de todos sus atropellos.

La URSS vio venir esta nueva agresión que habría de encaminar a las tropas del *Führer* rumbo a la frontera rusa y reiteró su apelación a las democracias occidentales para llegar a un acuerdo defensivo. Una vez más fue desatendida. El peligro de una guerra con Hitler no había logrado alterar la temerosa distancia que desde 1917 venían manteniendo las potencias occidentales frente

a la Rusia bolchevique. La URSS giró entonces 180° y buscó en un tratado de no agresión con Hitler las garantías que no había logrado conseguir mediante un acuerdo con las democracias del Oeste.

Chamberlain, entretanto, abrumado por las críticas a su inconcebible abulia, producía el primer gesto de decisión en su trayectoria de primer ministro. Esta vez no regateó con Hitler sobre parcelas más o parcelas menos del territorio polaco, sino que suscribió con Polonia, el 24 de agosto, un tratado de ayuda mutua. Una semana después este documento desencadenaría la guerra entre Gran Bretaña y el Tercer *Reich*.



La URSS se asusta y se cuida las espaldas mediante un pacto con el *Reich*. Molotov llega a Berlín para gestionarlo.



# LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

## CAPÍTULO VIII

### COMIENZA LA MAYOR HECATOMBE DE LA HISTORIA

El 1º de setiembre de 1939 Hitler invade Polonia. Como cabía prever en su caso, inicia la operación con un discurso. En un dramático pasaje se señala la chaqueta y grita: "¡Yo me he vuelto a poner esta guerrera, que ha sido siempre la más amada y sagrada para mí! ¡Y no me la volveré a quitar hasta haber alcanzado la victoria o... no sobreviviré al final!".

No había dicho cosas parecidas al ocupar Austria ni al invadir Checoslovaquia. Sabía ahora que no estaba dando un paso preliminar; no estaba preludiando la Guerra Grande. La estaba haciendo. No podía ignorar que Inglaterra cumpliría su reciente pacto de ayuda mutua con Polonia. Con toda conciencia y deliberación Hitler emprendía la Segunda Guerra Mundial. No era una repetición de actitud adoptada por Alemania en 1914, que dentro del complejo esquema de Schlieffen todavía podía interpretarse como una decisión defensiva. Nadie había movilizado, nadie había amenazado. Hitler iniciaba la guerra sin otro estímulo que el de su interna vocación de conquista.

Es mucho mayor, en consecuencia, el repertorio de cosas que se le puede cuestionar a la agresión hitlerista. ¿Por qué Polonia? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué así? Estas preguntas asediaron a los generales alemanes ese 1º de setiembre. La mayoría de ellos no había sido consultada siquiera, como no había sido consultado el Gabinete, ni el *Reichstag*. Hitler solo, sin otra guía que la de su buena estrella, había resuelto el ataque.

En su "*Esquema de la Historia Universal*", H. G. Wells afirma que Alemania era en ese momento "la nación combatiente más eficientemente organizada que haya existido jamás". Casi nadie pensaba otra cosa en 1939. Como solitaria excepción, Winston Churchill había exaltado al ejército francés, pocos meses antes, como "el más poderoso del mundo". Y los historiadores registraron esta aseveración como una muestra de la candidez en que vivían las democracias.

Desde más de un punto de vista, empero, Churchill tenía razón. La omnipotencia incontrastada del poderío bélico alemán era más un exitoso mito de la propaganda nacionalsocialista que una realidad efectiva. Es cierto que desde el ascenso de Hitler al poder todas las energías del pueblo alemán fueron concentradas en la consigna del rearme. Pero en la tarea de cumplirla sólo se había recorrido la mitad del camino. Los expertos militares calculaban que el programa del rearme sólo se completaría en 1943. Cuando las tropas del káiser cruzaron la frontera francesa en 1914 Alemania disponía de 98 divisiones plenamente equipadas. En setiembre de 1939 sólo había 52. La perspectiva de una guerra larga obligaría a forzar una frenética industrialización de guerra

que desorbitara el ritmo del desarrollo alemán hasta ese momento. Alemania, sin duda, estaba en condiciones de hacerlo, pero para ello debía distorsionar, en alguna medida, el esquema previsto de su propio crecimiento. Habiendo elegido la guerra debía comportarse internacionalmente como si, de pronto, hubiera tropezado con ella. ¿Cómo se explica esta incongruencia?

La idea de que el *Führer* era un insano que sujetaba su conducta a la astrología más que al consejo de sus generales —cosa que, incidentalmente, es cierta— lo explica sólo a medias. En el orden de lo racional puede asignarse cierta probabilidad a la hipótesis de que Hitler apostara demasiado a la pusilanimidad demostrada por las democracias ante la guerra civil española, la anexión de Austria y la invasión de Checoslovaquia. El intérprete Paul Schmidt, que tradujo



Ribbentrop derrocha cordialidad en esos días. Trata de apaciguar a los ingleses con la versión de que el *Reich* ha sido víctima de una "agresión polaca".

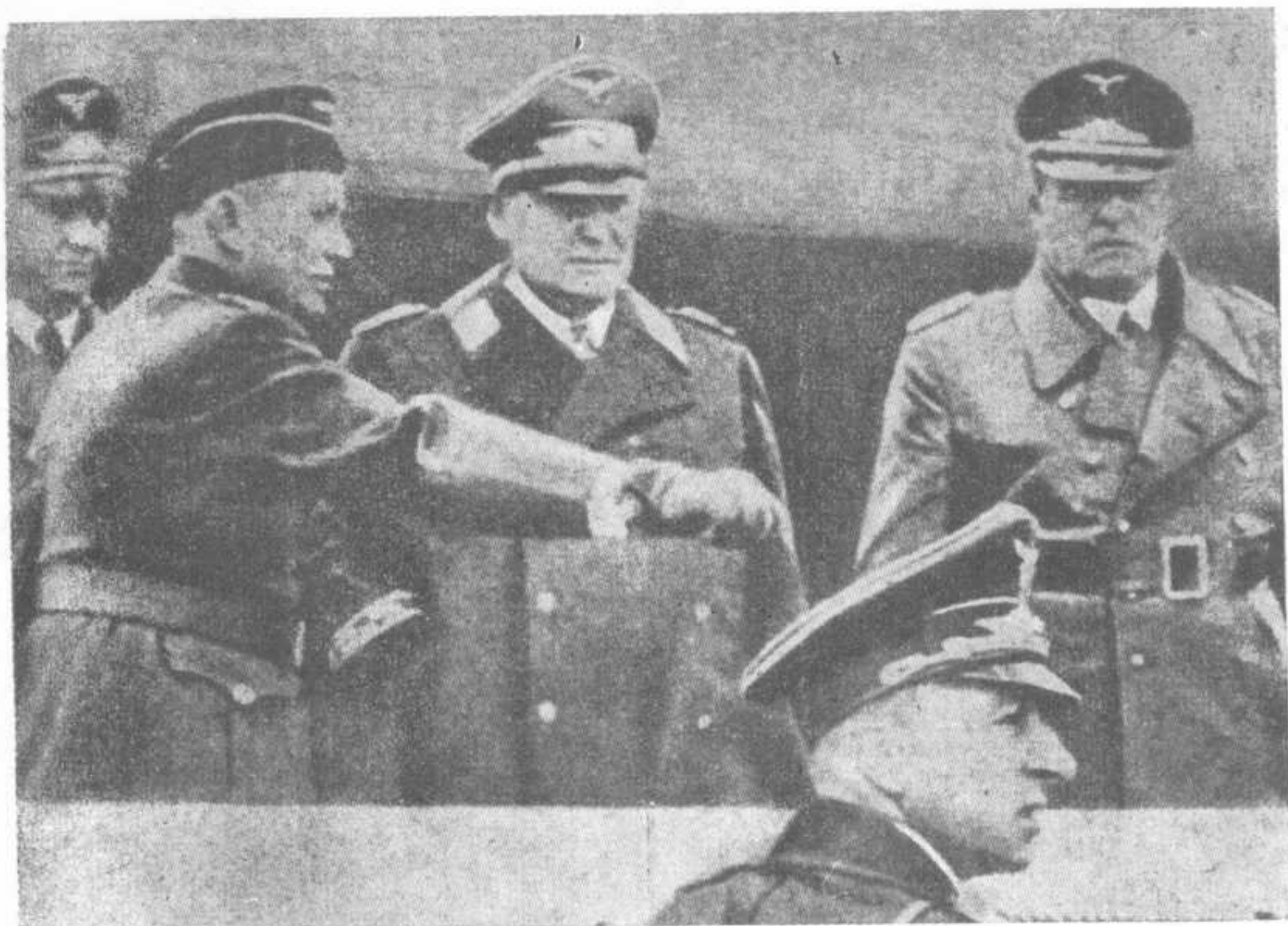
para Hitler el texto del ultimátum anglo-francés recibido el 3 de setiembre relataría más tarde que el *Führer* se había mostrado sorprendido. El dato reforzaría la suposición de que la eventualidad de una intervención británica o francesa no había sido un riesgo calculado al decidirse el ataque a Polonia. Y la refuerza más aún el hecho de que la reacción del gobierno alemán al ultimátum anglo-francés fuera insólitamente blanda. El ministro de Relaciones Exteriores von Ribbentrop atendió con extremada cortesía al embajador británico Hendersen aquella tarde del 3 de setiembre. No reivindicó derechos sobre porciones determinadas del territorio polaco, como había



hecho Alemania en el caso de Checoslovaquia, sino que, por el contrario, empleó todos los medios persuasivos a su alcance para construir la imagen de una "agresión polaca".

de los cafés, los *cabarets* conservaban sin retaceos su clientela habitual.

Una decisión tan generalizada de "no morir por Danzig" daba exageradas apariencias de po-



La campaña de Polonia pone a prueba el importante papel que ha de desempeñar la aviación en esta guerra. Gracias a ella las ofensivas vuelven a ser una posibilidad. La *Luftwaffe* del mariscal Goering ha de sembrar la destrucción sobre las ciudades polacas.

## LOS FRANCESES SE MUESTRAN APÁTICOS

Con todo, las expectativas de Hitler respecto de la pasividad anglo-francesa no habrían de verse defraudadas del todo. Una inmediata ofensiva contra Alemania habría tenido considerables perspectivas de éxito en momentos en que las divisiones alemanas efectivamente alistadas para entrar en combate no eran muy numerosas y una parte de ellas se hallaba comprometida en la campaña polaca. Pero la ofensiva no se produjo, ni había indicios de que una operación semejante figurara en las previsiones de Francia y Gran Bretaña.

Esta situación era más ostensible en el caso de Francia. Se comprende de suyo que Gran Bretaña difícilmente podía encarar planes ofensivos sin ajustarlos a una actitud similar por parte de Francia. Y era aquí donde residía el nudo de la indecisión aliada. Pese al poderío exterior de su ejército Francia estaba lejos de hallarse "en forma" para afrontar una guerra, como diría Spengler. Su frente interno se veía seriamente debilitado por la actitud del poderoso Partido Comunista Francés, que amoldaba su conducta al reciente pacto germano-soviético agitando la consigna: "¿Morir por Danzig? ¡No!" El interrogante, empero, era algo más que un *slogan* comunista. Expresaba cabalmente, además, el estado de ánimo del pueblo francés en general. La indiferencia no sólo reinaba por consigna entre los vastos sectores obreros controlados por el Partido Comunista, sino que se extendía pesadamente sobre las clases medias y altas. Un abismo se abría entre el tecnicismo de la declaración de guerra entregada a Ribbentrop el 3 de setiembre y el comportamiento general de la población francesa. La juventud siguió languideciendo en el humo

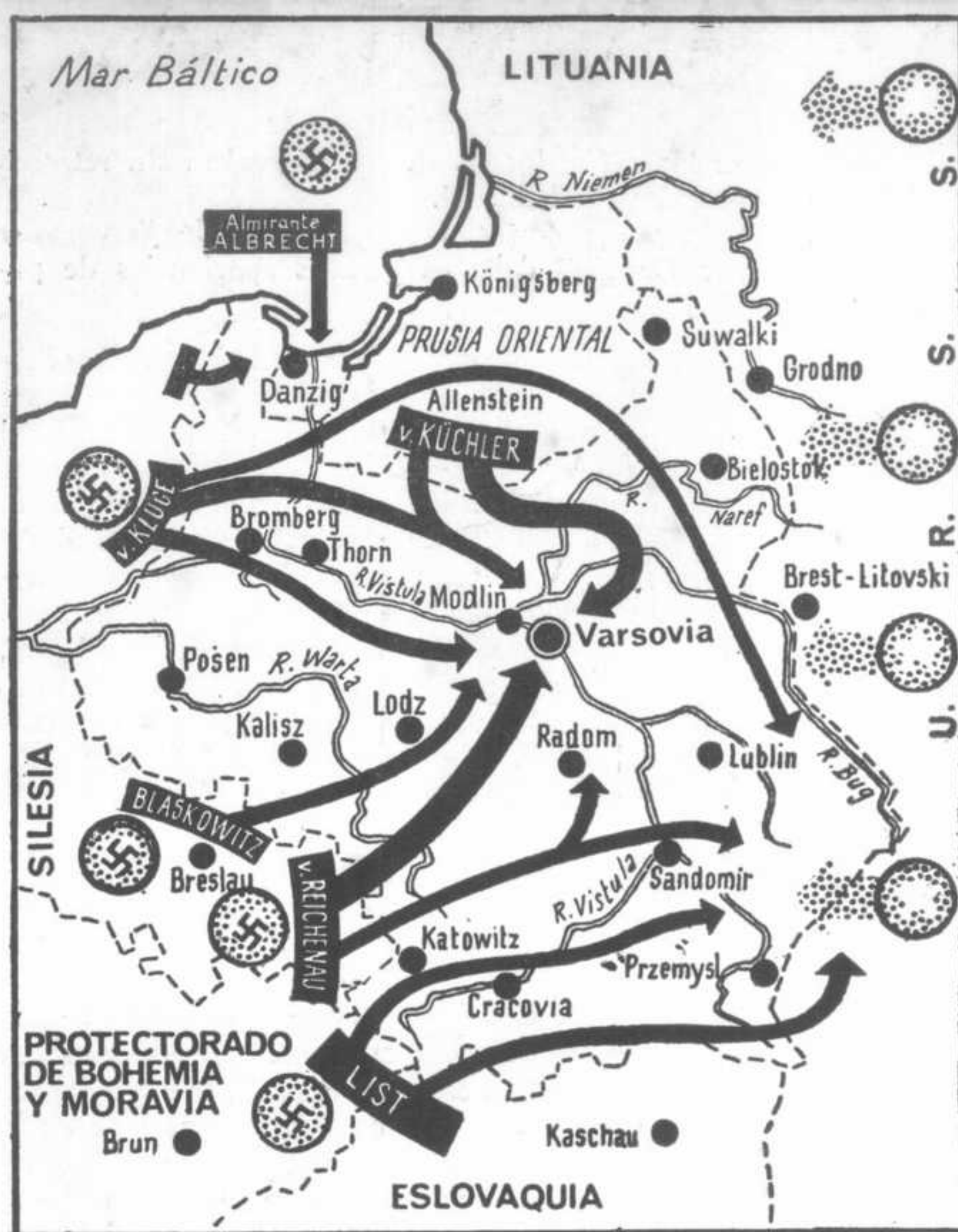
derío al único partido político que la había adoptado como lema consciente. Diose así la paradoja de que, en el comportamiento del gobierno francés, el primer resultado de su declaración de guerra al nazismo fue una encarnizada persecución de la izquierda. Todos los diputados, alcaldes y consejeros de esa tendencia fueron destituidos y arrestados. En el orden interno de Francia, pues, la declaración de guerra a Alemania coincidió con un giro hacia la derecha que tuvo efectos deprimentes sobre un gran sector de la población. Al abrigo de esta situación crecieron las corrientes de derecha, que tampoco veían con buenos ojos una guerra que quebraba la unidad del mundo anticomunista. Francia se encara así con Alemania comprimida internamente por una izquierda y una derecha que, por motivos divergentes, coincidían en sabotear el esfuerzo de guerra.

De este modo Francia limitó su actividad bélica a parapetarse tras la línea Maginot, versión renovada de la vieja estrategia defensiva de las grandes fortificaciones de frontera. Si formalmente la guerra se había declarado para ayudar a Polonia, en los hechos ésta debió afrontar sola el embate de Hitler. En este sentido, por lo menos, el *Führer* había tenido razón.

## LA LUCHA PRESENTA SU NUEVA CARA: "GUERRA TOTAL"

El ataque a Polonia muestra de entrada la gran diferencia que mediaría entre los métodos militares de 1914 y los de 1939. El arma aérea, que en la primera guerra daba precariamente sus primeros pasos, se hallaba ahora en la plenitud de su desarrollo. Gracias a ella, la ofensiva volvería a ser una táctica posible. Ahora podían destruirse





La campaña de Hitler en Polonia.

# **CAMPAÑA DE POLONIA** 1. 9. 1939 - 1. 10. 1939

Direcciones de ataque : alemanes soviéticos

las comunicaciones y los centros de aprovisionamiento enemigos y neutralizar así las tradicionales ventajas de la defensa sobre el ataque.

En la madrugada del 1º de setiembre 1.500 aviones de la *Luftwaffe* levantaron vuelo rumbo al Este y, en pocas horas, bombardearon casi todas las bases de aviación militar polaca. De este modo la débil fuerza aérea polaca fue prácticamente destruida en tierra. Al mismo tiempo 48 horas de bombardeo quebraban todas las comunicaciones entre Varsovia y la frontera del Oeste. Polonia se convirtió así en un campo despejado para el avance alemán. Todo era cuestión ahora de superar las fortificaciones de la frontera. Más allá se extendía la vastedad ya indefendible de las tierras que la *Luftwaffe* había dejado incommunicadas y sin provisiones.

Con todo, la quiebra de las líneas fronterizas no fue una tarea fácil. La combatividad que faltaba en Francia les sobraba a los polacos, que luchaban por lo suyo. El XXII cuerpo acorazado del general Kleist sufrió grandes bajas antes de superar las fortificaciones polacas entre Tarnov y Cracovia. Pero por fin las defensas polacas hubieron de ceder, debilitadas por su necesidad de distribuirse entre tres puntos de ataque. Mientras Kleist hacía presión sobre el Norte el general Bayer atacaba exitosamente en la zona de los Cárpatos al mando del XVIII cuerpo alpino, y los eslovacos irrumpían por el Sur conquistando el puerto de Duckla. Sin comunicaciones a sus espaldas los polacos no tuvieron otra alternativa que ceder toda la zona meridional de Galitzia y

tratar de fortificarse sobre el río San. El 13 de setiembre los alemanes cruzaban el San y tomaban la ciudad de Przemysl. De allí el avance por el Sur se hizo incontenible.

A la altura de Lodz, empero, un sorpresivo contraataque del general Bortnowski frenó la embestida de Blaskowitz y ocasionó elevadas bajas en las filas alemanas. Pero el estancamiento de las operaciones en esta zona quedó resuelto por el acercamiento de los efectivos alemanes que habían irrumpido por el Norte bajo el mando de Kuchler. Estos cruzaron el Vístula y convergieron luego sobre la región del Bzura, donde habría de librarse la batalla decisiva de la campaña polaca. Allí 170.000 soldados polacos se rindieron el 17 de setiembre. A partir de ese momento sólo se registrarían episodios de combatividad aislada,

Varsovia: el edificio de la Bolsa, destruido por los bombardeos.





que dieron testimonio del heroísmo polaco, pero que no lograron recomponer un esquema de defensa general y organizada.

La *Luftwaffe* proseguía entretanto sus *raids* sistemáticos sobre la agonía de Polonia y daba una primera muestra de lo que entendía Hitler por "guerra total". El 12 de setiembre el Alto Mando germano había estremecido al mundo con un anuncio que introducía una nueva y tétrica variante en las tradiciones bélicas de la humanidad. Informó que bombardearía a las poblaciones civiles a fin de "aplastar su resistencia".

## POLONIA CAE ENTRE RUSOS Y ALEMANES

Para empeorar la dramática situación de Polonia el 17 de setiembre la invadió la URSS. Hitler mismo estimuló este ataque. Concretamente solicitó al gobierno del Kremlin que la efectuara, y Stalin pudo revestir con apariencias de asentimiento a un pedido del *Führer* una operación que, al parecer, ya estaba prevista en los planes soviéticos para el caso de que Polonia fuera invadida por los alemanes.

A esta altura, el gobierno polaco ya había huido a Rumania y se había extinguido prácticamente todo signo de resistencia organizada. Sólo quedaba en pie Varsovia, como aislado islote de combatividad polaca, medio derruida ya, y cercada por las fuerzas del general Blaskowitz. La resistencia duró, encarnizadamente, hasta el último cartucho y cesó por fin el 28 de setiembre. El colapso de Polonia culminaba así con un sabor de epopeya, mientras ingleses y franceses, que habían declarado la guerra para defenderla, la veían caer como remotos espectadores impotentes. Los hechos, a la larga, habían dado la razón a Hitler y a los comunistas franceses. "Morir por Danzig" fue, después de todo, un solidario quehacer de los polacos.

## INQUIETUD EN LOS ESTADOS UNIDOS: EL PELIGRO ATÓMICO

Hitler, entretanto, parecía ceder a las observaciones de sus generales sobre la insuficiencia del rearme alemán para afrontar una guerra en gran escala, e iniciaba sondeos de paz con los aliados. Una concreta propuesta de paz fue rechazada por Chamberlain, pero el gobierno de Berlín prosiguió sus esfuerzos en este sentido, repitiendo la apelación alemana a Wilson en 1918. El destinatario de las exhortaciones germanas era esta vez el presidente Franklin D. Roosevelt, y un gran amigo de éste, William Davis, apareció en el escenario de la política exterior de los Estados Unidos como sorpresivo abogado de los propósitos alemanes. Davis viajó a Berlín, y regresó a Washington con un asombroso repertorio de promesas alemanas, que le habían sido formuladas por el mismo jefe de la *Luftwaffe*, mariscal Goering. Alemania se comprometía a restaurar la independencia de Polonia, a permitir la constitución de un gobierno checo independiente y —cosa sorprendente— a no interferir en los planes de los Estados Unidos si éste se decidía a actuar contra el Japón.



Las "decadentes democracias" occidentales —como las llamara Adolfo Hitler— parecen suficientemente simbolizadas por este melancólico grupo integrado por Chamberlain, Daladier, Bonnet y lord Halifax. No han de morir por Danzig.



El *Führer* todavía habla de paz. Los ingleses no son aún sus enemigos sino sus "hermanos de raza", y Hitler los exhorta a unir su destino al del Tercer Reich.

También a Roosevelt hace llegar Hitler sus votos de pacificación junto con promesas de buen comportamiento. Pero el presidente tiene razones para desconfiar...





Roosevelt acogió con escepticismo esta propuesta. Otros hechos, además, acaecidos en esos días lo inhibían de dar un paso favorable a los ofrecimientos de paz alemanes. Por un acuerdo suscripto entre Moscú y Berlín el 28 de setiembre el territorio polaco quedó formalmente repartido entre ambas potencias. Se convino además que Letonia, Lituania y Estonia serían absorbidas dentro del área soviética. De este modo, quedaba expuesto a la presión rusa un país por el que Hitler sentía particular afecto, y que la URSS, por otra parte, había considerado siempre como previsible trampolín de un "ataque capitalista": Finlandia. Los asesores de Roosevelt entendieron que esta circunstancia podía ser fuente de un próximo conflicto armado entre Hitler y Stalin, con lo que las perspectivas de un triunfo aliado habrían crecido considerablemente.

Pero más decisiva que estas consideraciones fue una carta que recibió Roosevelt en esos días de Albert Einstein. Señalaba éste que la ciencia se hallaba cerca ya del día en que se lograría liberar la energía atómica del uranio. Si este acontecimiento se producía en la Alemania de Hitler, éste tendría abiertas las puertas a la conquista del mundo. Se sabía que los científicos alemanes venían trabajando en este orden de investigaciones, y no era aventurado presumir que las propuestas de paz de Hitler sólo perseguían el propósito de ganar tiempo hasta disponer del arma atómica. Fue esta amenaza la que acabó de definir en el ánimo de Roosevelt la decisión de rechazar las argumentaciones de su amigo Davis. Al mismo tiempo Roosevelt ordenaba al general Edwin Watson que constituyera en seguida una comisión de investigaciones atómicas cuyo objetivo sería, de allí en adelante, ganar la carrera con Hitler por la construcción del "arma absoluta".

Las perspectivas de un resquebrajamiento en las relaciones germano-soviéticas a propósito del problema finés no tardaron en concretarse. Apenas concluida la campaña polaca Moscú procuró asegurarse un dominio efectivo sobre los estados bálticos. La prensa soviética inició una violenta campaña contra Estonia, a la que acusaba de haber facilitado la huida del submarino polaco *Orzel*. Esto no era cierto, pero el episodio fue empleado por Moscú para ilustrar los peligros a que se veía expuesta la Unión Soviética por la debilidad de los tres pequeños Estados, que podían ser elegidos por una potencia enemiga para efectuar un desembarco con miras a invadir el propio territorio de la URSS. Militarmente, por otra parte, el argumento era correcto. La independencia de los tres Estados bálticos era un efectivo talón de Aquiles para la URSS en momentos en que las perspectivas de una ruptura con Alemania no eran del todo descartables.

Stalin, en consecuencia, utilizó el incidente del *Orzel* para forzar un pacto de ayuda mutua con Estonia. Ésta no tuvo más remedio que suscribirlo, bajo la presión de grandes concentraciones de tropas soviéticas sobre su frontera. Inmediatamente después Letonia y Lituania fueron obligados por procedimientos similares a incorporarse al pacto. En virtud de él la URSS pudo disponer de bases militares en los Estados bálticos y controlar sus costas.



Soldados finlandeses se aprestan a defender su tierra. Conocen mejor el terreno y tienen equipos adecuados para afrontar las terribles condiciones del invierno finés.

## LA UNIÓN SOVIÉTICA ATACA FINLANDIA

El paso siguiente de la URSS no podía ser otro que el de intentar una operación parecida con Finlandia. Ésta, empero, se negó a suscribir un tratado de ayuda mutua con la potencia del Este, y el 26 de noviembre la URSS informaba al mundo que Finlandia la había agredido. Cuatro días después bombarderos soviéticos atacaban a Helsinki y otras ciudades finesas, mientras 400.000 soldados rusos cruzaban la frontera.

Más tarde habría de decidirse que la URSS pretendió simular en Finlandia un alto grado de ineficiencia bélica a fin de esconder su verdadero poderío. Es muy improbable que tuviera tal propósito, pero los hechos ofrecieron un buen asidero a la versión. El ejército finlandés, pequeño y pésimamente equipado, opuso a los invasores una sorprendente resistencia, a la que se sumó sin vacilaciones la población civil. Varias divisiones soviéticas fueron liquidadas mediante botellas "Molotov".

Con todo, el comandante en jefe finlandés, general Mannerheim, no ignoraba que estos derroches de ingenio y de heroísmo no bastarían para impedir el triunfo soviético. De ninguna manera podía encarar razonablemente una estrategia encaminada a la victoria, y todos sus esfuerzos se enderezaron a demorar el avance ruso hasta que factores internacionales ofrecieran a Finlandia una solución que ésta no podía lograr por sus propios medios.

Pero tales expectativas iban a verse defraudadas una y otra vez. Es cierto que 8.000 voluntarios suecos al mando del general Linder se aprestaron a intervenir en favor de los finlandeses, y que Italia aportó a las fuerzas de Mannerheim una respetable cantidad de armamentos; pero aún así el apoyo internacional estuvo lejos de colmar las necesidades defensivas de Finlandia. Hitler deseaba a toda costa mantener en pie ante los aliados la imagen de un entendimiento ruso-germano y, en consecuencia, vio inhibidas sus posibilidades de intervención, aunque no dejó de ofrecer, bajo cuerda, limitadas expresiones de apoyo al pueblo finlandés, y el mariscal Goering enviaba secretamente al pequeño Estado una buena cantidad de equipos bélicos.

Hitler paralizó a los gobiernos socialdemócratas de Noruega, Suecia y Dinamarca e hizo que se abstuvieran de votar cuando la delegación finesa denunció la agresión de la URSS en la Liga de las Naciones.



Helsinki esperaba también cierto grado de ayuda por parte de los Estados Unidos, pero Roosevelt se hallaba embarcado en una estrategia internacional que dejaba escaso margen para responder a esas expectativas. Lejos de buscar una solución al problema finés, el presidente norteamericano deseaba que la guerra cobrara allí mayor profundidad aún, pues no dejaba de esperar que ella diera origen, finalmente, a un conflicto entre Alemania y la URSS.

De este modo Finlandia llegaba al fin de 1939 sin otro recurso que el de su propia combatividad. En las proximidades de la Nochebuena el mundo seguía registrando con asombro hazañas tales como la de rechazar un desembarco soviético en la isla de Koivisto, la de aniquilar varias unidades de paracaidistas rusos en el fiordo de Viipuri, y la de ocasionar bajas tan elevadas en el VIII y IX ejército de Stalin, que el Alto Mando soviético terminó el año en crisis. Exasperado Stalin ordenó la detención de varios jefes militares y dispuso que el comisario de guerra, mariscal Vorochilov asumiera personalmente la conducción de la lucha en el frente finlandés.

## HITLER FIJA SUS OJOS EN NORUEGA

En Alemania, entretanto, un creciente clima de tensión venía nublando las relaciones entre Hitler y sus generales. Asegurada ya la derrota de Polonia, el *Führer* denotó gran impaciencia por arreglar cuentas con sus enemigos del Oeste. El 27 de setiembre reunió a sus mandos y les comunicó su decisión de iniciar una gigantesca ofensiva en el frente francés el 12 de noviembre. Sólo Keitel y Goering apoyaron la iniciativa. Los demás jefes militares abrigaban, a propósito de este plan, reservas que no osaron exteriorizar en seguida. Particularmente Brauchitsch, comandante en jefe del ejército alemán, consideraba descabellado el plan de Hitler. Sabía que Alemania podía concentrar sobre el frente del Oeste menos efectivos que en 1914 y que la preparación militar de éstos era considerablemente inferior a la que tenían los hombres del káiser.

Brauchitsch tardó más de un mes en decidirse a exponer sus objeciones ante el *Führer*, pero por fin el 5 de noviembre solicitó una entrevista con él. Se había prometido a sí mismo solicitar

su relevo en el caso de que Hitler no aceptara sus objeciones, y unirse al movimiento de resistencia que venía cobrando envergadura en la oficialidad alemana. La reacción de Hitler fue la habitual: un ataque de nervios y cuando el comandante en jefe abandonó el despacho del canciller el 12

Los generales del Reich empiezan a llevarse mal con el *Führer*. Von Brauchitsch se opone a una ofensiva en gran escala contra Francia. Por momentos siente la tentación de plegarse a la Resistencia.



de noviembre seguía incommovible como fecha de la gran ofensiva. Brauchitsch demoró otra porción de días en decidirse a concretar su pedido de relevo, pero en las proximidades del 12 de noviembre ya lo habían hecho innecesarios factores de orden meteorológico. En vísperas de esa fecha la lluvia y la nieve habían convertido el frente en un lodazal intransitable y descartaban toda posibilidad de apoyo aéreo. La ofensiva fue postergada para tiempos mejores.

La guerra, pues, parecía estancarse en términos intolerables para los nervios de Hitler. El *Führer* oteó con impaciencia los horizontes del Reich y, entre la quietud de una campaña ya concluida en el Este y la de una campaña aún imposible en el Oeste, sus ojos de halcón se detuvieron mirando con rapacidad los fiordos de Noruega.

## CAPÍTULO IX

1940

### LA CAMPAÑA DE NORUEGA

Sobre los mismos fiordos noruegos venían acumulándose banderillas en el gran mapa del Almirantazgo británico. Como Hitler, también miraba en esa dirección el nuevo ministro de Marina de Su Majestad, Winston Churchill. Reviviendo su propia estrategia en la guerra de 1914, el gran derrotado de Gallípoli volvía a proyectar su voz sobre el Reino Unido en favor de un inmediato bloqueo al Reich. Al cobrar cuerpo este criterio se advirtió que su aplicación tropezaría con excepcionales dificultades en el Norte, donde los suministros de minerales noruegos descendían rumbo

a Hamburgo sin abandonar las aguas territoriales del país neutral; resultaba imposible cumplir el bloqueo en esa área sin violar de alguna manera la neutralidad de los países escandinavos. La idea no asustaba a Churchill, pero espantaba al vacilante Neville Chamberlain. "En nombre de la Sociedad de las Naciones, estamos en nuestro derecho, e incluso en el deber —escribía sibilinamente el ministro de Marina—, de cancelar pasajera-mente la validez de aquellas leyes<sup>1</sup>, a las que queremos dar nuevo valor y garantía".

Mientras las ideas luchaban sin demasiado éxito por abrirse camino en el perezoso gobierno de

<sup>1</sup> Se refería a las de Derecho Internacional que prescribían respeto por la soberanía de los Estados. (N. del E.)



Mr. Chamberlain se vieron reforzadas de pronto por una serie de circunstancias. El gobierno inglés tuvo noticias de que aproximadamente 400 prisioneros británicos, capturados por los alemanes en combates navales, eran transportados a través de los canales noruegos por el buque cis-

terno oficial de Gran Bretaña empiezan a tejerse en torno de él una sucesión de malentendidos, cuyo conjunto será un claro ejemplo del peso que tiene a veces el azar sobre el curso de una guerra. Hitler no encontraba entre sus propios generales un clima mucho mejor que el

Widkun Quisling (a la derecha), el colaboracionista noruego, ha de presidir por un tiempo el gobierno "nacional" instituido bajo la denominación germana, pero no podrá resistir la hostilidad popular.



terna *Altmark*, con el consentimiento secreto de las autoridades noruegas. Churchill halló en este hecho suficientes elementos de juicio para construir un "caso" contra Noruega y que se autorizara el envío de un destructor en busca de los prisioneros. La misión fue encomendada al destructor *Cossak* y a otros dos navíos menores. El 16 de febrero los barcos británicos entraban en las aguas territoriales noruegas y, desoyendo las protestas de las autoridades portuarias e incluso la amenaza de dos torpederos noruegos, abordaba al *Altmark* en el fiordo de Jössing. La tripulación del buque cisterna huyó, y los prisioneros fueron rescatados.

El episodio sirvió, de paso, para demostrar la pasividad de Noruega ante cualquiera que desplegara frente a ella cierto grado de energía. Tales hechos respaldaban a Churchill en sus esfuerzos por convencer al gobierno británico de que la ocupación de Narvik por un cuerpo expedicionario británico sería recibida con simpatía por el gobierno y el pueblo de Noruega. Gran Bretaña, por otra parte, mantenía con Oslo relaciones comerciales más extensas que las de Alemania, y éstas podían forzar una conducta benevolente en el gobierno noruego.

En medio de estas alternativas otro hecho decisivo en favor de la tesis de Churchill había de ser la demanda de auxilio proveniente de Helsinki. Un cuerpo expedicionario destinado a reforzar la lucha de los finlandeses contra el Soviet tendría que pasar forzosamente por Noruega. Una vez llegadas a Noruega las tropas aliadas en tránsito hacia Finlandia no era difícil encontrar razones de fuerza superior que interrumpieran indefinidamente su viaje.

Mientras este plan se va precisando en el lento

de Churchill en el gobierno inglés, en lo que se refiere a la eventualidad de una intervención en Noruega. Hasta ese momento Hitler no había excedido allí los límites de una complicidad más o menos solapada con las autoridades portuarias de dicho país para el transporte de materias primas o para el aprovisionamiento de la flota de guerra alemana. Pero fueron estos hechos los que revistieron a ojos de Gran Bretaña la imagen de una inminente acción germana en los Estados escandinavos, y precisamente en función de esta perspectiva logró Churchill sacar a flote el proyecto de preparar un cuerpo expedicionario destinado a intervenir en Noruega. Los servicios alemanes de inteligencia detectaron estos preparativos, al tiempo que el nacionalsocialista noruego Quisling informaba al *Führer* sobre la inminencia de un pacto entre Londres y Oslo. Este panorama es el que precipitó la decisión germana de actuar contra Noruega. La violación de la neutralidad por parte de Alemania, pues, fue consecuencia y no condición de la decisión británica de hacer lo mismo. Un tercer hecho incide entonces sobre este juego de errores y define la situación de un modo imprevisto. Moscú también recibe la información de que los británicos preparan una fuerza expedicionaria con destino a Finlandia, y al no conocer el objetivo real de esta operación sobrevalora la perspectiva de un conflicto con Londres. Stalin quería evitar a toda costa un enfrentamiento con las democracias occidentales, pues no dejaba de sopesar la eventualidad de una agresión alemana. Las acciones bélicas, por otra parte, ya habían tomado un giro poco decoroso para la URSS, y ambos factores determinaron en el gobierno soviético la decisión de iniciar tratativas de paz con Helsinki. Finlandia



se asió al instante a esta tabla de salvación, alentada, sobre todo, por las condiciones realmente benévolas que planteaba Stalin. Ante la certeza de que la URSS acabaría ocupando todo el territorio finés fue un alivio para Helsinki comprobar que de pronto las pretensiones soviéticas se reducían a 40.000 kilómetros cuadrados. Los dos contendientes firmaron el acuerdo de paz el 20 de marzo, sin que ejerciera el menor efecto sobre el ánimo del gobierno finés la desesperada promesa de ayuda inmediata que, a fin de mantenerlo en la guerra, le hacían llegar ese mismo día los gobiernos de Londres y de París.

Churchill, pues, se había quedado sin pretexto para el envío de una fuerza expedicionaria a Noruega.

El fracaso político que implicaba para los aliados la pacificación del frente finés precipitó, además, una crisis de gobierno en Francia, que complicó más aún la situación. El 19 de marzo Daladier perdía una votación de confianza en el Parlamento de París y hubo de presentar su renuncia. En su lugar el presidente Lebrún confió a Paul Reynaud —ministro de Finanzas hasta ese momento— la misión de formar nuevo gobierno. Pese al tiempo precioso que se estaba perdiendo, el ascenso de Reynaud configuraba un punto en favor de Churchill, pues también el dinámico eco-



Francia tiene nuevo gobierno. El primer ministro Reynaud, en uno de sus primeros actos de gobernante, suscribe con Gran Bretaña un compromiso por el que ninguno de los dos países aliados ha de aceptar una paz por separado. Pocos meses después las cosas serán muy distintas.



La población civil contempla en silencio la primera parada militar alemana en territorio noruego.

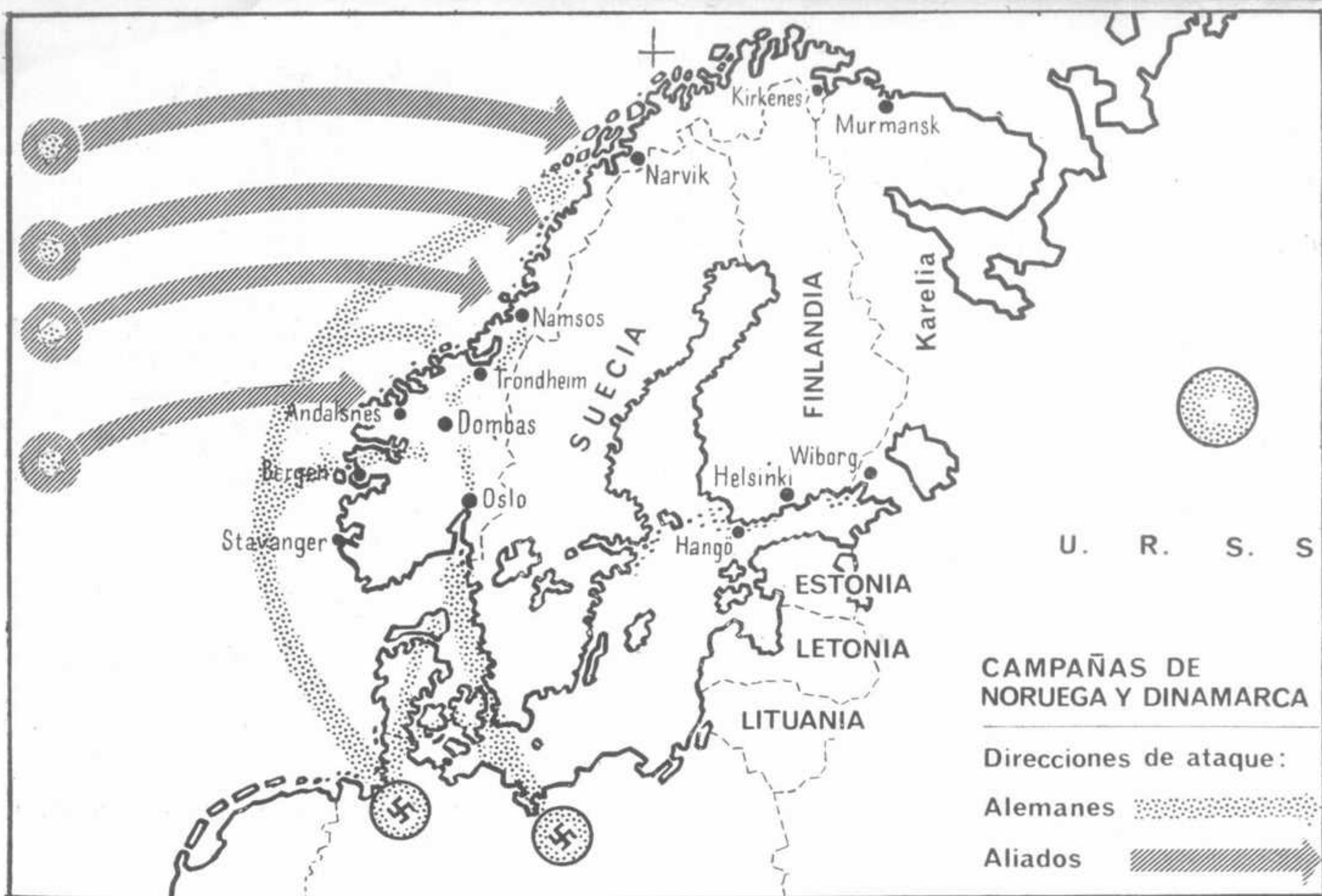
nomista francés libraba en su país una batalla similar a la de Churchill en el suyo.

Reynaud respaldó en seguida los planes de Churchill y entre ambos volcaron la opinión del Consejo de Guerra interaliado en favor de la intervención en Noruega. El desembarco fue previsto, en consecuencia, para el 6 de abril. Al mismo tiempo, la *Wehrmacht* alemana fijaba el suyo para el día 9. El 5 de abril las condiciones meteorológicas motivaron una postergación de tres días en los planes aliados. El azar había decidido, así, que ambos desembarcos quedaran programados para el mismo día.

A la madrugada de la fecha fijada los alemanes desembarcaban en Narvik, y barcos de guerra británicos irrumpían cargados de tropas en las aguas territoriales de Noruega. Era inusitado que dos potencias enemigas entre sí atacaran simultáneamente un tercer país para dirimir en él sus propios conflictos. Formalmente Noruega se convertía en enemiga de dos invasores que eran enemigos entre sí. ¿Qué debía hacer? ¿Luchar contra los dos? ¿Luchar con uno en contra del otro? A la postre fue esto lo que ocurrió, y cuando cerca de 25.000 soldados aliados partieron de las islas Lofoten rumbo al territorio continental yugoslavo las avezadas unidades noruegas de cazadores sobre esquís se unieron a ellos para enfrentar juntos a las fuerzas de Hitler. La situación confusa a que condujo la serie alternada de desembarcos aliados y germanos a lo largo de la costa noruega fue cobrando perfiles más precisos cuando las fuerzas alemanas, bajo el mando del general Dietl, se vieron forzadas a evacuar Narvik. Lentamente el panorama bélico, que originariamente era un caótico mosaico, se fue dibujando en términos de una lucha entre el Norte, donde se habían consolidado las fuerzas aliadas, y el Sur, controlado por los alemanes.

La perspectiva de afrontar una lucha en gran escala contra fuerzas anglo-francesas, y no sólo contra las débiles fuerzas noruegas, creó en el Alto Mando alemán la necesidad de asegurar a sus tropas un apoyo aéreo muy superior al pre-





La campaña de Noruega.

visto. A este fin, cuando resultaba evidente que el ataque alemán a Noruega se vería acompañado por un simultáneo desembarco aliado, Hitler ordenó el mismo día 9 de abril la inmediata invasión de Dinamarca. Sólo las bases aéreas de este país podían garantizar a la *Luftwaffe* la necesaria libertad de maniobra para dicho propósito. La rendición danesa fue inmediata, a tal extremo que aún hoy siguen en pie versiones sobre un entendimiento previo entre Berlín y Copenhague.

La posesión de las bases danesas aseguró a la *Wehrmacht* el control de Noruega meridional, pero en el Norte las nevadas y la distancia no permitieron la acción de la *Luftwaffe*, y éste fue un factor adicional en favor de la distribución del panorama bélico en el sentido descripto.

A principios de mayo la contienda en el frente noruego tendía a definirse en favor de los aliados. Pero en esos días Londres y París toman conocimiento de grandes preparativos alemanes para la ofensiva que venía soñando Hitler en el frente del Oeste. Y cuando el 10 de mayo la *Wehrmacht* irrumpe con todo su poderío sobre el frente francés los aliados ordenan el rápido reembarco de sus tropas en Noruega. Narvik fue abandonada a su suerte, sin otra defensa que las escasas fuerzas noruegas dirigidas por el general Ruge. Dietl aprovecha la situación e inicia un contraataque, pero sólo el 8 de junio consigue doblegar la feroz resistencia de Ruge y asegurar de nuevo el dominio alemán sobre el puerto. Un día antes Haakon y su gobierno habían partido rumbo a Londres en el crucero británico *Devonshire*.

#### UN AUDAZ PLAN ALEMÁN PARA EL FRENTE OCCIDENTAL

Seis meses habían pasado desde que el mal tiempo frustrara en noviembre de 1939 la ofensiva de Hitler contra Francia. A lo largo de este

período un cúmulo de circunstancias había alterado el panorama. La total movilización alemana para la guerra había alcanzado ya su plenitud a un ritmo enloquecido, y Hitler disponía ahora de 136 divisiones sobre el frente occidental. Las reservas de los generales germanos acerca de las aptitudes combativas de la *Wehrmacht* se habían disipado o poco menos, y todos parecían compartir ahora la histérica euforia de Hitler.

También el plan de invasión había sufrido considerables modificaciones. El ataque previsto para el 12 de noviembre reproducía en sus grandes líneas el viejo plan Schlieffen. La línea Maginot —uno de los grandes mitos de la guerra— parecía inexpugnable, y si algún ataque se había previsto contra ella, el único objetivo que se perseguía era el de distraer fuerzas aliadas del escenario fundamental: Bélgica y Holanda. Un grupo de ejército denominado "A" debía lanzar un ataque distractivo sobre la región de las Ardenas, mientras otro grupo, el "B", debía descargar el golpe central por el Norte e iniciar un rodeo que flanqueara a París por el Oeste.

Poco después de resolverse la postergación de la ofensiva, en noviembre de 1939, el gobierno alemán supo que el plan de campaña había sido conocido por los aliados. Este solo hecho aconsejaba introducir algunas modificaciones en él, pero en ningún momento se pensó alterar sus líneas fundamentales hasta que el general Erich von Manstein, que figuraba entre los mandos del Grupo A, expuso ante el *Führer* un plan radicalmente distinto en una cena ofrecida a oficiales de reciente graduación. Su proyecto estribaba, sustancialmente, en invertir el planteo de Schlieffen. El punto central de la ofensiva debía consistir en un ataque de fuerzas blindadas por la zona de las Ardenas, área rocosa que los aliados seguramente considerarían la menos previsible para una ofensiva alemana. Un simultáneo ataque a través de Bélgica debería atraer hacia el Norte la mayor cantidad de efectivos aliados, a fin de que



la ofensiva lanzada en las Ardenas y proyectada hacia el canal de la Mancha a lo largo del río Somme acabara encerrando en una trampa al grueso de las fuerzas aliadas en el Norte, incluyendo los ejércitos de Bélgica y Holanda.

La temeridad del plan conquistó en el acto el apoyo del *Führer*, retorzado luego por la opinión favorable del general von Rundstedt, que no respondía tanto a una convicción estratégica como a la circunstancia de ser él mismo, como comandante del Grupo A, el general que cosecharía del plan mayores posibilidades de lucimiento. En el Alto Mando del ejército Brauchitsch y Halder mostraron cierto escepticismo ante el novedoso programa de operaciones, pero luego fue cediendo su resistencia, sobre todo la de Halder, encandilado por el brillo expositivo de Manstein. El 24 de febrero de 1940 Hitler y el Alto Mando del ejército resolvieron formalmente la aplicación del plan.

## FRANCIA E INGLATERRA CAMBIAN DE JEFES

Así, pues, a medida que se avecinaba el mes de mayo se advertía un ajuste cada vez mayor en los planes de guerra y en el frente interno



Haakon VII de Noruega, un rey leal a la causa aliada.

alemán. No ocurría otro tanto en el bando aliado. En Gran Bretaña la sucesión de fracasos que, comenzando por la Conferencia de Munich, acababan de culminar en las desastrosas vacilaciones respecto de lo que debía hacerse con Noruega, habían colmado la aversión de los ingleses hacia Mr. Chamberlain. El 8 de mayo de 1940 estalló contra él la bomba de las contenidas iras británicas a través de un discurso de Lloyd George. "¿Qué derecho teníamos nosotros —gritó— de criticar a las pequeñas potencias? Habíamos prometido ayudarlas y protegerlas. Jamás hemos enviado un aeroplano a Polonia; llegamos tarde a Noruega. ¿Puede alguien dudar de que nuestro prestigio ha sido menoscabado? Habíamos prometido —gritó— ayuda a Checoslovaquia, a Polonia, a Finlandia. Nuestras notas de promesas son ahora basura en los mercados. (...) Digo ahora, solemnemente, que el primer ministro puede dar un ejemplo de sacrificio, pues nada hay

ya que pueda contribuir tanto a la victoria como que él sacrifique la jefatura del Ministerio." Al día siguiente, 10 de mayo de 1940, Chamberlain presentaba su renuncia, y esa misma noche el rey confiaba a Winston Churchill la conducción del gobierno británico, mientras comenzaba frente a Bélgica, cerca ya la madrugada del día 10, la cuenta descendente de la gran ofensiva de Hitler.

Similares tormentas políticas se agitaban simultáneamente en París. La Cámara de Diputados debatía el 9 de mayo los fracasos de Polonia y de Noruega. El propósito parlamentario de discriminar responsabilidades desencadenó un juego de escondidos rencores, y Daladier, conservado en el gabinete como ministro de Guerra, descargaba sobre Reynaud la culpa de las vacilaciones que él mismo había originado. Al caer la noche del 9 de mayo empezaron a caer también cabezas oficiales en Francia. Se resolvía la destitución de Gamelin como comandante en jefe del ejército, y Reynaud presentaba su renuncia. El presidente Lebrún, como es de práctica en tales casos, pidió a Reynaud que retuviera su cargo hasta la formalización del nuevo gobierno, pero la noticia de que los alemanes estaban cruzando la frontera belga congeló la situación, y el "nuevo gobierno" no alcanzó a formarse.

## LOS ALIADOS ORGANIZAN SU PLAN DEFENSIVO

Amanecía el día 10 cuando Ribbentrop llamaba al embajador belga y al ministro de los Países Bajos. Berlín "acababa de tomar conocimiento de una inminente agresión anglo-francesa a Bélgica y a Holanda", y el *Führer*, en consecuencia, "había adoptado la generosa decisión de ocupar los territorios de ambos países a fin de garantizar su independencia". De hecho, las tropas de Hitler ya habían hecho su entrada salvadora en ellos.

Éste fue el primer dato concreto que tuvieron los aliados del nuevo operativo alemán, y parecía respaldar a Gamelin en su convicción de que Hitler no haría sino reeditar el plan Schlieffen.

En Gran Bretaña soplan aires nuevos. Los ingleses están hartos del vacilante *mister* Chamberlain, y en su lugar asciende al cargo de primer ministro un hombre más expeditivo: Winston Churchill.



Esta idea no había nacido en la cabeza del comandante en jefe francés a partir de comprobaciones o informes de sus servicios de inteligencia.



Era, simplemente, el resultado de su absoluto apego a los esquemas tradicionales. Irregularidades estratégicas como el plan de Manstein eran para él sencillamente inconcebibles, y no había experiencia capaz de corregirle este criterio. Porque experiencias en tal sentido había de sobra. Se sabía, aunque no en detalle, que en los mandos alemanes se maquinaba algo nuevo. La información que se tenía sobre los movimientos de tropas más allá de la frontera mostraban una distribución de efectivos que no justificaba la ciega apuesta de Gamelin a una reedición del plan Schlieffen. Y si el comandante en jefe francés no atinaba a extraer conclusiones por sus propios medios, varios de sus colaboradores insistían inútilmente en destacar hechos que asignaban considerables probabilidades a una ofensiva alemana centralizada en las Ardenas. Gamelin, empero, seguía inmovible en su resistencia a las innovaciones y en su seguridad de que la línea Maginot era un prodigio defensivo que Hitler jamás se animaría a tocar.

Esta convicción era bastante generalizada en el Supremo Consejo de Guerra aliado; de suerte que Gamelin no tuvo mayores dificultades en llevar adelante un plan defensivo —el famoso "Plan D"— ajustado a la hipótesis de tener que resistir en el Norte el golpe principal. Allí se hallaba el poderoso Primer Grupo de Ejércitos bajo el mando del general Bilotte, que a la primera señal de un ataque germano debía penetrar en territorio belga, mientras el Séptimo Ejército de Giraud haría lo propio en Holanda. El plan era, desde luego, sumamente imperfecto, ya que para ajustarlo en todos sus términos habría sido necesario un principio de coordinación previa con los Estados Mayores de Bélgica y de Holanda. Pero éstos habían rehuido todo contacto con sus colegas británicos y franceses, aterrados como estaban ante cualquier perspectiva de acción que pudiera molestar a Hitler.

En Bélgica y Holanda existía un esquema defensivo que habría resultado excelente para enfrentar una invasión de Bismarck. Se basaba en tres puntos clave: el canal Alberto, que se extendía entre el estuario del Escalda y el Mosa y cuyas fortificaciones aparentaban estar al día previendo el rechazo de artefactos tan modernos como los carros armados; el fuerte Eben-Emael, que se erguía sobre las rocosas riberas del canal homónimo y contaba con cuarenta y dos cañones, y la llamada *Fortaleza Holanda*, en los Países

Bajos, que comprendía tres líneas sucesivas de defensa poderosamente fortificadas frente al rectángulo formado por Rotterdam, Utrecht, Amsterdam y Haarlem.

Las fuerzas alemanas del Grupo B dirigidas por Bock ya habían dispuesto medios especiales para enfrentar con éxito tales obstáculos. El fuerte Eben-Emael cayó tranquilamente en manos de ochenta y cinco paracaidistas que, luchando desde dentro del bastión, despejaron el camino para el 151 regimiento de infantería alemán. Entre paracaidistas e infantes, la ocupación del fuerte fue completada en 24 horas.

La *Fortaleza Holanda*, por su parte, ofreció los resultados previstos ante una tentativa de tomarla por tierra, frustrada gracias a la gran resistencia del Segundo Cuerpo neerlandés. Pero el sistema fue quebrado luego por un violento bombardeo de Rotterdam. Esta obra de la *Luftwaffe* tuvo el triste privilegio de ser la más destructiva de la historia hasta ese momento; una suerte de Guernica en escala mayor. Rotterdam desapareció en un caos de cenizas. Las bajas entre la población civil, en cambio, fueron proporcionalmente escasas: algo menos de mil. Pocas horas después el comandante en jefe holandés pedía un armisticio. El acuerdo fue suscripto el día 15. La reina Guillermina se hallaba ya en Londres, junto con su gobierno.

En el Sur, entretanto, las fuerzas del Grupo A bajo el mando de Rundstedt habían cruzado en horas el territorio de Luxemburgo y en las Ardenas aplastaban sin dificultad las divisiones de reservas escasamente adiestrados que Gamelin había destinado a este "escenario menor" de la lucha. El 15 de mayo la línea del Mosa ya había desaparecido.

## SON ROTAS LAS LÍNEAS ALIADAS: EL MILAGRO DE DUNKERQUE

Y entonces, sin que jamás se sepa claramente por qué, los mandos alemanes entraron en crisis. Un fuerte contraataque del general De Gaulle sobre el flanco izquierdo del Grupo A y una desarticulada sucesión de combates que, más por desinteligencias y desajustes entre los jefes aliados que por claras razones tácticas, acabaron confundiendo y ocasionando elevadas bajas a los alemanes en Arras y Cambrai, pusieron "terriblemente nervioso", según palabras de Halder, a Adolfo Hitler. Una precipitada conferencia de

Con la despiadada destrucción de Coventry por la *Luftwaffe*, nace en boca de Goering una nueva palabra: "coventrizar".







En los Países Bajos, el avance alemán se ve trabado por conflictos entre sus propias fuerzas. Goering no quiere que el Ejército tradicional se lleve la palma del triunfo sobre Francia.

Rundstedt con el *Führer* culminó en la decisión de modificar la estrategia de la campaña en Francia y fijar un límite al avance por el Norte, que no debía superar la línea Lens-Gravelines.

Los titubeos en el bando germano permitieron que entre los aliados evolucionara sin mayores peligros una crisis que también ellos debieron afrontar, con más razón, a raíz de los fracasos en Bélgica y en las Ardenas. Gamelin fue relevado por fin, y en su lugar se designó al general Weygand. El mariscal Pétain ingresaba en el gobierno, por decisión de Reynaud, como vicepresidente del Consejo.

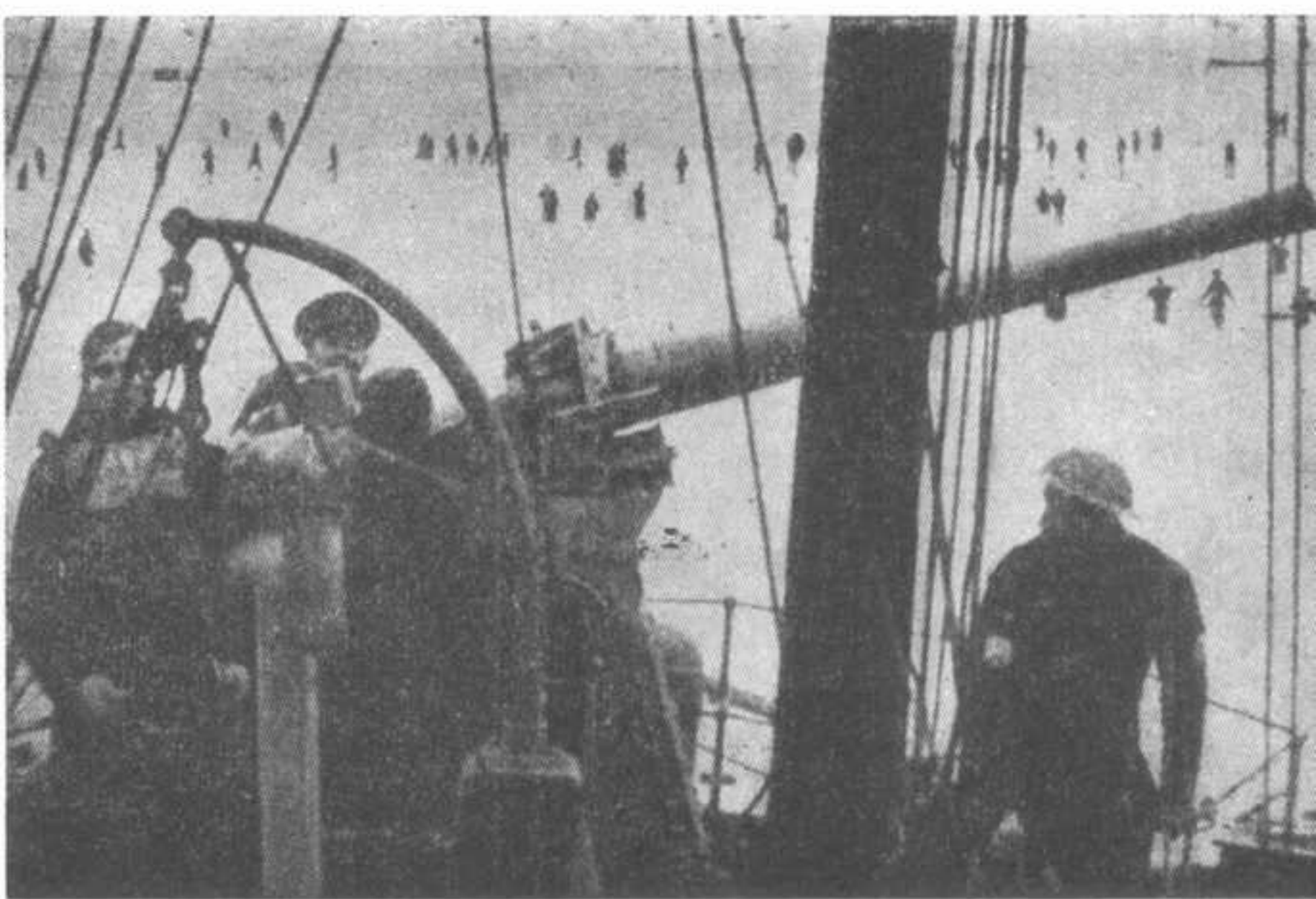
Como Gamelin había caído por su obstinación en creer que la ofensiva alemana respondería al plan Schlieffen, Weygand inauguró su cargo presumiendo lo contrario. Quiso, en consecuencia, enviar al Sur las fuerzas de Billotte, propósito que no alcanzó a concretarse por dos razones: porque Billotte moría poco después en un accidente de tránsito, y porque Churchill opuso una tenaz resistencia a toda idea de debilitar el área del Norte. El primer ministro británico no se basaba en un previo conocimiento de la nueva estrategia alemana, sino en la prioridad que asignaba a la defensa de las regiones más cercanas a Gran Bretaña.

El 26 de mayo la estrategia alemana sufría un nuevo vuelco en el Norte. Rundstein modificaba sorpresivamente el criterio adoptado apenas dos días antes y lograba que Hitler autorizara a regañadientes la prosecución del avance alemán más allá de la línea Lens-Gravelines. Las razones de estas raras marchas y contramarchas siguen siendo un enigma para expertos e historiadores. Una de las explicaciones más atendibles las atribuyen a la rivalidad entre el Ejército tradicional y las fuerzas de combate adscriptas al nacionalsocialismo. Parece seguro que la decisión de detener el avance, aunque ingenuamente favorecida por Rundstedt, respondió en realidad a un plan de Goering. Se entreveía ya una victoria aplastante en el Norte, y Goering consideraba peligroso, desde el punto de vista interno, que el mérito exclusivo de aquella recayera sobre el ejército tradicional. De este modo, sólo ganaría prestigio una fuerza en la que los nacionalsocialistas no tenían demasiada confianza. Si el ejército detenía su avance,

el golpe de gracia a los aliados en el Norte podía quedar a cargo de la *Luftwaffe*, cuyo jefe era precisamente Goering.

Acaso fue la sospecha de tales maquinaciones la que motivó en Rundstedt la repentina reconsideración que lo llevó a promover la continuación del avance. El hecho es que los dos días ganados por las fuerzas aliadas gracias a estas escaramuzas intestinas de los alemanes resultaron vitales para la gran operación "Dynamo", que consistía en evacuar rumbo a Gran Bretaña la mayor cantidad posible de efectivos aliados destacados en el Norte. La decisión del reembarque se vio precipitada, además, por una sorpresiva actitud del rey Leopoldo III de Bélgica, quien, sin consultar a sus aliados ni a su propio gobierno, llegó a un entendimiento con Reichenau. Dos días después, el 28 de mayo, Bélgica formalizaría su capitulación.

La demora del avance alemán había dado tiem-



Dunkerque. La epopéyica evacuación aliada ha de dar ánimos a los ingleses en vez de abatirlos, como espera Hitler.

po para alistar en el puerto de Dunkerque una impresionante serie de embarcaciones que variaban entre lanchas de motor, remolcadores, barcos pesqueros y yates de recreo, escoltados por naves de guerra británicas. En total, 861 unidades afrontaron el fuego enemigo para evacuar en la brumosa madrugada del 4 de junio cerca de 340.000 soldados aliados. Entre ellos, más de 120.000 eran franceses. Los alemanes lograron hundir 243 de las embarcaciones, pero aun así la operación fue un éxito, y el pueblo británico la calificó como el "Milagro de Dunkerque".

## CAE FRANCIA E ITALIA ENTRA EN GUERRA

El 5 de junio los alemanes lanzaron a lo largo de todo el frente lo que Reynaud habría de llamar "la batalla de Francia". Weygand había logrado armar un sistema defensivo más eficaz que el dispuesto por Gamelin; pero aun así el avance germano resultó incontenible gracias a los efectos demoledores de su fuerza aérea. El 9 de junio, los alemanes cruzaban el Sena inferior y partían



en dos el VII ejército francés. El 10 se desplazaban por la Champaña. De las 66 divisiones francesas 20 ya habían dejado de existir, y las restantes huían o entregaban las armas a los invasores.

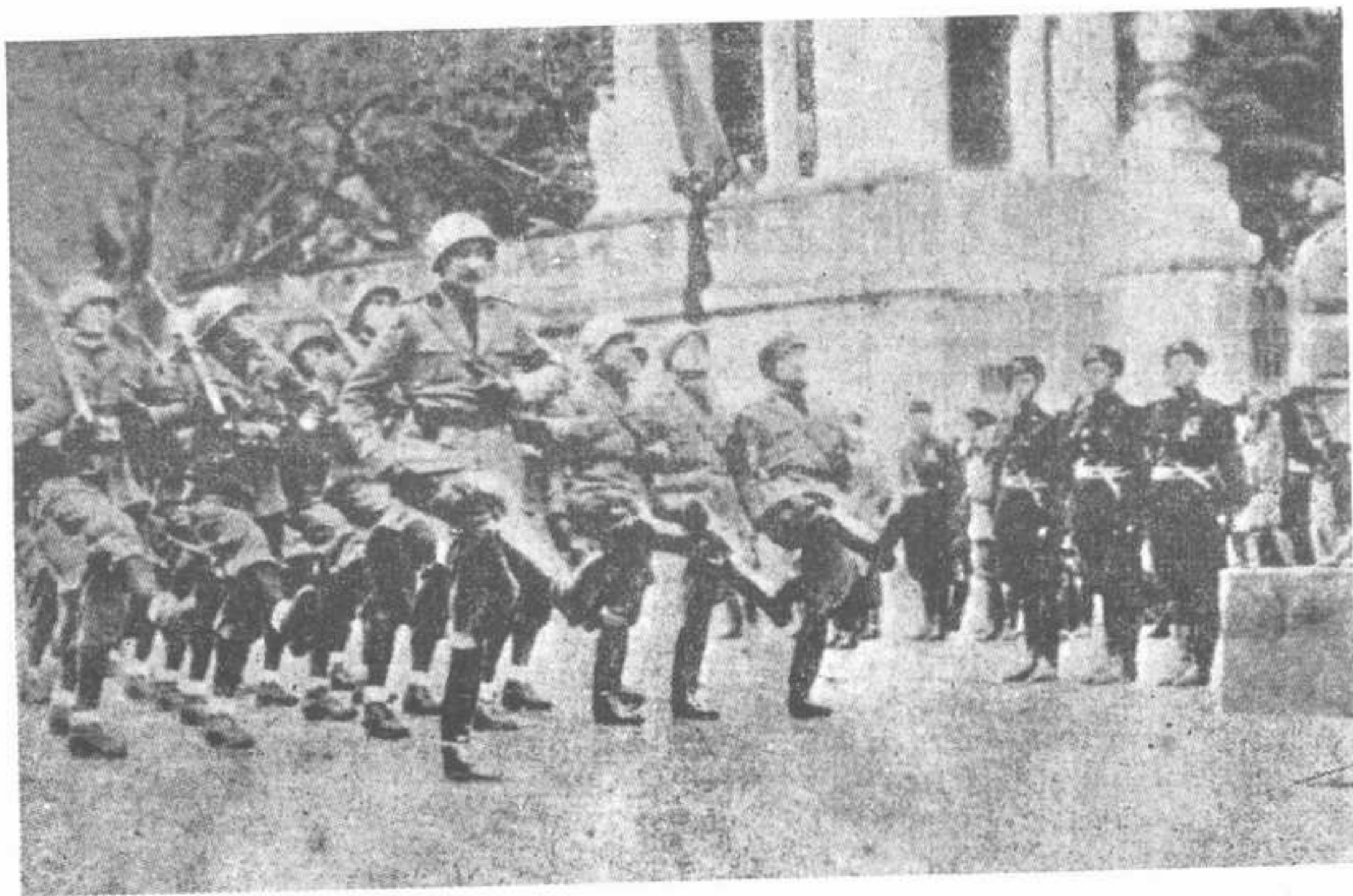
El día 10 de junio de 1940 el colapso francés recibía innecesariamente un nuevo golpe en los Alpes. Cruzaban la frontera allí grandes cantidades de tropas italianas, mientras Mussolini gritaba su proclama de guerra desde el balcón del Palacio Venecia.

Mussolini tenía por delante un panorama que, al parecer, descartaba ya toda duda sobre el triunfo alemán, y todo parecía marcar la hora de apostar a ganador. Su ejército estaba lejos de tener la preparación y el equipamiento necesarios para afrontar una guerra larga. Pero, ¿quién podía pensar ahora en una guerra larga? Francia sólo podría resistir unos días más y entonces no quedaría en pie sino Gran Bretaña, escenario de una

campaña remota que, por obvias razones geográficas, sería una tarea exclusiva de Hitler. Bien podía agitarse un par de días sobre el territorio meridional de Francia el mito de los 9.000.000 de bayonetas. Seis años antes las había agitado ante Mr. Eden, afirmando que podía tenerlas listas en 24 horas con sólo apretar uno de los botones que había sobre su escritorio. Eden le había recomendado cortésmente que procurara no equivocarse de botón, pues podía ocurrir que en vez de movilizarse los 9.000.000 de bayonetas apareciera un pacífico camarero con la bandeja del café con leche. Ahora había apretado el botón de las bayonetas, pero no tardaría en comprobar que le habría resultado más beneficioso apretar el otro.

Los italianos recién habían empezado a desarmar franceses cuando, el 14 de mayo, los soldados del Reich entraban en París y depositaban una piadosa corona sobre la tumba del Soldado Desconocido. El gobierno de Reynaud había huido a Burdeos, cuya prefectura era escenario de una crisis de Gabinete que acabó por precipitar, esta vez en serio, la renuncia de Reynaud. Lebrún designó en su lugar a Pétain. La presencia de su figura legendaria a la cabeza de Francia debía

Francia recibe el golpe de gracia. Mussolini la invade por el Sur. Grandes paradas militares dan marco, en Roma, a la declaración de guerra. Las tropas del Duce ensayan por primera vez el "paso de ganso".

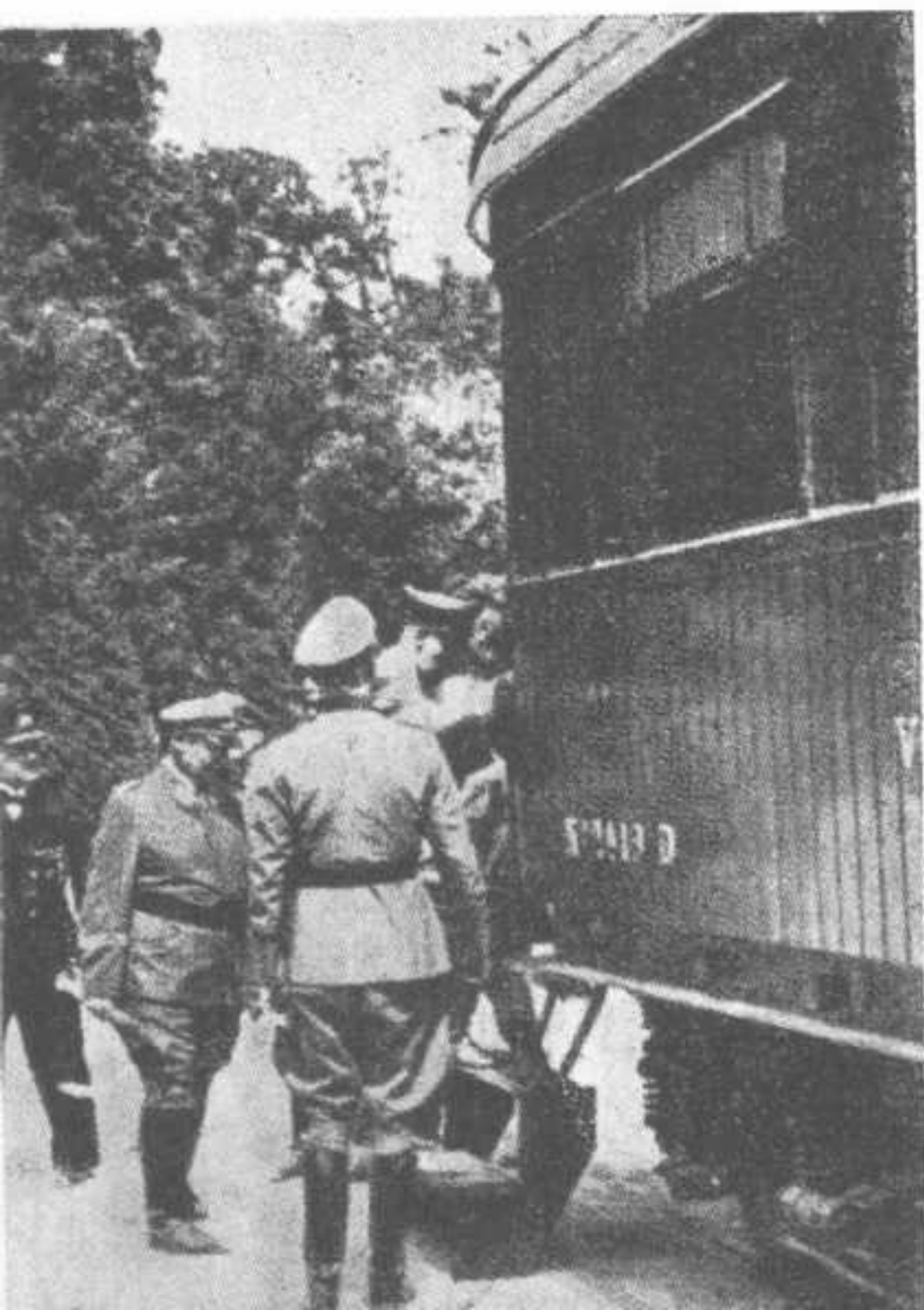


electrizar el cuerpo agonizante del país. Pero Pétain ya había elegido otro destino. El 17 de junio se dirigió al país por radio, y no fue un discurso electrificante. "Esta noche —dijo— me he comunicado con el adversario para preguntarle si está dispuesto a buscar con nosotros, entre soldados, después de la lucha y con todo honor, los medios para poner fin a las hostilidades."

### "COLABORACIONISMO"

El día 22 se firmaba un acuerdo de paz que mostraba un Adolfo Hitler insólitamente generoso. Si Pétain aguardaba un desquite por el tratado de Versalles, debió de suspirar de alivio al conocer las condiciones del Eje. Francia conservaba intactas sus colonias, sus territorios de ultramar y su flota. No se hablaba de indemnizaciones, y los franceses sólo debían costear el mantenimiento de las tropas alemanas en su territorio. El Reich sólo habría de ocupar la zona del Norte y la faja costera del Atlántico, a fin de proseguir las operaciones contra Gran Bretaña. Con semejantes términos Hitler deseaba, sin duda, apaciguar por un tiempo a una Francia que ahora quedaría a su retaguardia, mientras tenía por de-

Hitler es un gran cultor de símbolos. Por exigencia suya la capitulación francesa se formaliza en el mismo vagón que fuera empleado por Foch, veintidós años atrás, para suscribir el armisticio con la derrotada Alemania del káiser.





lante la tarea de doblegar a los ingleses. Con todo, el *Führer* tuvo que esforzarse bastante para concretar estas condiciones. No por la resistencia de Pétain, sino por la de Mussolini, que en premio a su semana de actuación en la guerra exigía Saboya, Niza, Córcega, Túnez, Djiboutti, Siria, Argelia, Marruecos y la totalidad de la flota francesa.

El mariscal Pétain establecía su gobierno en la ciudad de Vichy. El pueblo, entretanto, acuñaba un nuevo vocablo: "colaboracionismo".

Paralelamente, otra expresión parecida cobraba vigencia en Noruega, donde los alemanes habían consolidado su dominio sobre el territorio evacuado por las tropas británicas. *Quisling* era el nombre del fanático nacionalsocialista noruego con quien Hitler trató de construir la apariencia de un "gobierno nacional" bajo el régimen de ocupación. Pero al poco tiempo, "quisling" era en el lenguaje popular un sustantivo común que significaba "traidor".

### ¿QUÉ HACER CON INGLATERRA?

Pues bien, la culminación exitosa de tres fulminantes campañas militares del *Reich* —Polonia, Noruega y Francia— creaba en el panorama de Europa una nueva relación de fuerzas que habría de repercutir rápidamente en todos los países del mundo. Alentó, por lo pronto, las ambiciones expansivas del Japón, que, sobre el filo del colapso francés, obligaba al gobierno de Vichy a permitir el establecimiento de tropas niponas en Tonkín, al tiempo que exigía a Gran Bretaña el cierre de la ruta de Birmania a fin de incomunicar la provincia china de Yunnan. La caída de Holanda, por otra parte, preludiaba un seguro ataque nipón a Indonesia.

Estas actitudes del Mikado creaban condiciones más favorables para la lucha que venía desarrollando Roosevelt contra el cerrado neutralismo republicano. La amenaza del Japón en el Pacífico aumentaba las coincidencias entre los intereses de la Unión y la causa aliada, de suerte que el presidente norteamericano pudo disponer de un margen mayor para ayudar materialmente a Gran Bretaña.

Para Hitler la guerra había llegado a un nuevo *impasse*. ¿Qué debía hacer ahora? El único enemigo significativo que tenía por delante era Gran Bretaña. Pero, ¿qué hacer con ella? ¿Invadirla? ¿Negociar? Por un momento parecía que el *Führer* se inclinaría por esta última alternativa. Su lenguaje se pobló repentinamente de expresiones conciliatorias. Su conflicto con el Reino Unido se había convertido en una "rencilla de familia", un lamentable enfrentamiento entre "miembros de una misma raza" que sólo podía beneficiar al bolcheviquismo que acechaba en el Este. Esta manera de pensar se veía reforzada por un par de actitudes soviéticas que despertaron un principio de alarma en Berlín. Excediendo lo convenido con Alemania tras la caída de Polonia, la URSS no tardó en formalizar la lisa y llana anexión de los tres Estados bálticos, y en junio de 1940 concedía a Rumania un plazo de 72 horas para ceder al Soviet los territorios de Besarabia, Bucovina y parte de Moldavia. El rey Carol II



El *Führer* cumple uno de sus mayores sueños: entrar en París como conquistador.

accedió en seguida, si bien había iniciado un desembozado coqueteo con el *Führer* y podía aspirar a un apoyo alemán contra las presiones de Stalin.

Estos hechos fueron definiendo cada vez más en la mente de Hitler su vieja idea de crear un bloque occidental para la cruzada contra el Este. De ahí los globos de ensayo que lanzó en esos días con vistas a medir la receptividad inglesa a eventuales insinuaciones de paz. Churchill, empero, se mantenía inmovible, y el *Führer* tuvo que decidirse a encarar la prosecución de la guerra contra sus primos de raza.

Su belicosidad contra Gran Bretaña, por otra parte, acababa de recibir un poderoso estímulo cuando el 3 de julio la marina británica se incautó de una buena parte de la flota francesa —incluyendo dos acorazados— que se hallaba surta en los puertos de Portsmouth y Plymouth. Poco después los ingleses destruían el grueso de la flota francesa en la costa de Argelia a fin de impedir su eventual transferencia a la marina del *Reich*. Los acorazados *Dunkerque*, *Bretagne* y *Provence*, junto con seis cazatorpederos y varias naves menores, fueron echados a pique o seriamente dañados. A los pocos días también el acorazado *Richelieu*, el orgullo de Francia, sufría la misma suerte. Estos hechos crearon en la Francia de Pétain cierta ola de anglofobia, que facilitó al viejo mariscal la tarea de extinguir el régimen parlamentario que aún sobrevivía y dictar una constitución corporativa.

El general De Gaulle prosigue la lucha contra el Eje, en nombre de Francia.





## LA BATALLA DE INGLATERRA

El problema concreto del ataque a Gran Bretaña enmarcaba un nuevo amago de crisis en el frente interno alemán. Aún hoy es un enigma para muchos el porqué Hitler no atinó, sobre la cresta de su victoria contra Francia, a invadir al Reino Unido. Se dijo que lo disuadió de este propósito su astrólogo privado, y aunque es probable que haya algo de cierto en la versión, es un hecho también que una nueva rencilla entre Goering y el ejército enredó en esos días las líneas estratégicas tendidas hacia la invasión de la isla. Hitler había fijado en principio el 15 de agosto para esta operación, pero un insuperable desacuerdo entre las tres armas del *Reich* obligó a suspenderla. Brauchitsch entendía que un desembarco tendría pocas probabilidades de éxito si no se efectuaba sobre 150 kilómetros de costa, por lo menos. El almirante Raeder, comandante de la marina, no veía con buenos ojos esta perspectiva, pues opinaba que, aun teniendo las naves necesarias para satisfacer tal exigencia, sería improbable asegurar una adecuada protección aérea a un despliegue semejante. Parecía, pues, que la última palabra quedaba a cargo de Goering y ya se sabía que éste no abandonaría tan fácilmente su muletila de la "aniquilación total por el aire". Su prestigio personal y el del Nacional Socialismo exigían que la *Luftwaffe*, y no aquellos conspiradores en potencia que eran los generales de carrera, se llevara la gloria de doblegar a los ingleses.

en la misma; del 18 de agosto al 5 de setiembre, neutralización de la bases aéreas detrás de la costa; el 6 de setiembre comenzaba el ataque intensivo a Londres, prologado por los ataques de agosto. A lo largo de casi dos meses la capital británica soportó con legendario heroísmo el rigor de los bombardeos alemanes que, como en Polonia, apuntaban principalmente a destruir la moral de la población civil. Buena parte de la ciudad quedó destruida, y hubo un elevado número de bajas. Pero así y todo la campaña no consiguió glorificar a Goering, sino que, por el contrario, permitió comprobar que la RAF era, por lo menos, tan eficaz como la *Luftwaffe*. Semejante resultado se debió, fundamentalmente, a los esfuerzos de lord Beaverbrook, ministro de producción aeronáutica, que en pocos meses había logrado superar la productividad alemana. Resultó sorpresivo para Goering la gran cantidad de *Spitfires* que noche a noche salían eficazmente al encuentro de los bombarderos alemanes. Al finalizar setiembre Gran Bretaña se sentía ya en condiciones de devolver el golpe y comenzó una serie de *raids* sobre Berlín y otras ciudades del *Reich*. El 6 de octubre Hitler ordenó represalias y comenzaba así una etapa de intensificación en la campaña aérea contra Gran Bretaña. Prosiguió la sistemática demolición de Londres; pero al finalizar el mes las grandes pérdidas de la *Luftwaffe* forzaron una gradual atenuación de los bombardeos. Goering había perdido ya, a principios de noviembre, 1.773 aviones. Un último intento de desesperada venganza fue el ataque a Coventry, el 15 de noviem-

En Hendaya el *Führer* quiere forzar la entrada de España en la guerra. Luego Hitler declararía que prefería morir antes de volver a entendérselas con el generalísimo.

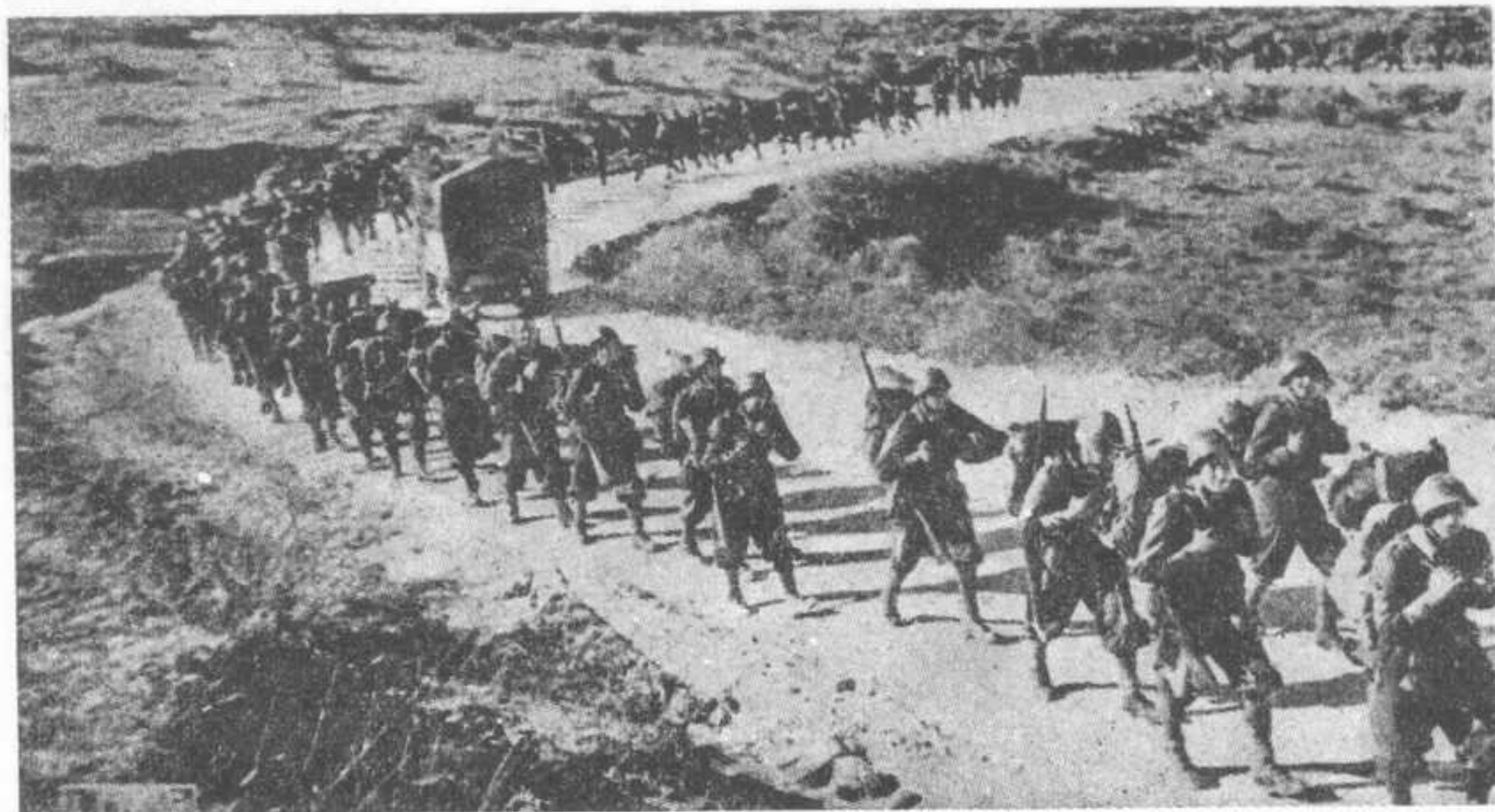


Goering se salió con la suya, y el 8 de agosto comenzaba la *Batalla de Inglaterra* limitada exclusivamente al aire. La *Luftwaffe* ataca un convoy británico en el Canal y bombardea intensamente la faja costera. Esta operación dura cinco días. El 13 son atacados los suburbios de Londres y los días 23 y 26 se ensaya un bombardeo nocturno. La campaña de la *Luftwaffe* se va perfilando así como una sucesión de escalas cada vez más profundas: hasta el 8 de agosto, destrucción de la faja costera y de las unidades marítimas surtas

bre. La ciudad dejó prácticamente de existir, y con su inmolación la guerra aportaba otro neologismo, orgullosamente inventado por Goering: *coventrizar*.

En realidad la "batalla de Inglaterra" terminó con la primera gran derrota del *Reich* en la Segunda Guerra Mundial. Fracasó en su objetivo de vencer a Gran Bretaña por el aire y sacrificó tal cantidad de aviones que incluso la alternativa de un desembarco quedó frustrada por la imposibilidad de asegurar apoyo aéreo a la operación.





Por ahora los italianos recorren tranquilos el territorio griego. Luego vendrá la gran sorpresa.

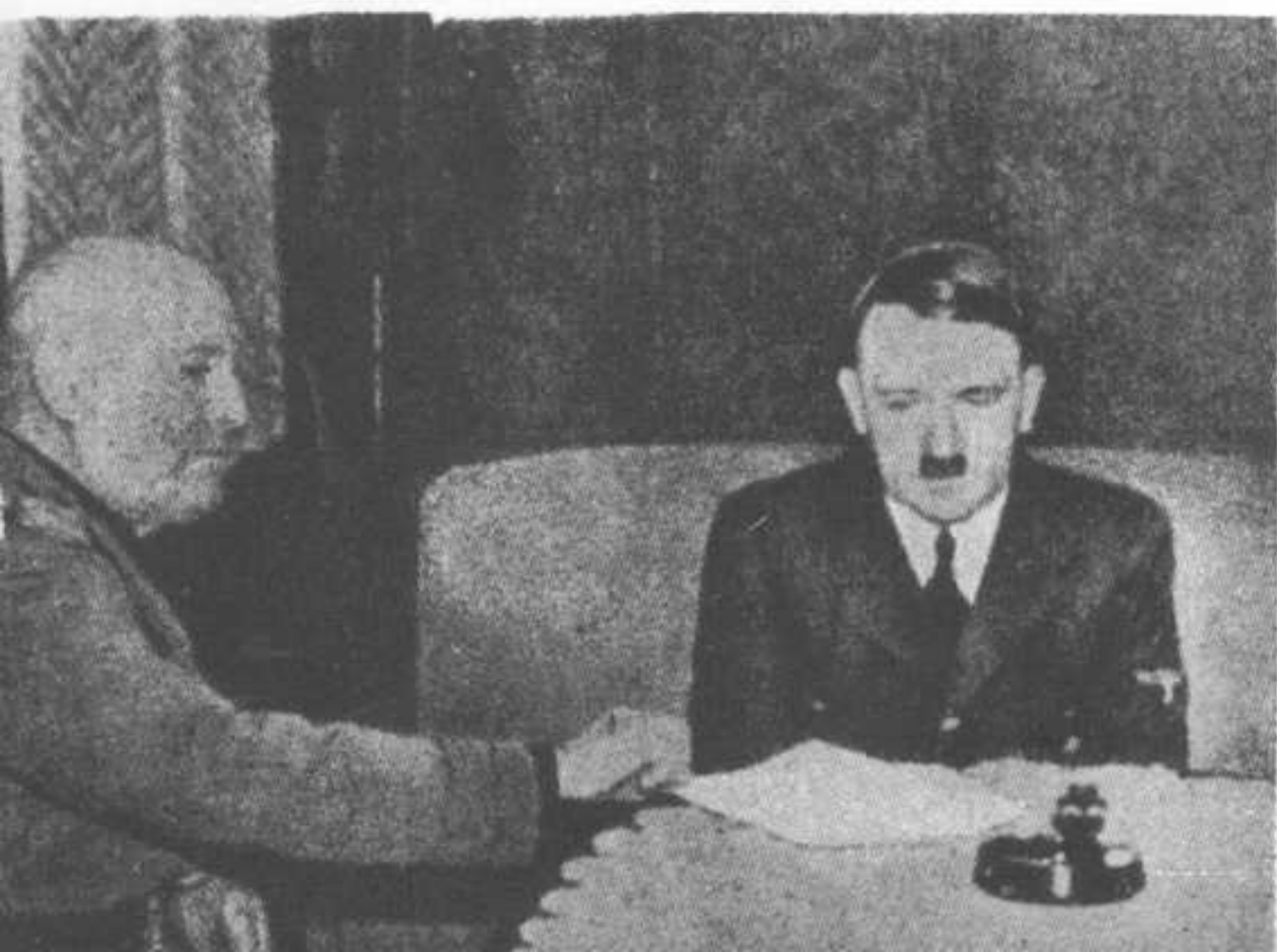
## HITLER Y FRANCO

Obstruida la vía del triunfo a través del ataque directo al Reino Unido, Hitler acechó otras salidas. En octubre fue en busca del generalísimo Franco, con la esperanza de atraerlo a la alianza italo-germana, que acababa de ganar el aporte del Japón mediante la firma del Pacto Tripartito. Los dos estadistas se encontraron en Hendaya. Hitler destacó las perspectivas de acortar la guerra merced a la ventaja estratégica que representaría para el Eje el control de Gibraltar, y la conversación terminó degenerando en un regateo. El generalísimo no denotó las ambiciones de Mussolini, pero así y todo planteó abultadas exigencias. Hitler se vio entrampado entonces en la imposibilidad de conceder a España lo que acababa de negar al *Duce* y dio por concluida la entrevista. Regresó a Berlín mascullando que prefería morir antes de afrontar una nueva discusión con Franco. Y casi muere, en efecto, al enterarse en ese momento que, sin consultarlo siquiera, Mussolini planeaba conquistar por la fuerza las recompensas que no atinaba a lograr en sus tratos con el *Führer*. Hitler voló inmediatamente a Florencia, pero cuando el *Duce* salió a su encuentro la sonrisa que lo acompañaba bastó para delatar la temida verdad. Italia acababa de invadir a Grecia.

## LA GUERRA LLEGA A LOS BALCANES

Verse arrastrado a una guerra en los Balcanes era lo último que Hitler podía desear. Aliviaba a los ingleses, ponía al alcance de éstos (y no

Hitler no llega a tiempo para impedir una nueva aventura de Mussolini. Las tropas italianas acababan de invadir a Grecia.



tan al alcance de los alemanes) un provechoso teatro de operaciones y, por último, creaba un foco bélico en una zona que ha sido siempre una fuente de irritaciones y roces con Rusia. Claro que estos peligros podían disiparse si la campaña de Grecia resultaba realmente una *Blitzkrieg*. ¿Sabría hacerla Mussolini?

Vale la pena que nos detengamos en este ventilador de tensiones donde Mussolini acababa de meter el dedo. Cuando meses atrás la URSS obtuvo una inmediata satisfacción a su exigencia de que Rumania le cediera Bucovina y Besarabia la racha de desprendimientos por la que de este modo parecían estar pasando los rumanos no tardó en estimular a Bulgaria y a Hungría, que también tenían un par de reivindicaciones que formular a Rumania. La situación se complicó con un incidente fronterizo entre Rumania y la URSS, que ya daba muestras de querer terciar en el conflicto. A ojos de Berlín este panorama era desalentador, ya que cualquier amenaza a la estabilidad rumana ponía en peligro suministros de petróleo que eran absolutamente esenciales para la *Wehrmacht*. Hitler inició rápidamente gestiones conciliatorias entre los tres países y prácticamente impuso el desempeño de Ribbentrop como mediador. El fallo de éste no fue exactamente salomónico, ya que por él Rumania debía ceder el norte de Transilvania a Hungría. El ministro alemán creyó complacer así a Hungría imponiendo a Rumania una mutilación que ésta no se atrevería a lamentar en voz alta, pues sus nuevos roces con la URSS la obligaban a buscar el apoyo alemán.

En el interior de Rumania, empero, la fórmula de Ribbentrop desencadenó contra el rey Carol las iras de todo el mundo. Carol buscó desesperadamente un hombre fuerte que impusiera orden y desenterró de su confinamiento al general Antonescu. Éste empezó por recabar del rey poderes absolutos y luego se hizo intérprete del clamor popular que exigía la abdicación del monarca. Carol no tuvo más remedio que abandonar el trono, y a los pocos días marchaba hacia el exilio.

Antonescu formó un gabinete de decidida derecha, que incluía figuras de la extremista Guardia de Hierro, el sector que más había protestado cuando Carol aceptó la mutilación de Transilvania. No se mostró igualmente molesta cuando Antonescu cedió Doborudja a los búlgaros. Aquí





Rumania es ya parte del Eje. Antonescu (derecha) y Horia Sima imponen los métodos y el saludo del fascismo.

También Hungría entra dentro de la órbita del Tripartito. Su canciller, Csaky, suscribe con Ribbentrop un pacto de alianza con Berlín.

no se trataba, evidentemente, de satisfacer orgullos nacionales, sino de servir una definida línea internacional que Antonescu exteriorizó claramente cuando "solicitó" a Berlín una misión militar con unidades de instructores. A los dos meses Hitler ya tendría allí una entera división y un número indeterminado de aviones.

Este cuadro, desde luego, inquietaba sobremedida a los rusos, y era evidente que la presencia del Eje en los Balcanes se estaba acercando peligrosamente a los límites de la tolerancia soviética. Tal, en síntesis, el marco dentro del cual Italia se decide a desembarcar en Grecia.

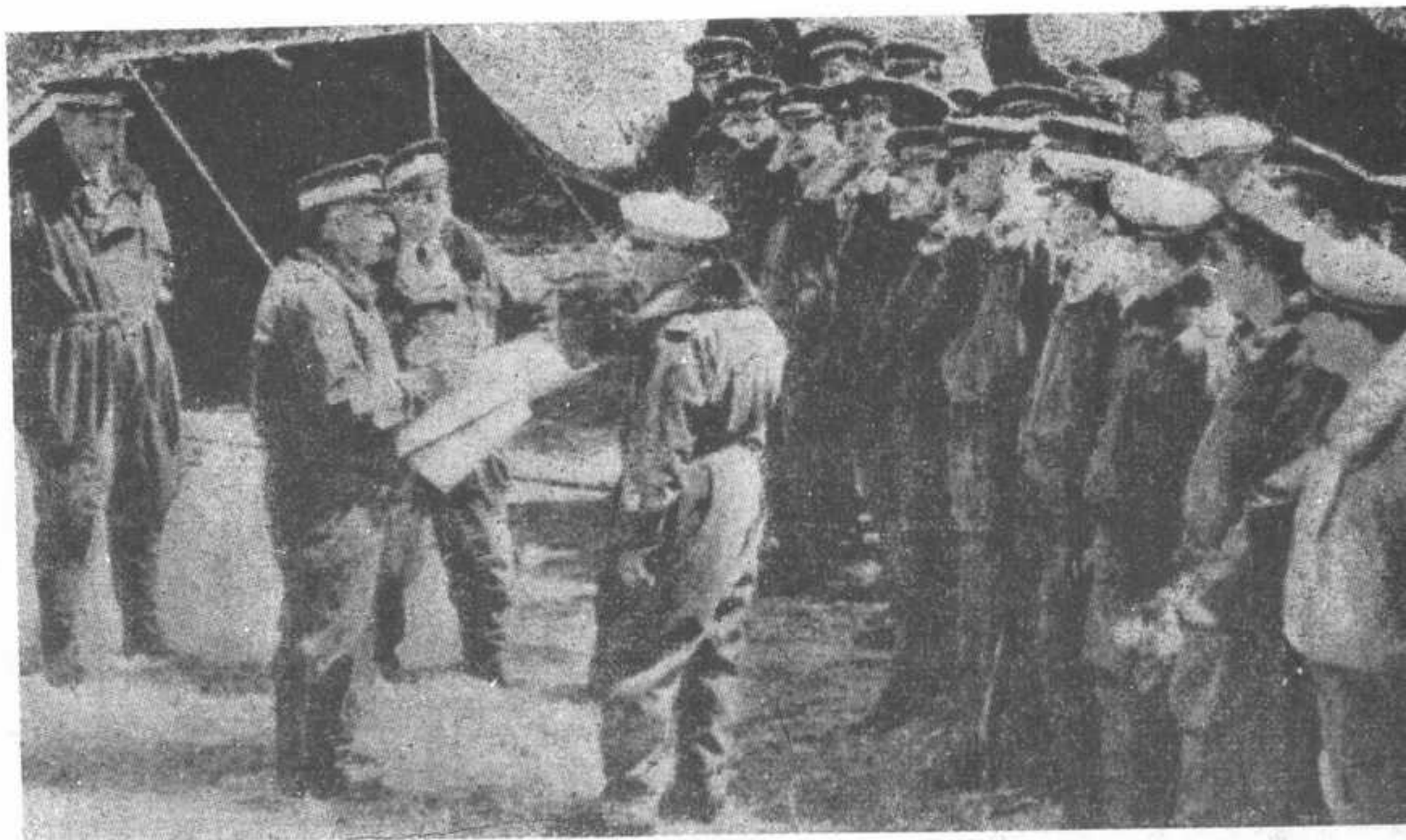
Como Hitler temía, la decisión de Mussolini provocó una inmediata reacción de Moscú, que empezó a plantear nuevas exigencias en los Balcanes con miras a contrabalancear la creciente presión del Eje. Se suceden entonces días de nerviosas negociaciones entre Moscú y Berlín, en las que la URSS exige el retiro de la misión militar alemana de Rumania y muestra claras intenciones de proyectar su esfera de influencia hacia Bulgaria y Yugoslavia. Es éste el momento en que la perspectiva de una guerra con la URSS echa raíces en el ánimo del *Führer* como una convicción obsesiva. Ni siquiera le cabía el consuelo de que todo esto fuera el precio de la conquista de Grecia para el Eje. Porque al comenzar diciembre el XI y el IX ejército italiano estaban a punto de ser echados al mar, mientras los griegos invadían Albania con gran beneplácito de los albaneses.

## LA SUERTE DE LAS ARMAS NO SONRÍE A MUSSOLINI

Con el estancamiento de la "batalla de Inglaterra" la guerra se va desplazando lentamente hacia el Sur, y sus primeros planos ya tienen por escenario, en los últimos meses del año, el área del Mediterráneo. Y en junio la caída de Francia y la conversión de Italia en país beligerante habían agilizado el panorama africano. Egipto empieza a bordear la conflagración al romper relaciones con Roma el 12 de junio, y en la primera quincena de agosto la Somalia británica es invadida y tomada por los italianos, y poco después Mussolini pone en movimiento un ejército de 300.000 hombres para invadir a Egipto. Su objetivo es, obviamente, el canal de Suez. Si éste cayera en manos de Italia quedarían cortadas las comunicaciones de Gran Bretaña con el océano Índico y se vería despejado el camino para la expansión del Eje en Oriente.

Tal es la colosal perspectiva que tenían por delante los italianos, mientras batían en retirada a fuerzas británicas numéricamente inferiores en su marcha hacia El Cairo. Pero a poco de andar la ofensiva italiana fue frenada por las fuerzas inglesas del general Wavell, que infligían una seria derrota a los invasores en Sudán. El 6 de diciembre la *Desert Force* de O'Connor inicia con 38.000 hombres una contraofensiva que destruye en pocos días el I ejército italiano del general Berti. Paralelamente la flota británica de

Con la intervención de Italia la guerra se desplaza hacia el Sur. Graziani lanza su ofensiva en el norte de África. Pilotos italianos aparecen aquí recibiendo instrucciones para el bombardeo de Haifa.



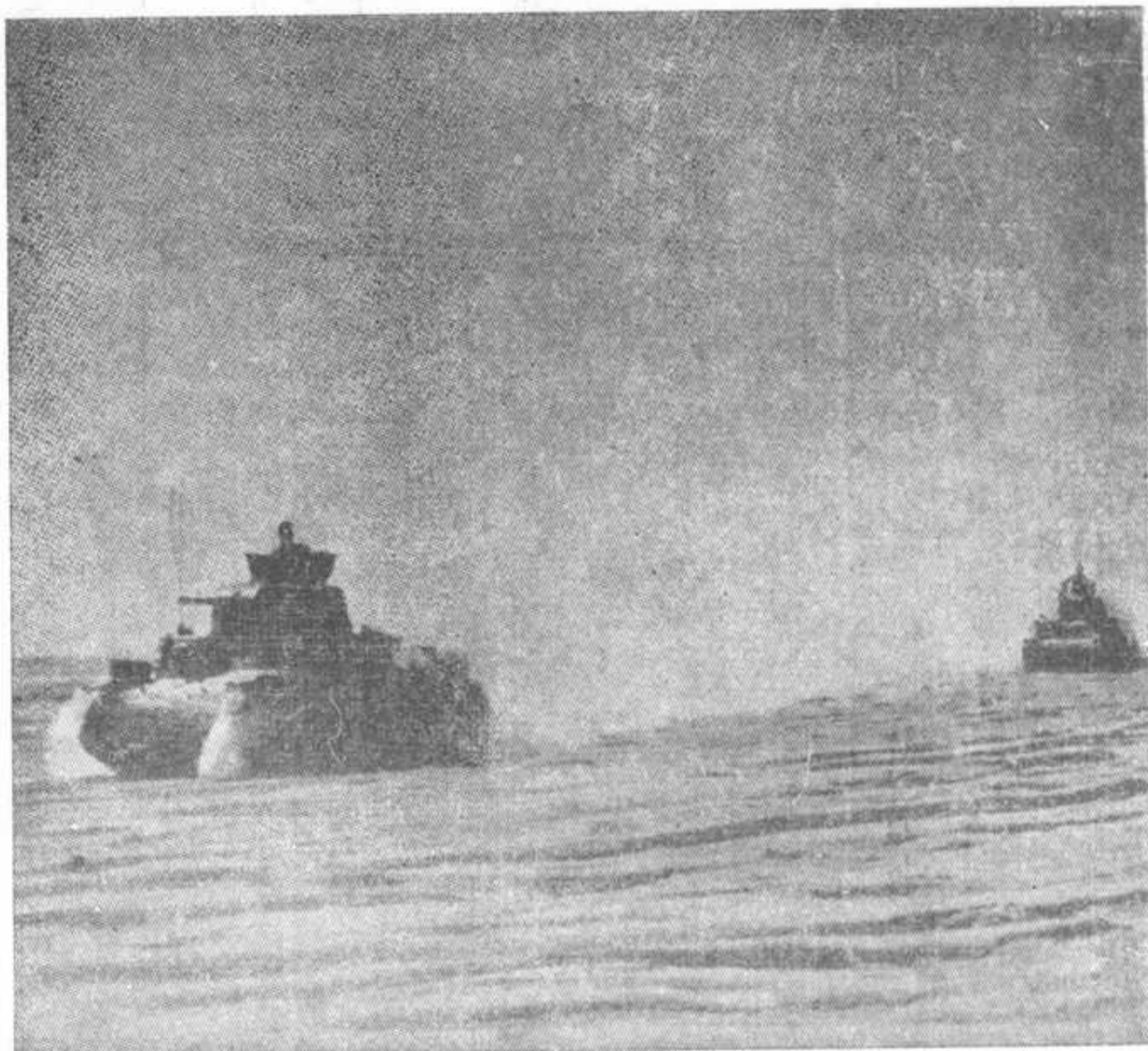


Aleandría somete a un continuo bombardeo a la localidad clave de Sidi el Barrani, sin que en momento alguno intervenga la poderosa flota italiana del Mediterráneo. Esta pasividad de la marina italiana obedecía a varias causas. La más inmediata había sido la desastrosa derrota sufrida

fascismo de la oficialidad. Resultaba irónico que la fuerza de combate mejor equipada de Italia fuera al mismo tiempo el escenario fundamental de la resistencia a los planes de Mussolini y del sabotaje a los esfuerzos bélicos de Italia.

De este modo, en las postrimerías del año

En setiembre de 1940 los italianos avanzan vertiginosamente hacia Egipto. Cruzan la frontera a la altura de Sollum, pero habrán de detenerse en Sidi el Barrani.



por aquella pocas semanas antes en el puerto de Tarento, por obra de la misma escuadra inglesa de Aleandría. Varias naves fueron hundidas y tuvieron graves averías los grandes acorazados *Littorio*, *Cavour* y *Duilio*. Pero al margen de esta operación, el mayor factor inhibitorio de la marina italiana residía en el generalizado anti-

1940 la "hora del Destino" sorprendería a las fuerzas del *Duce* en franca retirada. Perdían pie en Grecia, los súbditos albaneses de Vittorio Emanuele se alzaban contra él, y Graziani procuraba inútilmente armar una línea defensiva en la frontera occidental de Cirenaica con los escasos 7.000 hombres que le restaban.

## CAPÍTULO X

1941

### LA GUERRA Y SUS ALIANZAS CONVULSIONAN LOS BALCANES

En enero de este año el panorama africano de Mussolini se ensombrece más aún. Los ingleses habían pasado a la ofensiva también en otros frentes del continente. El 17 de ese mes comenzaba el ataque a Etiopía, donde el duque Amadeo de Saboya se hallaba al mando de 220.000 hombres. Esta ventaja numérica de los italianos se veía neutralizada, en cambio, por su escasez de equipos y por la imposibilidad de recibir provisiones. La proverbial energía del príncipe suplió por unos días tales deficiencias; pero la derrota fue, a la postre, inevitable. Haile Selassie no tardó de entrar en Addis-Abeba montado en un caballo blanco, y los ingleses rendían honores al príncipe capturado, uno de los pocos italianos que habían aprendido a respetar.

Comprensiblemente, esta sucesión de desastres italianos alarmó al *Führer*, quien no tuvo más remedio que distraer su atención de Gran Bretaña para encarar la intervención alemana en los

escenarios bélicos del Sur. Ya tenía decidido el ataque a la URSS, pero no podía emprenderlo sin asegurar las posiciones del Eje allí donde Mussolini las venía perdiendo sin remedio. El 19 de enero una precipitada entrevista entre Hitler, Mussolini, Ribbentrop y Ciano sentó las bases para una nueva ofensiva conjunta en Grecia.

Pero este objetivo planteaba al *Reich* una serie de tareas preliminares tendientes a despejar una amplia y segura vía de comunicación entre Alemania y Grecia a través del enredado cuadro político que protagonizaban Rumania, Hungría y Bulgaria. Sería tedioso describir los complicados manejos diplomáticos que condujeron a la inclusión de estos Estados dentro del sistema del Eje. Lo cierto es que Bulgaria acabó adhiriendo al Pacto Tripartito, mientras Antonescu en Rumania se veía cada vez más expuesto a las exigencias de Hitler a raíz del creciente apoyo que necesitaba de éste para consolidar su propia situación interna. El 20 de enero la Guardia de Hierro se subleva contra Antonescu, quien acude a la misión militar alemana en busca de apoyo. El alzamiento es reprimido, pero el poder de Antonescu descansa ya, en buena medida, sobre las



bayonetas del *Führer*. Hungría, por otra parte, estaba gobernada por el almirante Miklos Horthy, de notorias simpatías por el *Reich*, y no tuvo mayores inconvenientes en acordar con Hitler el paso de las tropas alemanas por su propio territorio.

La integración de estos países dentro del sistema creaba un cerco en torno de Yugoslavia y con él, condiciones sumamente favorables para una ofensiva de presiones diplomáticas alemanas sobre el gobierno de Belgrado. No fue difícil doblegar al príncipe Pablo, y el 25 de marzo el *premier* yugoslavo Tsvetkovitch y el canciller Cincar-Marcovitch suscribían en Viena la adhesión del reino al Pacto Tripartito. Simultáneamente, empero, triunfaba en Belgrado una revolución acaudillada por el francófilo general Simovitch. El príncipe Pablo buscó refugio en Grecia, y los firmantes del acuerdo con Alemania permanecieron exiliados fuera de su patria. Pocos días después Simovitch firmaba un tratado de amistad con la Unión Soviética. A fines de marzo Yugoslavia ya no mantenía relaciones diplomáticas con los países del Tripartito.

El cuadro de la prevista campaña balcánica quedaba definido así en términos de un enfrentamiento entre el área de Hungría, Rumania y Bulgaria, ya adscripta a la política del Eje, y el área de Yugoslavia y Grecia, donde fluían rápidamente tropas británicas. La ofensiva del Eje comenzó el 6 de abril con un violento bombardeo a Belgrado, mientras fuertes agrupaciones alemanas, bajo el mando del general Kliest, se apresaban a cruzar la frontera del Norte. Prácticamente, no hubo resistencia. Los húngaros ocuparon rápidamente la zona de Baranya, y los italianos se extendieron por la Liubliana y la faja costera. El 12 de abril Belgrado, en llamas, era ocupada sin mayor resistencia por el Segundo Ejército del *Reich*.

El mismo 6 de abril el Duodécimo Ejército del mariscal List atacaba a Grecia a partir de la frontera búlgaro-yugoslava y se proyectaba hacia el Sur, rumbo a Salónica. En contraste con Yugoslavia los griegos opusieron una heroica resistencia a este nuevo ataque, pero nada podían hacer contra la arrolladora superioridad técnica del enemigo. El 9 de abril los alemanes completaban la ocupación de Salónica y en todos los demás frentes el repliegue griego convergía hacia las Termópilas, donde las favorables condiciones geográficas y la presencia del cuerpo expedicionario británico alimentaban aún alguna esperanza de resistir. Pero mientras el general Wilson trataba de consolidar una línea defensiva los alemanes desarticulaban su retaguardia mediante un descenso de paracaidistas sobre el istmo de Corinto.

Wilson no vio otra salida entonces que la de la evacuación, y en los puertos de Megara y de Nauplia se reprodujo, en escala menor, la hazaña de Dunkerque. El 17 de abril los alemanes alcanzaban Atenas y al terminar el mes se detenían triunfantes sobre las playas del Jónico al sudoeste del Peloponeso.

Terminada así la campaña, quedaba desquiciado una vez más el inestable mosaico balcánico. Yugoslavia fue despedazada y distribuida entre el enjambre de países que la habían invadido. Sólo subsistió como solitario foco de independencia el Estado Croata, donde los *oustachis* de Ante



Hitler tiene que afrontar la difícil situación del Eje en el norte de África, y aparece en ese escenario de la guerra el legendario "zorro del desierto", mariscal Rommel.

Pavelic se apresurarían a construir un Estado de tipo fascista. Pronto la independencia croata empezaría a diluirse, cuando Mussolini arrancara a Pavelic un acuerdo que, de hecho, establecería sobre el pequeño país una suerte de protectorado italiano.

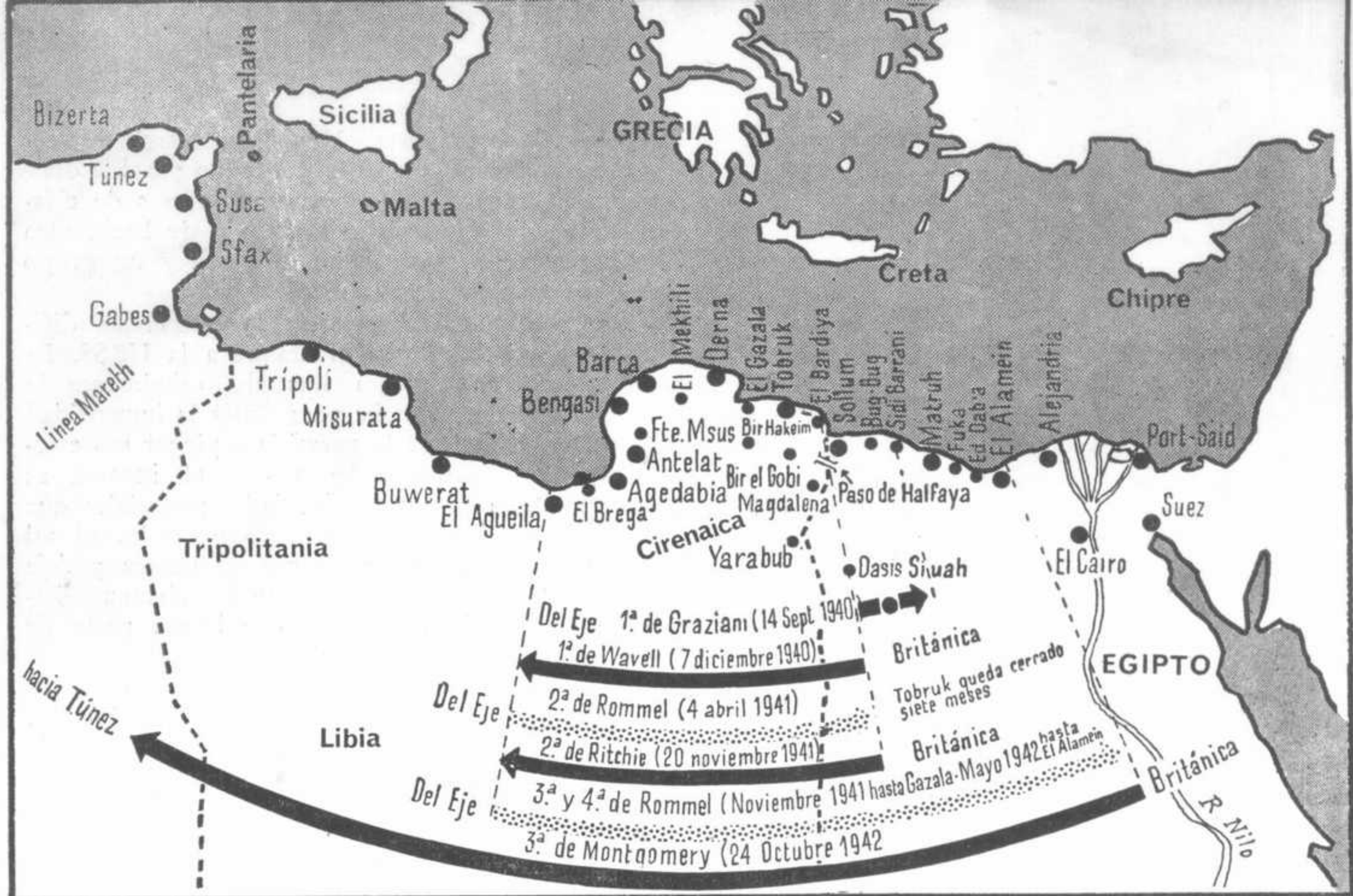
Por especial deferencia de Hitler, Mussolini adquiriría todos los derechos de ocupación sobre Grecia. De este modo podía agitar en su deprimido frente interno la ilusión de una conquista.

#### EN EL NORTE DE ÁFRICA ROMMEL SE AGIGANTA

Al margen de los Balcanes, el otro escenario en que debía desarrollar Hitler su plan de consolidar la situación del Eje en el Mediterráneo era el norte de África. Ya en enero había resuelto enviar allí un cuerpo blindado bajo el mando del general Rommel, pero el aporte resultó insuficiente para las necesidades defensivas y ofensivas de la zona. El 5 de enero los ingleses conquistaban Bardia y capturaban 30.000 prisioneros italianos. El día 20 invadían Eritrea, y dos días después caía en su poder el importante centro de Tobruk. En la primera quincena de febrero caían Bengasi, Agedabia y Agheila. La campaña balcánica del Eje, empero, desvíase hacia ese escenario buena parte de los aprovisionamientos británicos, y la ofensiva en el norte de África empieza a perder vigor. Se estanca tras la caída de Bengasi, y la situación es aprovechada por Hitler para enviar al norte de África una división ligera bajo el mando de Streich. De este modo las fuerzas del Eje van cobrando allí una estructura distinta, y, si bien el comando supremo se halla en manos del general italiano Ítalo Gariboldi, toda la realización de la campaña irá recayendo progresivamente sobre la legendaria figura de Rommel.

A principios de abril las fuerzas del Eje lanzan una contraofensiva. En violentos combates, los ingleses son obligados a evacuar El Agheila y Aghedabia, y el 4 de abril Bengasi vuelve a caer en manos del Eje. En esta etapa el objetivo más importante de Rommel era el puerto de Tobruk, pues allí podría resolver el dramático problema





La campaña de África.

del reaprovisionamiento de carburante, que por el momento sólo podía hacerse a través de los convoyes italianos que partían de Trípoli, a 1.750 kilómetros del frente. Estos convoyes se hallaban expuestos a la constante acción de los submarinos británicos que, entre abril y mayo de 1941, habían destruido el 15 % de los petroleros destinados a abastecer al *Afrika Korps* de Rommel. De ahí que el avance de éste fuera perdiendo rapidez.

Esta situación irritaba sobremanera a Rommel, que no entendía por qué la marina de guerra italiana no daba adecuada protección a los petroleros. Poco a poco cobraba cuerpo en el ánimo del general alemán la sospecha de un sabotaje italiano, y sus relaciones con Gariboldi se dete-

de aquél. Los ecos del conflicto entre los dos jefes militares no tardaron en llegar a Roma, y Mussolini dispuso rápidamente el relevo de Gariboldi por el general Bastico.

Pese a estos inconvenientes, el flanco izquierdo de las fuerzas de Rommel consiguió avanzar hasta Sollum, sobre la frontera entre Libia y Egipto. Allí volvió a estancarse la ofensiva, siempre por falta de combustible. Tobruk seguía inexpugnable, y las posibilidades de conquistarla disminuyeron cuando Rommel se vio precisado a retirar de la zona la división ligera de Streich a fin de consolidar las posiciones conquistadas al sur de Gambout. Informaciones de que en Egipto los ingleses preparaban una nueva contraofensiva obligaron a concentrar todos los esfuerzos del Eje



Tobruk fue en todo momento un bastión inexpugnable de los aliados, eficazmente defendido por su guarnición australiana.

rioraron rápidamente. Esta situación hizo crisis cuando fracasó el asalto a Tobruk debido a la errónea información que tenía Rommel sobre el sistema defensivo de la ciudad. La lógica deducción del caso era que el general italiano había retenido deliberadamente la información acerca

sobre la frontera egipcia. Tobruk quedaba asegurada así en manos británicas, y el aprovisionamiento italo-germano seguía dependiendo de los mal protegidos convoyes italianos.

Este cuadro exasperaba ya a Hitler, que se veía demorado en su plan de ataque a la URSS. Apeló





Rudolf Hess realiza en misión de paz un misterioso vuelo a Gran Bretaña. Nunca llegó a saberse si actuaba por su propia cuenta o por inspiración del *Führer*.

drásticamente a Mussolini en búsqueda de una solución, y el *Duce* prometió destinar cuatro mil aviones al escenario norafricano. Hitler no se detuvo a conjeturar de dónde había surgido esta colosal fuerza aérea, y volvió los ojos hacia el Este con la convicción de que el control del Mediterráneo estaba asegurado por parte del Eje.

#### ALEMANIA INVADE A RUSIA

El 22 de junio de 1941, a las 3.15 de la madrugada, los ejércitos del *Reich* retomaban en el Este la ruta de Napoleón. Nadie en Alemania, fuera de Adolfo Hitler, veía con buenos ojos esta operación. Raeder y Halder habían hecho lo imposible para disuadir al *Führer*, pero Hitler ya era un obseso de la gran Cruzada occidental contra el bolcheviquismo. Trató, incluso, de decorar el ataque a la URSS con apariencias de un movimiento mundial. A sus instancias, la *Wehrmacht* se vio acompañada en su misión redentora por búlgaros, húngaros, rumanos, croatas, italianos, finlandeses. Consiguió así que Franco enviara al Este la División Azul, y que entre daneses, suizos, holandeses y suecos formaran la División Viking.

Poco antes se había verificado también la última y espectacular tentativa de arrastrar a los ingleses a la gran Cruzada. El 5 de mayo un avión del *Reich* soltaba sobre las praderas de Gran Bretaña un solitario paracaidista. Capturado e identificado por las autoridades inglesas, resultó ser Rudolf Hess, el "Número 3" del régimen hitlerista. Su misión —que él trató de presentar como puramente personal— era la de intentar por última vez embarcar al gobierno británico en una paz honorable con Alemania, con miras a que los dos grandes hermanos de raza emprendieran juntos la salvación del mundo civilizado en el Este. La misión fracasó y Hess quedó internado en Gran Bretaña como prisionero de guerra. El único resultado de su aventura fue el de alertar a Stalin, que sólo podía interpretarla como señal de que la agresión alemana era inminente.

Fueron, en cambio, algo más de 3.000.000 los hombres que Alemania lanzó sobre la URSS. Entre ellos había 17 divisiones blindadas y en total disponían de 3.800 tanques y 600.000 ve-

hículos de transporte. Von Brauchitsch era el comandante supremo de la operación y había dividido sus fuerzas en tres grandes grupos de ejércitos: uno al Norte bajo el mando de Leeb, otro en el centro a las órdenes de Bock y un grupo del Sur a cargo de Rundstedt.

Brauchitsch no desconocía la tremendas dificultades que implicaba el ataque a la URSS. La experiencia napoleónica ilustraba cabalmente la ventaja que representaba para Rusia la inmensidad de su territorio, que le permitía replegar sus efectivos indefinidamente hasta que el invasor se viera agotado en sus posibilidades materiales que cubrir con eficacia el territorio ocupado. Si tal cosa ocurriera ahora, el frente de guerra podría correrse hasta un punto en que los alemanes habrían sacrificado por el camino buena parte de sus posibilidades de victoria y los soviéticos conservarían lo sustancial de sus fuerzas. Lo importante, pues, no era conquistar territorio sino era hallar en los primeros tramos de la invasión la manera de destruir el grueso de las fuerzas enemigas. Brauchitsch planeó, en consecuencia, una estrategia consistente en introducir una sucesión de cuñas a lo largo del frente a fin de dar las batallas decisivas en la retaguardia de los soviéticos. Era absolutamente vital que éstos no consiguieran replegarse.

El primer gran éxito de este planteo se verificó en el área central, donde una cuña que descendió del Vilna bajo el mando de Hoth y otra que, más al Sur, conquistó Brest-Litovsk y prosiguió su marcha en dirección Nordeste bajo el mando de Guderian, llegaron simultáneamente a Minsk cerrando un enorme cerco en torno de 350.000 soldados del Soviet, que se vieron forzados a entregar las armas.

El grupo del Norte, entretanto, avanzaba velozmente sobre Lituania y Letonia y conquistaba toda el área que se extiende al sur del río Dña, entre Riga y Dünaburg. Este espectacular avance, empero, no logra cumplir la estrategia de copamiento trazado por Brauchitsch. La mayor parte del territorio conquistado se gana sobre la base de repliegues soviéticos, y aunque éstos sufren graves pérdidas, sobre todo en la batalla de Riga, en ningún momento se ven encerrados por manobras envolventes.

Igual resultado obtiene la campaña que desarrolla en el Sur el grupo a cargo de Rundstedt. Sus 42 divisiones simplemente empujan a las 68 que conduce Budienni y las obligan a replegarse tras el Bug superior y el Styr.

#### EL AVANCE ALEMÁN ACELERA EL ACUERDO RUSO-BRITÁNICO

Al margen del frente, entretanto, se produce un rápido acercamiento entre Gran Bretaña y la URSS. El 12 de julio ambos se convierten formalmente en aliados mediante un pacto de ayuda mutua por el que cada una de las partes se compromete a encarar la guerra como una lucha común y a no concertar una paz por separado. También Roosevelt acude en apoyo de la URSS y envía a Harry Hopkins en misión a Moscú para informarse acerca de las necesidades soviéticas y convenir con Stalin los medios más adecuados para el envío de provisiones.





La campaña de Rusia.

Stalin enfrenta en esos momentos un principio de crisis en su frente interno. Abrumado por el avance de Bock en el área central, el general Pavlov se negaba a proseguir el combate. Stalin temió seriamente que esta actitud provocara el pánico entre la oficialidad adscripta al área y envió al enérgico mariscal Kulik a asegurar la disciplina en el área. Kulik se encaró con Pavlov y lo obligó a suicidarse. Otro importante suicidio acababa de producirse en el Norte; el general Merchkov no pudo soportar el peso de su derrota en el Báltico y se pegó un tiro mientras huía. Pero bien pronto la energía de Stalin superaba esta situación y ponía el pueblo ruso en pie para la defensa. Destacó tres enérgicos comisarios políticos ante los ejércitos del frente: Nicolai Bulganin, Andrei Idanov y Nikita Khrushchev, quienes organizaron fuerzas guerrilleras para actuar tras las líneas alemanas y crearon milicias populares que movilizaron a la totalidad de la pobla-

ción civil en tareas anexas a las estrictamente militares.

Esta nueva tónica se reflejó rápidamente en el frente de guerra, donde el sucesor de Pavlov, el mariscal Timochenko obtenía, frente a Smolensko, el primer éxito defensivo de la URSS al frenar con feroces contraataques el avance de Bock. Poco menos de 400.000 prisioneros rusos cayeron en manos de los alemanes, y el cerco tendido por éstos alrededor de Smolensko acabó por cerrarse, pero el esfuerzo había costado grandes pérdidas a los atacantes. Al terminar la lucha, Bock ya había perdido la iniciativa en la zona central.

Aunque en el Norte y el Sur el avance alemán conservaba su ritmo, el momentáneo estancamiento en la zona central acabó con la serenidad del *Führer*, quien resolvió asumir personalmente la conducción de la guerra en el Este y, contra la opinión de sus generales, modificó en forma sustancial la estrategia de Brauchitsch. Lo impor-

El mariscal Timochenko dirige los ejércitos soviéticos en el área central del frente.

En los primeros momentos cunde el pánico en el ejército soviético y Stalin designa a tres "hombres de hierro" para controlar la situación en el frente con atribuciones de comisarios políticos. Uno de ellos era Nikita Khrushchev, el futuro primer ministro soviético.





tante no era ya la ofensiva de la zona central enderezada a Moscú, sino el avance de las alas. Tenía impaciencia por ocupar la rica zona industrial de Crimea y, sobre todo, llegar rápidamente a Leningrado a fin de cortar la vía de los suministros norteamericanos e ingleses que podían introducirse por los puertos soviéticos del Norte. En prevision de este peligro Stalin llegó a un acuerdo con Churchill y entre ambos invadieron Persia a fin de asegurar una nueva vía de aprovisionamiento.

Este acontecimiento enfurece más aún a Hitler, ya seriamente alterado por sus desavenencias con el Alto Mando. La disputa sobre la estrategia en el Este sigue su curso. Brauchitsch y Halder, con el respaldo de Bock, no han desistido en sus esfuerzos por convencer al *Führer* de que Moscú, como centro vital de la defensa soviética, es el primer objetivo de la ofensiva. Hitler se empeña en el avance por las alas y, como siempre ocurría, la ira acaba por embarcarlo en motivaciones místicas. Ahora había que tomar Leningrado y Stalingrado porque eran, según expresión de Hitler, "las ciudades santas del comunismo". Esta manera de pensar respondía a una creencia que había dominado a Hitler durante toda la etapa preparatoria del ataque a la URSS. Estaba convencido de que la invasión obraría a manera de un *pronunciamiento* sobre el pueblo ruso, que, a su entender, sólo esperaba un estímulo para echar abajo al régimen. "¡Una patada en la puerta, y todo ese edificio podrido se derrumbará!" El hecho de que la realidad estuviera demostrando lo contrario sólo servía para revestir de elementos



El mariscal Zukov. A su cargo se halla la defensa de Moscú.

míticos una convicción que ya no podía sostenerse racionalmente.

Por otra parte, mientras la disputa proseguía, también seguía su marcha la campaña y, aparentemente, los ejércitos del *Reich* recogían frutos que confirmaban la tesis de Hitler. La ofensiva de Rundstedt en el Sur cosechaba el 16 de setiembre la conquista de Kiev y la captura de 665.000

prisioneros rusos. Este triunfo había sido posible gracias a la gran cantidad de efectivos desviados del área central, donde las fuerzas de Bock permanecían estancadas sobre el Desna.

En ese mismo momento, empero, y por razones que todavía son un misterio, el *Führer* desconcierta nuevamente a sus generales con la orden imperativa de "poner en movimiento el frente central de aquí a ocho días". De pronto le había asaltado la urgencia de conquistar Moscú. El 2 de octubre, en consecuencia, se reanuda el avance de Bock y 18 días después Guderian se hallaba a 60 kilómetros de la capital soviética. Por el camino los alemanes habían cerrado un cerco en torno de dos ejércitos soviéticos y habían capturado 650.000 prisioneros. Para la URSS es el momento más dramático de la guerra. Stalin y su gobierno abandonan Moscú y se establecen en la ciudad de Kuibichev, mientras un gran caudal de hombres y máquinas se concentra frente a la capital para defenderla hasta el final. Hitler exige a gritos que se los "cerque, aplaste, aniquile"; pero los generales ya saben que tienen poco tiempo por delante. Ya cae noviembre y los primeros fríos reviven el espectro napoleónico.

En el Sur la conquista de Rostov, el 21 de noviembre, alivia por un instante este sombrío panorama de los alemanes, pero dos días después la ciudad es recuperada por el Ejército Rojo y los hombres de Rundstedt retroceden 80 kilómetros. Rundstedt declararía luego en Nüremberg que Hitler le había "prohibido" retroceder. Rundstedt contestó que la disyuntiva era el repliegue o la muerte. Y agregó: "Anule su orden o busque otro jefe para cumplirla". La reacción del *Führer* fue la previsible: "Accedo a su petición, y le ruego que abandone el mando".

Una nueva crisis se insinuaba así entre Hitler y sus generales. Entretanto el termómetro registraba frente a Moscú 23° bajo cero. Los soldados seguían sin recibir sus equipos de invierno. Y Guderian escribiría alarmado que el *Reich* estaba perdiendo un promedio de 500 hombres por batallón a causa de la gangrena.

## ¿FUE PEARL HARBOR UNA SORPRESA?

A la madrugada del 7 de diciembre impresionantes fuerzas aéreas y navales japonesas atacaban Pearl Harbor y precipitaban la entrada de los Estados Unidos en la guerra. Es éste uno de los episodios más discutidos de la Segunda Guerra Mundial. Su historia oficial dentro del bando aliado lo presenta como una traicionera agresión que tomó por sorpresa a la Unión. Pero sus entretelones, trabajosamente exhumados por toda una generación de historiadores, exhiben hechos que, si ha de hablarse con estricta objetividad, no permiten imputar la hecatombe de Pearl Harbor a la exclusiva perversidad del Mikado.

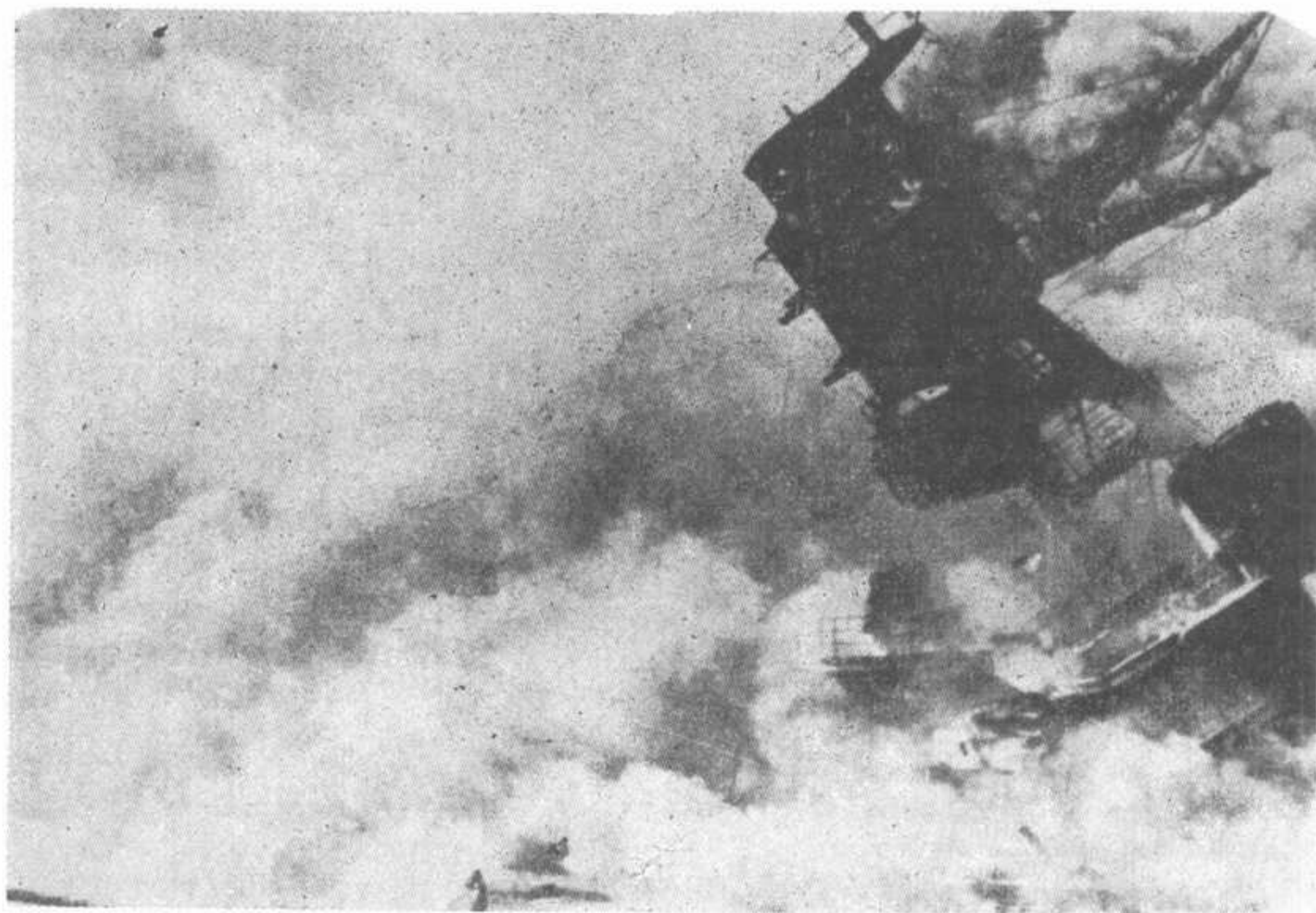
Desde el principio de la guerra, como se sabe, Roosevelt venía desarrollando grandes esfuerzos personales para ayudar a los aliados. Pero un propósito semejante debía abrirse camino por entre el cúmulo de trabas políticas y legales en que se había traducido el espíritu aislacionista resurgido hacia 1920 tras el fracaso de la política wilsoniana. El Acta de Neutralidad dictada en 1935 era el mayor obstáculo legal que se oponía a las inclinaciones aliadófilas del presidente. No



viene al caso detallar el sinfín de disfraces y rodeos a que Roosevelt debió echar mano para concretar su ayuda material a los aliados. Basta señalar que, a medida que los métodos bélicos de Hitler sumaban evidencias acerca de su peligrosidad, fue atenuándose en los Estados Unidos

aliados, pero no, todavía, el de beligerante. Una propuesta en este sentido habría sido rechazada seguramente por el Congreso. Como resultado de esta situación Roosevelt desarrolló a lo largo de todo el año 1941 una política cuya expresión más acabada es un comentario formulado por

El presidente Roosevelt lleva meses tratando de doblegar la resistencia interna de los Estados Unidos a toda perspectiva de participar en la guerra. El ataque japonés a Pearl Harbor resuelve el problema.



la oposición interna a este tipo de ayuda. Un recrudecimiento neutralista pudo advertirse, empero, a fines de 1940, ante el desolador panorama del fracaso aliado en casi todos los frentes. Más tarde la agresión alemana a la URSS revigorizó en la Unión el espíritu de cooperación con los aliados, y Roosevelt pudo convenir, tanto con Churchill como con Stalin, formas de apoyo más concretas. Es éste el momento en que se dicta la ley de Préstamos y Arriendos y en que, a bordo del acorazado británico *Príncipe de Gales*, Roosevelt y Churchill suscriben la *Carta del Atlántico*. En ella los Estados Unidos formulan su identificación con Gran Bretaña mediante el término común de Naciones Unidas y se enumeran los objetivos y principios que presiden esta unión en su lucha común contra el totalitarismo nazi.

Así y todo las resistencias internas seguían siendo una valla insuperable para el paso siguiente: la concreta declaración de guerra. El país aceptaba el papel de lejano colaborador con los

Stimson al finalizar el Consejo de Ministros del 22 de noviembre de ese año: "El problema que se plantea es cómo inducir al Japón a dar el primer paso". El gobierno de los Estados Unidos trataba de atraer sobre la Unión una agresión del Tripartito.

Una sucesión de medidas enderezadas a este objetivo habían venido jalonándose a lo largo del año. Cuando el Japón obligó a Gran Bretaña a cerrar la ruta de Birmania a fin de impedir la ayuda de los Estados Unidos a China, Roosevelt dictó sus primeras medidas de represalia económica contra Tokio. Denunció el tratado comercial con el Japón y prohibió la exportación de motores de aviación a dicho país. Desde entonces esta política se fue profundizando en una rápida sucesión de medidas similares. Sobrevino el embargo de chatarra, la confiscación de barcos japoneses y la congelación de los fondos nipones en todos los bancos de la Unión. Decisiva fue, por último, la prohibición de exportar al Japón, país notoriamente pobre en materias primas, vitales productos como petróleo, caucho, cobre, níquel, estaño, aceite de engrase, bromo, gasoil y otros. El Japón se vio enfrentado así con una dramática disyuntiva: el derrumbe económico o la ocupación militar de territorios que, como Java y Birmania, podían suministrar las materias primas retenidas por la Unión. Y lo segundo, obviamente, significaba la guerra. Con todo el gobierno japonés trató de postergar una decisión en este sentido para intentar antes una negociación con los Estados Unidos. Una serie de rencillas entre el gobierno de Konoye y los militares acerca de las condiciones en que se plantearía este intento de negociación tuvieron como desenlace una crisis gubernativa. Konoye renunció y su ministro de Guerra, Hideki Tojo, recibió la misión



Poco antes de Pearl Harbor ascendía a la jefatura del gobierno japonés el general Hideki Tojo.



de formar nuevo gobierno. Tojo era un notorio dirigente de la línea militarista, pero aún así su decisión de ofrecer la Cancillería a Shigenori Togo, un hombre conciliador y enemigo del Pacto Tripartito, denotaba claramente la intención de llevar adelante la política conciliadora con Washington.

La comisión negociadora encabezada por Nomura halló grandes dificultades, como cabía prever, para encontrar términos de diálogo con el gobierno norteamericano. Desplegó ante éste concesiones tan tentadoras como la promesa de terminar la guerra con China, evacuar algunos territorios ocupados en el Pacífico y limitar las obligaciones emergentes del Pacto Tripartito. Washington respondió a través del secretario de Estado, Cordell Hull, mediante un memorándum de exigencias que incluían la evacuación incondicional del territorio conquistado en China, el abandono de las colonias francesas, la renuncia al Pacto Tripartito y una serie de concesiones político-económicas que, según el historiador Dahms, "tendían a un completo subyugamiento del imperio insular".

Por supuesto, las negociaciones quedaron interrumpidas, mientras en Tokio el primer ministro Tojo estallaba en acusaciones —sin duda certeras— sobre el "chantaje y la provocación" de Washington. Fue inevitable que el 1º de diciembre el gabinete japonés empezara a redactar una formal declaración de guerra a los Estados Unidos. A esta altura suscitóse una nueva disputa entre Togo y el mariscal Sugiyama, jefe del Estado Mayor nipón, quien propiciaba un ataque por sorpresa. Togo exigía el respeto a las formalidades tradicionales, y el desencuentro culminó en una salomónica transacción: la declaración de guerra y el ataque militar se producirían simultáneamente. Fue fijado el 7 de diciembre para el bombardeo de Pearl Harbor, y el texto de la declaración de guerra fue teleografiado en clave a la comisión de Nomura. El mensaje fue inter-

ceptado por los servicios norteamericanos de inteligencia que conocían la clave, y el viernes 5 de diciembre la declaración de guerra japonesa descansaba informalmente en manos del presidente Roosevelt. El 6 fue un día de rutina en Washington: nada fuera de programa; ninguna reunión imprevista. El jefe del Estado Mayor naval, almirante Stark, compraba sus entradas al teatro; el jefe del Estado Mayor del ejército preparaba para el día siguiente un paseo a caballo por los bosques del Potomac. El día 7, cuando los aviones del Sol Naciente asomaban sobre el horizonte de Pearl Harbor, la guarnición seguía sin noticias de que se esperaba un ataque. El aviso llegó, prácticamente, con las primeras bombas. Pocas horas después, ediciones extras de los diarios inflamarían al pueblo norteamericano con titulares sobre el ataque por sorpresa en Hawaii.

Pearl Harbor en llamas asistía impotente a la destrucción de los acorazados *West Virginia* y *Nevada*, del buque cisterna *Utah*, de dos cruceros y de múltiples barcos menores. Los acorazados *Arizona*, *Oklahoma*, *Maryland*, *Tennessee* y *Pennsylvania* sufrieron graves daños. Murieron 2.326 soldados de la Unión.

Simultáneamente, con una eficacia que ni la *Wehrmacht* había logrado igualar, el ejército japonés se desplegaba fulminantemente sobre el "área de abastecimientos" proyectada como reemplazo de los suministros norteamericanos. Pocos días después se rendía Hong-Kong, y los japoneses avanzaban casi sin resistencia sobre Birmania. En febrero de 1942 la gran mancha de la expansión bélica japonesa se extendía sobre Indochina, Singapur, Sumatra, Borneo, Bali, Batavia, Java, las Filipinas y todas las islas que bordean la costa asiática entre el Japón y el límite de la India. El mundo estaba literalmente fascinado, y un principio de envidioso temor arrugaba el entrecejo de Hitler mientras sus soldados morían de frío frente a Moscú.

## CAPÍTULO XI

1942

### AVANCES Y RETROCESOS EN EL DESIERTO

El nuevo año se iniciaba así con el cuadro de la guerra completo. Sobre mapas del Consejo de Guerra aliado, el panorama era deprimente. El Tripartito cubría casi toda Europa, el oeste de la URSS hasta las puertas de Moscú, buena parte del norte de África y todo el sudeste asiático. Además, el enemigo conservaba la iniciativa en todos los frentes. O mejor: en todos, menos uno: el de África.

Aquí, en efecto, el general inglés Auchinleck, que relevó a Wavell, había lanzado una poderosa ofensiva en noviembre de 1941. El ataque no tuvo el éxito esperado, ya que una violenta reacción germana sobre la posición de Sollum-Halfaya aniquiló una brigada de tanques ingleses, y los hombres de Auchinleck tuvieron que replegarse rápidamente. Pero para enfrentar el embate británico en este punto Rommel había tenido que retirar efectivos de las fuerzas que cercaban Tobruk, circunstancia que facilitó el avan-

El año 1942 empieza mal para Hitler y Mussolini. Auchinleck desencadena su ofensiva contra las fuerzas italo-germanas y la aviación británica diezma las posiciones del Eje.





La URSS reorganiza sus fuerzas y se prepara para sobrellevar una guerra de características poco convencionales. En la retaguardia alemana quedan grandes contingentes de guerrilleros que han de desempeñar una función de vital importancia en la lucha contra el invasor.



ce del ala derecha de los ingleses, así como exitosos contraataques de la guarnición sitiada.

Rommel no tuvo más remedio que ordenar el repliegue. El retroceso, con todo, pudo efectuarse en orden gracias a que, en las avanzadas de Rommel, el comandante Wilhelm Bach frenaba exitosamente a los ingleses en Halfaya y los efectivos italianos del general de Giorgis oponían una encarnizada resistencia en Bardia.

La ofensiva de Auchinleck perdería vigor poco después a raíz de una seria derrota naval que sufrieron los ingleses por obra de la famosa *X Flottiglia MAS* italiana. A bordo del submarino *Scire* el príncipe Borghese logró acercarse inadvertidamente a una concentración naval británica frente a Alejandría. Allí cinco hombres-rana italianos fijaron poderosas cargas explosivas a las quillas de los acorazados *Queen Elisabeth* y *Valiant*. Minutos después dos fuertes explosiones dejarían fuera de combate por varios meses a las dos vitales unidades de la Marina británica, desguarneciendo la vía de abastecimientos para las fuerzas de Auchinleck. Por otra parte, las averías infligidas al acorazado británico *Malaya* por un submarino alemán y varios éxitos más logrados por las lanchas de la Tercera Flotilla germana despejaron algo la ruta de los convoyes italianos destinados al avituallamiento del *Afrika Korps*.

Esta situación permitió que el 19 de enero Rommel lanzara una nueva ofensiva a lo largo de todo el frente norafricano. Los ingleses fueron tomados por sorpresa, y en poco tiempo caían Aghedabia y Bengasi. En menos de veinte días casi toda la Cirenaica había sido reconquistada. Y entonces el avance alemán se vio frenado por la línea defensiva que habían levantado los ingleses en la zona de Ain-el-Gazala. Las fuerzas de Auchinleck no contraatacaron, pues seguía sin solución satisfactoria el problema de su aprovisionamiento, pero lograron estabilizar el frente por algunos meses.

## EL "GENERAL INVIERNO" ATACA EN RUSIA

La iniciación de 1942 sorprendió en franca crisis a las fuerzas alemanas en la URSS. Era increíble que no se hubiera previsto los inconvenientes del terrible invierno ruso. El frío ha-

bía costado ya casi tantas vidas como el combate, y en Alemania se encaraba ahora el problema del equipamiento por vías de una "colecta popular" que desesperadamente había promovido el Partido. Por otra parte la exasperación de Hitler venía expresándose, como de costumbre, en términos de una purga. Junto con Rundstedt fueron relevados, entre otros, los generales Bock, Leeb, Guderian y Hoepner.

Este principio de desquiciamiento en los mandos alemanes daba tiempo a la URSS para reajustar sus fuerzas. Seguía la concentración de efectivos frente a Moscú y la organización de la lucha guerrillera. Por esta vía los rusos lograron reproducir en términos inesperados la táctica alemana del copamiento. No se recurría a la introducción de cuñas, pero el papel de éstas era eficazmente desempeñado por las fuerzas guerrilleras que quedaban dentro del territorio que conquistaba el enemigo.

El invierno fue aprovechado por Stalin para lanzar múltiples contraofensivas. Particularmente dramática fue, en este sentido, la batalla de Moscú, donde operaciones combinadas del ejército regular y de los guerrilleros crearon una grave situación a los alemanes. Los mandos germanos eran partidarios de un repliegue táctico, pero el plan se estrellaba contra el sentido místico que asignaba Hitler a la lucha por la capital soviética. Contra toda lógica ordenó una "fanática resistencia", y si los soviéticos lograron doblegarla fue sólo porque Stalin había imbuido de igual fanatismo el ataque. Enormes masas de hombres, mujeres y niños fueron lanzados desesperadamente sobre las defensas hitleristas y, finalmente, a costa de pérdidas incalculables, se logró abrir camino para el avance de la infantería rusa. La acción simultánea de los guerrilleros completó un bolsón en torno de los alemanes, y tras varios días de lucha fue aniquilado el IX ejército de Model.

Simultáneamente, se desarrollaba en el Sur la "ofensiva Stalin", que apuntaba a reconquistar Crimea. También aquí un levantamiento guerrillero en la retaguardia alemana desempeñó un importante papel. Pero la feroz resistencia alemana frente a Sebastopol, donde Hitler también impuso una desesperada consigna de fanatismo, detuvo el avance ruso, y Crimea siguió intacta en manos del *Reich*.

En el Norte, por último, Stalin desencadenó





Como en la guerra del '14, los submarinos son también esta vez una de las armas más eficaces de Alemania. Su acción contra los convoyes aliados que surcaban el Atlántico y el Mar del Norte para llevar provisiones a la URSS fue devastadora. Hubo meses en que hundían más de 500.000 toneladas enemigas.

una ofensiva encaminada a quebrar el cerco alemán en torno de Leningrado, donde el mariscal Vorochilov seguía defendiendo encarnizadamente una población diezmada por el hambre. Ya habían muerto allí cerca de 600.000 personas entre la población civil. Pero el avance ruso fue frenado en Liouban y un contraataque envolvente de los alemanes estrangulaba al Segundo Ejército del Soviet, que quedó, a la postre, prácticamente aniquilado.

#### EXIGENCIAS DE LA ORGANIZACIÓN NAVAL ALIADA

De este modo volvían a quedar estabilizados los frentes en las tres áreas de combate. Con la primavera llegaron las lluvias, y el deshielo convertía en lodazales los campos de batalla. La guerra se vio forzada a demorarse en un nuevo compás de espera hasta el verano.

Durante este interludio también lograron afianzarse las vías de aprovisionamiento entre los Estados Unidos y la URSS. Tres rutas fueron consolidadas a este fin: la del Ártico, cuyo puerto de destino era Murmansk; la del Pacífico, que apuntaba a Vladivostok, y la del golfo Pérsico, que utilizaba como puertos de desembarque a Bessorah y Ormuz. Pero la extensión de la guerra había determinado una progresiva dispersión de las fuerzas navales aliadas. Para Gran Bretaña, en particular, esta necesidad amenazó con resultar catastrófica. La guerra con el Japón la obligó a crear una Flota de Oriente, y para ello debió distraer parte de sus fuerzas navales en el Mediterráneo y en sus propias aguas territoriales. Esta circunstancia facilitó enormemente el aprovisionamiento del *Africa Korps*.

Por otra parte, el *Reich* había aumentado con-

siderablemente su producción de submarinos, y a fines de abril los éxitos alemanes en este campo habían alcanzado un nivel tal que Londres y Washington se vieron precisados a cerrar la vía de Murmansk, pese a las protestas de Stalin. Fue éste un momento dramático en las relaciones de las potencias anglo-sajonas con la URSS. Stalin acusó a sus aliados de planear deliberadamente el desangramiento soviético, y tanto Churchill como Roosevelt hubieron de redoblar sus esfuerzos para hallar una operación compensatoria de sus fracasos navales en el Norte.

Fue así como la atención de ingleses y norteamericanos volvió a concentrarse sobre el frente africano, que también cobró especial importancia ante la perspectiva de un cerco del Tripartito a lo largo del Asia meridional. Un tercer factor que pesaba en favor de esta prioridad de África en la estrategia anglo-norteamericana era la inminente reanudación de la ofensiva alemana.

#### LA ESTRELLA DE HITLER COMIENZA A DECLINAR EN ÁFRICA DEL NORTE

El 28 de mayo, en efecto, Rommel lanzaba su ataque entre Ain-el-Gazala y Tobruk y, aunque el primer embate se frustró con grandes pérdidas por la férrea resistencia inglesa, un rápido cambio de criterio táctico permitió a Rommel quebrar las posiciones británicas al Este de Gazala e iniciar el avance previsto. Tras una batalla de ocho días, las fuerzas de Rommel conquistaron Bir Hakeim, una importante posición estratégica cuya defensa se hallaba a cargo de legionarios franceses bajo el mando de Koenig. Los ingleses, en consecuencia, no tuvieron otra alternativa que replegarse sobre Tobruk. Rommel siguió avanzando hacia el Este, y por momentos alivió a



los ingleses con la impresión de que seguiría de largo sin ocuparse de Tobruk. Pero, de pronto, el comandante alemán cambió su rumbo y cayó sobre Tobruk desde el Este, utilizando como avanzaba el XX Cuerpo italiano del general Baldassare, que perforó las primeras fortificaciones enemigas. Tobruk cayó ese mismo día, y su guarnición de 45.000 hombres fue apresada por los efectivos italo-germanos. Fue éste, hasta el momento, el triunfo más espectacular del Eje en el escenario africano.

El Alto Mando alemán, empero, se opuso entonces a la prosecución de la ofensiva. El general Kesselring desembarcó en África y discutió el asunto con Rommel. Afirmó que la conquista de Egipto sólo era viable si se distraía para tal efecto la fuerza aérea que en ese momento se preparaba para el asalto de Malta. Y Malta parecía tener, en el cuadro estratégico general del *Reich* en ese momento, una incomprensible prioridad sobre la conquista de Suez. Se ha sostenido que esta argumentación era un mero pretexto y que las motivaciones reales de Kesselring tenían su origen en los celos de los viejos generales de carrera por este ex agente de policía que venía asombrando al mundo frente a su *Afrika Korps*. Comoquiera que fuere, dos factores impidieron que prosperara el criterio de Kesselring. Uno de ellos fue el mismo Adolfo Hitler, quien entendió que la ofensiva debía continuar por la sola razón de que sus generales opinaban lo contrario. Y el otro fue una nueva derrota naval de los ingleses en el Mediterráneo. Los acorazados italianos *Littorio* y *Vittorio Veneto* cayeron con fuerte apoyo aéreo alemán sobre un convoy inglés dirigido a Malta, precisamente. Con inesperada combatividad, las fuerzas del almirante Angelo Jachino afrontaron aquí una de las batallas navales más violentas de la guerra en ese mar. Fueron hundidos cinco destructores, un crucero y seis barcos ingleses de transporte. Después de esta operación, quedó en pie la sensación de que Malta se hallaba indefensa y que la necesidad de postergarla al objetivo de Suez no era, después de todo, tan apremiante.

De este modo, Rommel pudo continuar su marcha hacia el Este, con el espaldarazo de un ascenso a mariscal. El 22 de junio cruzaba la frontera egipcia, y en rápida sucesión caían a su paso Sollum, Sidi Barani y Marsa Matruk. Berlín y Roma estallaban de euforia. Mussolini ordenaba embarcar su caballo blanco para encabezar personalmente la entrada imperial de sus tropas en El Cairo.

Fue ése el momento elegido por Auchinleck para lanzar a la batalla el grueso de los efectivos que había concentrado en Egipto durante el interludio de mayo, y cuya existencia, curiosamente, Rommel ignoraba. Frente a El Alamein, un bombardeo aliado de inesperada violencia frenó el avance del *Afrika Korps*. Una tentativa germano-italiana de reanudar el avance fue ahogada el 3 de julio por un enérgico contraataque británico. "Nuestras fuerzas se agotan —anota Rommel en su cuaderno de campaña a principios de julio—, y esto en momento en que las Pirámides están a la vista, y poco más allá la suprema conquista: ¡Suez!"

Así y todo, el 31 de agosto un desesperado

esfuerzo de Rommel reanuda la ofensiva. Pero ya los británicos habían logrado por fin enviar poderosos refuerzos a sus efectivos de Egipto, y los Estados Unidos habían acrecentado considerablemente la dotación de aviones para la lucha contra Rommel. Se había operado, por otra parte, un importante relevo en los mandos ingleses del área. El gran estratega *sir* Harold Alexander había asumido la comandancia en jefe del Medio Oriente, y el general Bernard Montgomery se hacía cargo del VIII ejército.

Durante cuatro días de insoportable calor las fuerzas de Rommel se batieron heroica e inútilmente con los ingleses en la depresión de Quattara, y el 3 de setiembre el *Afrika Korps* optaba por replegarse. Para empeorar las cosas, una súbita infección hepática inhabilita a Rommel para proseguir en la conducción de las operaciones y debe recluirse para un largo tratamiento en una clínica del Tirol. Allí recibiría a fines de octubre un desesperado telegrama del *Führer* con la noticia de que la situación del Eje en África era insostenible. Pocas horas después Rommel preparaba sus valijas.

El mariscal aterriza en el escenario africano para comprobar que, en efecto, las posibilidades defensivas del Eje frente al avance arrollador de Montgomery eran prácticamente nulas. Informa acerca de tal situación al *Führer*, y éste responde con una más de sus consignas desorbitadas: "Resistir, no retroceder un paso; lanzar a la batalla todos sus hombres y todos sus cañones..." Una dramática disyuntiva se abre así frente a Rommel: desobedecer y afrontar un Consejo de Guerra o atraer sobre sus hombres una matanza segura. En un primer momento hace una desanimada tentativa de obediencia y ordena un contraataque. El 4 de noviembre quedan sólo residuos inutilizables de sus unidades blindadas, y el *Zorro del Desierto* se alza por fin contra las órdenes del *Führer* y se repliega sobre Fuka. Dos días antes, la misma decisión habría salvado buena parte del *Afrika Korps*; pero en ese lapso, un ataque envolvente de Montgomery había culminado, precisamente, con la ocupación de Fuka. El repliegue germano-italiano, en consecuencia, significó caer en una ratonera.

## HITLER INSISTE EN RUSIA

Simultáneamente, un drama mayor se desarrollaba para las fuerzas del Eje en otro escenario de la guerra. También este verano Hitler había tenido que reanudar su ofensiva en el frente ruso sin tener aseguradas las posiciones de sus fuerzas en la zona del Mediterráneo. Pero el cuadro no era tan dramático aquí cuando Hitler decide pasar al ataque en la URSS. Aunque momentáneamente detenido, Rommel conservaba aún la iniciativa, y desmedidas esperanzas de victoria exaltaban de nuevo al *Führer* cuando sus fuerzas quebraron el frente ruso en la zona del Don al caer la tarde del 27 de junio.

Contra el consejo de sus generales, Hitler había insistido, también esta vez, en cargar sobre las alas el peso mayor de su ofensiva en el Este. Estaba impaciente por conquistar Leningrado en el Norte y Stalingrado en el Sur. A la obsesión de las "ciudades santas" se agregaban ahora ob-





El *Führer* pierde la paciencia. Acusa de "palabrería estúpida" las advertencias de sus generales sobre las escasas probabilidades de un triunfo decisivo en el frente del Este.

jetivos político-estratégicos un tanto más razonables. La caída de Leningrado posibilitaría el enlace de los alemanes con las fuerzas finlandesas, cosa que permitiría un mayor peso de Hitler sobre la vida política de Finlandia. En el Sur, Hitler quería aliviar con el petróleo caucásico sus apremiantes necesidades de combustible. Se perfilaba ya en él, además, la idea de abrirse camino a través del Cáucaso para cerrar en torno de Asia meridional el cerco germano-nipón, que resultaba tan difícil de establecer por la vía africana. El área del Don, con Stalingrado como meta, se convirtió así en foco neurálgico del esfuerzo alemán en esta etapa de la campaña en la URSS.

El 9 de julio los ejércitos alemanes del Grupo A ocupaban Vorochilov, mientras unidades eslovacas tomaban por asalto el puerto de Rostov. Se iniciaba así una operación envolvente cuyo objetivo era el de encerrar sobre el Don las fuerzas de Timochenko entre una columna integrada por el IV y el VI ejércitos y otra formada por el XVII ejército. Los soviéticos pudieron enterarse providencialmente de este plan a través de un esquema de él encontrado en un avión abatido. Timochenko dispuso, en consecuencia, un repliegue masivo sobre la línea Varoneje-Stalingrado-Krasnodar.

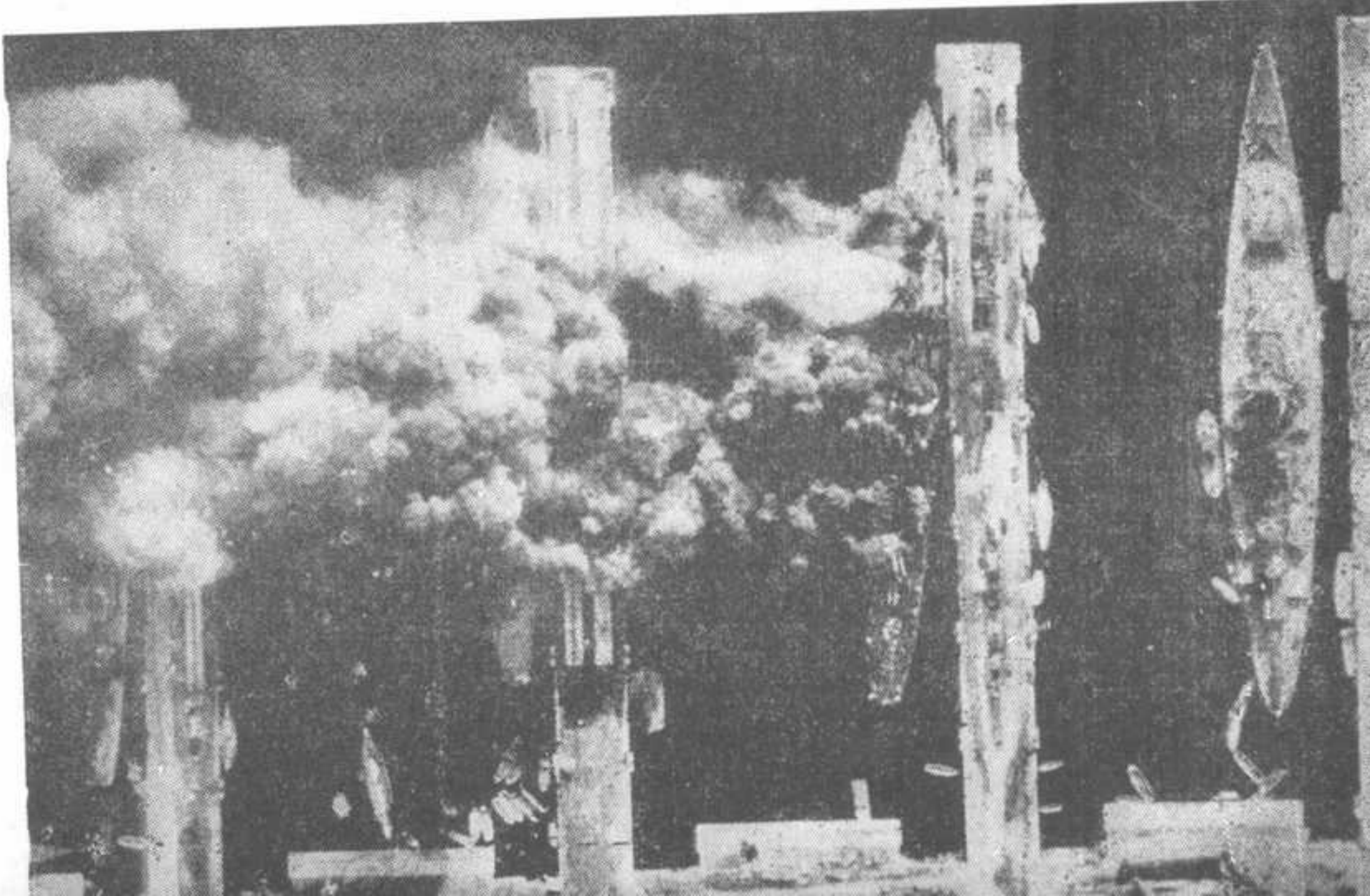
Inicióse así, sobre tierras previamente arrasadas por los soviéticos, un fácil avance alemán que arrancó de Hitler la exaltada afirmación de que "los rusos están acabados". Los generales del *Reich* no compartían esta convicción y les resultaba a la vez significativa y alarmante la comprobación de que la ofensiva no había cosechado sino 90.000 prisioneros de la URSS, indicio elocuente de que Timochenko no tenía entre manos los restos de una desastrosa derrota, sino, por el contrario, un definido plan estratégico. Halder y List trataron de abrir los ojos del *Führer* sobre esta inquietante perspectiva, pero no obtuvieron otro resultado que la degradación. Halder escribiría luego que "cuando se estaba dando lectura al *Führer* de un informe rigurosamente objetivo que demostraba que en 1942 Stalin estaba todavía en condiciones de reunir entre 1.000.000 y 1.500.000 hombres en el sector septentrional de Stalingrado y al oeste del Volga, sin hablar de otros 500.000 en el Cáucaso, informe que, con el apoyo de pruebas, daba además la cifra de la producción mensual de tanques soviéticos —es decir, 1.200—, Hitler saltó sobre el lector, con los puños avanzados y espuma en la boca, y le prohibió continuar leyendo semejante palabrería estúpida".

Como siempre, el consejo de los generales sólo había servido para aumentar más aún en Hitler el propósito de hacer exactamente lo contrario. Al tremendo error estratégico de extender el frente mediante el planteo de una ofensiva por las alas, añadió ahora el de extenderlo más aún en el Sur al ordenar un avance simultáneo sobre Stalingrado y sobre el Cáucaso.

#### LA SITUACIÓN ALEMANA SE AGRAVA

El 21 de agosto las tropas del *Reich* bajo el mando del general von Paulus alcanzaban los alrededores de Stalingrado y se estrellaban contra el millón de hombres que había previsto Halder. Inicióse entonces una lucha casa por casa. Junto a los soldados combatieron niños, mujeres y ancianos, y en pocos días Stalingrado se convertía en símbolo de la resistencia rusa. Hitler lanzaba a la lucha división tras división, debilitaba otros frentes, consumía en cantidades incalculables equipos, hombres y provisiones, que eran devorados en una escala que carecía de antecedentes históricos, por la infernal resistencia rusa.

En Tolón la flota de guerra francesa es echada a pique por su propia tripulación, para evitar su captura por los alemanes.





El 8 de noviembre, la fatiga alemana languidecía sobre los suburbios destruidos de la ciudad, cuando otro acontecimiento vino a incrementar la alarma en el Estado Mayor del *Reich*: fuertes contingentes anglo-norteamericanos acababan de desembarcar en las playas de Marruecos y de Argelia. Ese mismo día, Hitler ordenaba la ocupación total de Francia. Los italianos, simultáneamente, se lanzaban a la ocupación de Córcega. Pétain ensayó una débil protesta, pero las presiones de su Primer Ministro Laval disiparon sus amagos de resistencia y lo redujeron, de allí en adelante, al papel de Quisling en Noruega. El 27 de noviembre, el *Führer* ordenaba la ocupación de Tolón, pero no pudo apoderarse de los barcos. Sus tripulaciones los echaron a pique.

Un solo éxito tuvo Hitler en esos momentos: logró desembarcar 250.000 soldados ítalo-germanos en Túnez con el propósito de frenar el avance de Eisenhower por el Oeste sobre los ya diezmos efectivos del *Afrika Korps*.

### "ABANDONAR STALINGRADO, ¡NO!"

El cuadro de la guerra, hacia fines de 1942, marca el principio de la derrota hitlerista. Stalingrado y El Alamein estaban triturando despiadadamente fuerzas que ya no habrían de recuperar la iniciativa. El fanatismo de Hitler, por otra parte, había duplicado el sacrificio de vidas y de

a planear excepcionales festividades en Munich para rememorar el exordio del nacionalsocialismo en el escenario político alemán.

En estos manejos lo sorprendió la gran contraofensiva rusa en el Don. El 19 de noviembre poderosas unidades blindadas soviéticas rompen las líneas rumanas al noroeste de Stalingrado. Un ataque paralelo al sur de la ciudad se descarga sobre el VI ejército blindado del *Reich* y sobre el IV ejército de los rumanos. El general Zeitzler, sucesor de Halder, pide autorización al *Führer* para un repliegue en masa. Pocas dudas cabían sobre la respuesta que habría de recibir: "¡No dejar el Volga!" El 22 de noviembre, von Paulus anunciaría que sus fuerzas están cercadas sobre los suburbios de Stalingrado.

Se sucedieron entonces episodios que sólo pueden explicarse por el abismo de demencia que era en esos momentos la conducción del *Tercer Reich*. Hitler ordena a von Paulus proseguir la resistencia mientras se prepara un ejército de relevo para ir en su auxilio. Entretanto, un puente aéreo mantendría abastecida a la guarnición sitiada. Manstein recibe el encargo de organizar esta fuerza de relevo. Apoyado por Zeitzler, Manstein informa al *Führer* que sería imposible romper el cerco con los efectivos disponibles y que la única esperanza en tal sentido sería la de que el VI ejército de von Paulus organizara simultáneamente una salida de la ciudad sitiada



Stalingrado ya es un montón informe de ruinas y de cadáveres. La resistencia enloquecida ordenada por Hitler ha llevado a estos resultados.

efectivos alemanes mediante sus sistemáticas consignas de avanzar contra toda esperanza y de resistir hasta la muerte. Sólo reservas psíquicas sobrehumanas podían seguir alimentando en Hitler una visión optimista de la realidad. Y en esos momentos, precisamente, sus generales atisbaban alarmados que la descomposición de sus fuerzas armadas acarrea los primeros síntomas de una descomposición paralela en la personalidad del *Führer*. Alemania doblaba el recodo de sus grandes éxitos e iniciaba, sangrientamente, el declive. Y Hitler empezaba a buscar fórmulas de evasión. Por primera vez parecía distraerse de la guerra, y la misma energía fanática que había consagrado a la conducción personal de la estrategia alemana en el Este se volcaba ahora, sorpresivamente,

atacando el cerco desde su interior. La negativa de Hitler fue fulminante. "¡Abandonar Stalingrado, no!" En consecuencia, la fuerza de relevo intentó inútilmente un avance sobre el cerco, pero Manstein debió detenerlo al tener noticias de que en el Norte habían sido quebradas las líneas italianas y rumanas y que un avance ruso de 130 kilómetros en esa zona creaba la alarmante perspectiva de un cerco sobre todos los efectivos alemanes destacados en el Cáucaso. Parte de las fuerzas de relevo destinadas a Stalingrado fueron distraídas de este objetivo para contener el avance ruso por el Norte. Entretanto, Zeitzler proyectaba aprovechar esta lucha de contención para evacuar toda la región caucásica. Hitler permitió la operación, no sin antes amagar una nueva consigna de





MacArthur inicia en el Pacífico la contraofensiva norteamericana. Lo aguarda una lucha agobiadora; debe saltar de isla en isla hasta cerrar el cerco en torno del Japón.

la de los rusos pocos meses antes. Para Hitler, ésta era una cuestión de honor nacional. El año 1943 se iniciará, como veremos luego, dando testimonio de esta epopeya.

## MIENTRAS TANTO EN EL PACÍFICO

El tono épico, por otra parte, parecía ser la nota central de 1942 en estos meses póstumos. Mientras en Stalingrado los rusos escribían páginas de inigualado heroísmo, el Pacífico se aprestaba a enmarcar escenas parecidas en Guadalcanal. Un inmenso océano separaba a los contendientes, y una perspectiva de estancamiento se abrió entre ambos cuando los japoneses completaron en el sudeste asiático e islas adyacentes la ocupación del área de abastecimiento que se habían fijado.

Promediando el año, indicios de una reactivación bélica en el Pacífico se observaron tras un ataque aéreo norteamericano a Tokio, que tuvo efectos decisivos sobre la estrategia japonesa en el futuro. Era obvio que este bombardeo denotaba la presencia de bases norteamericanas con un radio de acción suficiente como para amenazar al territorio japonés por el aire. Diversos vuelos nipones de reconocimiento llevaron a la conclusión de que dicha base se hallaba en las islas Midway, y se resolvió, en consecuencia, planear una invasión de ellas.

El ataque se inició el 4 de junio con un bombardeo preparatorio por aire y por mar. Las primeras fases de la batalla fueron adversas para los defensores norteamericanos, que perdieron 40 aviones torpederos. Pero la suerte cambió de signo cuando una flota de portaaviones japoneses fue sorprendida por el capitán de corbeta Clarence MacClusky. El portaaviones norteamericano *En-*



El avance por las selváticas islas del Pacífico es una dura tarea para los soldados de la Unión. Aquí vemos un puñado de soldados norteamericanos vencidos por el sueño tras una marcha de varios días.

resistencia a muerte. Con perfecta incongruencia, empero, mantuvo esta consigna para las fuerzas de von Paulus sitiadas en Stalingrado, pese a la ya manifiesta imposibilidad de acudir en su auxilio. Los soldados del *Reich* debían estampar en Stalingrado una prueba de heroísmo que igualara

*terprise* salió al encuentro de la escuadra enemiga y sus 36 bombarderos echaron a pique el *Kaga*, el *Agaki* y el *Soryu*. Poco después eran seriamente averiados los cruceros japoneses *Mikuma* y *Mogami*. Los norteamericanos, a su vez, perdieron en la batalla el portaaviones *Yorktown*.



El almirante Yamamoto, al mando de la operación, se vio privado así de las fuerzas necesarias para llevar a cabo la ocupación de las Midway, y ordenó la retirada. Había sido ésta la primera derrota japonesa en cinco siglos. Una magra compensación de aquélla fue la exitosa invasión de las Aleutianas, que fueron ocupadas prácticamente sin resistencia.

En agosto los Estados Unidos pasaban a la ofensiva en el Pacífico. Era éste un difícil programa bélico que debía consistir en la trabajosa recuperación de las islas conquistadas por los japoneses hasta completar un cerco de bases que permitieran la operación final contra el Japón mismo.

Para el primer paso fue elegida la isla de Guadalcanal, en el extremo sur de la línea demarcatoria del avance nipón. El 7 de agosto un bombardeo preparatorio dirigido por el almirante Fletcher abrió el camino para el desembarco de una división de *marines*. Desembarcos simultáneos se efectuaban, entretanto, en las pequeñas islas adyacentes de Tulagi, Florida, Tanangobo y Gavoutou. Estas últimas cayeron casi sin resistencia, pero en Guadalcanal los japoneses denotaron una férrea decisión de defender la isla palmo a palmo.

Comenzaba así una lucha dramática, enmarcada por selvas, pantanos y mosquitos, en la que cada árbol debía ser arrancado a fanáticos japoneses que, apropiadamente adiestrados, desarrollaban sobre las ramas y entre los arbustos una lucha simiesca a la que los soldados norteamericanos no estaban acostumbrados.

En tierra, pues, las operaciones se veían condenadas a una lentitud agobiadora, mientras en las aguas adyacentes poderosas fuerzas navales buscaban una definición decisiva. Entre el 8 y

el 9 de agosto una flotilla japonesa hundió cuatro acorazados de los Estados Unidos, y pocos días después, submarinos nipones hacían lo mismo con el portaaviones *Wasp*. De este modo los japoneses iban despejando el camino que habría de permitirles desembarcar, a mediados de octubre, una división de refuerzo en Guadalcanal. La situación de los norteamericanos cobraba así contornos críticos. Su avance estaba paralizado y un contraataque japonés se cernía amenazadoramente sobre la vital base aérea de la isla.

Aun así, era un hecho que la batalla por Guadalcanal habría de definirse en el mar, y con esta común convicción ambos contendientes volcaban sobre la zona efectivos navales cada vez más poderosos. Octubre y noviembre registraron así una impresionante sucesión de combates marítimos, en los que el Japón perdió unidades tan importantes como el portaaviones *Shokaku* y el poderoso acorazado *Kirishii*, al tiempo que los Estados Unidos perdían el portaaviones *Hornet* y sufrían graves averías el *Enterprise* y el acorazado *South Dakota*.

Esta pareja sangría de ambos bandos en el mar mantuvo indefinida la suerte de Guantámano a lo largo de todo el año. Lentamente, empero, la superioridad de los norteamericanos en capacidad de aprovisionamiento fue inclinando la balanza en favor de la Unión. En febrero de 1943 la certeza matemática de este paulatino vuelco de la situación determinó en el Alto Mando japonés la decisión de abandonar la isla. Entretanto, el almirante Kinkaid, en el Norte, recuperaba las Aleutianas. Poco a poco empezaban a encogerse las vastas líneas de la expansión nipona, y 1942 se extinguía con un retroceso del Tripartito en todos los frentes.

## CAPÍTULO XII

1943

### DOS TESIS CONTRAPUESTAS

Desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra Roosevelt y Churchill evidenciaban, en

medio de su indudable simpatía recíproca, dos líneas político-estratégicas muy distintas. Las proezas combativas del pueblo ruso habían conmovido al presidente norteamericano, que con el tiempo se iría abandonando a sentimientos de simpatía por Stalin que distaban mucho de las aprensio-

El Japón comienza a conocer el sabor de la derrota. Pierden Guadalcanal, donde dejan en manos enemigas un reducido número de prisioneros. La mayoría ha preferido morir combatiendo hasta el fin.





nes todavía latentes en Churchill frente a su enigmático aliado bolchevique. Roosevelt se movía con arreglo a un panorama más inmediato, más apremiante. No veía más allá de la guerra. Esta etapa mediata de la perspectiva aliada era, en cambio, tema de grandes preocupaciones en Churchill, quien no ignoraba el carácter transitorio y circunstancial de la amistad entre los soviéticos y las potencias anglo-sajonas. Mientras Roosevelt se estremecía por el heroísmo ruso en Stalingrado, Churchill debía de sentir en su intimidad cierto alivio por esta recíproca sangría de rusos y alemanes. De ahí que el primer ministro inglés denotara escasa sensibilidad por los desesperados reclamos rusos de un segundo frente en el Oeste, y acogía con visible desagrado el hecho de que Roosevelt respondiera a ellos con la promesa de abrir el segundo frente en Francia antes de terminar el año 1943. La oposición de Churchill a esta iniciativa pudo prosperar gracias a la evidencia de que habría resultado imposible completar en dicho año los preparativos necesarios para un desembarco en Francia. La decisión norteamericana de desembarcar en el norte de África fue, en rigor, una medida compensatoria a través de la cual Roosevelt aspiraba a mostrar a Stalin una tentativa de cumplir su promesa. Desembarcando en África, empero, el presidente norteamericano se acercaba de hecho al esquema estratégico inglés. A la idea norteamericana de un segundo frente en el norte de Francia oponía Churchill la opinión de que dicho frente debía abrirse en el Mediterráneo, a lo largo de una línea que pasara por Italia, saltara a los Balcanes y ascendiera rumbo a Berlín como una gran columna ofensiva cuya segunda intención sería la de impedir un excesivo avance ruso sobre Europa.

Ulteriores problemas interaliados se suscitaron cuando, tras la completa ocupación de Francia por los alemanes, los aliados entraron en contacto con el almirante Darlan, adicto hasta ese momento al régimen de Vichy. Darlan desertó luego de la Francia de Pétain y su incorporación al bando aliado, bien acogida por Roosevelt y por Churchill, creó un serio conflicto entre éstos y el general De Gaulle. El general francés, por otra parte, había adelantado aspiraciones a conducir la campaña en el norte de África, y mientras

El almirante Darlan, cuya trágica muerte sería recibida como un "regalo del cielo" por el general Clark.



ingleses y norteamericanos se esforzaban por disuadirlo de tal pretensión, los sorprendió con aspiraciones similares el general Giraud, que también acababa de emigrar de Vichy hacia el campo aliado. Complicaba más aún la situación la evidencia de que la mayoría de los funcionarios franceses en el norte de África, librados a su suerte tras la incorporación de Vichy al régimen de ocupación alemán, denotaban mayor apego a Darlan que a los dos generales. Se explica, pues, que el general norteamericano Clark definiera como un "acto de la Providencia" el asesinato de Darlan a fines de diciembre de 1942, por obra de un fanático derechista francés.

Y se explica también la desazón con que observaba el Kremlin este cuadro de desavenencias que trababa el esfuerzo bélico de sus aliados occidentales. Al iniciarse el año 1943 circulaba por la URSS la sospecha de que británicos y norteamericanos abrigaban el secreto propósito de descargar sobre el Ejército Rojo el peso mayor de la guerra contra Hitler. Que en ese momento lo estaba soportando es, por lo menos, un hecho. Stalingrado seguía ocupando los primeros planos de la admiración mundial. La suerte, es cierto, había cambiado, y eran los alemanes los que ofrecían imágenes de heroicidad defensiva. La situación de von Paulus, con sus 200.000 hombres sitiados, era ya desesperada, pero Hitler seguía bombardeándolos con órdenes de resistir.

Las fuerzas del general De Gaulle colaboran eficazmente con los anglo-norteamericanos en el norte de África; pero la población civil prefiere a Darlan...





## EL DRAMA DE STALINGRADO

El 8 de enero el general Rokossovsky hace llegar un ultimátum a su colega alemán. Los portadores son tres jóvenes oficiales que entran en los suburbios de Stalingrado enarbolando bandera de

hombre que es ya von Paulus ascendiéndolo a mariscal del *Reich*.

En la tarde del 31 habían cesado los disparos y era un silencio sepulcral el que quebraban los soldados del Soviet al pisar los escombros de Stalingrado. Los cadáveres yacían unos sobre otros o



De todos los puntos de Europa conquistados por el *Reich* parten a diario caravanas de judíos rumbo a los hornos crematorios que les reserva el nazismo. Con tético sarcasmo Hitler había declarado que el antisemitismo era una lacra para la humanidad. El mejor modo de curarlo, a su entender, era el de destruir la raza judía. Este plan fue llevado a cabo metódicamente. Más de 6.000.000 de judíos sucumbieron en las cámaras de gas hitleristas, víctimas de esta singular lucha contra el "antisemitismo". Heinrich Himmler, jefe de las SS, conduce con saña inigualada la política de exterminio que conduce el Tercer Reich frente a los judíos.

parlamento. Entregan a von Paulus un pliego de condiciones, con visibles muestras de simpatía por el heroico comportamiento del general alemán y por los hombres bajo su mando. Las condiciones son insólitamente blandas y no encierran el menor matiz humillante para el adversario. Al retirarse los oficiales rusos se despiden de von Paulus con una larvada exhortación fraternal a que acepte los términos de Rokossovsky dentro del plazo de 24 horas que se le acuerdan.

Von Paulus comunica al *Führer* el contenido del ultimátum y le ruega ahorrar para Alemania las 200.000 vidas enjauladas en Stalingrado. La respuesta de Hitler sigue batiendo el monotema de la "resistencia hasta el final", y las 24 horas expiran con los soldados de von Paulus agazapados tras sus barricadas, e inermes frente al bombardeo que descargan de pronto sobre la ciudad sitiada 5.000 cañones rusos.

Una semana después las fuerzas de Rokossovsky han partido en dos el bolsón germano. Los soldados del *Reich*, enloquecidos de frío, arrastran sus gangrenas por entre los escombros y disparan maquinalmente contra un enemigo que ataca por todas las direcciones. A fines de enero Hitler recibe de von Paulus un nuevo telegrama de estilo entrecortado, obseso, que clama por el permiso de capitular. Hitler responde: "Se le prohíbe capitular. El VI ejército mantendrá sus posiciones hasta el último hombre y el último cartucho". El 30 de enero un nuevo telegrama de von Paulus anuncia la inminencia del "hundimiento final". "¡Imposible!", brama Hitler, y trata de insuflar combatividad en ese residuo de

descansaban sobre las casamatas petrificados por el frío. Von Paulus fue hallado en un sótano, petrificado también él, pero por la enormidad del drama que se había desarrollado en su derredor durante más de un mes. No abrió la boca cuando con infinito respeto un azorado oficial ruso le rogó que se rindiera. El general Schmidt contestó por él, aceptando la capitulación. Pocas horas después el *Führer* lo acusaría de traición por no haberse pegado un tiro "con la última bala de su revólver". ¿Era extraño que a los seis meses la voz de von Paulus se irradiara desde radio Moscú con exhortaciones a la rebelión contra Hitler?

El énfasis dado por Goebbels a la batalla de

El general von Paulus es llevado al borde de la locura por las fanáticas consignas de resistencia impartidas por el *Führer*.





Stalingrado ha de aumentar más aún la magnitud de la derrota. La noticia cae como un mazazo sobre soldados y oficiales del *Reich*, y las líneas alemanas empiezan a desmoronarse sobre todo el frente ruso. Particularmente entre Voroneje y Trek el embate soviético tuvo efectos aniquiladores sobre las líneas alemanas. Resultó destruida la totalidad de la fuerza aérea adscripta a este frente. Las consignas de resistencia caían ahora en el vacío; Hitler mismo se hallaba demasiado abrumado para seguir las repitiendo. Los alemanes iniciaron la evacuación del Cáucaso, pero la mayor parte de sus medios motorizados habían sido destruidos y el repliegue debió sujetarse forzosamente a un ritmo lento. El I ejército blindado de Kleist fue el único que, gracias a su mayor movilidad, pudo huir del inmenso bolsón caucásico deslizándose a través de Rostov. El resto de los efectivos alemanes destinados al Cáucaso fue gradualmente destruido.

### ¿TENTATIVAS DE PAZ?

En el frente interno alemán este panorama tuvo efectos igualmente desastrosos. Hitler veía un traidor en cada uno de sus generales, y éstos tenían menos reparos que antes en exteriorizar sus sospechas de que el *Tercer Reich* se hallaba en manos de un loco.

Entre los aliados de Alemania, por otra parte, la ya clara perspectiva del desastre suscitó actitudes de alejamiento. En Hungría el gobierno de Horthy estableció contactos con los aliados e inició sorpresivas conversaciones con el Partido Comunista local. Antonescu, a su vez, puso en marcha gestiones tendientes a lograr una paz por separado con Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Hitler mismo cedió a la tentación de un sondeo de paz con la URSS. Un agente suyo entró en contacto con uno de la Unión Soviética en Estocolmo y transmitió luego a Ribbentrop la sorprendente noticia de que Stalin prometía la paz "en ocho horas" si el *Reich* retrocedía al statu quo de 1939. Ribbentrop juzgó que este inesperado ofrecimiento de paz no perseguía otro objetivo que el de alarmar a ingleses y norteamericanos a fin de apresurar la apertura del segundo



Un niño judío es conducido por los efectivos de Himmler a un campo de exterminio.

frente. Ordenó, en consecuencia, romper el contacto.

Con todo, el país donde los anhelos de paz alcanzaron expresiones más elevadas en ese momento fue Italia. El giro decididamente adverso que había adquirido la guerra despertó una manifiesta voluntad de negociación en la Casa Real. En torno del rey muchas figuras hostiles a Mussolini empezaron a moverse en busca de una fórmula de pacificación, encabezadas por el mariscal Pietro Badoglio. Aun en el Gran Consejo Fascista había hombres como Dino Grandi que empezaban a propiciar sondeos de paz, y no era improbable que todos estos sectores, fascistas y extraños al fascismo, hubieran acabado por unificarse y ejercer sobre el *Duce* una presión que a éste le habría resultado difícil resistir. Pero un sorpresivo acontecimiento había de poner fin a todo este hormigueo de propósitos pacifistas que cundía en los países del Pacto Tripartito y determinar una desafortunada prolongación de la guerra.



Churchill y Roosevelt se encuentran en Casablanca. Los acompañan en esta fotografía los generales De Gaulle y Giraud. Allí habría de nacer, por un "lapsus" del presidente norteamericano, la fórmula que demoraría varios meses, años quizás, el fin de la guerra: la "rendición incondicional".



## UNA DECLARACIÓN INESPERADA

En enero de 1943 Churchill y Roosevelt se encontraron en la ciudad de Casablanca con el propósito de coordinar la estrategia aliada en este nuevo panorama que presentaba la guerra. Al finalizar la conferencia Roosevelt cometió una *gaffe* de tremendas consecuencias, que él mismo habría de explicar luego como un "lapsus". Churchill había accedido a que fuera el presidente de los Estados Unidos quien informara, en conferencia de prensa, sobre los resultados de la reu-



cobró nuevos bríos. Los sectores más belicistas del Eje hallaron en él un nuevo justificativo para proseguir la "guerra total", y se extinguieron los movimientos de pacificación que habían empezado a aletear en torno de Hitler y de Mussolini.

Otra decisión de gran importancia adoptada en la conferencia de Casablanca fue la de confiar al general Eisenhower el mando supremo de las operaciones en África y Europa occidental. Su lugarteniente sería el general Alexander, de Gran Bretaña, a cuyo cargo iba a quedar de hecho la conducción real de las operaciones, mientras Eisen-

Otra importante decisión adoptada en Casablanca: se confiaba al general Eisenhower la conducción suprema de las operaciones en Europa y África del Norte. En este último escenario —donde lo vemos aquí con el mariscal Montgomery— había dirigido con éxito el desembarco norteamericano en el Este.

nión, pero el *premier* británico estaba lejos de imaginar la declaración que acabaría por hacer Roosevelt. En efecto, los periodistas no dejaron de advertir la expresión de asombro que empalideció el rostro de Churchill cuando su colega de la Unión terminó su exposición afirmando que "los objetivos de esta guerra (se reducen) a una fórmula muy sencilla: la rendición incondicional de Alemania, del Japón y de Italia".

La verdad es que Roosevelt mismo denotó luego cierto azoramiento por lo que acababa de decir. En ningún momento se había acordado entre los dos estadistas la exigencia de una rendición incondicional a las potencias del Tripartito, y Churchill no dejaría de pedir alguna explicación por este trascendental ex abrupto del presidente norteamericano, que imprimía un carácter radicalmente nuevo a las futuras perspectivas de la guerra. La explicación de Roosevelt era más asombrosa aún que la misma fórmula. Afirmó, en efecto, que al iniciar sus declaraciones en ningún momento tuvo el propósito de rematarlas en esa forma. Ocurrió, empero, que una caprichosa asociación de ideas le trajo a la memoria, mientras hablaba, el recuerdo de que en la guerra civil norteamericana el general Grant pedía siempre la "rendición incondicional". Y la frase se deslizó casi inadvertidamente en la exposición del presidente, que advirtió demasiado tarde la gravedad de lo que había dicho.

Gracias a este incidente psicológico la guerra

hower se consagraría a la coordinación y a la planificación estratégica general de la lucha en el norte de África.

El general Rommel, entretanto, ya había llegado a la conclusión de que la guerra en África no tenía salidas para el Eje. Opinaba, en consecuencia, que sus efectivos no tenían otra perspectiva a la vista que la de armar una línea defensiva en la zona de Bizerta o en la de Enfidaville, cuyo único fin sería el de permitir la total evacuación de Túnez. Pero esta vez fue Mussolini quien, emulando al *Führer*, habría de impartir dramáticas consignas de "resistencia hasta el fin", pues no ignoraba que la pérdida de África sería la natural antesala de una invasión a Italia. Hitler apoyó al *Duce* en esta actitud cuya traducción estratégica fue el plan trazado por el general Vittorio Ambrosio, nuevo comandante en jefe de las tropas germano-italianas en África. A regañadientes, pues, Rommel debió encarar una vez más una desesperada campaña ofensiva. Con un prodigioso esfuerzo logró quebrar las líneas norteamericanas en Gafsa y avanzar un buen trecho. Pero una ofensiva similar intentada en Medenine contra las fuerzas británicas de Montgomery culminó en un desastre. Esta derrota determinó el repliegue italo-germano en todo el frente, y a fines de abril las posiciones del Eje en África se reducían a un pequeño bolsón en torno de Túnez. Rommel había sido reemplazado por von Arnim, cuyo optimismo de los primeros momen-





En julio de 1943, a pedido de Dino Grandi, se reúne el Gran Consejo Fascista. Mussolini ignora que con esta sesión han de echarse las bases de su caída.

tos cedió tan pronto como pudo analizar la situación sobre el terreno.

El 5 de mayo los aliados iniciaron el ataque definitivo, y aunque Hitler reiterara también esta vez su ritual consigna de resistencia a muerte, von Arnim resolvió el 12 de mayo evacuar a los Estados Mayores. Quedaban en Túnez 250.000 hombres, entre alemanes e italianos, que ese mismo día depusieron las armas.

#### EL GOLPE CONTRA MUSSOLINI

Era evidente ya que el próximo paso de los aliados sería el asalto a Italia. Desde el principio de la guerra en África el temor a esta perspectiva había guiado todos los pasos del *Duce*, y ahora que éste la veía cerca se apoderó de él un abatimiento que trascendió las herméticas esferas oficiales del reino y contagió a todas las ya decaídas fuerzas militares italianas. Este cuadro sobresaltó al *Führer*, quien gestionó rápidamente una entrevista con su colega italiano. Los dos dictadores se encontraron en Salzburgo el 7 de abril. Hitler abrumó al *Duce* con un largo monólogo que contorneó los habituales misticismos del "llamado histórico" y de la "voz del Destino", y que, sorprendentemente, insufló nuevos ánimos en el espíritu positivista y concreto del político romano.

Esta artificiosa euforia, empero, no iba a durar mucho. El 7 de julio 2.725 barcos aliados vomitaban sobre las costas de Sicilia miles de invasores. La operación había sido precedida por una violenta ofensiva aérea que ocasionó enormes daños, y un elevado número de víctimas civiles, en Milán, Trento, Turín, Bolzano, Nápoles, Messina, Siracusa, Palermo y otras ciudades de Italia. También Roma sufrió por primera vez, en sus arrabales, los efectos de un ataque aéreo.

En dichas operaciones fueron anulados varios nudos ferroviarios, y centros estratégicos de gran importancia padecieron una demoledora lluvia de bombas. Curiosamente, ni una sola de éstas cayó sobre la Spezia, donde se hallaba el grueso de la flota italiana. A cambio de esta rara atención aliada, ni un solo barco de guerra italiano salió al paso de las fuerzas que cruzaron luego el Mediterráneo en procura de las costas sicilianas. Diversos contactos entre los almirantes Maugeri y Gerosi con agentes norteamericanos habían deter-

minado esta suerte de convenio de no agresión. En consecuencia, sólo la *Flottiglia MAS* y los ya legendarios hombres-rana italianos salieron a combatir con inútil bravura la inmensa fuerza naval que el 7 de julio puso proa a Sicilia.

La cabecera de puente fue establecida sin mayores dificultades, pero el avance aliado tropezó con seria resistencia en los alrededores del Etna, donde se habían hecho fuertes dos divisiones alemanas. Pero mientras el VIII ejército británico se estancaba frente a los alemanes en el macizo del Etna, el VII ejército de los Estados Unidos, conducido por el general Patton, avanzaba de un modo fulminante por el oeste de la isla y conquistaba la ciudad de Palermo el 22 de julio.

El frente interno de Italia, entretanto, presentaba un cuadro alarmante. Berlín recogía con creciente preocupación informes sobre la moral destrozada del ejército peninsular y sobre indicios conspirativos en torno de la Casa Real. El 19 de julio Hitler voló a Italia para celebrar, en Feltre, una nueva entrevista con el *Duce*, que ya había perdido el optimismo sembrado en su ánimo en la conferencia anterior.

Goebbels no pudo registrar esta vez en su diario una imagen alentadora del *Duce* después de la reunión. Poco antes de terminar ella las noticias del primer bombardeo masivo sobre el centro de Roma eclipsaron las estimulantes promesas del *Führer*. Cuando Mussolini regresó a la capital se encontró con que el conde Ciano, Dino Grandi y Giuseppe Bottai exigían una convocatoria del Gran Consejo Fascista, organismo que no se reunía desde que había comenzado la guerra, y que pese a su alta jerarquía formal nunca había tenido un poder de decisión que excediera la voluntad incontrastada del *Duce*. Esta vez, empero, el cuerpo ofrecería a Mussolini el sorpresivo cuadro de una rebelión en sus propias filas. Grandi presentó una moción que pedía la restauración del viejo régimen parlamentario y la transferencia del supremo mando militar al rey Víctor Manuel. El Consejo protagonizó entonces la primera votación de su vida, y la moción de Grandi triunfó por 19 votos contra 8.

Semejante resultado sólo podía tener su origen en una conspiración. Mussolini lo sospechó, pero no previó sus alcances, y cuando en la noche del 25 de julio fue convocado al Palacio Real ignoraba que esta invitación del monarca era otra



El Eje se quiebra en su eslabón más débil. Empieza a derrumbarse el frente interno italiano. El rey Víctor Manuel resuelve destituir y encarcelar a Mussolini. Es el preludio de la capitulación.



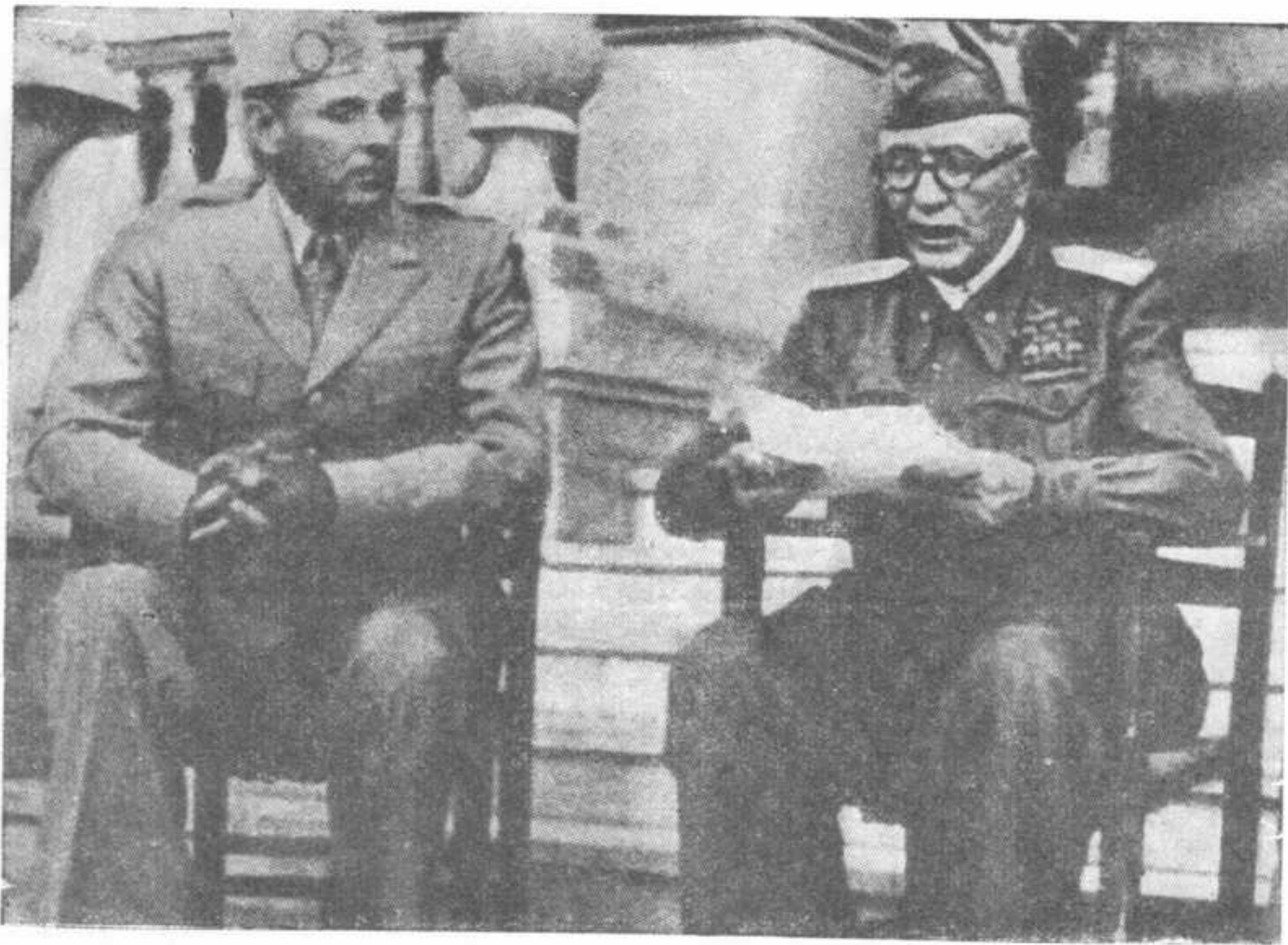
pieza de la conjura. Confiadamente ascendió sin escolta la escalinata del Palacio, y cinco minutos después era conducido en una ambulancia a un puesto de policía, mientras el mariscal Pietro Badoglio pisaba sus huellas en la escalinata del Palacio, llamado por el rey para asumir la jefatura del gobierno.

Al día siguiente un tranquilo decreto disponía la disolución del Partido Fascista, el relevo de todos los fascistas que ocupaban cargos de importancia y la excarcelación de los presos políticos. Nadie salió a defender al régimen que había moldeado a toda una generación de italianos. Grandes multitudes ganaron las calles, y durante veinticuatro horas una orgía destructiva destruía bustos del *Duce* y quemaba las insignias del Partido en las plazas públicas.

La voz de Badoglio, entretanto, salía al aire

trario. Nadie podía parar ya el proceso desencadenado por la caída del fascismo. Grandes masas populares recorrían las calles al grito de "Finito Mussolini, finita la guerra", y los soldados no tardarían en unirse a la muchedumbre.

No era extraño, pues, que grandes efectivos de la *Wehrmacht* descendieran a principios de agosto sobre el valle del Po, y que el 4 de ese mes Hitler ordenara al general Kesselring la detención del rey y la captura de "toda esa canalla". Los generales del *Reich*, empero, aconsejaban cautela, pues temían que una decisión de ocupar Italia definiría en contra de Alemania una situación política que en la península se mantenía aún caóticamente indecisa. Por primera vez Hitler cedió sin resistencia al parecer de los generales. Paradójicamente, era también, quizá, la primera vez que los generales no tenían razón. En ese



El 8 de setiembre Italia anuncia oficialmente su decisión de rendirse. Poco después el sucesor de Mussolini, Pietro Badoglio, declarará la voluntad italiana de plegarse a los aliados en calidad de "cobeligerante".

con un discurso que presentaba los últimos acontecimientos como una situación puramente interna y culminaba con una promesa que apuntaba sin la menor perspectiva de éxito a calmar la previsible ira del *Führer*: "La guerra continúa".

Pero pronto los hechos demostrarían lo con-

momento precisamente la fluidez de la situación interna italiana acaso habría permitido la rápida ocupación de todo el territorio peninsular. Pero el cuadro era muy distinto cuando, a principios de setiembre, Hitler se decidió por fin a realizar la operación.



El 3 de setiembre, en efecto, las tropas aliadas saltaban de Sicilia al territorio continental de Italia. Ese mismo día el gobierno de Badoglio suscribía un acuerdo secreto de armisticio que recién habría de anunciarse oficialmente el día 8.

## MUSSOLINI ES RESCATADO

En esos momentos el general Kesselring escribía en su cuaderno de notas que jamás comprendería por qué los aliados no habían aprovechado aquel lapso entre el 25 de julio y el 8 de setiembre para efectuar una serie de desembarcos a lo largo de toda la costa italiana. Por esta impresión aliada la operación "*Achse*" (Eje) —o sea la ocupación de Italia— pudo ser efectuada con relativo éxito seis semanas después de su planeamiento. El último desembarco aliado se había producido al sur de Nápoles, de suerte tal que, cuando el 8 de setiembre el mariscal Kesselring llevó a la práctica el plan "*Achse*", dos tercios del territorio italiano, incluyendo Roma, quedaron cubiertos por la ocupación alemana.

El increíble éxito de la operación "*Achse*" alentó a Hitler en su plan de llevar adelante la llamada

La vieja capital austríaca enmarcó entonces el más emotivo de los encuentros entre Hitler y Mussolini. Éste era ya un anciano cuando, con lágrimas en los ojos, abrazó a su camarada alemán. También el *Führer* exteriorizó una emoción poco habitual en él, pero su actitud pronto habría de cambiar ante la evidencia de que el *Duce* era ya un hombre acabado. Éste, en efecto, no adoptó la menor iniciativa, fuera de pedir que se trajera a su lado a su amante Claretta Petacci. Todos los pasos políticos que habría de dar en adelante serían inertes respuestas a imposiciones de Hitler, y el viejo y genuino afecto del *Führer* por su colega italiano pronto se disolvió en un amargo desprecio. A este desprecio debió el *Duce* la humillación de suscribir con Hitler un acuerdo secreto por el que Italia cedía al *Reich* la ciudad de Trieste, Istria y el sur del Tirol.

Bajo presión de Hitler, Mussolini reconstruyó el Partido Fascista e instauró en Saló la República Social Italiana. Las camisas negras volvieron a circular por las ciudades del Norte, pero eran las SS del *Reich* las que aseguraban el orden y daban precario fundamento al nuevo Estado que



Izquierda: En una operación de increíble audacia un puñado de paracaidistas alemanes bajo el mando de Otto Skorzeny libera a Mussolini de su encierro en el hotel del Gran Sasso.  
Derecha: El *Duce*, con varios kilos menos, en compañía de Skorzeny poco antes de abandonar el Gran Sasso. ¿Es realmente una liberación?

operación "*Eiche*" (Encina), destinada a la liberación de Mussolini. Tras varios días de trabajosa investigación, los servicios alemanes de inteligencia habían ubicado el paradero del *Duce* en un hotel de turismo que coronaba el macizo del Gran Sasso, en los Apeninos del Abruzzo. Hitler, personalmente, confió la operación a un oficial de las SS, Otto Skorzeny, cuya audacia era ya proverbial en Alemania. El plan se llevó a cabo el 13 de setiembre. Ciento cincuenta hombres aerotransportados aterrizaron en planeadores sobre el macizo y redujeron rápidamente a los pocos y azorados *carabinieri* que tenían a su cargo la custodia del ex primer ministro. En pocos minutos el *Duce*, no menos sorprendido que sus guardianes, fue liberado de su encierro y ascendido a un pequeño avión *Fieseler-Storch* que lo llevó a Roma. Allí aguardaba al *Duce* un avión de la *Luftwaffe* para transportarlo en el acto a Viena.

aparentaba conducir en Saló un Mussolini definitivamente cautivo. Por presión de Hitler, también, el *Duce* procesaría y pasaría por las armas, a principios de 1944, a su yerno Galeazzo Ciano y a otros cinco componentes de la conjura en el Gran Consejo.

Dentro de todo, pues, Hitler había logrado en Italia mucho más de lo que razonablemente cabía esperar. Controlaba la mayor parte de su territorio y tenía a su servicio un gobierno italiano que simulaba cierta continuidad con el que, tres años atrás, declaraba la guerra a Francia y a Gran Bretaña. Sólo uno de los objetivos del *Führer* había fracasado: la captura del rey y de "toda esa canalla" que encabezaba Badoglio. La ocupación de la Ciudad Eterna no había resultado tan pacífica, después de todo. Un combate de 48 horas enfrentó a italianos y alemanes, lapso que fue aprovechado para la evacuación del rey y de



su gobierno. Una corbeta transportó a Víctor Manuel y a Badoglio hacia Brindisi, y de esta suerte, también los aliados pudieron tener bajo su control un gobierno italiano paralelo al que encabezaba Mussolini en Saló.

#### LA ÚLTIMA TENTATIVA EN RUSIA

En el frente ruso, entretanto, el panorama contrastaba dramáticamente con la relativa buena suerte que venía asistiendo al *Führer* en Italia. La guerra ingresaba en su tercer verano, y con esfuerzos sobrehumanos la *Wehrmacht* había reorganizado sus efectivos para una nueva ofensiva rumbo a Moscú. El 5 de julio, 500.000 hombres se lanzaban, al oeste de Kursk, a cumplir un plan de operaciones que preveía ambiciosamente el encierro de un millón de soldados rusos y un avance por el Don y por el Volga hacia la capital soviética.

Pero los alemanes no tenían ya el vigor de los años anteriores. La misma guerra que había diezmado sus fuerzas había reforzado la organización, la experiencia y el espíritu combativo de los soviéticos. En uno y otro bando la batalla de Stalingrado pesaba con signos opuestos, y la URSS

inexpugnabilidad, similar a la que, cuatro años atrás, circulaba entre los franceses a propósito de la línea Maginot. El 6 de noviembre caía Kiev, y cuando el año se aproximaba a su fin los rusos se hallaban cerca ya de la frontera polaca.

También revistió indudable importancia la ayuda de los Estados Unidos, gracias a la cual Stalin pudo lanzar sobre el frente, en ésta su primera ofensiva de verano, más de 20.000 tanques. Traducir en cifras el apoyo norteamericano era impresionante. Incluyó, por ejemplo, en números redondos, 430.000 camiones, 50.000 *jeeps*, 2.000 locomotoras, 14.800 aviones, 13.000 vehículos blindados, 135.000 ametralladoras, 15.000.000 de pares de botas.

#### RESQUEMORES DE STALIN

Podría creerse, con los números a la vista, que las relaciones entre la URSS y sus aliados occidentales corrían sobre rieles. En realidad, ocurría todo lo contrario, y particularmente en el año 1943 se vieron expuestas más de una vez a situaciones críticas que amenazaban precipitar una ruptura. En los primeros meses de 1943 la sospecha de que la demora aliada en abrir el segundo

La ofensiva alemana en el Este se extingue en 15 días frente a un arrollador contraataque soviético. Ya son frecuentes en Moscú escenas como ésta: el desfile incesante de prisioneros alemanes.



había recogido de ella una gran confianza en la victoria.

No era raro, pues, que a la tercera ofensiva veraniega del *Führer* se le acabara el empuje en una quincena. El 22 de julio un violento contraataque soviético frenó el avance alemán y, contrariando todas las previsiones imaginables de la *Wehrmacht*, sobre ese mismo contraataque se articuló toda una contraofensiva general del Ejército Rojo. Las líneas del *Reich* fueron quebradas al norte de Kursk, y por el hueco habría de colarse un avance soviético que no se detendría hasta la derrota de Hitler. En los primeros días de agosto la penetración soviética en la zona de Kursk había arrastrado tras de sí la totalidad del frente ruso. En dos meses puntos vitales como Jarkov y Smolensko fueron reconquistados por el Soviet y, a principios de octubre, Hitler recibía con horror la noticia de que el Ejército Rojo acababa de quebrar la línea del Dnieper, un frente defensivo en torno del cual la propaganda germana había construido toda una mitología de

frente encerraba segundas intenciones obsesionaba ya a Stalin. Esta preocupación aumentó en el gobernante soviético cuando, al promediar el año, la campaña de Italia determinó una reducción de los suministros norteamericanos a la Unión Soviética. Una de las primeras exteriorizaciones del criterio independiente con que Stalin empezaba a encarar la guerra fue el hecho de que Josip Broz (Tito), el líder comunista yugoslavo, hubiera iniciado una serie de ataques contra los guerrilleros de Mihailovitch, figura notoria por su apego a Gran Bretaña.

Como corolario de todas estas raras actitudes que se venían observando en el campo comunista, se reanudaron en setiembre de 1943 los contactos entre agentes de Ribbentrop y representantes del Kremlin con vistas a discutir condiciones de una paz por separado entre la Unión Soviética y el *Reich*. Stalin, aparentemente, renovaba su propuesta de retornar al statu quo de 1939, a cambio de que Alemania abandonara toda el Asia a la esfera de influencia de los soviets.



Hitler rechazó en todo momento estas tentativas soviéticas de negociación, que hasta Goebbels se sentía tentado a aceptar. Según el *Führer*, no eran sino maniobras tácticas destinadas a ejercer mayor presión sobre los aliados occidentales. No se sabe si Hitler tenía efectivamente razón, pero

general a favor de los aliados, una excepción dentro de este cuadro era el panorama marítimo. El *Reich* había reproducido, en cierto modo, la experiencia de 1914. Imposibilitado de combatir las poderosas flotas de Gran Bretaña y de los Estados Unidos en batallas de superficie, fue cen-



En Teherán, Stalin sonríe, pero no está contento. La demora aliada en abrir el segundo frente lo llena de desconfianza. Para calmarlo Roosevelt y Churchill le prometen abrirlo antes de junio de 1944.

es un hecho que las maniobras rusas obraron sobre Londres y sobre Washington como si lo tuvieran. En setiembre de 1943 las aprensiones anglo-norteamericanas habían llegado ya a su ápice, y Moscú recibió el 19 de octubre la apresurada visita de Anthony Eden y de Cordell Hull, que llevaban la misión de gestionar una conferencia de alto nivel entre los "tres grandes". Stalin accedió íntimamente complacido, aunque sin permitirse exteriorizaciones de entusiasmo. La reunión se efectuó en Teherán el 26 de noviembre.

#### REUNIÓN EN TEHERÁN. LA GUERRA NAVAL SE DEFINE MIENTRAS LA AVIACIÓN DESTROZA ALEMANIA

Curiosamente, se produjo aquí la vaga similitud que se registró en 1918 entre las posiciones de Wilson y de Lenín. Para sorpresa de Churchill, Roosevelt cargó el acento sobre la creación de un organismo internacional —las Naciones Unidas— que sería formalmente heredero de la vieja Liga de las Naciones. Y Stalin apoyó la iniciativa aparentando una gran concesión que sólo Roosevelt recogió como tal, mientras Churchill veía con desazón que el próximo paso del presidente norteamericano sería el de ofrecer a la URSS concesiones compensatorias. Fue así como Stalin recibió de sus aliados occidentales el formal compromiso de abrir el segundo frente en Normandía antes de junio de 1944, y la promesa de que, tras la derrota de Hitler, la URSS recibiría una buena porción de Prusia Oriental y todas las tierras que se extendían al este de la "línea Curzón". A cambio de estas concretas concesiones a la URSS los aliados occidentales no obtuvieron por su parte más que una vaga promesa rusa de declarar la guerra al Japón "cuando las circunstancias lo permitieran".

El año 1943 registró también otro hecho de importancia en la historia de esta terrible guerra: la definición del conflicto en el mar. Si bien ya en 1942 era visible el vuelco de la situación

trando gradualmente todo el peso de la guerra naval en la producción y el empleo de submarinos. La acción de esas naves tuvo efectos demoledores sobre los convoyes aliados. Al culminar el año 1942 la "batalla del Atlántico" presentaba un aspecto decididamente favorable a los alemanes, que desde el mes de enero venían echando a pique un promedio de 500.000 toneladas mensuales, cifra que excedía holgadamente la capacidad de reposición de la industria bélica aliada.

En 1943, empero, el panorama naval varió en favor de los aliados, que habían mejorado considerablemente sus equipos técnicos. Sus aviones tenían ahora un mayor radio de vuelo y sus equipos de radar, muy perfeccionados, habían multiplicado las perspectivas de éxito de las naves aliadas en la tarea de detectar y hundir los submarinos del *Reich*. Los 50 submarinos hundidos en los tres primeros meses de 1943, gracias al radar, tuvieron un efecto tan alarmante sobre los altos mandos alemanes que durante un tiempo el almirante Doenitz sospechó seriamente una traición en masa. En mayo las pérdidas del *Reich* eran tan elevadas que Doenitz resolvió abandonar totalmente el Atlántico Norte.

El cuadro del infortunio alemán en 1943 se completa con la devastadora ofensiva aérea llevada a cabo durante todo ese año por ingleses y norteamericanos. Un botón de muestra es la anotación registrada por Goebbels en su diario el 29 de julio de ese año. Menciona la presencia de entre 800 y 1.000 bombarderos británicos sobre Hamburgo. Y añade: "Una ciudad de un millón de habitantes acaba de ser destruida de una forma sin precedentes en la historia. Nos encontramos ante problemas que puede decirse que no tienen solución. Hay que procurar víveres a un millón de habitantes, refugios... En resumen, nos encontramos ante problemas de los que no teníamos la menor idea hace solamente unas semanas... Kaufman (el *gauleiter* de Hamburgo) habla de unas 800.000 personas sin techo, que vagan por las calles sin saber qué hacer...". No era ex-



traño que en noviembre de 1943 el general Jodl escribiera con desesperación que el efecto moral de los bombardeos era decididamente incontenible y que como resultado de ellos "el demonio de la subversión circula por todo el país".

## LA OFENSIVA NORTEAMERICANA EN EL PACÍFICO SE AFIRMA

Si en algún momento confió Hitler en el aporte japonés a la guerra, el año 1943 también habría de disipar en él esta última esperanza. La conquista de Guadalcanal había deparado a los norteamericanos una gran ventaja estratégica. Con esta base en sus manos aumentaba enormemente el radio de penetración de su fuerza aérea dentro del área que controlaba el Japón en el Pacífico. La posesión de aquella isla permitió cubrir con el necesario apoyo aéreo el lento avance norteamericano de Buna, Gona y Sananda tras sangrientos combates que costaron a la Unión más de 8.000 vidas. A partir de estas conquistas MacArthur planeó un ataque a Lae y Salamaua, que constituían la llave de acceso a dos objetivos que revestían para él una importancia fundamental en estas etapas de su ofensiva en el Pacífico: la gran base naval de Rabaul y la isla de Bougainville. La conquista de Lae y Salamaua no fue fácil y debió superar una gran batalla aeronaval en el mar de Bismarck, en la que más de 300 aviones de la V Fuerza Aérea de los Estados Unidos cumplieron la proeza de destruir todos los transportes de un convoy japonés encaminado a reforzar la guarnición de las dos islas. Pocas semanas después los norteamericanos lograban otro gran golpe de efecto contra el prestigio japonés al derribar un avión que conducía en gira de inspección al comandante supremo de la flota nipona, el almirante Yamamoto.

El 30 de junio los japoneses se veían forzados a evacuar la isla de Rendova, despejando así el campo de MacArthur para el ataque definitivo contra Bougainville. Aquí era previsible que el Mikado opusiera una resistencia desesperada, ya que la posesión de esta importante isla por parte de las fuerzas de la Unión expondría la base naval de Rabaul al alcance de los bombarderos norteamericanos. Se sabía que los japoneses habían dedicado largo tiempo a reforzar las defensas de la isla. Los norteamericanos, en consecuencia, demoraron el ataque hasta noviembre, a fin de poder organizarlo adecuadamente. La invasión tuvo lugar el 1º de ese mes, por obra de las fuerzas navales del almirante Nimitz. Los japoneses creyeron que los preparativos observados en las fuerzas de Nimitz tenían por objeto un ataque a la isla de Wake. Los tomó de sorpresa el desembarco dirigido por el almirante Wilkinson en la bahía Emperatriz Augusta de Bougainville. Ocurrió así que las defensas de la isla no alcanzaron a ser empleadas con toda su eficacia y, para sorpresa de los invasores, Bougainville caía sin ofrecer la resistencia prevista. Una tentativa de contraataque naval de los japoneses se estrelló contra la densa cortina aérea de los bombarderos provenientes de los portaaviones norteamericanos. Después de este episodio el Mikado no volvería a intentar la recuperación de la isla.

Tras la toma de Bougainville los bombarderos



La guerra en el mar ya ha sido definida. La superioridad aliada es incontrastable y la amenaza submarina del *Reich* ha desaparecido casi por completo. Los convoyes aliados pueden navegar sin mayores preocupaciones.



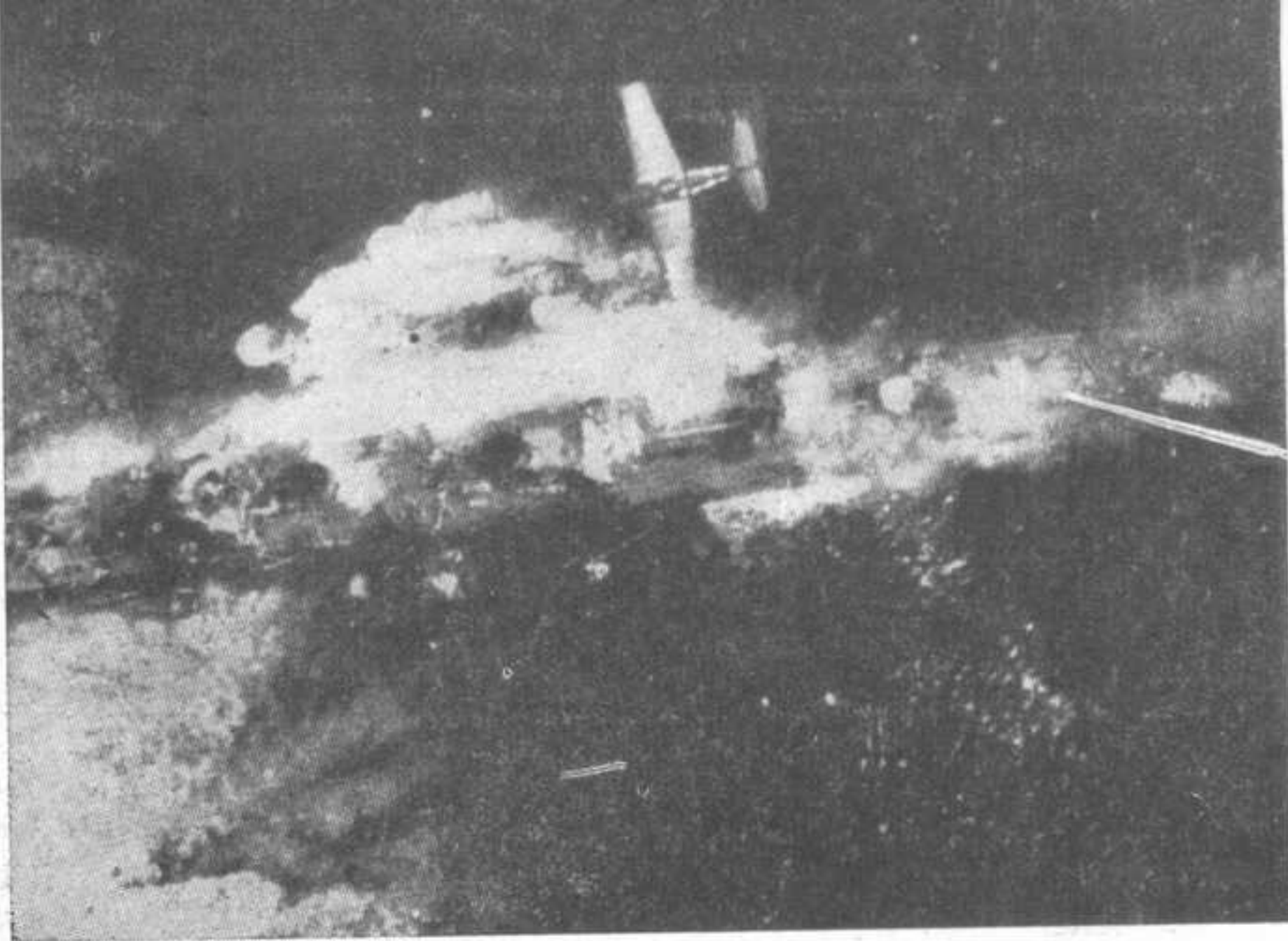
Los bombardeos aliados sobre Alemania alcanzan ya niveles de intensidad que el mismo Goebbels califica de "sin precedentes".

En el Pacífico los Estados Unidos conservan la iniciativa: a costa de enormes sacrificios y gran número de bajas sus *marines* prosiguen con éxito el asalto de las islas que rodean al Japón.





Buena parte de la guerra en el Pacífico se libra a través de combates navales. Aquí vemos un transporte japonés bombardeado por los norteamericanos.



de la Unión inutilizaron prácticamente la base naval de Rabaul, que en diciembre debió ser evacuada por los buques de guerra japoneses. Este solo hecho configuraba en la práctica el cumplimiento del primer gran objetivo estratégico de los Estados Unidos en el Pacífico. Pero el último acontecimiento bélico que registraría 1943 en esa zona

completaría esta etapa y cerraría sobre Rabaul el largo circuito del avance norteamericano isla tras isla en su campaña del Pacífico meridional. El 15 de diciembre se producía un desembarco norteamericano en Nueva Bretaña. Rabaul ya no era un objetivo aéreo sino la meta alentadoramente cercana de un avance por tierra.

## CAPÍTULO XIII

1944

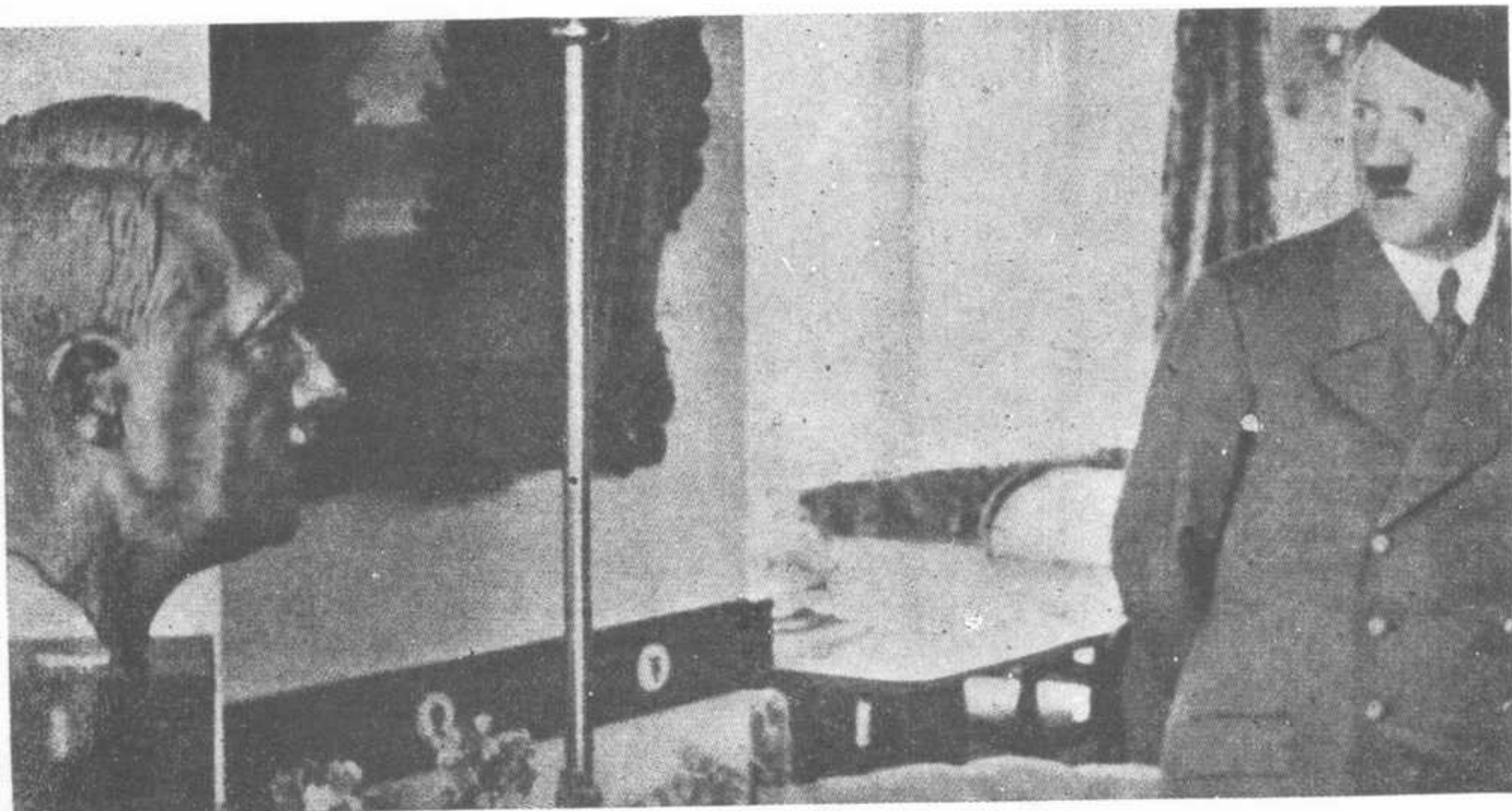
### HITLER SE DERRUMBA

Alemania era ya un infierno en el que las ruinas que producían noche a noche los bombardeos aliados volcaban muchedumbres enloquecidas sobre las calles de las grandes ciudades. Nadie habría pensado, al iniciarse 1944, que la resistencia alemana iba a durar un año y medio más. Aparentemente Hitler mismo tenía ya sus dudas. A fines de 1943 ya se le oía musitar que el Destino exigía la muerte del pueblo alemán para hacer lugar a otro "biólogicamente más fuerte".

El lector habrá observado cuánto hace que no mencionamos los ex abruptos, los gritos, los místicos accesos de histeria que caracterizaban la figura del conductor alemán. La verdad es que en 1944 las exteriorizaciones de tal naturaleza se

habían reducido considerablemente. Preocupaba seriamente a Goebbels el hecho de que ese hombre de hierro que había sido Hitler hasta pocos meses antes se confesara incapaz de afrontar una visita a las ciudades bombardeadas. La propaganda debía desarrollar esfuerzos inauditos para mantener con vida ante el pueblo la imagen huidiza de un líder ausente, de un hombre que ya no frecuentaba las tribunas ni aparecía en placas fotográficas consolando a los heridos o arengando a los oficiales. No era fácil disipar rumores, dar respuestas a la diaria pregunta de la población por la suerte y el paradero del *Führer*. Tampoco podía revelarse que éste vivía ensimismado en su refugio de Berchtesgaden, receloso como un animal acorralado y con los primeros temblores del mal de Parkinson quebrando su rígida silueta de héroe vagneriano.

Nada especialmente sorpresivo acaeció en los



Hitler mira ahora con alguna duda su inmortalidad en el bronce. ¿Será cierto?



primeras meses de 1944. El Ejército Rojo franqueaba la frontera de Polonia y aumentaba cada vez más el peso de su ofensiva en el Sur, sugiriendo claramente el propósito de alcanzar con rapidez la zona balcánica y obturar el paso de una eventual ofensiva aliada sobre Alemania desde el Sur. Trieste era el objetivo hacia el cual convergían, en desesperada carrera, dos ofensivas rivales: la de los rusos, en el área meridional de su frente, y la anglo-norteamericana en Italia.

Precisamente la rapidez del avance ruso y la

espía independiente y a la vez en el agente Número Uno del sistema de inteligencia germano. Bajo el nombre clave de "Cicerón", Bazna colmó de microfilmes, semana tras semana, el escritorio de von Papen, y hubo un momento en que toda la estrategia alemana en el frente meridional de Rusia pendía de las sigilosas visitas que hacía "Cicerón" a la embajada del *Reich* en sus días francos. A principios de 1944 un microfilm de "Cicerón" reveló la existencia de tratativas entre los aliados y el gobierno de Ankara con miras



El avance ruso ya es arrollador, y constituye una obsesión para Hitler. Los símbolos nazis son arrancados en las ciudades y pueblos que el Ejército Rojo recupera vertiginosamente del enemigo.

vastedad del territorio reconquistado impedían armar con la necesaria celeridad un sistema de aprovisionamiento capaz de mantener el ritmo de la ofensiva. Ésta, en consecuencia, quedaba demorada a las puertas de Besarabia. Así y todo, el avance ruso había alcanzado ya extremos que amenazaban gravemente el encierro del XVII ejército alemán en Crimea. La lógica aconsejaba la evacuación de esta zona, y en tal sentido se pronunció el general Jaenecke en un mensaje a Hitler. Pero éste respondió que la conservación de Crimea era un objetivo de primerísima importancia estratégica. Había que resistir por todos los medios. Con todo, ésta no era una mera reiteración de la vieja consigna, sino una actitud que respondía a precisas condiciones políticas que se habían definido en esos momentos.

#### OPERACIÓN "CICERÓN": UNA HAZAÑA DE ESPIONAJE

Un singular personaje hace ahora su aparición en la guerra. Elyasa Bazna, valet del embajador británico en Ankara, entró sorpresivamente en contacto con el jefe de la representación alemana en dicha ciudad, Franz von Papen. La sorpresa de éste fue mayúscula al comprobar que el raro visitante traía en su portafolio microfilmes de documentos secretos que revestían enorme importancia para los planes del *Tercer Reich*. Bazna no actuaba por adhesión a la política de Hitler sino por crudos móviles mercantiles, pero la extraordinaria importancia de sus informes indujeron a von Papen a formalizar con él un trato sui generis que convertía al emprendedor valet en una suerte de

a forzar la entrada de Turquía en la guerra. Aparentemente el presidente Inonu ya había acordado en principio sumarse al bando aliado, y sólo lo detenía la amenazadora presencia alemana en Crimea. De ahí, pues, que la consigna de "resistir hasta el fin" tuvo en el caso de Crimea fundamentos un tanto más razonables que los acostumbrados.

Fue así como todas las energías del *Reich* fueron movilizadas en esos días hacia el objetivo de asegurar refuerzos a provisiones al XVII ejército de Jaenecke en Sebastopol.

Así y todo, la situación de los alemanes se hizo insostenible cuando, el 10 de abril, las fuerzas soviéticas al mando de Vassilevski obturaron el istmo con la ocupación de Perekop. Zeitzler libró entonces una feroz discusión con Hitler para lograr una orden de evacuación. Hitler cedió a medias. Crimea podía ser abandonada, pero la defensa de Sebastopol debía mantenerse a cualquier precio.

A mediados de abril las escenas de Dunkerque se reproducían en Crimea. En una semana fueron evacuadas ciento veinte mil personas, entre soldados y refugiados civiles. La operación concluyó el día 20. El 21 Turquía anunciaba su ingreso en el campo aliado. Con este hecho, aparentemente, dejaban de existir las razones de la resistencia hasta el fin en Sebastopol; pero Hitler, increíblemente, no retiró la consigna. Sólo cuando en la noche del 6 de mayo Vassilevski inició el asalto final a la ciudad el *Führer* impartió con desgano la orden de evacuación de Sebastopol, pero ya era tarde. El 8 de mayo el XVII ejército del *Reich* había dejado de existir.



## LAS BATALLAS DE MONTECASSINO

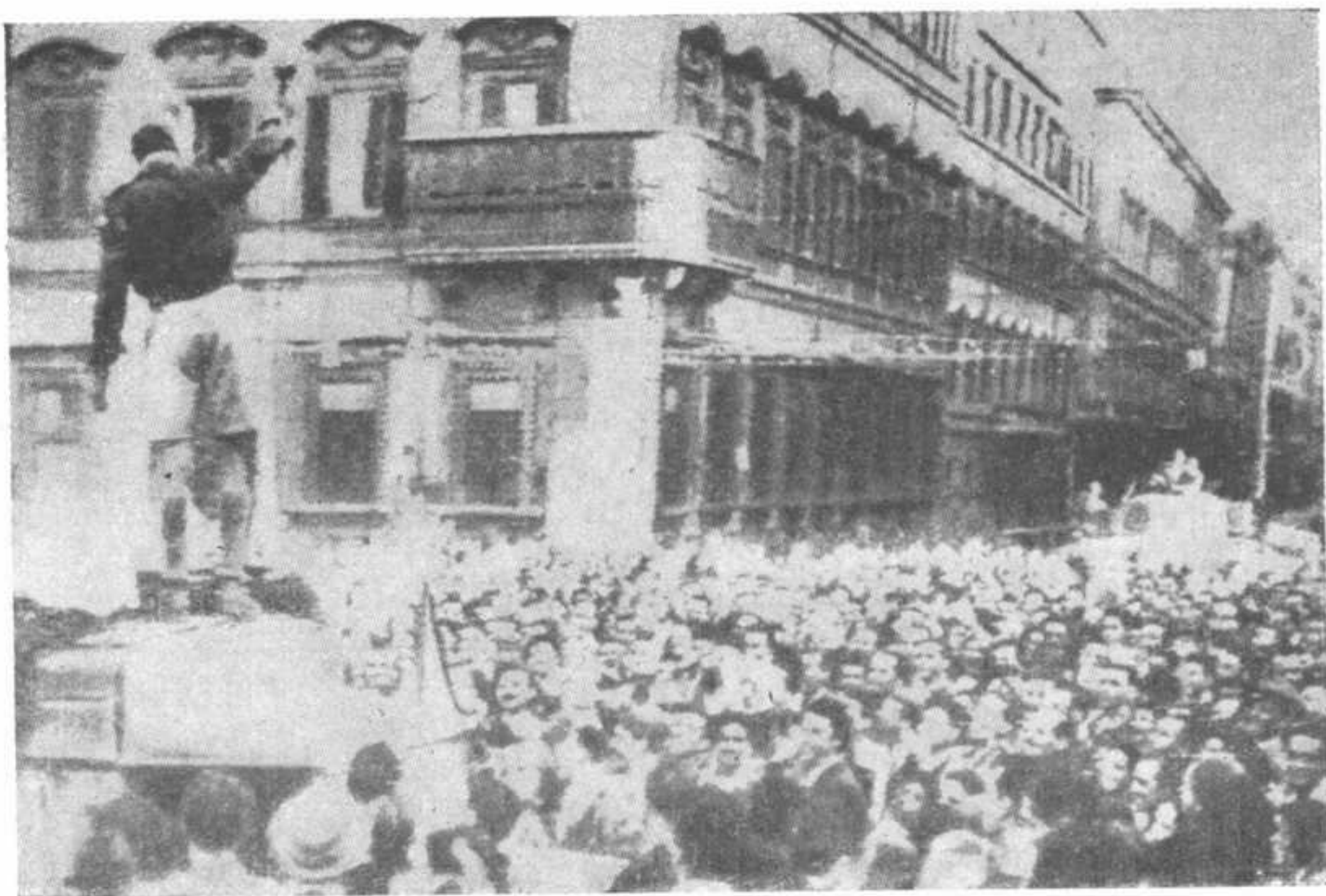
En Italia, Montgomery y el general norteamericano Clark encabezaban dos líneas de trabajoso avance. El primero se abría camino hacia Pescara, y el segundo apuntaba a Nápoles. La resistencia de los alemanes era muy eficaz y costaba enormes pérdidas a los efectivos invasores. En seis agobiadoras semanas Clark perdió 16.000 hombres avanzando a un promedio de 200 metros por día. Y a fines de enero se estrellaba contra la "línea Gustav" tendida por Kesselring frente a la abadía de Montecassino. Una furiosa batalla costó allí a los aliados 10.000 hombres y una derrota. El 15 de febrero, sin embargo, Clark emprendía la segunda batalla de Montecassino, mientras el IV Cuerpo norteamericano de Lucas consolidaba la cabecera de puente que acababa de establecer en la zona de Anzio.

Debe destacarse que la "línea Gustav" se había trazado eludiendo cuidadosamente toda intro-

se hallaba seriamente amenazada. Esta vez el ataque revistió caracteres realmente insólitos. Los pilotos norteamericanos descargaron mil toneladas de explosivos sobre lo que a su entender era el Monte, y poco después comprobarían con natural consternación que, además de rozar el Monte, habían destrozado un buen número de baterías aliadas y el cuartel general del VIII ejército británico. Este inconveniente creó una dificultad adicional al avance de Clark, cuyos carros armados se atascaban en los cráteres que, indiscriminadamente, había abierto el bombardeo. Con esta inesperada ayuda los paracaidistas alemanes que defendían el Monte pudieron frenar por tercera vez el intento aliado de conquistarlo.

La cuarta batalla de Montecassino requirió una intervención más decidida del comandante supremo Alexander. Ante la imposibilidad de definir la situación por medios militares recurrió a un ardid. Concentró efectivos navales frente a Civita-vecchia a fin de aparentar la amenaza de un desem-

4 de junio de 1944.  
Las fuerzas del general Clark avanzan sobre los suburbios de Roma.



misión militar en la vida interna de la abadía de Montecassino. Kesselring no quería litigios con el Vaticano y había dado expresas órdenes de marginar de la guerra el secular monasterio. Sólo había puesto a buen resguardo, con el acuerdo del abad Giorgio Diamare, las obras de arte de la Orden. Ni un soldado alemán se hallaba dentro de la abadía el 15 de febrero, cuando comienza la segunda gran batalla de Montecassino. ¿Lo sabía Clark? Y aun sabiéndolo, ¿cabía exigir de los aliados un supremo esfuerzo por ahorrar una reliquia histórica que venía coronando el montículo desde el siglo V? Lo cierto es que Clark exigió que el primer paso del ataque fuera el bombardeo del monasterio. Alexander vaciló, buscó variantes, alternativas; pero acabó por ceder a los reclamos de Clark, y 500 toneladas de explosivos pulverizaron el viejo edificio. Recién entonces se adelantaron sobre el monte los hombres de Kesselring y tomaron posiciones entre los escombros. Desde allí lograron rechazar por segunda vez el embate de los aliados.

En marzo Clark hace una nueva intentona, urgido por Lucas, cuya cabecera de puente en Anzio

barco inminente en esa zona. Kesselring cayó en el lazo y retiró dos divisiones del frente meridional para proteger el área de Roma. Los aliados pudieron perforar así la debilitada "línea Gustav", en una sangrienta batalla que duró toda una semana y en la que los éxitos más significativos fueron obtenidos por el II Cuerpo polaco y por los expedicionarios franceses de Juin. Fueron los polacos los que, a la postre, ganaron la carrera hacia la cumbre. Pocos días después, algo más al Norte, sucumbía la línea "Adolfo Hitler" y quedaba abierto el camino hacia Roma.

Avanzar hacia Roma fue, en efecto, la decisión que adoptó en ese momento Clark. Pero luego los expertos juzgarían severamente esta resolución, pues, a su entender, el primer paso táctico de Clark debió de haber sido el de avanzar lateralmente hacia la carretera 6 y cortar la retirada del X ejército alemán. Omitiendo esta operación Clark ahorró a Kesselring efectivos de gran importancia, sin otro objetivo aparente que el honor de ser el primero en entrar en la Ciudad Eterna. Roma, en efecto, cayó el 4 de junio. Con una muestra de inquietud cultural que no abundaba





Clark, el general norteamericano que, por ser el primero en llegar a Roma, perdió la ocasión de infligir a los alemanes una gran derrota.

en la Alemania de Hitler, Kesselring había decidido no defender la capital italiana a fin de salvarla de una inútil destrucción. Ni siquiera voló los puentes que cruzaban el Tíber.

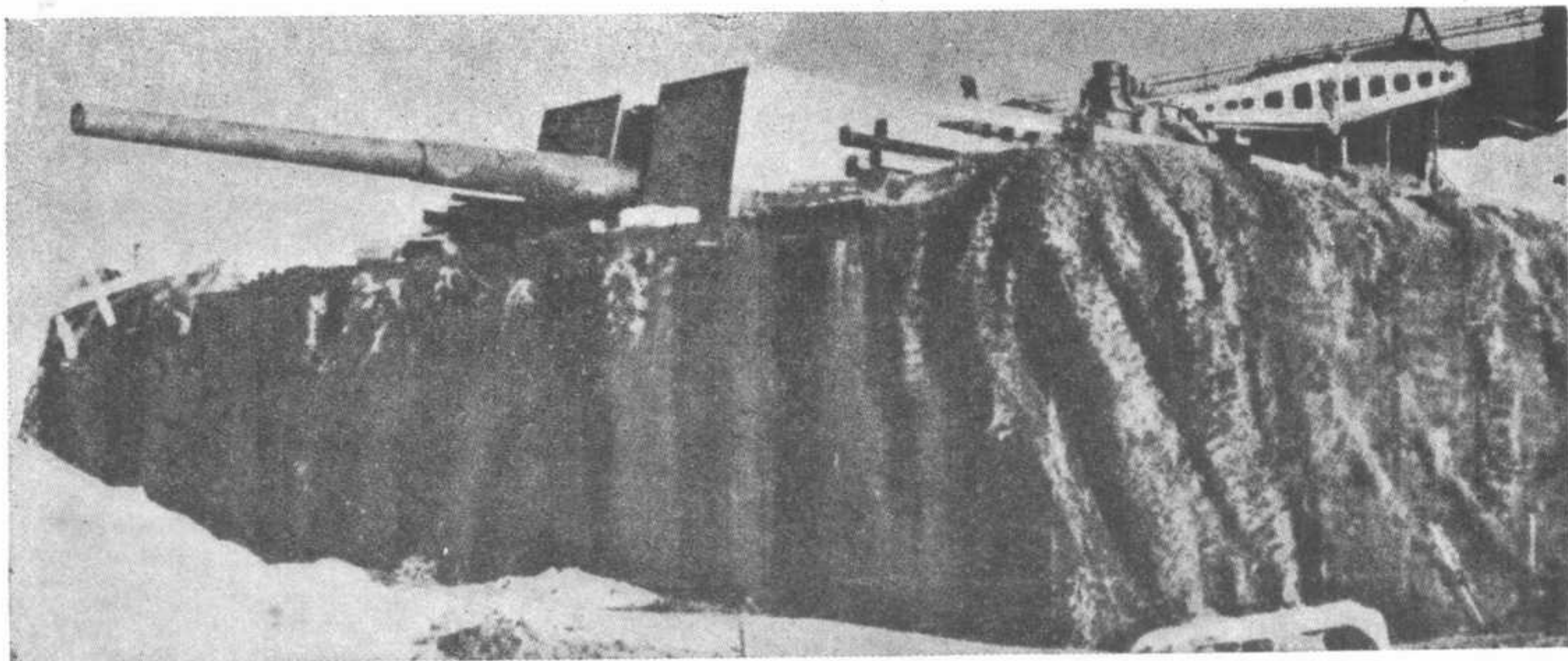
#### A LA ESPERA DE LA INVASIÓN

Con todo, las alternativas de la ofensiva soviética y de la campaña aliada en Italia sólo fueron a lo largo de ese semestre un telón de fondo sobre el que se destacaba la expectativa mundial por la apertura del segundo frente. Era ya un lugar común la presunción de que aquella se produciría en algún punto impreciso de la costa septentrional francesa. Durante meses, en consecuencia, la atención de alemanes y aliados se concentró sobre esa zona. Ya en marzo de 1944 el mundo vivía pendiente de la noticia, que en cualquier momento podía llegar, sobre el esperado desembarco aliado en Francia.

Curiosamente, sólo el gobierno del *Reich* conservaba cierto escepticismo acerca del previsto desembarco aliado en el norte de Francia. Durante mucho tiempo se sintió tentado a creer que el segundo frente respondería finalmente a los lineamientos de la estrategia que intentaba trazar Churchill. Más tarde eficaces espías, entre los que se había distinguido particularmente Mathilde Carré, suministraron informes que delataban precisos preparativos de un desembarco en el Atlántico Norte, y entonces la atención de los estrategas germanos se concentró sobre el paso de Calais. Se daba por descontado que si alguna invasión se producía tendría lugar en el punto más angosto de la Mancha, y fue allí donde el general Rommel, que tenía a su cargo la conducción de la defensa en la costa atlántica, dedicó mayores esfuerzos a reforzar y perfeccionar las defensas costeras. A fines de mayo centenares de agentes secretos amontonaron informes sobre la inminencia de la invasión, pero el Alto Mando germano no se inquietó mayormente por ellos, ya que datos de tal naturaleza venían proliferando desde hacía seis meses sin mayores consecuencias.

#### EL DÍA "D"

Al terminar el mes de mayo, considerado el más favorable para un desembarco desde el punto de vista meteorológico, los mandos alemanes mostraban ya signos de distensión. El 30 de ese mes Rundstedt informaba al *Führer* que la inminencia de un ataque debía descartarse por completo, y cuatro días después el departamento meteorológico de la *Luftwaffe* pronosticaba quince días de mal tiempo durante los cuales una invasión sería decididamente imposible. El día 5 Rommel reiteraba el informe de Rundstedt y comunicaba al *Führer* que no había el menor signo de preparativos invasores en el campo aliado. Su confianza en este sentido llegó al extremo de abandonar su puesto de mando sobre la costa atlántica para visitar a su familia en Alemania. A la 0 hora del 6 de junio el comandante del VII ejército alemán destacado en Normandía, general Dollman, suspendió el estado de alerta entre sus efectivos.



La propaganda de Goebbels trata de estimular la confianza del pueblo alemán en las fortificaciones construidas por la Wehrmacht sobre la Mancha. Allí se levanta, pretendidamente inexpugnable, la "muralla del Atlántico".





Alertados por los primeros indicios de la invasión, los soldados del *Reich* corren a ocupar sus puestos de combate.

Una hora y diez minutos más tarde le llegaba la sorprendente noticia de que tres divisiones aerotransportadas de los aliados acababan de aterrizar en el mismo centro de la zona confiada al VII ejército. Pero aún así tardó 20 minutos más en lanzar la alarma general, convencido hasta ese momento de que se trataba de una operación distractiva, o de comandos, o cualquier cosa menos la invasión. A las 2.15 el Estado Mayor del VII ejército daba forma ya a la sospecha de que tenía a la vista una "operación importante" y comunicaba esa opinión al general Spidel, del cuartel general de Rommel. Le tocaba ahora a Spidel demorarse preciosos minutos en conjeturas sobre el carácter distractivo del aterrizaje aliado, y a las 2.30 pasaba la información a Rundstedt. Diez minutos después Spidel recibía de vuelta el resultado de las cavilaciones de Rundstedt: "No es una operación importante". Si después de todo el aterrizaje de esas tropas se articulaba con un desembarco, los efectivos aerotransportados no podían perseguir otra finalidad que la de distraer fuerzas alemanas de Calais.

En la operación de desembarco más grande de la Historia se abre por fin el Segundo Frente, en las costas de Normandía.







El comando supremo de la invasión, presidido por el general Eisenhower. Con él se encuentran (de izquierda a derecha) el general Omar Bradley (EE. UU.), el almirante Bertrand Ramsay (G. Br.), el mariscal del aire Arthur Tedder (G. Br.), el mariscal Bernard Montgomery (G. Br.), Trafford Leigh-Mallory (G. Br., al comando de las operaciones en el aire) y el general Walter Bledell Smith (EE. UU.), jefe del Estado Mayor aliado.

El desembarco aliado en Normandía se produce exitosamente y con relativa facilidad. Los alemanes no lo esperaban allí.

Este perezoso tráfico de conjeturas entre los mandos del *Reich* prosiguió sin mayores consecuencias prácticas hasta el amanecer. Al salir el Sol sus rayos revelaron la presencia de una flota aliada frente a Normandía. Si hubiera sido posible contabilizarlos los alemanes habrían contado con horror 6.697 unidades. En rigor, la flota de desembarco más grande de la Historia. Sus cañones iniciaron entonces el bombardeo de la costa. Miles de toneladas de explosivos se abatieron sobre las grandes defensas germanas para proteger la llegada de los invasores a la playa, y Spiedel, sólo a las 6 de la mañana, llamaba por teléfono a Rommel para decirle que su regreso a Normandía era realmente aconsejable. Al promediar la tarde la mayor parte de las 75 divisiones que volcaba Eisenhower sobre Francia hormigueaba ya en la costa normanda.

#### MIENTRAS LOS ALIADOS AVANZAN HITLER CONFÍA EN SU NUEVA ARMA

Todo indicaba, pues, que el *Reich* afrontaba el "día D". Tal como informó "Cicerón", los aliados descargaban todo el peso de la invasión sobre el punto menos protegido por las defensas alemanas. La situación urgía un inmediato traslado de efectivos, particularmente de las reservas blindadas que tenían los alemanes en el norte de Francia. Pero Hitler había ordenado que todo movimiento de tropas estaba prohibido sin una previa autorización personal suya. Rundstedt se comunicó con Jodl en la mañana del 6 clamando por el visto bueno del *Führer*. Jodl respondió al rato que el *Führer* pedía paciencia, pues tenía que estudiar la situación. Según W. Shirer (*Auge y caída del Tercer Reich*), Hitler se retiró luego a dormir una siesta, y hasta las 15 horas los desesperados llamados de los generales tropezaron con la invariable respuesta de que el *Führer* había ordenado que no se lo molestara por ningún concepto. Eran casi las 17 cuando Hitler recobró su fanática energía para volcarla en la orden de "limpiar la playa antes de la noche". Autorizaba para ello el empleo de una división blindada y la XII división Panzer SS. Los aliados, entretanto, ya habían penetrado 6 kilómetros en algunos puntos dentro del territorio normando. El estribillo de la "defensa a muerte" volvía a funcionar cuando ya era demasiado tarde. La muralla del Atlántico había sido quebrada y lo que la *Wehrmacht* tenía

por delante ahora no era el rechazo de un desembarco sino un nuevo frente de guerra.

Así y todo, el *Führer* mantuvo su criterio durante días: resistir, no ceder terreno; defender la costa palmo a palmo, milímetro a milímetro. Cualquier general sabía que esto era una insensatez. Pero no cualquiera osaba decírselo a Hitler. Rommel por fin se decidió, y arrastró tras de sí a Rundstedt. El 17 de junio se encontraron con el *Führer* en Margival. Allí Rommel propuso un repliegue general a fin de librar batalla fuera del alcance de la artillería naval aliada. Como cabía prever, Hitler rechazó de plano la idea, y la discusión derivó en un altercado en el que Rommel acabó pidiendo no un repliegue sino... ¡un armisticio!

Hitler seguramente habría perdido los estribos si no hubiera recibido, apenas 24 horas antes, una gran inyección de confianza. El 16 de junio, en efecto, había caído sobre Gran Bretaña la primera



La última gran esperanza de Hitler. Los cohetes V-1 y V-2, el arma más terrorífica empleada por el hombre hasta ese momento. Pocos meses más, y será ampliamente superada por la bomba atómica.

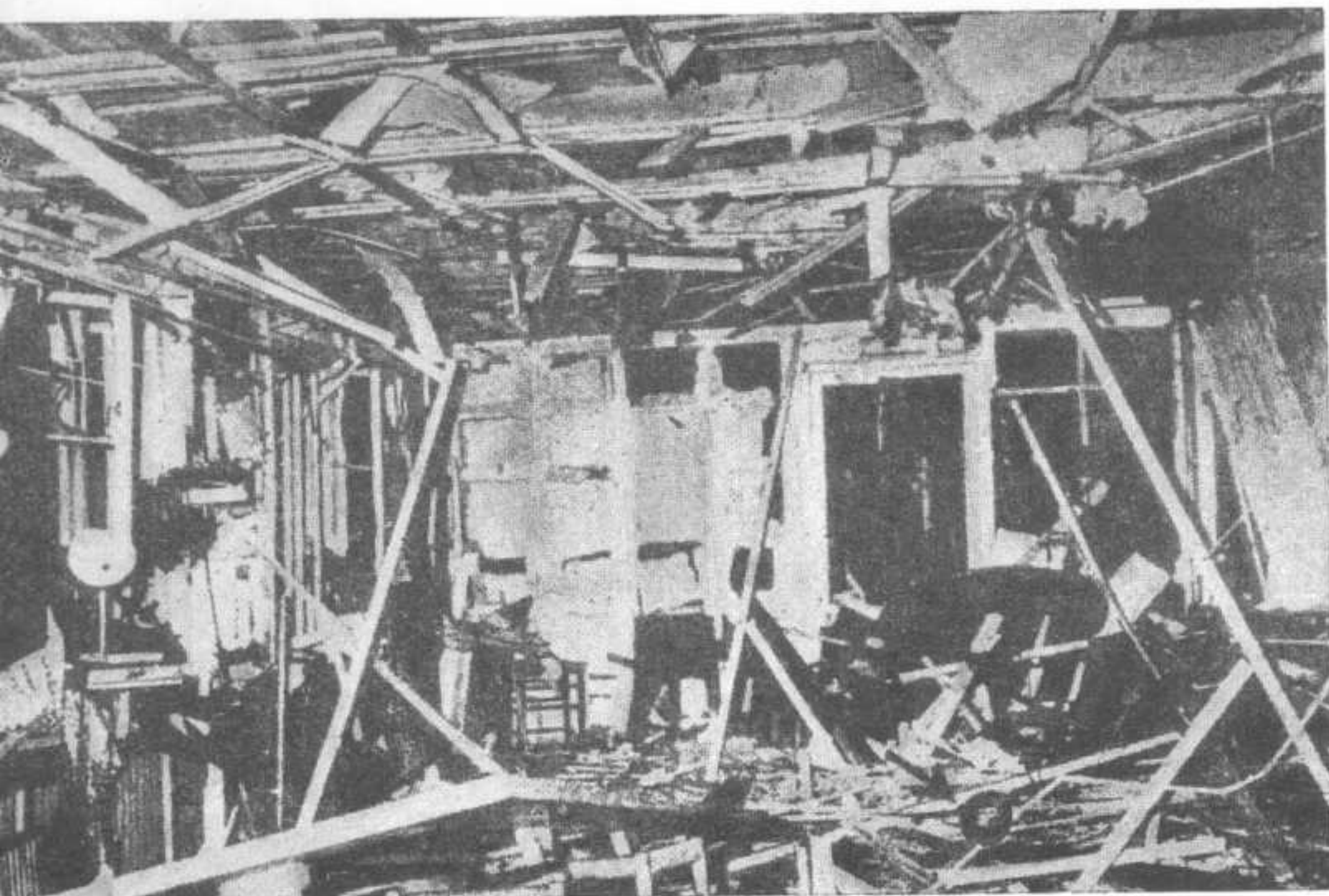
V-1 alemana. Era éste un cohete de largo alcance, de gran velocidad y de un enorme efecto destructivo que, en esos momentos, resultaba fabuloso. Cada uno de ellos arrancaba de cuajo manzanas enteras y era, aparentemente, incontenible para los medios defensivos de la época. Era particularmente eficaz, por otra parte, como factor de desmoralización, ya que, en contraste con los *raids*



aéreos convencionales, su aparición era casi siempre sorpresiva. Uno podía volar en cualquier momento y en cualquier lugar, sin un indicio previo del peligro. Hitler, al parecer, creía realmente que la V-1, y luego la V-2 —una versión perfec-

## EL ATENTADO CONTRA HITLER

Ese mismo día, empero, pareció por unos momentos que la operación más decisiva de la guerra culminaba con éxito en el Cuartel General del



Así quedó la sala de conferencias donde se cometió el atentado contra el *Führer*.



El conde von Stauffenberg, autor material del atentado contra Hitler.

cionada de la primera— ganarían la guerra para el *Reich*. No le importaba, pues, costear el lujo de una inútil epopeya germánica en la costa del Atlántico, si después de todo la guerra iba a definirse en el aire. Recostado en la seguridad de su arma secreta Hitler pudo a la vez rechazar el proyecto de Rommel y permitirse la rara condescendencia de no destituirlo.

A esta altura, empero, Eisenhower ya tenía cerca de 500.000 hombres sólidamente instalados en la cabecera de puente normanda. Los alemanes habían perdido 90.000 soldados, 2.000 oficiales y 28 generales. Con todo, pese a la envergadura de la invasión y a la sorprendente desorganización de las defensas germanas, los primeros quince días se diluyeron en operaciones de consolidación en la cabecera de puente. Recién alrededor del 20 se advirtieron signos de movilización aliada con miras a vertebrar un avance. Y el 26 los aliados lograban su primera conquista de importancia en la campaña de Francia al ocupar el puerto de Cherburgo, cuyas instalaciones habían sido previamente inutilizadas por el enemigo antes de la capitulación. Dos líneas de avance se precisaron entonces: la del I ejército norteamericano, conducido por Hodges, que se extendía en dirección a Saint-Lo, y la del II ejército británico, de Dempsey, encaminado hacia Caen. Pero en ambos sectores el avance sería sumamente lento y difícil, no sólo por la tenaz resistencia alemana sino también porque los devastadores bombardeos que precedían al avance creaban frente a las tropas un panorama casi intransitable. La primera quincena de julio transcurrió sin variantes significativas; pero alrededor del 20 inusitados preparativos en el campo aliado presagiaban el comienzo de operaciones decisivas.

Ejército Alemán del Interior, donde Hitler asistía a una de sus periódicas conferencias con los oficiales adscriptos a dicho organismo. Esa particular reunión había sido elegida por el coronel Stauffenberg, jefe del Estado Mayor de este ejército, para asesinar al *Führer*. Stauffenberg no era un fanático solitario, sino la pieza central de una vasta conspiración.

Ese 20 de julio Stauffenberg entró en el cuartel general del Ejército del Interior con una bomba en su portafolio. El estallido debía desencadenar una serie de acciones en Berlín que culminaran con la captura de las figuras centrales del nacionalsocialismo y la toma del poder. En la reunión se hallaban presentes, además de Hitler, los generales Korten, Heusinger y Keitel, y tres coroneles. Al entrar en el recinto de la conferencia Stauffenberg introdujo la mano en su portafolio y puso en marcha el mecanismo de relojería que habría de determinar la explosión diez minutos después. Luego colocó el portafolio debajo de la mesa, todo lo cerca de Hitler que pudo. Ya había advertido al *Führer* que debía hacer una importante llamada telefónica, de suerte que a nadie llamó la atención que el joven coronel se deslizara fuera del recinto a los ocho minutos de haber dejado el portafolio bajo la mesa. El único cambio que ocasionó su salida fue que el coronel Brandt se corriera un asiento a fin de quedar más cerca de Hitler. Allí su pie tropezó dos veces con el molesto portafolio y Brandt decidió entonces alejarlo un poco. Y al hacerlo cambió un poco, también, la historia del mundo.

A las 12.42 Stauffenberg contempló la exposición a una prudente distancia. Vio el derrumbe del techo y cadáveres mutilados que salían volando por las ventanas. Inmediatamente dio aviso



a sus camaradas de Berlín sobre el éxito del atentado y luego se precipitó hacia el aeródromo para volar a la capital, donde las dos horas siguientes debían cubrir todas las operaciones del golpe de estado. Cuando llegó a Berlín comprobó con desesperación que todo seguía como antes. Cuando le dijeron que Hitler sólo tenía un hematoma en el brazo y los cabellos ligeramente chamuscados no lo pudo creer. El *Führer*, en ese mismo momento, se reunía con Benito Mussolini frente al escenario de la explosión. ¿Es necesario aclarar lo que le estaba diciendo? "¡*Duce*, lo que ha ocurrido aquí hoy es una señal del Destino! Ahora, tras de haber escapado a la muerte, estoy más convencido que nunca de que la gran causa a la que sirvo se impondrá (...) y de que todo terminará bien".

## LOS RUSOS AVANZAN EN EL FRENTE ORIENTAL

Los hechos, entretanto, estaban lejos de confirmar estos signos augurales. Diez días antes del atentado el Ejército Rojo había iniciado en el Este su segunda ofensiva de verano. Stalin había

La estrategia de Hitler, empero, tuvo resultados opuestos a los que perseguía. El endurecimiento de los frentes sólo sirvió para añadir espectacularidad a los triunfos soviéticos y alentar más aún, en consecuencia, la defección de los fineses, rumanos y búlgaros. En el Norte el avance de los ejércitos rojos tuvo efectos aniquiladores sobre los efectivos que, por orden del *Führer*, se aferraban de un modo suicida a cada pulgada de terreno. En un mes y medio el avance ruso cercó sobre el Báltico 50 divisiones del *Reich* que tenían la retirada prohibida, y culminó con la invasión de Finlandia. En el mismo lapso las fuerzas soviéticas de la zona central no tuvieron mayores dificultades en llevarse por delante las rígidas defensas alemanas, en un vertiginoso avance que a fines de julio había cubierto ya 600 kilómetros, superaba el Vístula y se cernía sobre Varsovia. En la zona meridional la ofensiva soviética se puso en marcha el 20 de agosto, y tres días después el rey Miguel de Rumania destituía a Antonescu, improvisaba en una tarde un régimen democrático y pedía un armisticio. Hitler, entonces, quiso repetir allí la operación efectuada



Hitler, poco después del atentado, milagrosamente ileso.

Otro conjurado que será ejecutado poco después por atentar contra la vida de Hitler: el general Stieff.

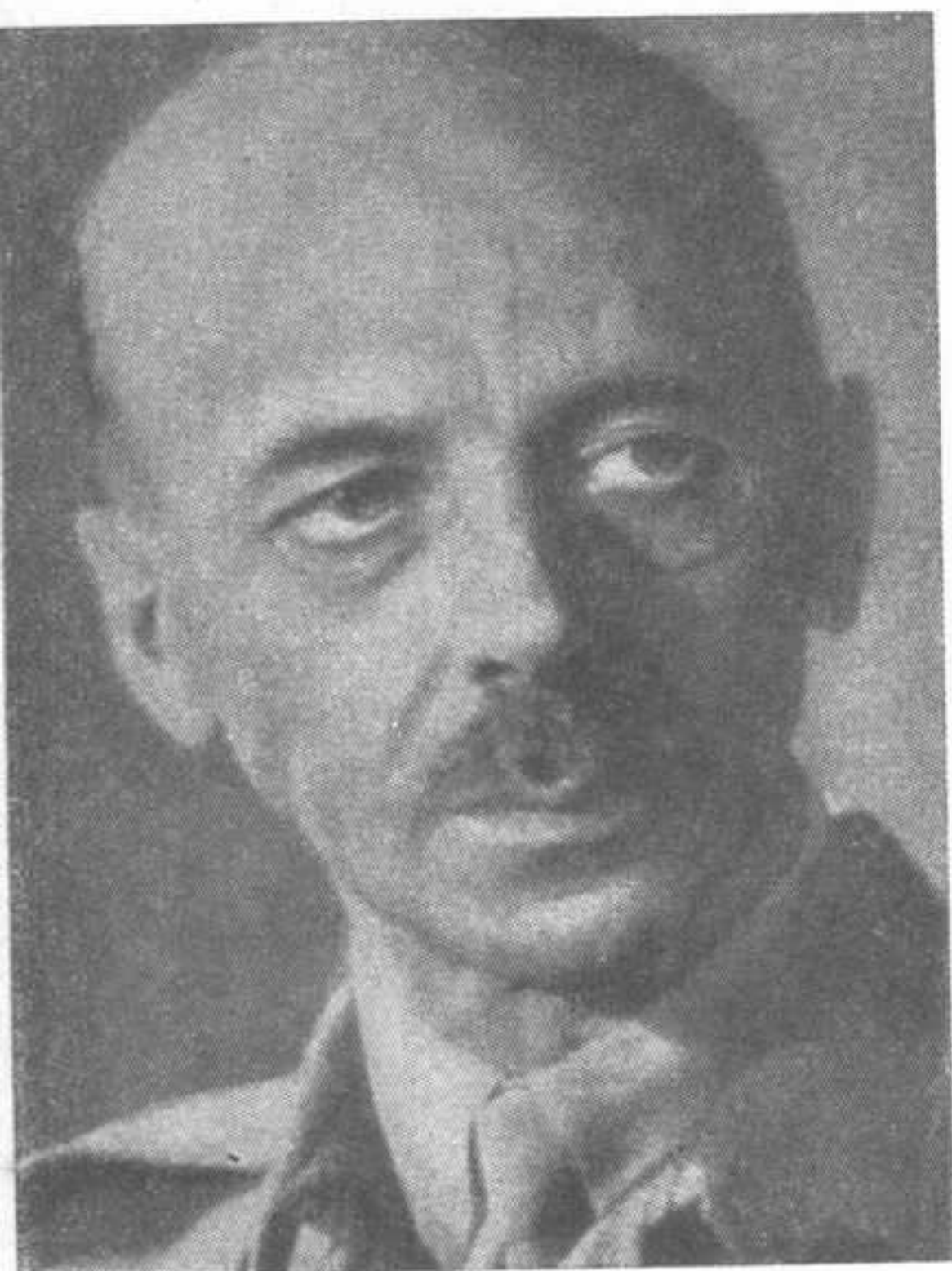
decidido aguardar la apertura del segundo frente antes de lanzar esta operación. El 10 de junio, cuando la cabecera de puente aliado en Normandía parecía definitivamente consolidada, ordenó el ataque. Ahora era Busch el general que conducía las operaciones en el Este, y opinaba que sólo una gran elasticidad podría dotar a las líneas alemanas de ciertas posibilidades defensivas, que serían nulas si se optaba por endurecerlas mediante consignas de resistencia a toda costa. Pero Hitler se mostraba cada vez más insensible a las argumentaciones de los generales, en quienes sólo veía ya, obsesivamente, conspiradores embozados. Por otra parte, el *Führer* temía las consecuencias que podía tener sobre el frente interno de sus aliados un avance ruso que amenazara directamente el territorio patrio de aquéllos.

con éxito en Italia un año antes y ordenó al general Gerstenberg que ocupara Bucarest. El 25 de agosto el nuevo *premier* rumano, Satanescu, suscribía una declaración de guerra a Alemania. De este modo las fuerzas soviéticas que conducía Malinovski pudieron avanzar sobre el caos de una guerra subsidiaria entre Rumania y el *Reich*, y a fines de agosto casi la totalidad del territorio rumano estaba ocupado ya por el Ejército Rojo. Alemania perdía así las cuencas petrolíferas de Ploesti, y la *Wehrmacht* quedaba expuesta a una paralización inminente por falta de combustible. En ese mismo lapso Bulgaria también capitulaba y llegaba a setiembre con una ocupación soviética encima. Los primeros días de ese mes, por último, registrarían la capitulación de Finlandia.



## VARSOVIA SE SUBLEVA

En esos mismos días la *Wehrmacht* habría de sufrir en el Este un formidable sacudón en su retaguardia: estallaba en Varsovia un levantamiento que pronto igualaría a Stalingrado en los anales del heroísmo de la Segunda Guerra Mundial. Dirigía la sublevación el conde Komorowski, conocido con el nombre clave de "Bor". Los efectivos sublevados constaban, en una quinta parte, de guerrilleros arrimados a la capital polaca a partir de otros puntos del país, y, en cuatro quintas partes, por la población civil de Varsovia. La guarnición alemana fue tomada por sorpresa, y en pocas horas la totalidad de sus hombres había muerto horriblemente bajo la sanguinaria venganza de la población. De allí en adelante la lucha que se desarrolló fue la de una ciudad sitiada contra fuerzas que la atacaban desde fuera bajo la conducción del general Bach. Durante días la artillería alemana bombardeó la ciudad despiadadamente, y a fines de setiembre Varsovia no era ya sino un tétrico amontonamiento de ruinas. Era inevitable que la resistencia de Bor comenzara a ceder, y mientras las tropas del *Reich* avanzaban luchando casa por casa sobre los suburbios de la capital, los insurgentes se desplazaban por las cloacas para sorprender a los atacantes por la espalda. La lucha revistió así caracteres sumamente confusos, que sólo contribuyeron a incrementar la matanza. El 2 de octubre Bor suscribió un acuerdo de capitulación en presencia de Bach, quien había tenido previamente la rara deferencia de reconocer a los sublevados como combatientes regulares con arreglo a la Convención de



El general Tadeus Bor-Komorowski, jefe del levantamiento de Varsovia.

Ginebra. La rendición, en consecuencia, no desencadenó la prevista secuela de ajusticiamientos. De todos modos, no eran muchos los que quedaban para matar tras una lucha que ya había costado a la población de Varsovia más de 120.000 muertos.

## UNA HISTORIA DE AMOR SALVA A PARÍS

En Francia el panorama de la guerra había

cobrado un giro decisivo a partir del 24 de julio. El general Kluge acababa de relevar a Rundstedt en la conducción suprema de los efectivos alemanes y le tocó adiestrarse en el frente francés soportando la primera gran acción ofensiva lanzada por los aliados tras el desembarco. La mañana del 24, 2.000 aviones aliados quebraron el frente alemán y abrieron un vasto corredor por el que se colaron grandes efectivos de infantería en un avance hacia Avranches. Con todo, la devastadora acción aérea, que en pocas horas había aniquilado toda una división Panzer alemana —además de dos batallones norteamericanos, dicho sea de paso—, no logró impedir la tenaz resistencia que habría de oponer la *Wehrmacht* en los días subsiguientes. La misma confusión provocada por los bombardeos dificultaba el avance aliado. "Los caminos, las carreteras y los campos —escribiría luego Eisenhower— estaban cubiertos de material, de cadáveres humanos y cadáveres de animales, de suerte que a duras penas podíamos abrirnos paso (...). En algunos lugares avanzábamos, literalmente y en varios centenares de metros, sobre carne muerta y en descomposición."

A principios de agosto el III ejército norteamericano de Patton llegaba a los puentes del Avranches. Entre los días 8 y 10 sus fuerzas cruzaban el río y se abrían en un movimiento envolvente con Le Mans como meta final. En poco tiempo logró cerrarse así un bolsón en torno de *La Falaise*, donde Kluge había logrado ya, sin embargo, evacuar la mayor parte de sus efectivos blindados. Los pocos defensores que quedaban en la ciudad se rindieron en seguida.

A mediados de agosto Hitler llegaba a la conclusión de que el hundimiento del frente francés no respondía a las 75 divisiones y los 13.000 aviones aliados, sino a una traición de Kluge, y resolvió reemplazarlo por el mariscal Model. Kluge sólo atinó a envenenarse.

Superado el Avranches, el avance de los aliados cobró un ritmo algo mayor, y en pocos días el general norteamericano Bradley ocupaba Saint-Maló. Se completaba, entretanto, la ocupación de la costa bretona.

Ocurría, empero, que ninguno de los puertos conquistados por los invasores se hallaba en condiciones de funcionar. Sistemáticamente los alemanes habían destruido las instalaciones antes de huir; de suerte que, según preveía Eisenhower, pronto se producirían dificultades para mantener al ritmo adecuado el aprovisionamiento de una fuerza invasora que debía tener a su cargo la responsabilidad total de la campaña francesa. Esta circunstancia fue una de las que más pesaron en la elaboración del plan "Dragoon" que se llevó a la práctica el 15 de agosto. Dos mil barcos, con el apoyo de 5.000 aviones, desembarcaron cerca de medio millón de hombres sobre la costa meridional francesa. Doce días después las múltiples cabeceras de puente establecidas entonces habían logrado fundirse, completando la ocupación de la faja costera entre Tolón y la frontera italiana.

Patton, entretanto, llegaba el 23 de agosto a la orilla del Sena, y dos días después una división de infantería norteamericana y la división blindada francesa de Leclerc se abrían camino por entre las jubilosas muchedumbres de París, que ya



había sido tomada, en buena parte, por las fuerzas de la Resistencia.

París, milagrosamente, fue hallada intacta por los aliados, y en Alemania no tardarían en circular, por obra de Goebbels, expresiones admirativas por el fervor cultural del *Führer*. En realidad, había ocurrido todo lo contrario. Hitler había dado la orden de destruir los objetivos militares de París antes de abandonarla. La traducción práctica de esta consigna implicaba destruir también buena parte de la ciudad. La noche anterior a la entrada de Leclerc, el jefe de la guarnición alemana, Choltitz, vacilaba ante la inminencia de tener que ordenar las voladuras. Meditaba sobre los mejores días de su vida que habían transcurrido en *La Ville Lumière*. Se había enamorado de Corinne Luchaire, la actriz cinematográfica francesa, y con ella se había enamorado también de París. A último momento desató la orden del *Führer*. Más tarde Corinne Luchaire sería repudiada como colaboracionista por sus compatriotas. Pero lo cierto era que gracias a ella París pudo vivir la experiencia tan parisiense de verse salvada por una historia de amor.

En el frente meridional las fuerzas conducidas por el general Patch avanzaban a lo largo del Ródano, con miras a unirse con los efectivos desembarcados en Normandía. Pero la invasión del Sur había defraudado las expectativas de Eisenhower, pues también en Marsella, en Cannes y en Niza los aliados se encontraron con las instalaciones portuarias destruidas. De este modo, el problema del abastecimiento adquiría ya contornos graves. Sólo el fulminante avance de las fuerzas que dirigía Montgomery sobre Bruselas y Amberes resolvió parcialmente la situación. Los alemanes no habían tenido tiempo para destruir este último puerto, que se convirtió así en la primera base de aprovisionamiento aliado para la campaña de Francia.

## LA TENAZA COMIENZA A CERRARSE

Al iniciarse el mes de setiembre Hitler había perdido ya 500.000 hombres en Francia, carecía de reservas y la *Luftwaffe*, prácticamente, había desaparecido. Rundstedt, de nuevo comandante supremo en el Oeste, declaraba entre sus íntimos que la guerra estaba irremediablemente perdida, y principios de pánico brotaban en el *Reich*. Nadie pudo explicarse cómo, en medio de semejante situación, las fuerzas de Rundstedt lograron frenar el avance aliado en la primera quincena de setiembre. Rundstedt mismo se confesaría sorprendido de que, inesperadamente, las fuerzas de Patton quedaran detenidas frente al Mosela y las de Hodge frente a Aquisgrán, sobre la primera parcela ocupada del territorio alemán. La situación resultaba particularmente preocupante para Montgomery, que nunca había confiado demasiado en las aptitudes combativas de los norteamericanos. Durante varios días ejerció gran presión sobre Eisenhower exigiendo un desesperado esfuerzo por superar un estancamiento que, a su entender, sólo permitiría una reorganización de las defensas alemanas y podía demorar varios meses el fin de la guerra. Fue así como Eisenhower accedió a ordenar el cruce del Rin el 17 de setiembre en la zona de Arnhem. La resistencia de la *Wehrmacht* revisió allí inigualables niveles de fanatismo, y en



La población de París se subleva y comienza las tareas de la liberación antes de la llegada de los aliados.

diez días de feroces combates los aliados no lograron fijar la precaria cabecera de puente establecida en Arnhem y se vieron forzados a evacuarla. Sufrían así su primera derrota militar tras el desembarco en Normandía.

Mientras se aquietaba así el frente del Oeste, en el Este prosperaba a pasos agigantados la irrupción soviética en el Báltico, tan temida por Churchill. El 16 de octubre el general Tolbuchin conquistaba la capital yugoslava, al tiempo que dramáticos acontecimientos evidenciaban la descomposición interna de Hungría. El 15 de octubre Horthy resolvió desertar de la guerra, pero fue secuestrado 24 horas después por el rocambolesco Skorzeny, quien lo condujo cautivo a la Alta Baviera. En su lugar los alemanes llenaban el poder vacante con el jefe de las Flechas de Hierro, Ferenc Szalassy. Hungría seguía así al lado del *Tercer Reich*, pero presa de una conmoción interna que abrió el camino al rápido avance ruso sobre Budapest. Este desplazamiento ruso por los Balcanes dejaba atrapado el grupo de ejércitos germanos que se hallaba en Grecia bajo el mando de Löhr. Estos efectivos, además, recibían un severo castigo por parte de las guerrillas que conducía Tito. Löhr, en consecuencia, no tuvo más remedio que ordenar la evacuación de Creta, Albania, Macedonia y Montenegro y refugiarse en sus posiciones defensivas próximas a Sarajevo. También ésa era, pues, aunque la lucha formalmente proseguía, un área perdida para el *Tercer Reich*.

En Italia, entretanto, Kesselring había evacuado Florencia y se defendía a lo largo de una línea que corría entre Rimini y La Spezia. El año 1944 se acercaba así a su fin mostrando un cerco abrumador que se cerraba sobre el corazón del imperio hitlerista, mientras en Berlín un *Führer* acorralado contabilizaba con desesperación sus 600.000 bajas en Francia y los 3.400.000 hombres perdidos en el frente ruso, y echaba mano a sus últimas reservas, llamando bajo las armas a muchachos de 15 años. Para el *Tercer Reich* era un inconfundible cuadro de derrota, y el mundo



empezaba a preguntarse por qué Hitler no aceptaba la inexorable realidad.

Y entonces ocurrió lo que nadie esperaba. El 16 de diciembre, bajo una nevada que duraría aún varios días, la *Wehrmacht* quebró el frente aliado sobre las colinas de las Ardenas y poderosas fuerzas blindadas alemanas avanzaron rumbo a *Spa*, a lo largo de un frente de 150 kilómetros. Al día siguiente los soldados del *Reich* se hallaban a 12 kilómetros del Cuartel General de Eisenhower. Hitler acababa de lanzar su última ofensiva.

Su plan había sido expuesto en una reunión celebrada el 12 de diciembre. La idea era avanzar a ritmo de *Blitzkrieg* hacia Amberes, arrebatarse a los aliados su única base continental de aprovisionamiento y aprovechar este debilitamiento para proseguir la ofensiva hasta el canal de la Mancha. Skorzeny, entretanto, debía infiltrarse en la retaguardia enemiga, al mando de 2.000 hombres con uniformes británicos, y desquiciar todas las comunicaciones aliadas. Liquidado el segundo frente, todo el potencial del *Reich* debía volcarse sobre el Este en una nueva carrera hacia Moscú.

Para todos aquellos generales que llevaban ya más de un año cavilando sobre los medios y las posibilidades de alcanzar una capitulación honrosa, era una enloquecida pesadilla digerir otra vez un proyecto como éste, cuya meta no era una me-

jor defensa ni una buena base de negociación sino... ¡ganar la guerra!

Con el mismo estupor comprobaban a partir del 15 de diciembre que sus efectivos conseguían, real y verdaderamente, avanzar. El 18 Eisenhower había evacuado precipitadamente su Cuartel General, y las fuerzas blindadas de Manteuffel se hallaban a 22 kilómetros de Bastogne, cuya guarnición norteamericana organizaba ya el abandono de la ciudad. Sólo la rápida llegada de refuerzos permitió encarar la defensa, y las fuerzas de Manteuffel quedaban detenidas. Con todo, la ofensiva alemana hacia el Mosa prosiguió su marcha, y el 23 de diciembre un batallón de la II División Panzer se situaba a cuatro kilómetros del estratégico río. El deficiente aprovisionamiento, empero, forzó una detención del avance, mientras fuerzas del general Patton originariamente enderezadas hacia las Ardenas desviaban su rumbo hacia el Norte y marchaban a toda velocidad en dirección a Bastogne para aliviar la presión germana sobre la ciudad. El 26 Patton quebraba las líneas alemanas en torno de aquélla y la ponía definitivamente a salvo.

Hitler concentró entonces su atención sobre el frente desguarnecido de las Ardenas y ordenó un inmediato ataque en dicha zona. El año 1945 empezaba, así, con los alemanes milagrosamente a la ofensiva una vez más.

## CAPÍTULO XIV

1945

### UNA ÚLTIMA TENTATIVA ALEMANA

El 1º de enero 8 divisiones alemanas atacaban en el Sarre, y dos días después 9 divisiones asaltaban Bastogne. En ambos casos, empero, los aliados lograron mantener sus posiciones gracias a su incontrastada fuerza aérea. El mismo 3 de enero Montgomery lanzaba una contraofensiva desde el Norte, y el día 8 Model debía ordenar un rápido repliegue para evitar un encierro. Una semana después los alemanes habían desandado ya todo el terreno conquistado en su desesperada ofensiva, y se reproducía el cuadro del 15 de diciembre. Con la sola diferencia de que la *Wehrmacht* tenía ahora 120.000 hombres menos.

La ofensiva de Hitler estaba destinada a no ser sino un episodio más de la gran carrera entre la URSS y los aliados occidentales por la conquista de Berlín. La idea de que las fuerzas de Eisenhower se vieran estancadas en las proximidades del Rin agradaba sobremanera a Stalin, que ganaba así un tiempo precioso para su avance hacia el Oeste. Y el 12 de enero, mientras se extinguía sin remedio la última intentona del *Führer* en el Oeste y Eisenhower se demoraba en contraataques de carácter preponderantemente defensivo, tanto los alemanes como los aliados occidentales recibieron con estupor la noticia de que 180 divisiones del Soviet, la fuerza ofensiva más grande de la Historia, acababan de lanzarse al ataque en el área septentrional del frente ruso. Los episodios, las batallas singulares que se desarrollaron allí desde ese momento, pierden toda significación en medio de aquel colosal alud hu-

mano que de un modo incontenible anegaba en pocos días buena parte de Prusia Oriental, se desparramaba sobre el norte de Polonia, conquistaba Varsovia y el 27 de enero cruzaba el Oder para hacer pie en el territorio nacional del *Tercer Reich* a sólo 200 kilómetros de Berlín.



El *Reich* es invadido por el Este. En enero de 1945 fuerzas soviéticas hacen su entrada en Prusia Oriental.





El saldo de la terrible ofensiva aérea de los aliados sobre las ciudades alemanas fue de 600.000 civiles muertos. Escenas como ésta se repetían todos los días.

Sólo en ese momento, por primera vez, Hitler sorprende a sus colaboradores con la insinuación de un armisticio. Ese mismo 27 de enero, en una conversación con Goering y con Jodl, denota que sus últimos restos de esperanza no reposan ya en el potencial combativo de Alemania, sino en la vaga hipótesis de que los británicos mismos acaso busquen un arreglo con el *Reich* ante la oceánica irrupción bolchevique sobre Europa. Otro residuo de esperanza apuntaba a las afiebradas investigaciones atómicas que desde tiempo atrás había puesto en marcha el *Führer* y que, si se cumplían las previsiones originarias, ya debían andar cerca de producir, por fin, el "arma absoluta".

En la segunda quincena de enero se reanuda la ofensiva aliada en el Oeste y, aunque con menos celeridad que los soviéticos, va ganando terreno sostenidamente en su marcha hacia esa gran barrera natural que era el Rin, y en los primeros días de marzo avistan el río desde las colinas aledañas a la ciudad de Remagen. Había allí un gran puente ferroviario que conducía a la otra orilla, pero los aliados daban por sentado que lo hallarían hecho pedazos. Los sorprendió, en cambio, encontrarlo íntegro. Las cargas explosivas habían sido colocadas, pero el apremio, evidentemente, no había dado tiempo para la detonación. Poco después los oficiales germanos que habían cometido este descuido eran fusilados por orden del *Führer*.

## UNA LLUVIA DE FUEGO Y DESTRUCCIÓN

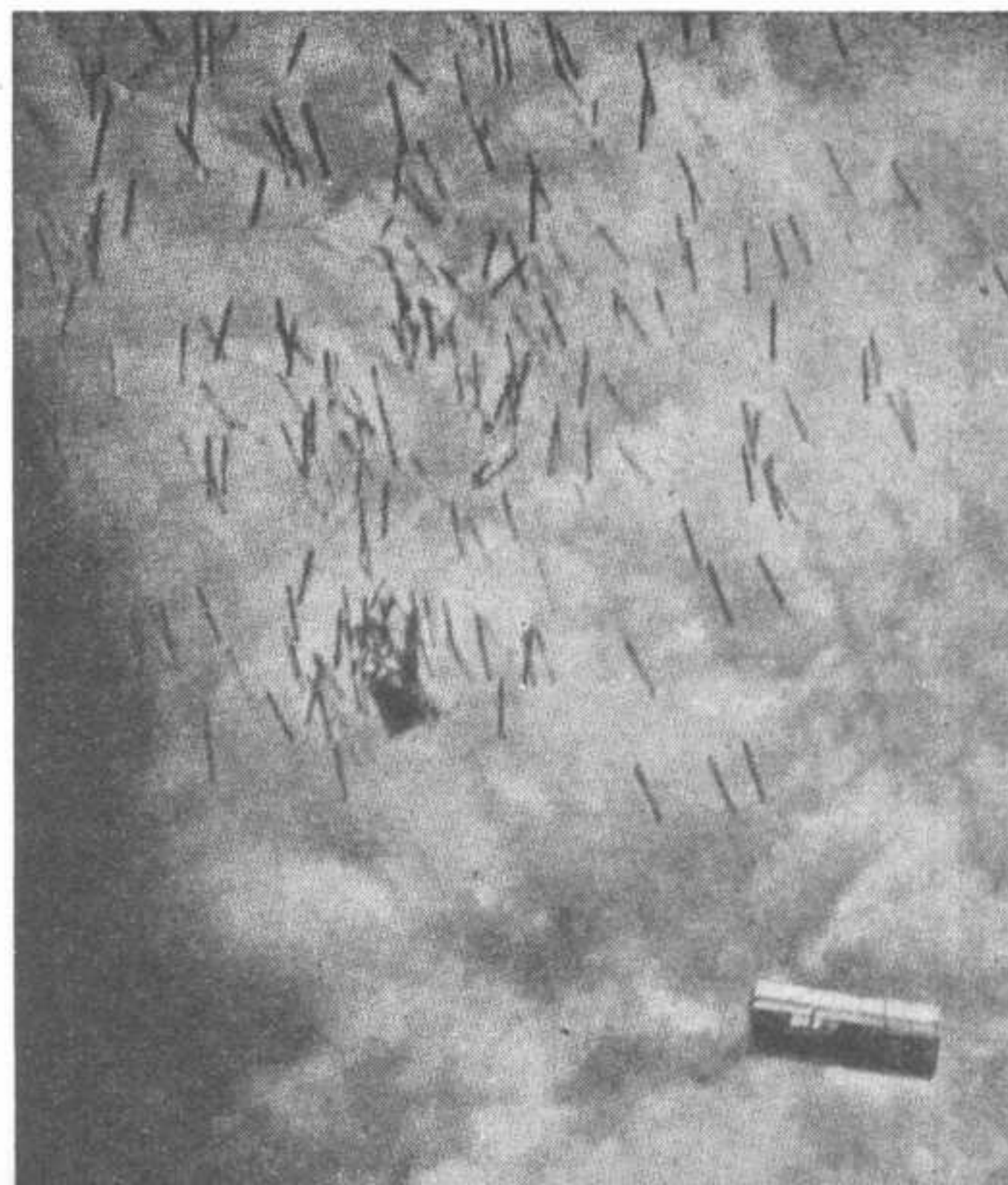
Los tanques aliados cruzaron el puente sin mayores dificultades y en pocas horas afirmaban una sólida cabecera de puente sobre la ribera oriental del Rin. A partir de ese momento, con Berlín bajo el alcance de la artillería soviética y el oeste del *Reich* despejado para una rápida penetración anglo-norteamericana, la vida interna de las esfe-

ras oficiales alemanas empieza a cobrar caracteres decididamente patológicos. Hitler ya tiene conciencia del fin y su afiebrada imaginación empieza a decorar la hecatombe con tonalidades vagnerianas y tétricas escenografías de las apocalipsis nórdicas. Puesto que era el fin, debía ser un Gran Fin. Un pueblo de Héroes no podía sobrevivir la derrota. Durante dos meses Hitler habría de dictar las medidas que bordearían este supremo suicidio de su raza. El 19 de marzo daba la orden de destruir todas las instalaciones militares y de destruir "todas las fábricas, las centrales eléctricas, los depósitos de agua, las fábricas de gas, los almacenes de alimentación y de ropas, todos los puentes, las vías de comunicación por agua o por rieles, todos los barcos, los trenes de mercancías y las locomotoras". Nadie, empero, osó cumplir esta orden terrible.

La realidad, por otra parte, se iba pareciendo cada vez más a estas enloquecidas imágenes hitlerianas del incendio final. Los *raids* aéreos de los aliados eran ya una siembra constante de llamas que había superado todos los límites imaginables. El 13 de febrero Dresde fue destruida en un ataque de proporciones que eclipsan la saña de Guernica y de Coventry. La ciudad estaba atestada de refugiados. No había casas que los contuvieran, y la gran marea humana inundaba las estaciones y las plazas públicas. Esa noche 10.000 bombas volaron total y minuciosamente todo el centro de Dresde mientras 650.000 bombas incendiarias trazaban un horrible cerco de fuego en el contorno suburbano de la ciudad. La enorme mayoría de los refugiados moría atrapada así entre dos círculos de fuego. Los pocos que lograron huir hacia los alrededores morirían poco después dentro de un tercer círculo de bombas incendiarias. Nunca pudo saberse cuántos muertos hubo. Los *identificados* fueron 29.000.

Y el martirio de Dresde se reproducía en Hamburgo, y en Colonia, y en Berlín. El último ataque a Colonia habría de dejarla prácticamente desintegrada, con cerca de 200.000 cadáveres bajo los escombros.

Las bombas aliadas llueven noche a noche sobre las ciudades alemanas, cuyas defensas son cada vez más precarias.







Ante la victoria inminente se reúnen en Yalta los "Cuatro Grandes". Allí hará Roosevelt sus mayores concesiones a Stalin.

## EISENHOWER DESVÍA SU MARCHA

El 4 de febrero volvían a reunirse en Yalta los "Tres Grandes". En la inminencia del triunfo final la conferencia revistió cierta espectacularidad, pero no tuvo, sustancialmente, otro resultado que el de confirmar los lineamientos sentados en Teherán. Roosevelt pareció desentenderse de todo problema político concreto posterior a la guerra y sólo hizo hincapié en el compromiso soviético de atacar al Japón. El futuro ordenamiento del mundo quedaba diluido en el ideal abstracto de las Naciones Unidas, al que Stalin, desde luego, reiteró sin dificultades su entusiasta adhesión. La única novedad en comparación con Teherán fue la actitud ya más resignada de Churchill.

Pero las discrepancias entre británicos y norteamericanos habrían de reaparecer luego, al margen de la conferencia. Franqueado el Rin, las fuerzas de Eisenhower tenían despejado ya el camino hacia la capital del *Reich*. Y por momentos pareció que el comandante supremo emprendería resueltamente este camino cuando ordenó el avance hacia el Elba. Mientras las operaciones seguían este curso coincidían sustancialmente con la estrategia de Churchill, apuntada a limitar en todo lo posible la expansión del Ejército Rojo sobre Europa. Pero cuando el IX ejército norteamericano alcanzó el Elba, el 11 de abril, Eisenhower alteró de pronto su esquema de operaciones y optó por extender sus fuerzas a lo largo del río con vistas a encontrarse con los rusos en las proximidades de Dresde. La idea era marchar luego con el Ejército Rojo rumbo a Baviera a fin de copar el último reducto defensivo que, según la propaganda de Goebbels, tenía preparado Hitler para resistir indefinidamente. Churchill jamás había creído que este legendario "reducto" fuera otra cosa que una muestra más de la mitológica imaginación nazi, y la perspectiva de que Eisenhower regalara Berlín a los rusos por lanzarse a la conquista de este fantasmagórico bastión final del hitlerismo llenaba de indignación al primer ministro británico. En efecto, un documento alemán detectado por los servicios de inteligencia norteamericanos describía el inexpugnable reducto en los siguientes términos: "Allí, defendidos por la naturaleza y por las armas secretas más mortíferas que jamás se hayan inventado, los jefes de Alemania se reunirán para organizar el levantamiento del país; fábricas subterráneas asegurarán la producción de armamento e inmensas cavernas conservarán *stocks* de avituallamiento y de equipos

militares. Unidades especialmente seleccionadas de hombres jóvenes escogidos serán lanzadas a la guerrilla, para constituir todo un ejército clandestino para liberar después a Alemania de las fuerzas de ocupación".

## EN PLENA LOCURA

En la capital alemana, entretanto, los jefes del nacionalsocialismo, inexorablemente acorralados, se sumen en horas de desenfundada demencia. En los primeros días de abril, fracasados todos los planes militares, las brillantes estrategias, todos los recursos más o menos racionales del comportamiento bélico alemán, Hitler y Goebbels se abisman en el ocultismo. Acosada por los rusos al Este, las fuerzas de Eisenhower al Oeste y los infernales *raids* aéreos sobre sus cabezas, la vida de estos hombres cobra poco a poco matices cavernarios, y el viejo culto por la ciencia y por las armas más modernas del mundo se disuelve en sombrías tardes de alquimia y de brujería. Berlín está sitiada por el fuego, y en los sótanos de la Cancillería, Hitler y Goebbels se inclinan sobre las hojas amarillentas de viejos horóscopos. Los comparan, descifran signos, buscan respuestas en los astros con la misma seriedad con que en los Estados Mayores se dibujan estrategias sobre los mapas. Y llegan a sorprendentes conclusiones. Los signos apuntan a un giro del Destino en abril, en ese horrible abril que están viviendo. Esta visión mágica de los hechos se traduce en las reuniones del Cuartel General, y el día 12 severos mariscales oyen decir a Goebbels que "el Cambio era inminente". No lo señalaban accesibles razones estratégicas sino "la Lógica de la Historia y de la Justicia". Y el día siguiente, un viernes 13 cargado de simbolismos, la Historia responde a la expectativa embrujada del *Führer* y se produce el Milagro. La voz de Goebbels truena por el teléfono con la noticia de que Franklin D. Roosevelt ha muerto, y al otro extremo del hilo Hitler se abandona por entre sus temblores y las primeras babas del mal de Parkinson a un frenesí místico que lo lleva a glorificar esta epifanía del "Ángel de la Historia, cuyas alas ya vibran en torno nuestro".

Cuatro días más ruedan sobre los sótanos de la Cancillería, y las avanzadas soviéticas de Zúkhov llegan a los arrabales de Berlín. Comenzaba así la historia de una nueva Stalingrado, con sus combates en las barricadas, en los techos y en los zaguanes. Berlín era defendida pulgada por pul-



gada. El 20 de abril los rusos han ganado apenas unas pocas manzanas, y la lucha sigue confinada en las ruinas del suburbio. Bajo la Cancillería, que se derrumbaba, el *Führer* celebraba su cumpleaños en el sótano. A su lado se hallaban, juntos por última vez, Goering, Goebbels, Bormann, Himmler, Ribbentrop, Keitel, Jodl, Krebs y Doenitz. Hitler se mostraba alegre. Confiaba aún en el milagro que haría de Berlín el teatro de la definitiva derrota bolchevique. Más realistas, Goering, Himmler y Ribbentrop huirían de Berlín después de la ceremonia. Sólo el *Führer*, y acaso Goebbels, creen en la contraofensiva que debía lanzar Steiner dos días después. El día 22 Steiner desaparece del escenario y el contraataque no da señales de haber sido preparado siquiera. Recién entonces Hitler sucumbe a la evidencia de la derrota, y en los días sucesivos, con algún raro paréntesis de euforia, no hará otra cosa que disponer el ritual de su propia muerte.

### EL FIN DE MUSSOLINI

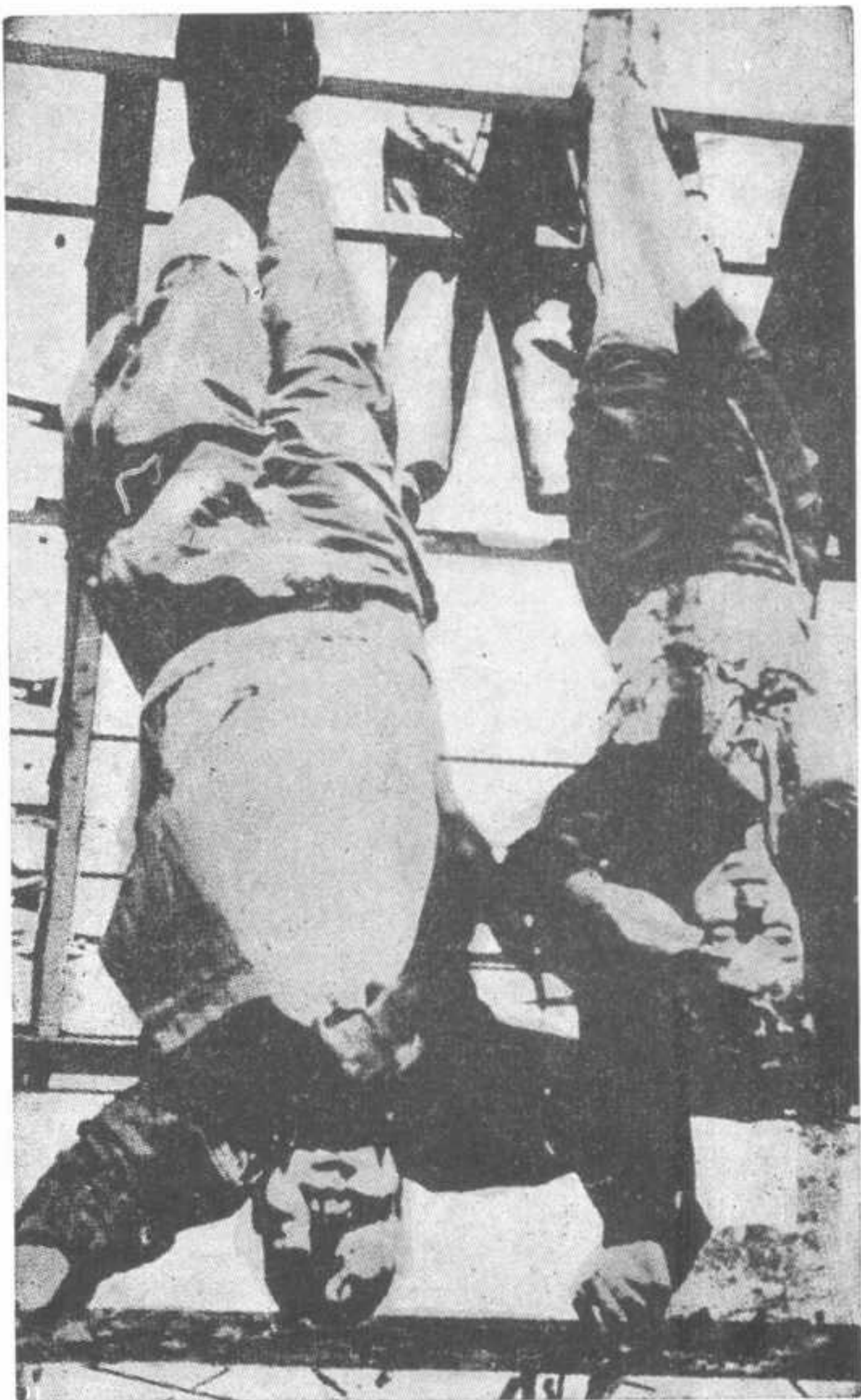
El día 26, mientras el V ejército norteamericano ocupa Parma y Verona, los *partigiani* se sublevan en el norte de Italia e inician para la península sus tres días más sangrientos de la guerra. Milán, Turín y Génova caen en manos de los sublevados, y la República de Saló se deshace en una orgía de sangre que cuesta 300.000 vidas entre fascistas y antifascistas. Mussolini trata de huir hacia Suiza con un uniforme alemán. Cerca de la frontera, en Dobbiaco, un grupo guerrillero conducido por Walter Audisio ("coronel Valerio") lo reconoce y lo captura. El *Duce* pasará una noche junto con su amante, Claretta Petacci, encerrado en un dormitorio aldeano, con dos centinelas a la puerta. A la madrugada del 29 "Valerio" los despierta, les ordena vestirse y los embarca en un vehículo que sale velozmente a campo abierto. Unas horas después se detiene, y los cautivos son obligados a descender frente a un muro. Claretta es la primera en advertir lo que está ocurriendo, y cuando dos ametralladoras se levantan en dirección al *Duce* ella se corre a cubrirlo con su cuerpo y cae acribillada. Un segundo después caía Mussolini con las manos extendidas hacia adelante. Esa misma noche los dos cadáveres son llevados a Milán y colgados cabeza abajo en la plaza Loreto entre muchedumbres ennegrecidas que los cubrían, casi ritualmente, de escupitajos.

Allá en Berlín las noticias sobre la muerte de Mussolini cayeron como un golpe de gracia sobre el *bunker* subterráneo de la Cancillería. Acababa de celebrarse allí una lúgubre ceremonia. Decidido ya a morir, el *Führer* quiso prolongar su funeral inminente con una boda. Eva Braun, su bella y sufrida amante, había acudido a compartir con Hitler el supremo sacrificio, y él le retribuía con un gesto póstumo su formalidad. Los casó un funcionario municipal recogido de la calle por Goebbels. La ceremonia transcurrió en silencio, pero luego la tensión se aflojó por unas horas bajo los efectos del champán, y la macabra reunión se abandonó a recuerdos más alegres. A la tarde el *Führer* redacta su testamento político, en el que carga la responsabilidad de la guerra sobre el judaísmo internacional, insinúa un repudio a la cobardía de los generales, expulsa del

Partido a los "traidores" Goering y Himmler, los desertores de última hora, e imparte al pueblo alemán una última y poco convencida consigna de resistir "a ese envenenador de naciones que es el judío". Por último designa como su sucesor al almirante Doenitz. Luego, al caer la tarde, la noticia de la muerte del *Duce* lo sorprende redactando su testamento personal.

### EL FIN DE HITLER

Cuando deja por fin la pluma la tensión ha renacido en el *bunker*, y cada gesto del *Führer* ha de añadir una nota tétrica a la agobiadora atmósfera subterránea. El primero de estos gestos es el de matar a sus tres perros. El segundo, el de distribuir entre sus fieles ampollas de veneno.



Una noticia que tuvo sobre el *Führer* efectos demolidores. Benito Mussolini acababa de ser ejecutado junto con su amiga, Claretta Petacci. Los cadáveres de ambos fueron colgados en la plaza Loreto de Milán.

Ordena luego la destrucción de los documentos. Ha caído ya la noche, y el silencio pesado y casi palpable que reina en el *bunker* destaca los impactos soviéticos, allá arriba, sobre la vieja Cancillería. Hitler y Eva Braun se han retirado a su habitación privada y, afuera, los demás ocupantes del *bunker* están como petrificados, con el oído tendido a la pesca de cualquier ruido que pueda provenir de la estancia. A las 2 de la mañana —ya es el 30 de abril— Hitler reaparece un momento. Lloro ahora con insólita serenidad y, uno



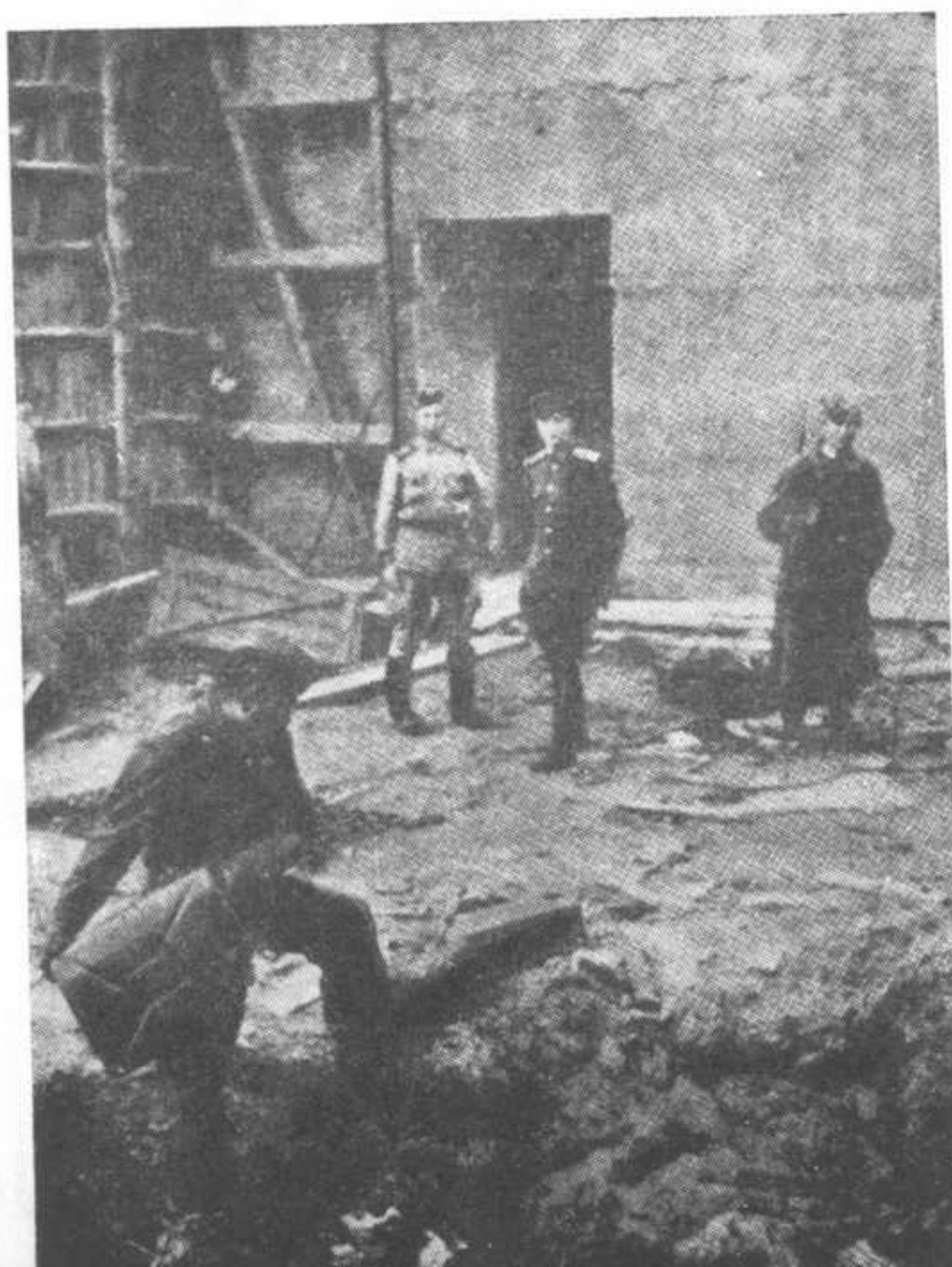
por uno, se despide de sus amigos. Y vuelve a desaparecer en las penumbras de su cuarto, dejando a sus espaldas un puñado de hombres y mujeres que creen enloquecer si no pasa algo, si no hacen algo. Y entonces alguien pone un disco, y de pronto todos se levantan de sus asientos y bailan. En cinco minutos el sótano funerario se ha convertido en un salón de fiesta, y el ruido y los corchos del champán y las frenéticas risas ahogan los estampidos rusos y el drama programado para esa noche en la estancia del *Führer*. Hitler sale un par de veces para pedir silencio, como un vecino con jaqueca que quiere dormir, pero nadie le hace caso. El escenario wagneriano se ha roto y el Ocaso de los Dioses desciende a grotescas situaciones de *vaudeville*.

Cuando amanece el jolgorio se extingue. Hitler ha tenido el buen gusto de aguardar circunstancias más serias para su propia inmolación y reaparece para ordenar a su chofer que consiga 200 litros de nafta. La mañana transcurre con agobiadora inactividad, y al mediodía el último almuerzo reúne otra vez a los líderes del nacionalsocialismo. Una breve sobremesa reproduce los instantes de rememoración vividos por el grupo el día anterior. A las 15 horas se reiteran las despedidas, y 30 minutos después se escuchan dos disparos de pistola en la habitación del *Führer*. Todos corren a la estancia y encuentran a Hitler con la cara destrozada. Eva Braun agonizaba con una ampolla vacía a su lado.

Los cadáveres fueron llevados al jardín e incinerados. Veinticuatro horas después una ceremonia similar consumiría los cadáveres de Goebbels, su esposa y sus seis hijos. Los demás optaron por huir y desaparecieron de la Historia por los túneles de la Metropolitana berlinesa. Algún testigo aseguraría haber visto a Bormann y a sus acompañantes morir bajo una bomba de obús, pero la duda quedaría en pie como el último misterio del *Tercer Reich*.

Los días que siguieron sólo habían de registrar las vicisitudes administrativas del derrumbe. Doe-

Lugar de la Cancillería donde se presume que fueron incinerados los cadáveres de Hitler y Eva Braun.



nitz, el nuevo *Führer*, sólo podía usar su estrecho margen de acción para procurar que fuera Eisenhower y no Zukhov el que capturara la mayor parte de los efectivos sobrevivientes del *Reich*. Entre el 4 y el 6 de mayo se desarrollaron, por intermedio del general Jodl y del almirante Friedeburg, intentos supremos de lograr un armisticio decoroso. En la madrugada del 7 Jodl y Friedeburg suscribían la "rendición incondicional". Los otros firmantes eran el general Susloparov por la URSS, el general Bledell Smith por Gran Bretaña y los Estados Unidos y el general Sevez por Francia.

El *Tercer Reich* había muerto.

## EL CERCO SE ESTRECHA SOBRE JAPÓN

Como solitario sobreviviente del Pacto Tripartito quedaba en pie el Japón. Los Estados Unidos venían sosteniendo contra ella, saltando de isla en isla, una guerra sorda y gris, de un heroísmo inigualable por momentos, pero sin espectacularidades, sin grandes episodios para alimentar las habituales iconografías históricas. Sólo el monótono hormigueo de los *marines* por las selvas, y el infinito cúmulo de luchas individuales entre el rubio muchacho de barrio y el adversario amarillo descolgado de las ramas o emboscado en la espesura.

En todo momento los japoneses opusieron una fanática resistencia, sujeta también en ellos al honor místico de no ceder un palmo y de pelear hasta la muerte. Así perdieron, a mediados de 1944, 31.000 hombres en las Marianas, donde la última señal de vida japonesa fue, el 9 de julio de ese año, el *hara-kiri* del almirante Siato, encargado de la defensa. Poco después caían en iguales condiciones de lucha Tinian y Guam, mientras los ingleses extinguen los últimos restos de resistencia en la India y cruzan la frontera de Birmania.

En setiembre de ese año los norteamericanos se fijan un objetivo mayor: la reconquista de las Filipinas. El camino queda despejado para esta operación por una gran victoria naval de los Estados Unidos en las aguas que separan las Filipinas de Nueva Guinea. Inesperadamente, el desembarco en las Filipinas se produce sin tropezar con mayor resistencia, y hacia fines de octubre el presidente filipino, Osmeña, puede instalar su gobierno en la capital de Leyte, Tacoblán. Para entonces el avance general de los norteamericanos sobre el círculo de islas centrado en el Japón ha suministrado a las fuerzas de la Unión bases suficientes para atacar por aire el territorio metropolitano del Mikado. Gradualmente crece sobre el Japón la tormenta de los *raids* aéreos que ya llevaban destruidas las ciudades más importantes de Alemania. Sobre todo favorecía a los norteamericanos la superioridad de su poderío naval y aéreo, que se hizo abrumadora tras la batalla naval librada entre Nueva Guinea y las Filipinas, de efectos aniquiladores sobre lo mejor de la flota y de la fuerza aérea japonesas. A partir de ese momento el Japón echaría mano a recursos desesperados y haría sobrehumanos derroches de heroísmo que resultarían inexplicables sin una convicción fanática y un desorbitado misticismo bélico. Ya en esa batalla habían intervenido con éxito los legendarios *Kamikazes*, o pilotos suicidas; pero



a medida que la guerra se acercaba a su fin, los *Kamikazes* ascienden gradualmente a un papel central y protagonista de la lucha contra los Estados Unidos.

En enero de 1945 los norteamericanos desembarcan en Luzón y los ingleses consiguen notables éxitos en Birmania, donde un mes más tarde cortarán la comunicación ferroviaria entre Rangún y Mandalay. Nueva Guinea, las Salomón y Nueva Bretaña son escenarios de sangrientos combates en los que ambos bandos sufren enormes bajas, pero es siempre el Japón el que, lentamente, va perdiendo terreno. Hacia fines de febrero caen Bataan y Corregidor, y Tokio sufre su mayor ataque aéreo de la guerra.

Ya en abril la suerte del Mikado parece sellada, y el territorio metropolitano japonés es ya un foco de acorralamiento similar al que protagoniza en esos momentos lo poco que queda de Berlín. Culmina la campaña de Birmania, y los norteamericanos desembarcan en Okinawa. Cuando capitula el *Reich* el Japón ya ha perdido, o se halla en vías de perder, Birmania, Borneo, Nueva Guinea, Iwo Jima, Okinawa, las Salomón, las islas Orientales Holandesas. El cerco se ha estrechado enormemente, y el Mikado no puede abrigar esperanzas de alejarlo. Ahora, prácticamente, sólo quedan Formosa y el Japón mismo como próximos objetivos de desembarco. Las fuerzas imperiales han sufrido bajas incalculables. Han perdido el grueso de su flota y casi toda su aviación. Sólo su ejército de tierra conserva algún vigor, a pesar de haber perdido ya un millón de hombres. Para empeorar la situación las bases de Okinawa permiten ahora ataques aéreos continuos y masivos a las principales ciudades japonesas. En Tokio uno solo de los *raids* provocó la muerte de doce mil personas dentro de un circuito de treinta kilómetros cuadrados que fueron incendiados totalmente. Bombardeos parecidos sufrieron las ciudades de Yokohama, Osaka, Kobe y Nagoye. Un informe oficial japonés informaría luego, al finalizar la guerra, que los bombardeos norteamerica-

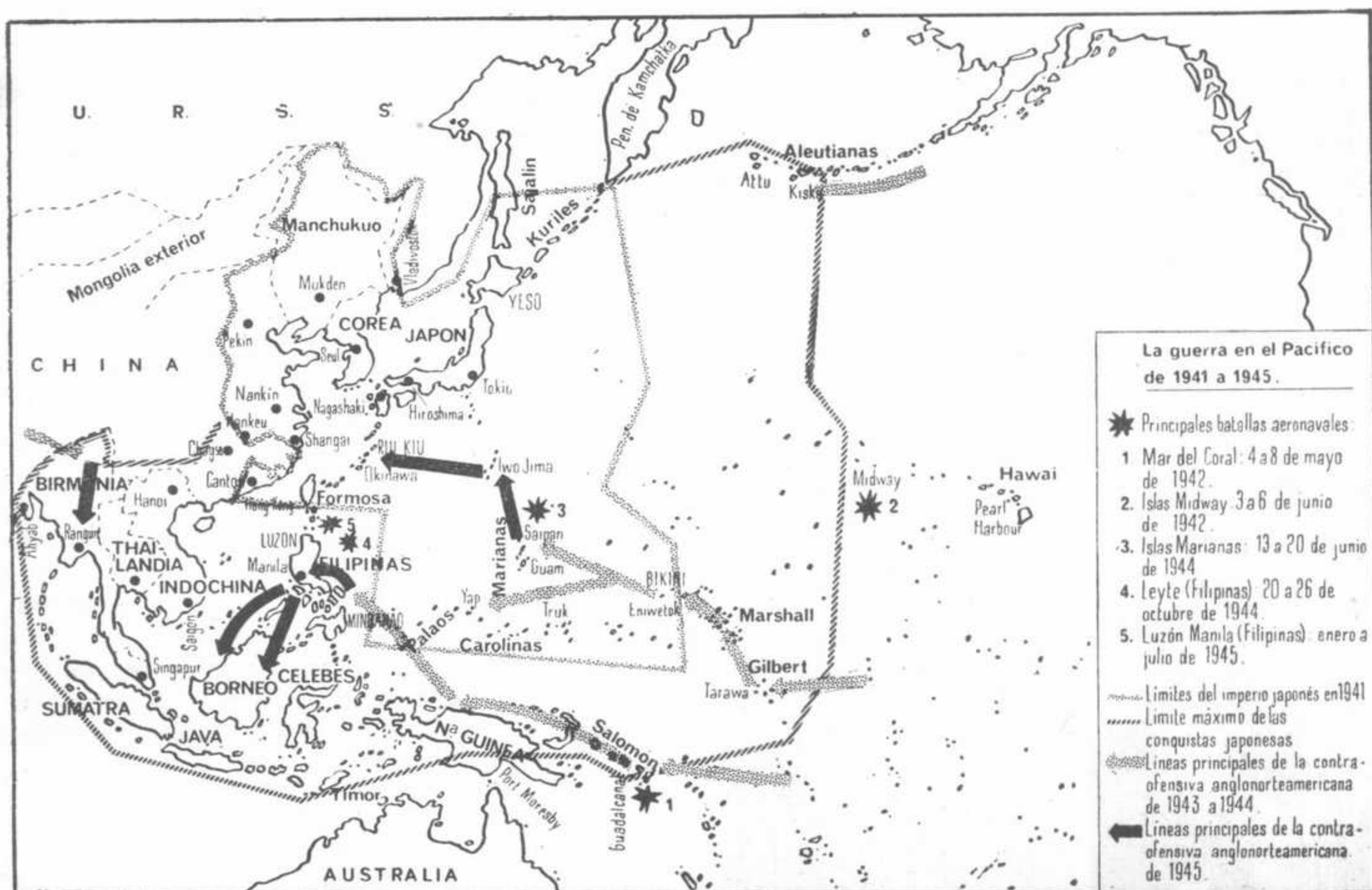


9 de mayo de 1945. El mariscal Keitel firma la capitulación del Tercer Reich. Esta vez, Alemania no se rinde en un vagón.

nos sobre el territorio metropolitano habían matado 260.000 civiles, además de herir a 412.000 y de dejar sin casa a 9.200.000.

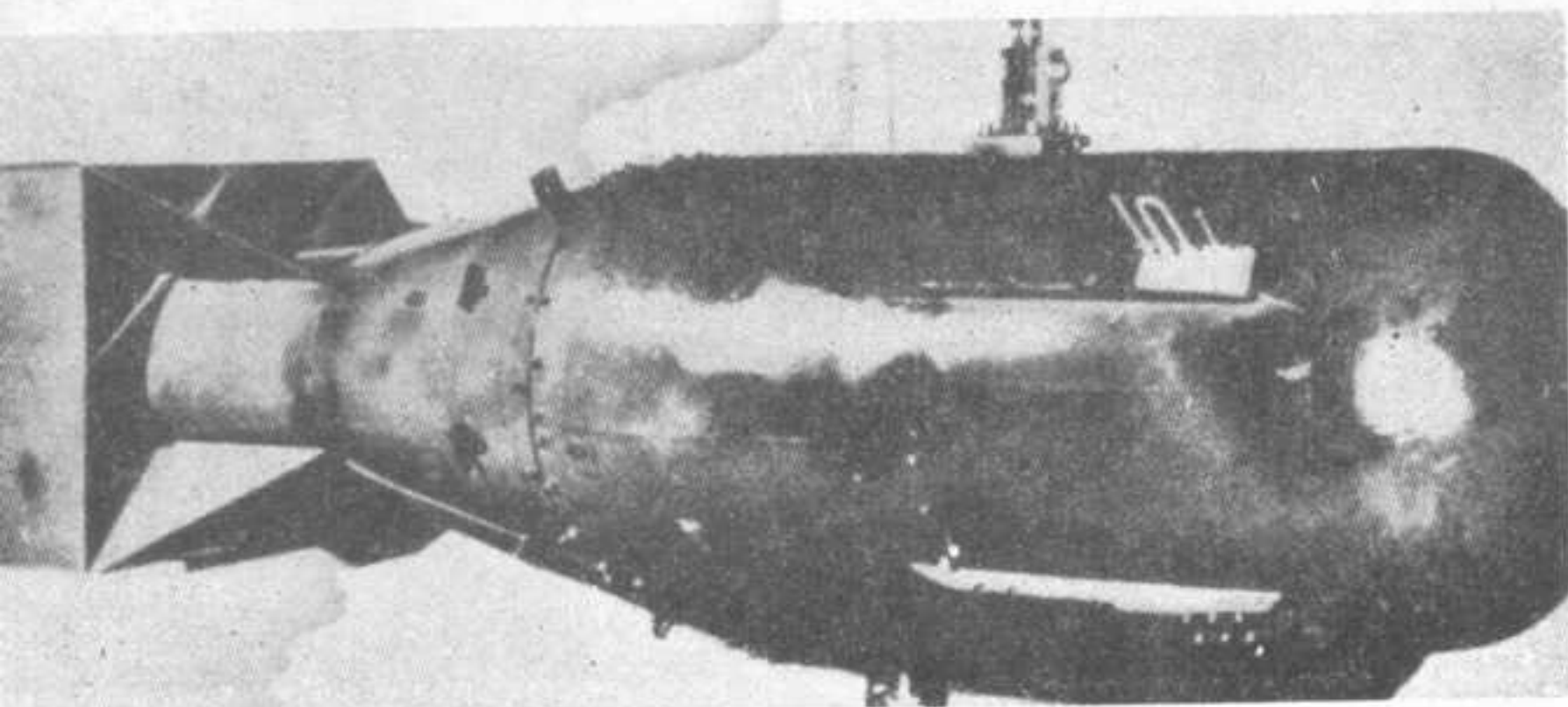
A fines de mayo poco o nada quedaba por hacer fuera de invadir el Japón. Con todo, Truman, el nuevo presidente norteamericano, vacilaba ante esta perspectiva. Las horribles experiencias que habían hecho los norteamericanos frente a los 120.000 japoneses que defendían Okinawa, los 22.000 que defendieron Iwo Jima, los 16.000 de Tarawa eran un pavoroso indicio de lo que les esperaba frente a los 4.000.000 de soldados que custodiaban su territorio patrio. La guerra europea, con toda su crueldad y su salvajismo, jamás había ofrecido escenas similares a las que entre los japoneses era una diaria rutina de combate. Cada soldado japonés luchaba con la ferocidad del hombre que ha quemado sus naves, que no prevé huidas y capitulaciones; sólo la victoria o la muerte. Ni un solo prisionero japonés fue capturado por los norteamericanos en Biak, y sólo 900, en su mayoría coreanos y formoseños, fueron tomados en las campañas de Tarawa, Eniwetok, Kwajalein y Guam. Al completar la ocupación de Saipán los invasores hallaron alineados los cadáveres de toda la oficialidad japonesa, cuya última

La guerra en el Pacífico.

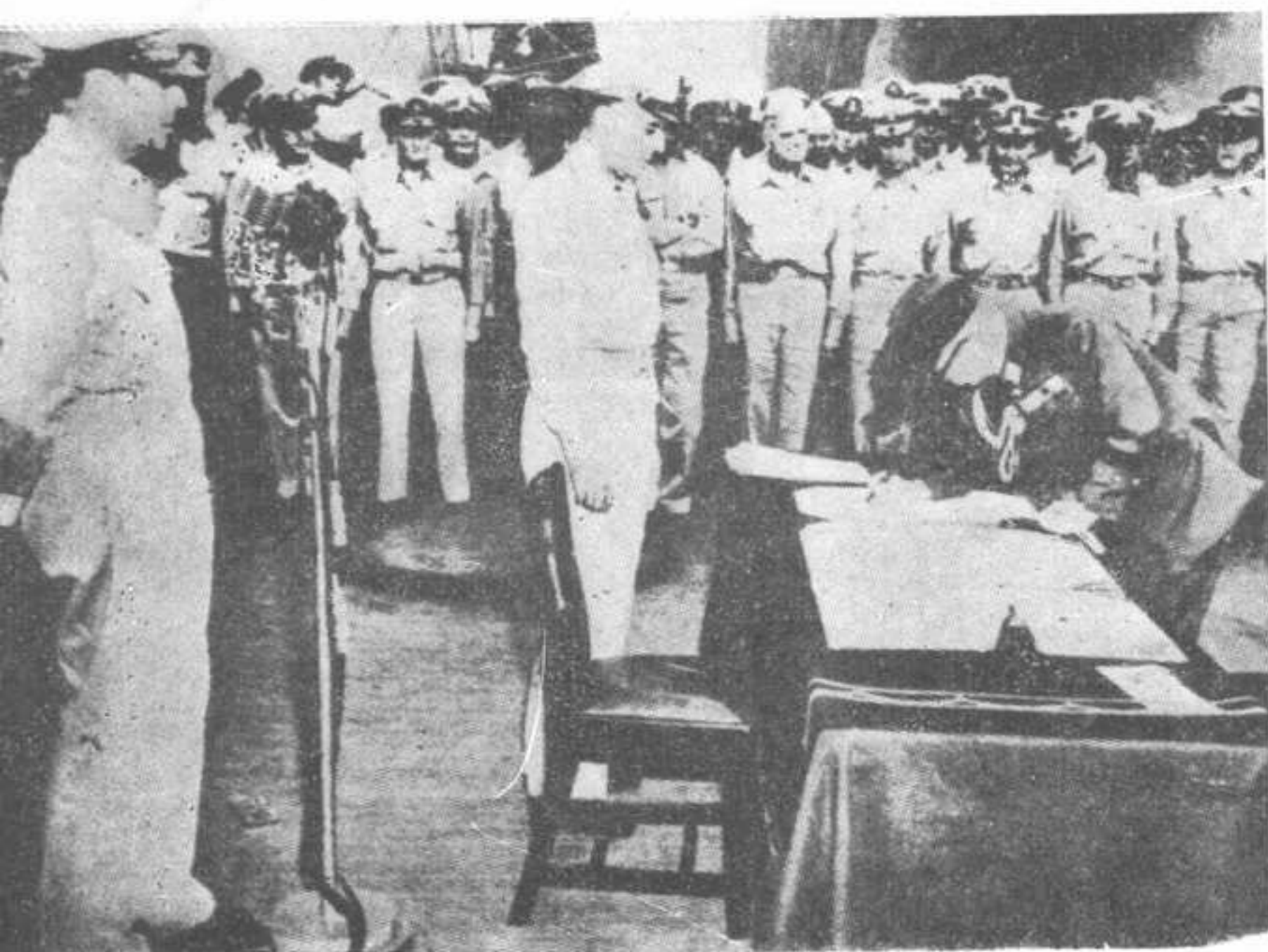




hazaña había sido un *bara-kiri* en masa. En algunos lugares los sobrevivientes de la resistencia japonesa se parapetaron en cuevas decididos a lu-



La primera bomba A de la Historia. Ella sola mató a cerca de 100.000 personas. Los norteamericanos la apodaron, con macabro humor, "Hiroshima Little Boy".



Tres meses después que Alemania, el Japón suscribía la rendición incondicional.

char hasta el final. Los norteamericanos no se ocupaban de desalojarlos. Sabían que no iban a salir, pero que a la postre perecerían de hambre. Ni uno solo de estos defensores a muerte se entregó. En las cavernas de Biak los norteamericanos descubrieron con horror que para mantener con vida a un puñado de hombres que resistieran hasta el final, el último núcleo de defensores se había devorado a los restantes. A cada paso las fuerzas de la Unión veían ancianos, mu-



El presidente Truman, sucesor de Roosevelt, asume la responsabilidad de inaugurar la guerra atómica.

jes y niños que se despeñaban voluntariamente por peñascos y acantilados antes de caer bajo la ocupación de los invasores. En el Japón estos horrores se multiplicarían por mil, y la Unión tendría que pagar por su triunfo un precio superior a todas las previsiones.

## LA BOMBA ATÓMICA PONE FIN A LA GUERRA

El gobierno japonés, empero, tuvo a la postre una actitud bastante más razonable que lo que tales episodios permitían esperar. A mediados de junio, cuando la evidencia de la derrota era incontestable, el Mikado inició sondeos de paz. Este comportamiento fue precipitado, entre otras razones, por la decisión soviética de denunciar el pacto de no-agresión suscripto entre Tokio y Moscú cuatro años atrás.

Y entonces ocurrió algo inesperado. El canciller Togo había tocado dos vías para iniciar las negociaciones de paz: el embajador soviético, Jacobo Malik, y el sueco, Widel Bagge. Y sin embargo ni uno ni otro parecía tener éxito en lograr el contacto que se comprometieron a gestionar con los Estados Unidos. La misión rusa se desarrolló con desesperante lentitud, y durante dos meses los funcionarios diplomáticos de la URSS se hallaron invariablemente enfermos o ausentes toda vez que el gobierno nipón apremiaba al Kremlin en busca de resultados concretos. Otro tanto ocurría con la gestión sueca, también jalonada de enfermedades diplomáticas y de misteriosos desencuentros. Aparentemente en ningún lugar se hallaba un representante diplomático norteamericano que estuviera dispuesto a recoger las propuestas japonesas. ¿Qué estaba ocurriendo? Todo parecía indicar que ni el Soviet ni la Unión tenían interés en concretar la paz. Cabía presumir que la URSS, decidida ya a intervenir en la guerra, deseara la mayor prolongación posible de la misma a fin de ocupar una cantidad de territorio que excediera las concesiones anglo-norteamericanas de Teherán y de Yalta. Tal era, por lo menos, la sospecha que al cabo de un tiempo cobró cuerpo en esferas oficiales japonesas. Pero, ¿y los Estados Unidos? ¿Ganaban algo con que la desesperada diplomacia japonesa rodara sin éxito más de dos meses por el mundo en busca de alguien ante quien rendirse?

El enigma quedaba aclarado el 6 de agosto de 1945, cuando la superfortaleza "B-29" de los Estados Unidos descargó sobre Hiroshima una de las dos bombas atómicas que tenían ya los Estados Unidos, y cuya construcción había culminado pocos días antes. La otra fue lanzada el día 9 sobre Nagasaki. Ambas tuvieron una fuerza equivalente a 20.000 toneladas de TNT y sembraron la destrucción total en un radio aproximado de 6 kilómetros. En Hiroshima murieron en el acto 92.000 personas, y varias decenas de miles quedaron condenadas a morir lentamente por efecto de las radiaciones. Entre uno y otro ataque el Ejército Rojo irrumpió en Manchuria sobre el filo de una precipitada declaración de guerra remitida a Tokio por Molotov.

Entonces se acabaron los desencuentros diplomáticos, y en menos de una semana se suscribía un acuerdo de capitulación entre los Estados Unidos y el extinto Imperio del Sol Naciente. El día



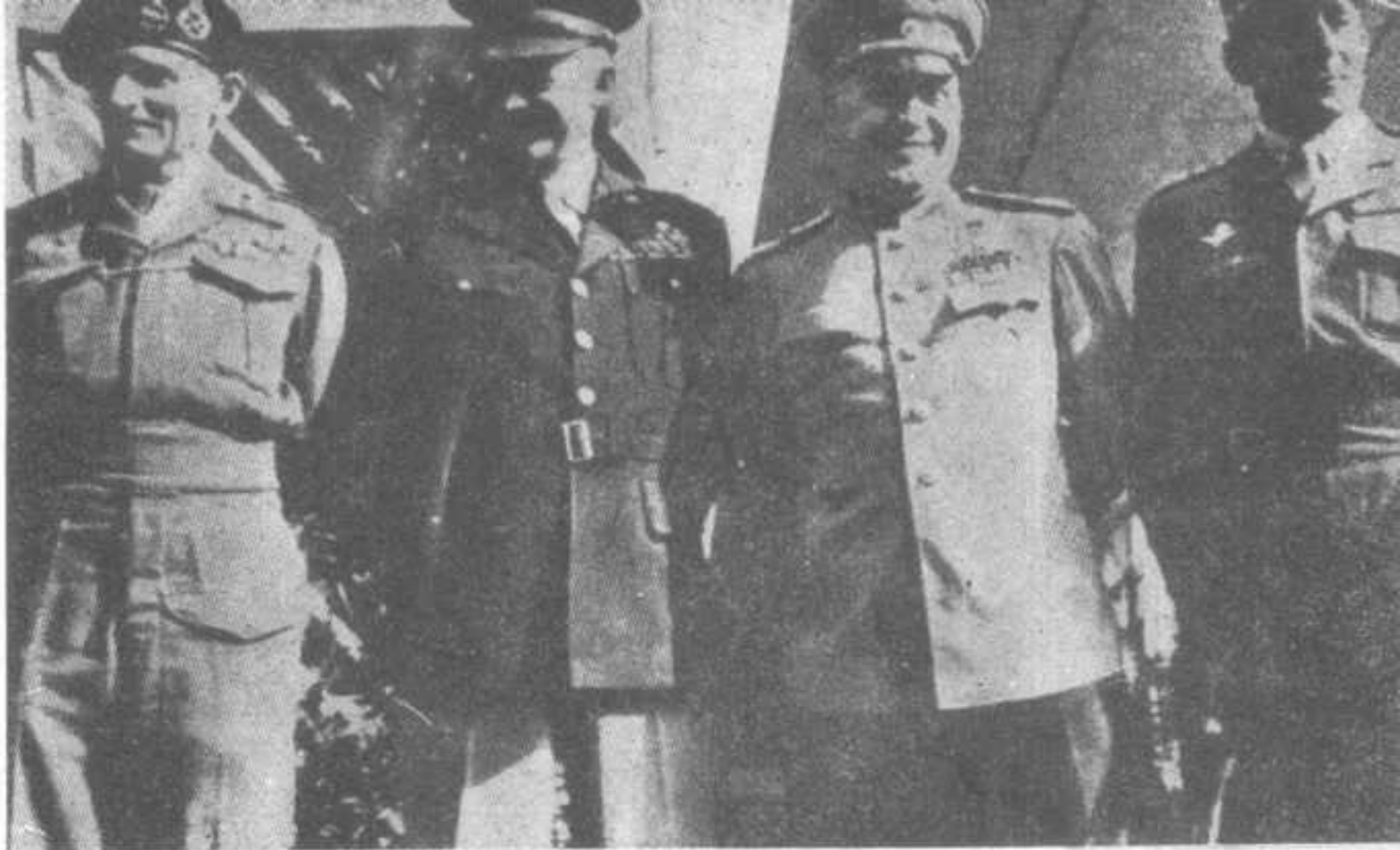
15 el emperador Hirohito anunciaba por radio la rendición. Mientras lo hacía, una multitud de oficiales, arrodillados frente al Palacio Imperial, se hundían en el vientre el sable glorioso de los *samurais*.

A tres meses de la caída del *Reich* sucumbía así el Mikado. La guerra culminaba con los dos primeros trazos, paralelos y simbólicos, de la contienda fría que iba a desarrollarse a partir de entonces entre los dos nuevos colosos. La URSS proseguía su avance sobre Manchuria sin detenerse por el detalle de que ya se hubiera firmado el armisticio y los Estados Unidos habían logrado, en los umbrales de una paz fríamente demorada, hacer una demostración de su poderío atómico ante el Kremlin. La muerte sembrada en Hiroshima y en Nagasaki fue a la vez el último episodio sangriento de la Segunda Guerra Mundial y el primer episodio de una nueva carrera armamentista.

### SOBRE LAS RUINAS DE BERLÍN NACE LA GUERRA FRÍA

Mientras las tropas aliadas seguían internándose en territorio alemán una sensación de alivio se extendía sobre los pueblos del mundo. La guerra evolucionaba vertiginosamente hacia su fin, y una ilusión sepultada veinte años atrás renacía tímidamente entre los vencedores: el fin de todas las guerras. Sobre las huellas de Wilson, Roosevelt dibujaba su proyecto de las Naciones Unidas, un organismo internacional que debía ser el gran Senado del mundo en el que los conflictos entre naciones se diluyeran pacíficamente en un cordial debate parlamentario. Muy pocos sabían que ya entonces, bajo el sonriente compañerismo que exhibían en su fachada exterior las potencias aliadas, se incubaba una guerra distinta, inusitada, que llenaría de sobresaltos otro agitado período de la historia humana: la *guerra fría*.

Todo comenzó, precisamente, con la invasión de Alemania. Ya existía entre las potencias aliadas un criterio formado sobre el carácter conjunto que habría de adoptar más adelante la ocupación del *Tercer Reich*. Pero no había una idea clara sobre la forma en que habría de concretarse este propósito. En setiembre de 1944 las potencias aliadas suscriben el primer documento concerniente al tema. En él se acuerda subdividir el territorio alemán en distintas zonas de ocupación, sin mayores especificaciones sobre su distribución y delimitación. Sólo se aclara que Berlín quedaría excluida de esta partición y que, cualquiera que fuera la zona que la abarcara, quedaría sujeta a un gobierno administrativo en el que tendrían participación conjunta todas las potencias vencedoras. La visible resistencia de los países aliados a fijar de antemano las áreas de ocupación era ya un indicio de que, a la postre, la determinación de aquéllas quedaría librada a las situaciones de hecho que habrían de producirse como resultado del avance simultáneo del Ejército Rojo y de los aliados occidentales sobre el territorio alemán. Resultaba obvio, entonces, que tales avances habrían de revestir en adelante un profundo sentido de rivalidad. Cada potencia aspiraría a tener bajo su control la mayor cantidad posible de territorio ocupado cuando llegara la hora de formalizar la distribución de zonas.



Sonrientes pero rivales. Montgomery, Eisenhower, Zukov y De Lattre de Tassigny tardan en ponerse de acuerdo sobre la distribución de las respectivas áreas de ocupación en Alemania.

En julio de 1945 se resuelve dar participación a Francia en la ocupación de Alemania y se le extiende una formal invitación en tal sentido. En Potsdam, por fin, las potencias aliadas se allanan a discutir los límites y las magnitudes de las respectivas zonas. Y Alemania queda dividida de la siguiente manera: una *zona soviética* de 109.180 km<sup>2</sup> y 17.313.734 habitantes en el área oriental de Alemania; una *zona norteamericana* de 107.459 km<sup>2</sup> y 17.254.945 habitantes en el Sudoeste; una *zona británica* de 97.699 km<sup>2</sup> y 22.302.50 habitantes en el centro del área occidental, y una *zona francesa* de 40.789 km<sup>2</sup> y 5.052.555 habitantes en el norte de la misma área. Berlín queda incluida geográficamente en la zona rusa, pero se dispone que su gobierno ha de ser desempeñado por una *Kommandantur* interaliada cuyos miembros serían los comandantes de los cuatro ejércitos de ocupación.

Con todo, el acuerdo de Potsdam no apuntaba, aparentemente, al desmembramiento de Alemania en cuatro unidades administrativas distintas. La subdivisión del país en zonas tenía un puro carácter militar, pero Alemania seguiría siendo una unidad política y administrativa. Y en tal sentido se dispuso que las distintas potencias no desempeñaran gobiernos independientes en sus respectivas zonas de ocupación, sino que confluyeran en una Comisión Interaliada de Control destinada a funcionar como gobierno conjunto de todo el país. Con el mismo criterio se resolvió que Alemania siguiera siendo bajo la ocupación "una sola entidad económica", sin discriminaciones monetarias o aduaneras internas.

Como podía preverse, esta distribución respondía *grosso modo* a las áreas ya ocupadas de hecho por las distintas potencias, de suerte que no hubo mayores problemas en lo concerniente a la redistribución de tropas. Sólo Berlín quedaba fuera de este esquema. La habían ocupado los rusos, y para concretar la ocupación conjunta acordada en Potsdam los aliados occidentales debían *ir a Berlín*; es decir, modificar una situación de hecho. Y aquí comenzaron las dificultades. Había que resolver problemas técnico-militares antes de concretar el traslado de tropas y, curiosamente, los soviéticos nunca parecían disponibles para tratar el tema. El 5 de junio se trasladan a Berlín, Eisenhower, Montgomery y De Lattre de Tassigny para discutir con el mariscal Zuhkov las modalidades del ingreso anglo-franco-norteamericano en Berlín. La reunión es sumamente cordial y la en-



marcan estruendosas celebraciones; el tema de la ocupación conjunta se pierde en el estrépito de los festejos, y los comandantes occidentales concluyen su visita sin llegar a un acuerdo sobre el ingreso de sus tropas a la ciudad. Los norteamericanos deciden entonces ver qué pasa si de hecho se ponen en marcha hacia Berlín, y ocurre así que el 17 de junio los soviéticos se ven sorprendidos en Dessau por una columna de cien vehículos norteamericanos que avanza en dirección a la capital. Allí ese 17 de junio se produce el primer incidente de la guerra fría. Los soviéticos cierran el paso a los norteamericanos, y una agitada discusión se desencadena entre los dos comandantes. Se transa. Los norteamericanos reducen sus efectivos a la mitad, y los rusos les permiten llegar a Bebelberg, en los alrededores de Berlín. Pero una violenta reacción de Zuhkov los obliga luego a abandonar esta posición.

En Berlín, entretanto, los soviéticos van adoptando medidas administrativas que no denotan mayor predisposición a resolver en forma conjunta el gobierno de la ciudad. Por lo pronto, ya han designado por su cuenta un burgomaestre —el doctor Arthur Werner— y se hallan en plena reorganización de la policía urbana.

Entre los aliados occidentales cunde una sensación de alarma. Nuevas tentativas de negociación vuelven a caer en el vacío, y el 29 de junio una discusión algo menos amable que las anteriores entre el general norteamericano Clay, el general

inglés Weeks y el mariscal Zuhkov concluye en un vaporoso acuerdo verbal que no va más allá de reafirmar los propósitos de una administración conjunta. Pero las vías concretas del acceso a Berlín quedan sin estipular.

Y, a la postre, ha de ser un golpe de mano lo que resuelve el problema. El 5 de julio el general norteamericano Howley se apodera por sorpresa de seis alcaldías berlinesas. Dos días después las agencias noticiosas distribuyen un importante documento que, por su redacción, aparenta ser un comunicado conjunto de las cuatro grandes potencias. Es un "acuerdo" por el que se exime de control el acceso terrestre o aéreo de cualquier potencia aliada a Berlín. Su única irregularidad es el detalle de que no lo suscriben los rusos.

La partición de Berlín nace así, prácticamente, como una situación de hecho. El gobierno de la ciudad no ha de concretarse por las vías previstas de la administración conjunta, sino que evolucionará gradualmente, por la falta de acuerdos, hacia el establecimiento de dos unidades administrativas inconexas y enfrentadas. En 1946 se resuelve la unificación de las zonas occidentales y Berlín es ya el primer escenario de una convivencia frustrada entre los dos grandes bloques. Paradójicamente, la guerra fría se ha desencadenado sobre la pira humeante que consumió el cadáver de Hitler en el patio de la Cancillería berlinesa.

## EPÍLOGO

La historia del siglo XX, como casi toda la historia de la humanidad, es en gran medida la historia de sus guerras. Basta con abrir cualquier libro sobre este tema para comprobarlo. Pero el valor e importancia del conocimiento de la historia radica en la posibilidad de aprender sobre lo pasado, de extraer experiencias viejas para conocer mejor el porvenir y tratar de hacerlo más venturoso.

En la Primera Guerra Mundial los muertos se contaron por millones. En la Segunda, por decenas de millones, y en la misma proporción crecieron los daños que en ella se produjeron y los territorios donde se desenvolvió. En una tercera guerra mundial según los cálculos más optimistas —si se puede emplear esta palabra como bárbara paradoja— los muertos se contarían por centenas de millones. Pero todos están de acuerdo, optimistas y pesimistas, en que la suma de efectos directos e indirectos de tan tremenda conflagración hacen sumamente probable la desaparición de la humanidad.

En estos tiempos en que el mundo bordea tan peligrosa perspectiva es conveniente volver los ojos sobre este corto y dramático trozo de pasado para reflexionar sobre un futuro que nos pertenece a todos.

La primera evidencia que surge de la historia de las dos guerras mundiales y de una hipotética tercera guerra muestra el vertiginoso crecimiento del poder de muerte en manos de los hombres. Pero es claro que éste no es sino el reflejo (aunque a veces también la causa) del enorme crecimiento del poder del hombre sobre el mundo que lo rodea. Sin embargo asistimos al espectáculo de

miles y miles de millones de seres vegetando en condiciones infrahumanas de hambre y miseria. Y a la terrible posibilidad de que, cuando precisamente se cuenta con los medios para solucionar tal situación, se está dispuesto a emplearlos para destruir toda vida humana.

Hay otra experiencia que puede extraerse, tal vez más sutil, pero también más inmediata e importante para cada uno de nosotros, incluido usted, lector. La Primera Guerra Mundial y, con mayor intensidad, la Segunda, demostraron que ya no hay nadie ajeno a ellas en los países combatientes (y en una tercera no habrá sino países combatientes). Ya no es una realidad que afecta solamente a los soldados, a los Estados Mayores y a los gobiernos. Cada hombre, mujer, niño o anciano están sometidos cotidianamente a su rigor, a su sangre y a sus lágrimas. Y por esta misma razón la guerra ha dejado de ser un asunto exclusivo de los militares y los gobiernos. Con la cuota de dolor y sufrimiento en la propia carne que a cada uno le toca, se hace clara y evidente la responsabilidad que, en alguna medida, todos tenemos frente a la guerra. En cuanto neguemos esa responsabilidad, aunque no sea más que por su pequeñez, asumimos una actitud irresponsable.

Todos éstos son, sin duda, problemas muy difíciles de resolver, quizá mucho más difíciles que el problema de destruir con eficacia. Su solución es un desafío lanzado a la humanidad. Y la grandeza de los hombres, los países y los pueblos se mide por la magnitud de los desafíos que son capaces de afrontar y superar. El futuro demostrará si todos y cada uno de nosotros estuvimos a la altura del desafío de nuestro tiempo.



# ÍNDICE

## LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

|                                                                                                                                                                                                                                                                                           | PÁG. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Capítulo I .....<br>Un colegio incendia Europa — Un equilibrio complicado e inestable — ¿Por qué estalló la guerra? — El plan Schlieffen — Se desencadena la tragedia.                                                                                                                    | 5    |
| Capítulo II .....<br>El incendio se extiende — Bélgica cae pero un plan se derrumba — Un olvido notable — Los franceses son derrotados otra vez — La primera batalla del Marne — Mientras tanto en el frente oriental — ... y en el resto del mundo                                       | 10   |
| Capítulo III .....<br>1915. La guerra se estanca y transforma — Alemania se vuelca al frente oriental — Aparecen los gases — También los ingleses miran hacia oriente — Una aventura desconcertante — Italia entra en guerra — ... Y Bulgaria — Inglaterra penetra en el Imperio Turco.   | 24   |
| Capítulo IV .....<br>1916. Verdun: 600.000 bajas por un símbolo — La ofensiva del Somme y un invento "deshonroso" — La ofensiva de Brusilov — La nueva y la vieja guerra en el mar — Se alejan las perspectivas de paz.                                                                   | 34   |
| Capítulo V .....<br>1917. Los Estados Unidos de Norteamérica entran en guerra — El zar Nicolás abdica — Una nueva carnicería en Yprés — Caporetto y el Piave — La revolución soviética en Rusia.                                                                                          | 40   |
| Capítulo VI .....<br>1918. El tratado de paz de Brest Litovsk — Otra vez Yprés y el Somme — La guerra se agiliza. La segunda batalla del Marne — Los aliados atacan pero el frente vuelve a estancarse — La guerra se define en los Balcanes — Se precipitan los hechos — Por fin la paz. | 48   |

## ENTRE LAS DOS GUERRAS

|                                                                                                                                                                                                                                                 |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Capítulo VII .....<br>Los sueños de Wilson y las duras realidades — El rostro de Europa cambia en Versalles — Surge el fascismo — La nueva depresión impulsa al nazismo — Un trágico presagio: La guerra civil española — De Abisinia a Munich. | 58 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|

## LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                   |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Capítulo VIII .....<br>Comienza la mayor hecatombe de la historia — Los franceses se muestran apáticos — La lucha presenta su nueva cara: "guerra total" — Polonia cae entre rusos y alemanes — Inquietud en los Estados Unidos: el peligro atómico — La Unión Soviética ataca Finlandia — Hitler fija sus ojos en Noruega.                                                                                                                                       | 68 |
| Capítulo IX .....<br>1940. La campaña de Noruega — Un audaz plan alemán para el frente occidental — Francia e Inglaterra cambian de jefes — Los aliados organizan su plan defensivo — Son rotas las líneas aliadas: el milagro Dunquerque — Cae Francia, e Italia entra en guerra — "Colaboracionismo" — ¿Qué hacer con Inglaterra? — La batalla de Inglaterra — Hitler y Franco — La guerra llega a los Balcanes — La suerte de las armas no sonríe a Mussolini. | 73 |



|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  | Pág. |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|------|
| Capítulo X .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                 | 85   |
| 1941. La guerra y sus alianzas convulsas — En los Balcanes — En el norte de África — Rommel se agiganta — Alemania invade a Rusia — El avance alemán acelera el acuerdo ruso-británico — ¿Fue Pearl Harbour una sorpresa?                                                                                                                                                        |      |
| Capítulo XI .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | 92   |
| 1942. Avances y retrocesos en el desarrollo de la guerra — El "general invierno" ataca en Rusia — Exigencias de la organización aliada — La estrella de Hitler comienza a declinar en África del Norte — Hitler insiste en Rusia — La situación alemana se agrava — "Abandonar Stalingrado, ¡no!" — Mientras tanto, en el Pacífico.                                              |      |
| Capítulo XII .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 99   |
| 1943. Dos tesis contrapuestas — El drama de Stalingrado — ¿Tentativas de paz? — Una declaración inesperada — El golpe contra Mussolini — Mussolini es rescatado — La última tentativa en Rusia — Resquemores de Stalin — Reunión en Teherán — La guerra naval se define mientras la aviación destroza Alemania — La ofensiva norteamericana en el Pacífico se afirma.            |      |
| Capítulo XIII .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                              | 110  |
| 1944. Hitler se derrumba — Operación "Cicerón": una hazaña de espionaje — Las batallas de Montecassino — A la espera de la invasión — El día "D" — Mientras los aliados avanzan Hitler confía en su nueva arma — El atentado contra Hitler — Los rusos avanzan en el frente oriental — Varsovia se subleva — Una historia de amor salva a París — La tenaza comienza a cerrarse. |      |
| Capítulo XIV .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 120  |
| 1945. Una última tentativa alemana — Una lluvia de fuego y destrucción — Eisenhower desvía su marcha — En plena locura — El fin de Mussolini — El fin de Hitler — El cerco se estrecha sobre Japón — La bomba atómica pone fin a la guerra — Sobre las ruinas de Berlín nace la guerra fría.                                                                                     |      |
| Epílogo .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                    | 128  |

LAS GRANDES GUERRAS volumen Nº 20 de la Enciclopedia Ilustrada Atlántida, se terminó de imprimir en el año 1966, en los Talleres de la Compañía Impresora Argentina, S. A., Alsina 2049, Buenos Aires.

Derechos reservados  
Hecho el depósito que marca la ley.  
(C) Editorial Atlántida 1966.  
Printed in Argentina  
Libro de edición argentina.